File

"Las Antillas"

DIRECTOR:

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

ADMINISTRADOR:

ARTURO MORALES

Año I. Tomo I. Núm. I.

Habana, 30 de Abril de 1920.

SUMARIO

I.—Credo; II.—El Quijote y El Examen de Ingenios; III.—Desconcierto, (Poesía); IV.—La inaugural de la Asociación Puertorriqueña; V.—La Palmada, (Poesía); VI.—A Cuba, (Poesía); VII.—Palabras pronunciadas en la inauguración de la Sociedad Puertorriqueña; VIII.—Ausencia, (Poesía); IX.—Regreso, (Poesía); X.—Niebla, (Poesía); XI.—Las Causas de la Guerra Europea; XII.—Ateneo Puertorriqueño; XIII.—Los Vendedores Ambulantes; XIV.—Enríquillo.—Leyenda Histórica Dominicana; XV.—Episodio de la Guerra del 95; XVI.—Ecos Antillanos; XVII.—Libros, Folletos y Revistas.

DIRECCION:

TEJADILLO NUM. 22

HABANA, CUBA

Acogida a la franquicia postal e inscripcion como correspondencia de segunda clase en la oficina de Correos de la Habana.

Las Antillas

Director: Sergio Cuevas Zequeira

AÑO I

Tomo I. 30 Abril, 1920. Núm. 1.

CREDO

Por los mismos senderos del ideal que dió siempre a mi actividad adecuado empleo, sigo ahora, y no por ruta nueva y desusada, la emprendida labor de otros días.

Esta revista es un grano minúsculo de arena que voy arrastrando lentamente hacia la región luminosa donde el ensueño, despojado de su fantástico atavío, se convierte al cabo en fecunda realidad.

Para contribuir al definitivo acceso de esa mirífica transformación, quiero, con mi recia y firme voluntad de creyente llevar de unas o otras islas en el edén antillano, el fulgor de las ideas que prolongan hacia lo infinito sus horizontes espirituales, y el ósculo de amor que las hermana bien persuadido de que un día con el andar del tiempo, del rumor de ese beso fraternal, surgirá entre las ondas del golfo, testigo ayer del alborear de una civilización, el himno de bienandanza y de gloria que todos esperamos.

DON MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO

ANTILLANOS ILUSTRES

DON MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO

Yo te juro, lector, por la buena memoria de *Plácido* el poeta que, no obstante haber andado punto menos que perdido en el laberinto de la política cubana dos lustros muy cabales, conservo incólumes ciertas aficiones literarias que demás de haberlas por herencia, ayudó a inculcar y robustecer en mí la influencia benéfica de las personas que durante la infancia me sirvieron de guías y mentores.

De ahí, lector que al comercio con los libros, más placentero y útil que el trato humano, dedique, por ley psíquica de cuyo imperio inapelable no hay quien se liberte, el tiempo que los deberes de mi profesión, y las exigencias de la vida no me reclaman.

En la apacible compañía de aquellos maestros aprendí todo lo que sé, que, si no es mucho, podría ser menos, sin que por supina o desapoderada, fuera mi ignorancia óbice a que un día u otro me vieras hecho un archipámpano, que milagros harto mayores suele hacer, cuando está de vena, la divina misericordia.

Pero no sólo me proveen los libros, de unas cuantas verdades—las que bastan en la democracia intelectual en que vivimos para pasar por hombre culto—sino que también encuentro en ellos manantial perenne de espirituales deleites.

Escudriñando amorosamente en la penumbra del pasado, *del cual, querámoslo o no, es continuación y consecuencia lo presente,* me regocija la contemplación de los caracteres que produjo a su tiempo esta sociedad, al paso que estudio acaeci-

mientos pretéritos e instituciones desaparecidas, y de su examen derivo fecundas y provechosas enseñanzas.

Y ahora, permíteme discreto lector, para que a mis palabras acompañe, como es de rúbrica, el sacramento de la confirmación, que traiga a tu memoria aquel período de la historia de Cuba, abierto en 1790 por el general don Luis de las Casas, y cerrado en 1832 con la muerte del Obispo Espada, de dulcísimo recuerdo, porque si es cierto que en aquellos días se desarrollaron acontecimientos memorables que iluminan con luz vivísima la evolución de esta humana colmena, no lo es menos que florecieron en ella por entonces las más melíficas abejas de que hay noticia en los anales de la comarca.

Don Manuel de Zequeira y Arango, cuyo retrato a las presentes líneas acompaña, es uno de los varones meritísimos a quienes en el párrafo precedente me refiero.

Este ilustre habanero hijo de don Simón Josef de Zequeira y de doña Sebastiana de Arango y Meireles nació en 28 de Agosto de 1764, se educó en el Seminario de San Carlos, donde recibió cristianas enseñanzas y se adiestró en el conocimiento de los autores clásicos, ingresó más tarde en el ejército; peleó bravamente en Santo Domingo y en Nueva Granada; desempeñó cargos militares de importancia, y obtuvo al cabo el retiro, habiendo alcanzado en la milicia ¡oh, edad dichosa y tiempos venturosos! el empleo de coronel *después de cuarenta y seis años de activo servicio.*

Pero no eran los sangrientos laureles de Marte, como dicen los poetas, valiéndose de un tropo, no a todos los mílites aplicable, los que habían de inmortalizar a Zequeira, sino el título que justamente la posteridad le discierne, de fundador del Parnaso cubano, y el lugar que legítimamente le corresponde ocupar entre los padres y creadores del cubano periodismo.

Su obra poética, a la que más especialmente quiero ahora referirme, esparcida por las columnas de las publicaciones literarias que a partir del "Papel Periódico" fueron apareciendo en esta ciudad, y sólo después—cuando la naturaleza *que prodigó sus dones a Zequeira* le privó de la luz de la razón,—

recogida en un volumen por la mano piadosa del Padre Varela, certifica elocuentemente, no obstante haber salido *al público sin recibir la última mano* del autor que en definitiva la perfecciona, que el cantor de la piña descuella majestuosamente por sobre todos los poetas cubanos de su tiempo, si se exceptúa a Ruvalcaba, único que con él pudiera aparejarse.

Por de contado, y habida cuenta de los escasos ocios que en determinado período de su vida pudo disfrutar por los azares bélicos en que por aquellos días estuvo enredada España, la fecundidad de Zequeira es extraordinaria, si se le compara con sus contemporáneos, y de ello podrá cerciorarse cumplidamente quien se decida a espigar en las desmedradas colecciones de *papeles* de la época que—gracias al celo de bibliógrafos meritísimos—nos quedan aún, porque de la labor perseverante de aquel escritor encontrará huella indeleble en múltiples trabajos, ora en verso, ora en prosa, autorizados las más de las veces con pseudónimos indubitados, tales como *Armenan Queizel, Ezequiel Armuna, Anselmo Erquea y Gravina, Raquel Yum Zenea e Izmael Raquenue.*

Entre otros firmados con el postrero de los precedentes anagramas descuella la égloga titulada *Albano y Galatea,* que a la circunstancia de no haberse publicado íntegra nunca con el nombre de su autor, une la de ser una de las más dulces e inspiradas que de su pluma salieron, y porque no vayas a pensar que exagero, déjame, lector, que a continuación muy puntualmente, copie la estrofa inicial de la susodicha composición.

No canto de los héroes los trofeos,
Ni asuntos dignos de ocupar la fama.
Canto sí por cumplir con mis deseos
Que esta es la mayor gloria de quien ama.
Canten, digo, altamente los Orfeos
Y disfruten del Pindo sacra rama;
Que mi Musa, llorando mis amores
Canta humilde entre Chozas y Pastores,

Suscritos también por *Izmael Raquenue* y bajo el título de *Retrato de Siparizo* aparecieron en el *Papel Periódico* de 15 de Julio de 1792 unas quintillas más que medianamente salpimentadas describiendo la rídicula indumentaria de los petimetres contemporáneos. Hízole ascos a la composición y reparos al poeta un comunicante que firmaba *Luengo Gimezlas* anagrama de Miguel González, y hubo entre ambos zambra periodística para rato, que no sin fruto podrán leer en los *papeles* de la época, los aficionados a estudiar las fases porque ha pasado en Cuba la polémica literaria.

Pero no fué la cuerda satírica la más acomodada al genio de Zequeira, que tampoco en el género épico al que se dedicó preferente y ahincadamente, estitmulado acaso por el glorioso recuerdo de Ercilla, alcanzó a escribir obras que pasmasen al mundo y lo colmaran de regocijo.

Caso extraño y original el de este hombre, dedicado desde temprana edad al ejercicio de las armas, expectador interesado y anhelante unas veces, contendiente arriscado y valeroso otras en sangrientas guerras, y poeta al mismo tiempo más y mejor inspirado por los dulces afectos de la vida civil o la serena contemplación de la naturaleza, que por el magnífico panorama de la conquista de México o la terrífica visión del dos de Mayo.

La más feliz inspiración de Zequeira, y sábete lector, que no me arresto a hablar en este negocio por cuenta propia, sino que vengo muy bien acompañado, es su oda en sáficos a la piña que

Del seno fértil de la madre Vesta
En actitud erguida se levanta.

Y porque veas como la imaginación de su autor se extasía ante las rientes perpectivas de la paz bienhechora quiero deleitarte con la reproducción de las estrofas que vas a leer:

Salve, divino fruto, y con el óleo
De tu esencia mis labios embalsama;;

Haz que mi musa, de tu elogio digna
Publique tu fragancia.
Así el clemente, el poderoso Jove.
Jamás permita que de nube parda
Veloz centella que tronando vibre
Sobre tu copa caiga.
Así en tu rededor jamás Belona
Tiña los campos con la sangre humana,
Ni algún tirano asolador derribe
Tu trono con su espada.
Así el céfiro blando en tu contorno
Jamás se canse de batir sus alas,
De tí apartando el corruptor insecto
Y el aquilón que brama.
Y así la aurora con divino aliento
Brotando perlas que en su seno cuaja
Conserve tu esplendor para que seas
La pompa de mi patria.

Ni antes ni después de Zequeira, dicho sea sin espíritu de murmuración ni de contumelia, ha producido Cuba otra piña que a la de autos, pueda por su dulzura y fragancia compararse.

Y ahora, lector, para despedirme de tu benévola atención con una nota que me atrevo a señalar como interesante, voy a transcribir al pié de estos renglones un breve diálogo escrito y publicado por Zequeira en 4 de Noviembre de 1802, y que es como sigue:

Preguntas de mi abuela y respuestas de su nieto

A. ¿Quién es el que en este mundo
contento la vida pasa?
N. Aquel que jamás se duele
de las miserias humanas
A. ¿Quién es el que menos medra,

Fortuna, en tu rueda varia?
N. Aquel que sigue el camino
que honor y virtud señalan.
A. ¿Quién es el que a la justicia
se atreve con firme cara?
N. Es aquel... ¿lo digo? el oro
que vence por donde marcha.

Acaso en la honda amargura que la contemplación airada de la injusticia victoriosa, y la avillanada concupiscencia triunfante produjo en el ánimo del poeta inspirándole esta y otras composiciones análogas, encontraremos la clave del cruel infortunio que apagó, anticipándose a la muerte, la antorcha del pensamiento en aquel cerebro privilegiado.

Sergio Cuevas Zequeira.
De la Academia de Historia

El Quijote y el Examen de Ingenios

Conferencia pronunciada en el Ateneo de esta Ciudad,
Por el Dr. Sergio Cuevas Zequeira.

(Versión taquigráfica de los señores Luis García Galbraith, J. Gardano y Enrique Hiraldez de Acosta.)

Señor Presidente del Ateneo, Señoras y Señores:

El dominio invencible con que desde temprana edad avasallaron mi espíritu las obras inmortales en que cristalizó el genio literario de los pueblos neolatinos, expl[illegible] y justifica mi presencia en este sitio, del cual en cierto modo parece alejarme la índole especial de los estudios a que vengo hace años dedicado con preferente y asidua atención.

Determinaciones hereditarias [illegible] consciente o inconscientemente todos pagamos t[illegible] de él logren exceptuarse siquiera aquellos que de una [illegible] reiterada y visible pretenden sustraerse a la acción de esta ley, dieron vida y calor a aquel sentimiento de admir[illegible]n que acendraron después con su benéfico influjo las ma[illegible] en el hogar encauzaron mi inteligencia por firmes de[illegible]eros y el colegio en que vine con el andar del tiempo a hacer mis primeros estudios de humanidades.

A la compleja virtualidad de factores tan poderosos y decisivos, a la natural y legítima inclinación que permanentemente nos asocia con los que participan de nuestras ideas y obedecen al estímulo de nuestros sentimientos se debió sin duda, señoras y señores, que el apacible alborear de la juventud me sorprendiera entregado con delicia inefable y en compañía de un grupo de inteligentísimos condiscípulos a la contemplación

y al estudio de las grandes creaciones literarias acumuladas por los pueblos de cepa latina, y muy especialmente, como era natural, de las que para asombro de extraños y gloria y regocijo propios produjo en felices horas de acierto la nación hispana.

De ese grupo, disperso primero por el curso de los acontecimientos y diezmado luego por el helado soplo de la muerte sólo quedamos en la brecha, fieles al culto de comunes ideales acariciados hoy con la misma fe que ayer, en los pasados días cuya melancólica evocación vuestra indulgencia me habrá de perdonar seguramente, allá en las riberas del terruño inolvidable un publicista de vigorosa mentalidad y de envidiable fama, y yo aquí, tan generosamente acompañado del público favor, que al conjuro de mi pálida palabra, desoyendo acaso más placenteros reclamos acude y se congrega una muchedumbre tan escogida y entusiasta, como la que vosotros ahora formáis en torno de esta tribuna.

Y entre esas obras de nuestra predilección a que antes especialmente me refería y que son maduro fruto de una civilización original, hay dos, que vivirán mientras no se extinga en el planeta el himno maravilloso de la lengua castellana; una de ellas es la que da motivo a esta fiesta, la que brotó de la pluma del hombre inmortal y prodigioso, paradoja viviente a quien la suerte para enseñarnos sin duda, que la realidad es fecunda en abrumadores contrastes, quiso atrofiar una mano en la naval dura palestra de Lepanto para que luego, con la única ilesa y mil veces diestra mano, escribiera el libro capital de la hispana literatura, ese libro al que puede llamarse sin hipérbole tesoro de un pueblo y admiración y pasmo de todos los otros de la tierra. (*Grandes aplausos.*) Y el otro, de la fama menos celebrado, de no tan alto valer literario como el Quijote, pero tal por su originalidad, por su doctrina, por su inmensa trascendencia filosófica que sin él, aparecería incompleto y mutilado el pensamiento español en la centuria décima sexta, es el *Examen de Ingenios para las Ciencias,* escrito por el doctor Juan Huarte.

Y ambos en mi espíritu dejaron huella tan imborrable, que aun es fácil encontrar su rastro persistente en mi oscura la-

bor de periodista y de maestro, ya que si es verdad que de mis escritos dijo alguien acariciando mi oído con el eco halagador de una valiosísima lisonja, que olían a pergamino, no es menos cierto que a la obra imperecedera de Huarte he dedicado algunos de mis más meditados trabajos universitarios. Y precisamente, señores, en un interesante opúsculo dado a las prensas no hace muchos años por el eminente profesor Salillas, de la Universidad de Madrid, se afirma que en las páginas del *Examen* encontró Cervantes el estímulo y la inspiración generadores de su fábula maravillosa.

Para llevarnos al campo de la convicción, escudriña el doctor Salillas con suma perspicacia la historia del famoso hidalgo, y ya en el título del libro, cuyos elementos integrales analiza con raro ingenio, vemos aparecer las primeras manifestaciones de una indiscutible coincidencia que se hace más visible y evidente cuando penetrando en el cuerpo de la obra se detiene ante la noble figura de Alonso Quijano el Bueno, y nos señala su singular condición mental, de vosotros bien conocida, como imagen o reminiscencia de aquella otra por una tradición tan remota como incierta, atribuída a Demócrito de Abdera, en una anécdota a que dió Huarte hospitalidad en el primer capítulo de su libro, al sólo propósito de demostrar que por maravilla se hallará un hombre de muy sutil ingenio que no pique algo en manía.

Y en efecto, según el texto de la conseja a que me he referido, aquel pensador eminente a quien señala Lange en su Historia del Materialismo como fundador del más coherente y lógico de cuantos sistemas de filosofía nos legara el pensamiento helénico, fué juzgado como loco hasta tal punto, que sus conciudadanos requirieron para curarlo los auxilios de Hipócrates, quien después de haber departido con él por largo espacio de tiempo, como sólo tratara, dice Huarte, de discursos del entendimiento y no de la imaginativa, donde tenía el filósofo la lesión, volvióse a las abderitas, y les dejo: Demócrito es hombre sapientísimo y vosotros que lo tuvisteis por desatinado y sin juicio sois los verdaderos locos. ¿Y quién no verá en el falso Demócrito de esta leyenda algo así como el anticipado modelo

de aquel hidalgo cuya discreción y buen juicio cuando se le movía plática sobre temas extraños a la caballería, encarecía el mismo Sancho, ponderaba el Cura hablando con Cardenio y admiraban todos cuantos tenían oportunidad de escucharle?

Porque así me parece cierto, porque no cabe creer que tan diligente rebuscador de impresos como lo fué Cervantes desconociera el libro de Huarte, escrito en 1557 y editado por primera vez según opinión autorizada de su entusiasta panegirista el doctor Guardia por lo menos en 1580, no he vacilado en afirmar de acuerdo con Salillas que efectivamente existe una innegable relación entre el *Examen y el Quijote*. Pero aparte de esta influencia del primero en la que me permitiréis designar con el nombre de inspiración externa del segundo de los citados libros, aparecerán ante vosotros unidos por más estrecho vínculo, si ahondando en el pensamiento de ambos autores hasta dar con la que llamaría Rabelais *substantífica médula* de sus respectivas creaciones, logro poner a plena luz el prpósito común que los determinó a escribirlas. Creo, señoras y señores, que en maravilloso acorde, son esas dos notas denominadas el *Examen de Ingenios* y el *Quijote* un llamamiento a la gente hispana para que abandonando las inaccesibles alturas del ensueño echara pie a tierra y recomenzara sus antiguas y acostumbradas excursiones por el campo de la realidad, y para confirmar esta opinión que tengo por muy cierta, dejadme que en rápida ojeada ponga de manifiesto los caracteres específicos de la raza que por virtud de múltiples concausas se fué formando al paso de los siglos en el candente laboratorio de la península ibérica.

Formada el alma hispano, por un determinismo geográfico fácilmente comprensible, en el aprendizaje de rudo batallar sin límite ni tregua ,robustecióse en ella desde bien temprano la voluntad con fuerza tal que en el apetito de acción exacerbado hasta la hiperestesia que da tono a su psicología, encontraremos la clave de aquel realismo sobrio, eterno auyentador de fantasmas y vestiglos que informa todas las creaciones de su pensamiento y explica todas las vicisitudes de su historia.

Congruente con ese espíritu, la filosofía española abandona desde el alborear de su existencia los laberínticos derroteros

de la especulación metafísica y persiguiendo, desdeñosa u olvidada de nebulosas abstracciones, la investigación de los métodos precisos y de las orientaciones necesarias para la vida real, da al mundo con Séneca, el más grande filósofo de la España romana, un moralista, y más tarde, en la riente aurora del renacimiento, con Luis Vives, el más vigoroso de sus pensadores, un educador, es decir, otro moralista. Corren las ciencias por el propio cauce de aplicación a la práctica; y cuanto a la poesía, su más antigua cristalización, el poema épico, es en España una prolongación idealizada de la historia que al fecundo seno de la realidad y no a la fábula pide, para cantarlos, sus paladines legendarios y sus caballeros heroicos.

El más grande de ellos aunque exaltado por la fantasía popular hasta convertirlo en altísima personificación del genio nacional durante los azarosos días de la reconquista, ni en el Cantar de Mio Cid, ni en el Romancero, se nos presenta asistido directamente de poderes sobrenaturales, o servido por la mano mirífica de sutiles encantadores, y si el éxito corona con victorias casi increibles sus más atrevidas empresas, débelo al temple de su espada, a la fuerza de su brazo, a la incomparable bravura de su corazón. (*Aplausos*). Y si, escudriñando en los más íntimos repliegues del pensamiento hispano, vamos a dar con sus místicos inmortales, los sorprenderemos, puesta la mano con ardiente celo, en el propósito de echar un puente sobre el abismo infranqueable que separa del hombre a Dios, más no para sumirse absortos en la contemplación del *Uno*, y con él confundirse a la manera de los neo-platónicos alejandrinos, sino para atraerlo a la tierra, rendido por la fuerza de un amor, que, como dijera con singular acierto Oliveira Martins, nada tiene de metafísico, y fundir en una con la propia, la conquistada voluntad del divino esposo por quien suspiran.

Y este carácter particular de su misticismo, no sólo apartó a los españoles de las aberraciones y delirios del panteismo germánico sino que pone de manifiesto una vez más las capittales diferencias que a uno y otro pueblo separan, y de las cuales diera ya un testimonio el abatimiento y disolución de la efímera

monarquía visigótica al empuje de una sola batalla, y la invencible hostilidad que persiguió siempre en España a los apóstoles y corifeos de la reforma luterana.

Por tan estupenda concepción, acaso única en la historia religiosa de todas las gentes, el espíritu inquieto de Teresa de Jesús encuentra en el fondo de sus eróticos arrobos tesón y arrestos suficientes para reformar la orden del Carmelo, y el hidalgo de Loyola surge de las embriagueces del éxtasis dispuesto a crear la más poderosa y resistente milicia que desde los días memorables del concilio de Trento hasta el presente, ha conocido la cristiandad. (*Aplausos.*)

Pero merced al natural influjo de sus múltiples relaciones con otras comunidades civilizadas, abre España sus puertas a elementos extraños, que vienen a modificar en parte su genuina condición, y ya desde la centuria décima cuarta los discreteos pueriles, y la afectada galantería importados por los trovadores provenzales matizan con sus exóticas tonalidades el cuadro de la literatura castellana, que arrastrada luego por los númenes delirantes de la sinrazón a las vacuas regiones de la quimera, en la novela caballeresca poblada de esfinges, sátiros, enanos hórridos, y espantables y desaforados gigantes, nos ofrece los deplorables frutos de la más frenética hinchazón.

Redivivos por otra parte recuerdo y obras de traductores y escoliastas judíos e hispano-árabes de la filosofía griega, el idealismo platónico, el empirismo del Estagirita, y más tarde, con León Hebreo y sus incomparables *Diálogos de Amor*, el eclecticismo platonizante de los alejandrinos señalan nuevas orientaciones a la investigación filosófica, que cristaliza al cabo, allá por los primeros días de la edad moderna, en una estéril especulación sobre las causas finales emprendida siempre bajo la dictadura de Aristóteles, con el sigolismo por arma única y definitiva, el milagro por *última ratio*, y la querella acerca del valor de los universales como manzana de una inagotable discordia entre metafísicos de quienes puede afirmarse, recordando una frase de Taine sobre el poeta inglés Cowley que si poseían todos los medios de decir lo que fuera de su agrado, no tenían en cambio nada nuevo que decir a sus contemporáneos.

Así, por tan exóticas vías descarriado el intelecto hispano, la odisea maravillosa que culminó en el descubrimiento de América, vino a borrar definitivamente de la conciencia popular los imprecisos límites que aun se levantaban en ella, separando del mundo del ensueño y de la fantasía el mundo de la realidad y de la experiencia.

Porque, en efecto, señores, aquel extranjero de mágica elocuencia y singular prestigio, contra el cual se encrespaban en oleajes de protesta la ciencia española por el órgano de sus universidades, y el común sentir de las gentes por la voz de sus muchedumbres, al coronar con inesperado éxito su brillante y cuasi quimérico ensueño, tal parece que de los mares ignotos por él surcados con temerario arrojo, y de las regiones remotas por él entregadas a la luz de la civilización llevaba a los pueblos que deslumbrados y absortos le salían al paso en los días del retorno, un mensaje de esperanza en la posibilidad de los más irrealizables empeños. (*Aplausos.*) De los arriscados aventureros que alcanzaron con la conquista, a poner remate a aquella empresa, acaso la más grande en que jamás haya el hombre ejercitado su voluntad, ha dicho con razón el historiador lusitano a quien ha poco aludía, que sus hazañas excedieron al límite que la naturaleza impone a la temeridad humana, pero, a continuación, y refiriéndose a la nación que les dió vida, afirma que al heroico esplendor de aquellos días sucedió *la sorda acción de las reacciones de la fatalidad.*

Presa inconsciente de esas reacciones que a inevitable abatimiento la precipitaban, seguía no obstante la Monarquía castellana acariciando sueños de grandeza y de gloria, mientras sus macilentos y empobrecidos vasallos prodigaban su sangre con increíble arrojo en lejanas e inútiles contiendas, o en desconcertado vaivén del templo al quemadero, dentro del territorio patrio, mitigaban de cuando en cuando sus tristezas con la noticia de alguna estéril victoria en Italia, o con la llegada de los galeones de Indias, para ellos y para sus lacerías económicas, paladinamente ineficaz.

Y, precisamente, señores, en la oportuna sazón que le brindaban los días de aparente esplendor y de efectiva decadencia

que siguieron a aquel agitado período de la hispana historia, escribió el doctor Juan Huarte su *Examen de Ingenios para las ciencias,* y lo escribió a despecho de lo que era por entonces común usanza entre las personas doctas, en la lengua materna, bien por razones de justificado patriotismo, análogas a las que para redactar en el propio idioma la más famosa de sus obras adujo años adelante el agustino Malón de Chaide, bien inspirado en el noble propósito de hacer llegar a todos sus conciudadanos el conocimiento de las verdades que en el libro se proponía sacar a luz.

En él, y desde sus primeras páginas, rompe gallardamente Huarte con las supersticiones teleológicas, en su tiempo tan arraigadas, y una vez eliminadas del campo de la Filosofía natural las causas finales a semejanza de enclaustradas vírgenes, santas y estériles,, rechaza el milagro como sola y definitiva explicación de todos los fenómenos que a la humana consideración ofrece la realidad en sus múltiples aspectos, y busca para los hechos naturales, causas científicas, concordantes con las leyes que rigen la existencia de todos los seres en el universo.

La visión ultra espiritualista de aquellos metafísicos extraviados en el campo de la Psicología que distribuyen alternativamente entre dos entidades disímiles, rivales las más de las veces, y nunca perfectamente acordes, todas las formas de la humana energía, se desvanece al conjuro irresistible de los razonamientos que Huarte, lejano precursor de la ciencia moderna, va presentando en su *Examen* con rigurosa sistematización, hasta mostrarnos, mediante la constante e ineludible correspondencia de nuestras actividades psíquicas con nuestras actividades orgánicas, la cabal y completa unidad de ese maravilloso fenómeno que se llama la vida humana.

Ríndese al peso de argumentos no menos sólidos evocados por Huarte, el poético ensueño de la reminiscencia platónica, con su obligado corolario referente a la existencia del innatismo y planteado a nueva y clarísima luz el problema del conocimiento ,surge éste a nuestros ojos, despojado de los mendaces velos con que pretende encubrir su origen el sonambulismo idealista, como lo que es en realidad, como el producto de la conjun-

ción operada, mediante la permanente complicidad de los sentidos entre el mundo externo y el espíritu humano, que a los estímulos generadores de ese proceso de fecundación, rseponde, no con la pasiva plasticidad de un aparato fotográfico, sino con toda la espontaneidad de un ser activo dando vida a esas aladas e impalpables señoras del mundo que se llaman las ideas, en las cuales es siempre fácil descubrir el sello indeleble de la mente que las concibió. Mas, por esa misma ineludible complicidad, parece decirnos Huarte anticipándose en dos siglos a William Hamilton, con su ejemplo de los cuatro observadores cuya visión, alterada por humores distintos les hacía formar concepto diferente de un mismo aspecto de la realidad, nuestro conocimiento de lo objetivo está condicionado por el órgano que en cada caso contribuye a su formación, y en último extremo viene, con sus repetidas afirmaciones a enseñarnos de una manera categórica, que los fenómenos, manifestaciones pasajeras de una entidad permanente e incognoscible, constituyen todo el caudal de nuestra experiencia.

Ahonda luego como nunca hubieramos podido sospechar que en aquellos apartados tiempos habría podido hacerse, en el arduo problema de la influencia del [illegible] físico en las actividades psíquicas del hombre, llegando por una serie de razonamientos perfectamente lógicas, a afirmaciones tales a ese respecto, que lo señalan a nuestra admiración como antecesor de aquel sociólogo inmortal que lleva el glorioso nombre de Hipólito Taine.—(*Aplausos.*)

Y no sólo en este acápite atañedero a la acción conformadora del medio físico sobre el sujeto a él sometido se anticipó el autor del *Examen* al saber de su época,porque también se arrestó a afirmar en su libro admirable, que el ingenio, bueno o malo, con que venimos positivamente a la vida es una consecuencia del estado de los padres en el momento de la gestación, y es bien notorio que esta doctrina aceptada hoy como una hipótesis de mucho peso y de no escaso valor, se ofrece como la mejor explicación de las diferescias originales de carácter y de inteligencia que presenta el hombr a la considración de los psicólogos modernos.

Estudia luego, como lógica derivación de las doctrinas que en el *Examen* ha ido exponiendo, los diferentes temperamentos en que puede considerarse dividida la humanidad, según el predominio en cada caso de determinados humores, y adelantándose por maravillosa intuición, a las afirmaciones de la más avanzada Psicología de nuestros tiempos, sostiene con imperturbable entereza, por aquellos días verdaderamente temeraria, que en definitiva, la virtud y el vicio y la mayor o menor aptitud para una u otra ciencia son productos de aquella diferencia de temperamentos por él señalada, y tras encomendar al médico la misión de combatir el vicio y robustecer la virtud, confía al legislador el cuidado de encauzar las actividades del individuo en la República por la vía más conforme con la capacidad de cada uno.

Como habéis visto, señores, por la rápida exposición que, de las doctrinas de Huarte os acabo de hacer, el deseo de mejorar la condición humana en general, no fué ajeno a la redacción de su obra, pero el propósito cardinal que la inspiró fué el de refutar errores filosóficos incongruentes con el genio de su raza, para contribuir a la gloria de su patria y a la felicidad de sus conciudadanos, apartándolos de las extraviadas sendas a que podía arrastrarlos fácilmente el desconocimiento de sus propias aptitudes y demostrando que la moral, la política y la educación de un pueblo deben descansar sobre la base de una acertada y previsora psicología.

Algo parecido, aunque salvando la natural distancia que forzosamente ha de mediar por su índole diversa, entre aquel luminoso haz de científicas investigaciones y la más alta ficción que jamás conocieron los tiempos, puede decirse del Quijote. porque si tuvo Cervantes la suerte de sorprender, consciente o inconscientemente, un aspecto de la humana condición y fijarlo en sus páginas inmortales, no parece aventurado afirmar que en aquel caballero magro y desvaído, que, entero el ánimo, pero quebrantado el pulso y menguadas las fuerzas, soñaba no obstante con realizar hazañas descompasadas e inverosímiles puso, con mano amorosa, fiel trasunto de la fisonomía moral del

pueblo hispano, tal como éste a sus ojos se ofrecía en el preciso momento de escribir su libro imperecedero.

Y he dicho, señores, que lo hizo amorosamente, porque no habiendo podido Cervantes sustraerse al influjo de aquel idealismo desapoderado y morboso que por virtud de las causas que os he indicado, se había ido posesionando del espíritu nacional, como harto lo proclaman las vicisitudes de su atormentada existencia, fué él mismo un sublime visionario que, émulo de su héroe, anduvo siempre hurtando el cuerpo a la realidad.

Hay en el inmortal recuento de las aventuras del hidalgo manchego, rasgos autobiográficos, páginas que parecen arrancadas a las propias experiencias del narrador y así como bajo las turbias y revueltas aguas de un río yace a veces rica vena de aurífero polvo, bajo la suave ola de risa que por todo el libro se espacia, se adivina el temblor de la emoción, y el amargo fluir las lágrimas. (*Aplausos*). Lágrimas y emoción bien naturales señores, porque, como aquel Sebastián Brandt que en 1494 publicó una satírica alegoría titulada "La Nave de los Locos", en la cual tuvo el feliz acierto de reservarse un modesto lugar, Cervantes en la crítica que desploma sobre la sociedad de que fué contemporáneo, deja ver bien claro que él mismo es en cierto modo un caso más de las lacerias que fustiga.

El desenfrenado hervor de una imaginación, en cuya fragua encendida se forjaron los ensueños irrealizables y los propósitos temerarios, a Cervantes y a su pueblo igualmente funestos, ¿en dónde encontrarán jamás advertencia y castigo comparables a las desventuradas andanzas del amante de Dulcinea, que en vez de matar endriagos, hender gigantes y descabezar serpientes, acuchilla cueros de vino, alancea molinos de viento y deshace ejércitos de mansas bestezuelas; que no a dolientes y encantadas princesas, sino a cínicos bandoleros alcanza a libertar con el filo de su espada y en fin, señores, que, llegado el momento misterioso y dulce de la victoria más grata al corazón de un caballero andante, cuando cree estrechar entre sus brazos a una gentil infanta por sus grandes arrestos y gloriosa fama subyugada, dase de bruces, y ¡vive Dios que al considerarlo se llena el pecho de indignación y de ira! con la des-

layada y astrosa Maritornes, no al blando reclamo de su amor, sino a la voluntad de un arriero zafio y brutal, dispuesta a rendirse sin dilación y sin recato? (*Grandes aplausos.*)

Y permitidme, señores, que os haga notar cómo este episodio, de igual manera que aquellos otros en que Dulcinea—cifra y compendio de toda perfeción y de toda hermosura, si el hiperbólico razonar de Don Quijote nos atenemos—es no obstante motejada por Sancho, ahora con despectivas alusiones a su verdadera condición, ahora con mordaces invectivas, sobre ofrecernos la más acerba sátira que jamás se haya escrito en lengua española contra los gárrulos declamadores cuya altisonante retahila de hueros epítettos y de símiles sutiles y alambicados, iba proscribiendo del campo literario los graves conceptos de la señorial galantería castellana, pone de manifiesto en ejercicio aquella portentosa virtud evocadora de lúcidos constrastes que poseyó Cervantes en grado eminente, y a la que se refería desde esta misma tribuna, en reciente doctísima conferencia, un joven de gran talento y sólida cultura.

Y si a otros aspectos de la hispana actividad dirigimos nuestra atención, ¿quién no descubrirá en las fórmulas caballísticas empleadas por Don Quijote para confeccionar el bálsamo de Fierabrás, y en los estupendos aforismos promulgados en la ínsula Barataria por el doctor Pedro Recio, el intento, altamente laudable de poner en solfa doctrinas y procedimientos, aunque inspirados en la superstición más que en la ciencia, muy en boga entre los galenos de su tiempo?

Y no sólo sobre éstos descargó Cervantes la sal de sus donaires, que también la hizo caer con mano certera sobre los encargados de administrar justicia y sobre el tenebroso laberinto de sus prácticas nefandas, que por inmerecida desdicha tuvo sobrada ocasión de conocer.

Los sumarísimos fallos dictados por Sancho en el breve período de su efímero gobierno y el inesperado acierto que en todos ellos resplandece, si pregonan su buen juicio y sana condición, nos lo muestran además muy otro, de aquellos magistrados rutinarios y crueles que por los días en que se escribió el Quijote, solían tras el lento andar de interminables procesos,

hacer escarnio de la humanidad y del derecho con sentencias irracionales. Las del ínclito escudero, por lo que hay en ellas de aleatorio y de equitativo a la vez, evocan el recuerdo de aquel Bridoye de quien refiere Rabelais—ese hermano menor del glorioso manco—en el libro tercero de las pantagruélicas hazañas, que habiendo sido acusado ante los jueces del Parlamento de Myrelingues de haber fallado injustamente en cierto negocio, se limitó por único descargo, a declarar que sin duda por su avanzada edad, ya no veía bien los dados, y agrega el propio narrador que a las interrogaciones del Presidente Trinquamelle sobre los dados a que aludía, contestó con serenidad imperturbable que, como seguramente también ellos lo hacían, él, antes de juzgar echaba siempre los dados, absolviendo o condenando en cada caso, según lo que éstos le indicaban; no obstante lo cual todas sus tentencias habían sido aprobadas durante cuarenta años por aquel sabio y venerable tribunal. (*Risas*).

Pero las páginas donde se destaca más vigorosamente el propósito capital de Cervantes son aquellas en que Don Diego de Miranda, luego que el famoso hidalgo le hubo contado cómo salió de su patria, empeñó su hacienda y dejó su regalo para irse por el mundo en busca de aventuras, le pone ante los ojos, en trazos de concisión admirable, el cuadro de su propia vida, demostrándole cómo bastan a hacer ejemplar y fecunda nuestra existencia, sin necesidad de arrojarnos por el despeñadero de utópicas empresas, el cuidado de los bienes, los halagos del hogar y el ejercicio de la virtud. Y tal parece, señores y señores, que aquel santo a la gineta, como en los transportes de su entusiasmo lo apellida Sancho, no al mísero caballero sin juicio, sino a todo el pueblo español llama y conjura para que abandonando los ásperos senderos del ensueño irrealizable, sofrene sus anhelos de dominación y de conquista, se acoja al dulce arrimo del patrio suelo, y se entregue con la tenaz perseverancia propia de su genio, a las redentoras faenas de la paz y del trabajo. (*Aplausos*). Mas, cuando así no fuera y sólo viéramos en el Quijote una parodia inimitable de otros libros de mero entretenimiento, los que sabemos cuán desolada y sombría sería la humana vida sin la blanca luz que derrama sobre ella el deliquio

inefable de la emoción estética, no vacilaríamos un sólo instante en unir la nuestra a la opinión, de los que aclaman a Cervantes príncipe de los ingenios, y señalan su obra como el más noble blasón de la hispana literatura.

Y al universal concierto que ratifica ahora ese veredicto de los siglos, puede asociarse Cuba recordando con legítimo orgullo, que fiel a los altos timbres de la raza, dió con aquella Cecilia Valdés que es acaso nuestra más intensa producción artística, una valiosísima presea a la diadema de su realismo tradicional, y que Varela y Luz, los dos grandes filósofos que produjo en el pasado—ya que sólo a los muertos he de referirme—fueron, como Séneca y Vives, psicólogos, educadores moralistas apartados sistemáticamente de toda abstracción metafísica. (*Grandes aplausos.*)

Y a esta glorificación del maestro inmortal que mutilado en Lepanto, cautivo en Argel, pobre y desoído en su patria aun tuvo alientos bastantes en el ocaso de sus días para escribir el libro singular con cuya lectura se deleita desde hace tres centurias, sin tregua y sin cansancio la humanidad entera, concurran con nosotros los pueblos todos que desde la movediza frontera de Río Grande en Méjico, hasta las procelosas aguas del estrecho que besa los confines meridionales del mundo colombino viven sujetos a su imperio por el dulce yugo del habla maravillosa de nuestros padres. (*Grandes y atronadoras salvas de aplausos saludan al orador.*)

DESCONCIERTO

Homobono era un labriego
que, adscrito a terrón enjuto,
cobrábale anual tributo
al brazo hurtando sosiego.
Tuvo el pobre escuela agraria
de empirismos en la herencia,
y ¡es claro! faltaba esencia
a su labor rutinaria,
mas, dando surco al raigambre,
y aquí un tajo, allá un deshoje,
si no colmaba la troje
tampoco le hurgaba el hambre.
Presa un día del cansancio
oyó que su pena crónica
achacaba voz irónica
de tal método a lo rancio,
y cediendo, como Eva,
de afán curioso a la insidia,
tedio y quimeras en lidia
echáronle por vía nueva.

Pero del saber las cumbres
ninguno escaló de prisa,
ni es mudarse de camisa
variar añejas costumbres.
Con lógica asaz perversa
discurriendo el buen palurdo,
se dijo:—"¿Lo antiguo es burdo?"
Pues vaya todo a la inversa".
Y, de usos en desacato,
caña sembró en pedregal,
regó tabaco en poyal,
ingertó fresa en boniato

y naranja en cocotero;
con intempestiva monda
privó al cafeto de fronda,
enturbió el abrevadero
moviendo en la acequia el barro,
dió mosquitero al gorrino,
ronzal quitóle al pollino,
unció las vacas al carro,
y llegó en pruebas insanas
de despilfarros teóricos,
a cruzar pavos pletóricos
con gallinitas enanas.

—"¡Homobono, pára el juicio!"
gritábale voz prudente:
—"Por esa fatal pendiente
vas derecho al precipicio".
Mas de envidia le parece
aquella advertencia un gaje,
y el pueril descuadernaje
prosigue, firme en sus trece
por atrofia del caudal,
en pignorado conflicto,
llevándose un interdicto
la renta y el pegujal.
De reproches luego acopio
derrochó en estéril lucha,
mas quien razones no escucha
se ha de culpar a sí propio
Saltar y correr sin tino
no son de avance resorte.
Se llega fijando el norte
y escalonando el camino,
sin negar el alboroque
a impulsos de la creación
que al gato no hacen ratón,
ni a la guásima alcornoque.

LAS ANTILLAS

En la natura dispersos
muévense, en rítmos acordes,
fuerzas y líneas discordes,
lenguas e instintos diversos,

y en la estrecha afinidad
que esa armonía previene
de su génesis mantiene
cada gérmen la unidad.

Violentando esa mecánica
vendrán los frutos, supongo,
cuando haya nieve en el Congo
e hipopótamos en Guánica,

mas, persistiendo en su ley
la lógica universal,
dará rosas el rosal
y el cupey será... cupey.

Salvador Brau.

Dr. Salvador Salazar

La fiesta inaugural de la Asociación Puertorriqueña en el Ateneo de la Habana

(LOCAL DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS)

Lo ha dicho recientemente el ilustre periodista dominicano Tulio M. Cestero: la federación de las Antillas es una realidad tan próxima o, por lo menos, tan inevitable, como la reunión, en una sola entidad política, de los estados centro-americanos.

En esto meditaba el pasado 23 de Marzo, cuando contemplaba frente a mi la nutrida y entusiasta concurrencia de cubanos, portorriqueños y dominicanos que asistieron a la velada inaugural del Club o Asociación que los arrestos y perseverancia del doctor Cuevas Zequeira acaban de fundar; y en esto pienso ahora al escribir estas cuartillas para una bella y valiosa revista, hija también dilecta de ese noble paladín de la cultura y de la libertad, y que lleva en el frontis el nombre de ese rosario de esmeraldas que sembró Dios en el Mar Caribe y que

dejaran un día estupefacto de admiración y de entusiasmo al más genial navegante que recuerda la Historia.

Fecha la más memorable en los fastos de la historia borinqueña fué esa del 23 de Marzo elegida para inaugurar este nuevo esfuerzo de acercamiento inter-antillano; y en verdad que fué feliz acierto, unir en el recuerdo de portorriqueños y cubanos el nacimiento de esa institución, ya vigorosa apenas nacida, y la abolición por una ley metropolítica, de la más horrenda institución que pudo inventar la maldad de los hombres.

Una de las más hermosas notas de tan alegre fiesta, pletórica

Srta. Angélica Busquet

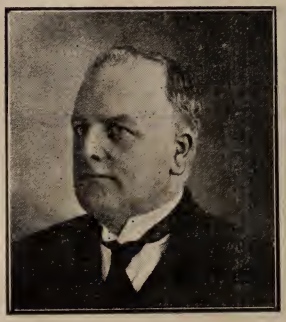
Srta. Lucila Cuevas Zequeira

de arte, de belleza y de poesía, fué la que dieron Angélica Busquet, tan admirada y aplaudida siempre, y Lucila Cuevas Zequeira, que en esta ocasión recitaba por primera vez en público y que sostuvo valientemente, con el encanto y dulzura que supo imprimirle a las rimas inmortales que se desgranaban de sus labios, un parangón tan peligroso como el que significa recitar casi a la par con quien, como la señorita Busquet, ha logrado alcanzar en nuestra sociedad, justa y merecida fama en el arte, tan sugestivo como difícil, de la recitación.

Pronunciando ese díptico sublime de aquel bardo genial portorriqueño que se llamó Gautier Benítez, "Ausencia" y "Re-

torno'', las dos señoritas mencionadas alcanzaron ruidosos aplausos; pero Lucila logró arrancar de los ojos de su padre, lágrimas de profunda ternura, al sentir en los labios de su hija los versos de su glorioso deudo.

Completó tan bella trilogía poética, la recitación, con ese fuego que ella sabe imprimir a sus versos, de Lola Rodríguez de Tió, la inspiradísima y admirable borinqueña. Recitó Lola su poesía ''A Cuba'' de la que tan populares se han hecho los versos; y ante la insistente aclamación del público, nos regaló, como *encore* delicioso, con su composición ''Niebla'' y sus vibrantes



Dr. Alfredo Agnayo

Sra. María M. de Quevedo

fraseados que todavía repercuten en mi oído, con toda su altanera valentía:

¡Qué vibre mi lira, que vibre, que vibre:
¡No teme a tiranos quien sabe ser libre!...

Pero hubo, además, en la parte que pudiéramos llamar poética, una nota de sugestivo interés. Me refiero a la declamación por Valdivia de ''La Palmada'', siempre tan gustada por el público selecto, cuando le da todo su valor y hasta quizás la eleva un poco, la interpretación del Conde Kostia. Nadie como

el ilustre Ministro de Cuba en Noruega para matizar los versos de Zeno Gandía, también portorriqueño, de modo tan magistral que cada palabra adquiere vida y cada verso muestra un sentido recóndito que apenas suspechamos con la simple lectura. Pero ¿a qué seguir? ¿No sería descubrir el Mediterráneo?...

De la parte artística, baste decir para hacer el elogio de tan bella jornada que estuvo a cargo de Casimiro Zertucha, nuestro genial violinista, y de la señora de Quevedo, admirable ejecutante al piano, que recién llegada de Madrid, donde obtuvo el

Sra. Lola R. de Tió

Conde Kostia

primer premio del Conservatorio, ya ha logrado alcanzar justo y notable renombre. En cuanto a Zertucha, ya lo dijo al anunciar su cooperación, con frase gráfica el doctor Cuevas Zequeira: Zertucha es... Zertucha.

Y hubo tres discursos

Fué el primero el del doctor Alfredo M. Aguayo, Catedrático titular de la Escuela de Pedagogía. El doctor Aguayo leyó un conceptuoso y atinado preámbulo de tan hermoso acto. Explicó como acogido el portorriqueño entre nosotros con la misma cordialidad que se trata al propio conterráneo, nunca había sen-

tido la necesidad de asociarse para formar una colonia peculiar; pero que conmovido el orbe hoy por los problemas complejos e importantes que recuerda la Historia, surgía la necesidad de estrechar las filas para la realización de los ideales característicos de esta nueva edad. El doctor Aguayo, sesudo y erudito, no es el orador tribunicio que arranca los aplausos estruendosos; sino el sabio investigador, de ideas profundas y pensamientos pletóricos de médula, que obtiene el asentimiento de todos los que le escuchan. En la doble senda que se abre al orador, convencer y persuadir, más bien se queda en el primer camino. Es

Dr. Fernando S. de Fuentes

Sr. Casimiro Zertucha

el maestro que sabe abundar en la razón de sus oyentes para fijar allí indeleblemente la verdad que enuncia y defiende..

El otro orador de la noche fué el doctor Fernando Sánchez Fuentes. El sucesor del doctor Cueto en la cátedra universitaria, tiene bien cimentados sus prestigios oratorios. La oración del 23, fué, sin duda, una de las más bellas que han salido de sus labios. Sea que por calor de dulces afinidades, Puerto Rico es para él una segunda patria, ya que él, como dijo donosamente, lleva siempre consigo "la patria"; sea que el tema de su discurso, la abolición de la esclavitud, levanta en su alma liberalísima, fecundo y ardoroso entusiasmo, su verbo elocuente

y elegante, fluyó esa noche de sus labios como una fuente próvida que regala el tesoro de su linfa...

Y cuando refiriéndose a los paladines de aquella tenaz y honrosa cruzada para fijar en la tierra el cristiano dogma de la igualdad humana, evocó la figura de aquel prócer de nuestra evolución política, de aquel titán de la tribuna parlamentaria que se llamó Miguel Figueroa, nos pareció y se lo dijimos, que se estaba retratando el mismo, "menudo el cuerpo, la palabra ardorosa y vibrante, los ojos encendidos de fé", la juventud en el rostro y el entusiasmo, poderoso acicate de las grandes re-

Dr. Sergio Cuevas Zequeira

soluciones dentro del corazón, abierto a todas las nobles sugestiones de la idealidad.

Y cerró la fiesta, no *con broche de oro*, como dice la vulgar locución, con broche de brillantes palabras, de conceptos arrebatados, de maravillosa elocuencia, el *alma mater* de la asociación, el director de esta revista, el maestro admirado y querido por una verdadera legión de discípulos... Solo un orador de la talla de Cuevas Zequeira hubiera podido escalar la tribuna, cerca de la una de la madrugada y después de haberse referido al mismo asunto quien como el doctor Sánchez de Fuentes sabe por lo vasto de su cultura y lo rico de su elocuencia, agotar cual-

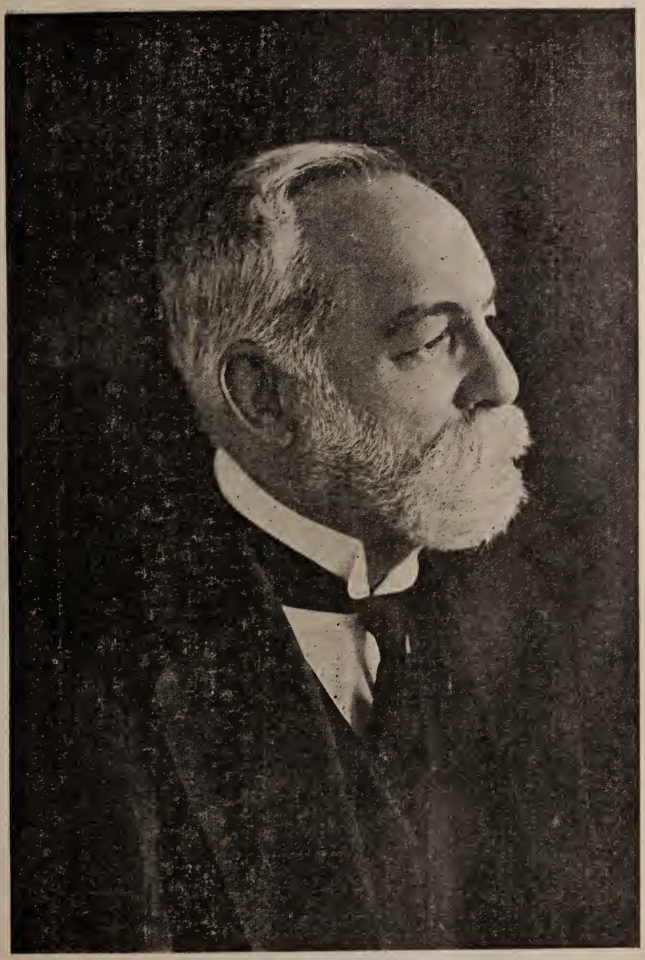
quier tema. Pero Cuevas tiene para realizar tales prodigios ese don de palabra admirable que le hace vencer todas las dificultades tribunicias, con esa *maniére* peculiar suya que le permite reunir, en un consorcio admirable, la frase llena de gracejo, el cuento lleno de ameno regocijo, la vasta y profunda cultura, la lectura riquísima y la arrebatadora elocuencia que surge, queda y suavemente, como un arroyo de claras aguas que se desliza por entre las esmeraldas de la pradera y crece y salta y ruge y se desborda en una catarata fragorosa de brillantes palabras y conceptos profundos...

Hizo reir al público refiriendo la anécdota de aquel espectador que quiso que mataran al negrero de la "Cabaña del tío Tomás"; lo hizo llorar al pintar el júbilo intensísimo con que los negros libres de Puerto Rico hicieran una manifestación de gracias a la Vírgen aquel 23 de Marzo memorable, en vez de tomar sangrientas represalias; e hizo finalmente, que al descender de la tribuna, una de las ovaciones a que le tiene acostumbrado la legión de sus admiradores, llevara a su corazón el justo premio al esfuerzo, que el éxito coronaba ese día con su consagración más triunfante, para unir a Cuba y Puerto Rico en un abrazo tan apretado que en lo sucesivo no fueran

de un pájaro las dos alas

como quiere Lola Rodríguez de Tió; sino el pájaro mismo; pájaro de idealidad y de gloria, listo para surcar con las alas abiertas de la ilusión, blancas y limpias, el infinito azul del cielo americano...

Salvador Salazar.



Dr. Gonzalo Aróstegui, Secretario de Instrucción Pública, que presidió la fiesta inaugu. ral del Centro Puertorriqueño.

Manuel Zeno Gandía.

LA PALMADA

(Poesía recitada por el Conde Kostia en la velada inaugural del Centro Puertorriqueño).

Epoca, no muy añeja;
hora, la noche mediada;
lugar, una encrucijada
que alumbra una candileja.

¿Sombras?... Lo circundan todo.
¿Ecos?... Silencio sombrío;
en el aire, mucho frío,
en la tierra, mucho lodo.

De arriba, copos de nieve,
de abajo, helado vapor;
y apenas tenue fulgor
de aquel choque irradia leve.

LAS ANTILLAS

A lo lejos, sombra densa,
negruras que atemorizan,
fantasmas que se deslizan
y sólo el miedo condensa.

En lo cerca, languidez
de luz: si alguna aparece,
la difunde y desvanece
insondable lobreguez.

Allí una casa, un balcón
que domina la calleja
y por debajo una reja
que guarda rudo aldabón.

Hay grifos en el alero
la boca abierta y con traza
de ser constante amenaza
del rondador callejero;

artistas del viejo arte
do la escarcha se amontona
y en conos se apelotona
o en cenefas se reparte.

Disimulado postigo,
callado como lo sueña
el que va tras una dueña
o escapa de un enemigo;

algún pórtico saliente
que forma un ángulo entrante;
un peligro al caminante,
un abrigo al delincuente.

Y, por fin, junto a un fanal
por el tiempo ennegrecido,

hay un santo guarecido
por empañado cristal

que parece que en tal punto
del esquinazo en lo interno,
está con mutismo eterno
contemplando aquel conjunto.

Pasos no pueden sonar,
pues la nieve los extingue,
pero un bulto se distingue,
que avanza con largo andar.

¿Galán? ¿Rondador villano?
¿Tahur que incautos husmea?
Feliz que va a Citerea?
¿Presa de aguacil insano?

Ni se sabe ni se indaga,
mas se deja comprender
que va de alguna mujer
enamorado a la zaga.

Llega junto al caserón,
receloso se detiene
como aquel a quien conviene
disimular la intención;

mira en torno, se cerciora
de que todo va a su intento
a tiempo que en un convento
se escucha lenta la hora,

y entonces, a la fachada
mirando ya sin rebozo,
deja caer el embozo,
y da una fuerte palmada.

¡Eco que el aire confunde
y lo remueve y lo ahonda,
cabalgador de la onda
que lo lleva y lo difunde;

rumor que brota al batir
manos de rudo chocar,
tan veloz en el sonar
como presto en el morir;

nota súbita y medrosa
que avisa llama o asusta,
en la soledad augusta
de la noche silenciosa.

Al escapar de las manos
para subir por el muro
buscando asilo seguro
que la libre de profanos,

—¿quién aciedta a comprender
que fin aspira a lograr?
¿a quién osa despertar?
¿a quién quiere conmover?

Cruje, se evade, aletea,
sacude el confín dormido
como una cinta de ruido
que palpitante cimbrea;

se dilata, sube, flota,
se filtra si halla por donde,
en una grieta se esconde
o por un hueco se agota.

y va, por fin, diligente,
con su lenjuage conciso

a despertar al remiso
o a calmar al impaciente.
... ...
Alza la vista al balcón
el misterioso galán,
movido por el afán
del que acecha la ocasión.

Y el balcón mira... sombrío
como cuadro sin figura,
orla indecisa y obscura
que está envolviendo el vacío.

Arriba, el arco de piedra,
sostén de labrado escudo;
blasón do el tiempo sañudo
hizo germinar la hiedra.

Debajo, férrea baranda
que fácil curva describe,
el mirador circunscribe
y lo decora y lo agranda.

En el caprichoso enrejo,
labores donde pudiera
tejerse una enredadera,
colgar su nido un vencejo;

y dentro de aquella arcada
y aquel barandal labrado,
hueco de sombras poblado,
fáuce en el muro fraguada.

Sonó un pestillo indiscreto...
Tal vez no quiso callar,
que no puede el moho guardar
en amores un secreto,

Y entonces en el balcón
apareció una figura
como mágica escultura
producto de una ficción.

Femenil contorno; dama
que, sin verla, se presiente;
que acude tímidamente
adonde el amor la llama.

Verla el de abajo, trepar
por la reja con destreza,
subirla con ligereza
y en el balcón cabalgar.

audacia fué realizada
por el galán con tal tino,
que siguió el mismo camino
por donde entró la palmada.

Y tras la atrevida empresa,
sin curioso que escrudiñe,
un brazo amante que ciñe,
un labio ardiente que besa;

breve dintel que se pasa,
puerta que alguno cerró,
y todo inmóvil quedó
en la calle y en la casa.

Después... soledad, misterio,
mucha escarcha, mucho frío;
se restablece sombrío
de las sombras el imperio.

Fulgores que languidecen,
ráfagas de soplo helado,

rastro en la nieve gravado,
ecos que se desvanecen...

Y el escudo señorial
del balcón quedó en la arcada
como careta colgada
sobre inmundo lodazal.

Por allí de fácil modo
subió impaciente el amor,
por allí bajó el honor
a revolcarse en el lodo.

En noches que ya pasaron,
por allí, donde pudieron,
¡cuántos amores subieron!
¡cuántas deshonras bajaron!

Que si no puede el azar
honra y amores reunir,
si el amor quiere subir
tiene el honor que bajar.

Y así, en la triste calleja,
hallaron franco portillo
para bajar, un pestillo;
para subir, una reja...

Mientras a la casa adjunto,
del esquinazo en lo interno,
está el santo sempiterno
contemplando aquel conjunto.

Manuel Zeno Gandía.

VELADA INAUGURAL DEL CENTRO PUERTORIQUEÑO.---Un aspecto de la concurrencia.

A CUBA

(Poesía recitada por su autora en la velada inaugural del Centro Puertorriqueño.)

Cuba, Cuba, a tu ribera
Llego triste y desolada,
Al dejar la patria amada
Donde ví la luz primera!
Sacude el ala ligera
La radiante inspiración,
Responde mi corazón
En nobles afectos rico,
La hija de Puero Rico
Lanza al viento su canción!

Mas las nieblas del olvido
No han de empañar los reflejos
Del hogar que miro lejos
Tras de los mares perdido!...
Si ausente lloro mi nido,
Otro aquí vengo a formar,
Y ya no podré olvidar
Que el alma llena de anhelo,
Encuentra bajo este cielo
Aire y luz para cantar;

¿Cómo no darme calor
La hermosa tierra de Tula,
Donde el horizonte azula
Y da a los campos color?

LAS ANTILLAS

¿Cómo no encontrar amor,
Para colmar el poeta
Las ansias de su alma inquieta,
Aquí, donde esplende el arte
Y en abundancia reparte
Las tintas de su paleta?

Cuba y Puerto Rico son
De un pájaro las dos alas,
Reciben flores y balas
Sobre el mismo corazón...
¡Qué mucho si en la ilusión
Que mil tintes arrebola,
Sueña la musa de Lola
Con ferviente fantasía,
De esta tierra y de la mía
Hacer una patria sola!

Le basta al ave una rama
Para formar blando lecho!
Bajo su rústico techo
Es dichosa porque ama!
Todo el que en amor se inflama
Calma en breve su hondo anhelo;
Y yo plegando mi vuelo,
Como el ave en la enramada,
Canto feliz, Cuba amada,
Tu mar, tu campo y tu cielo!

Lola R. de Tió.

CENTRO PUERTORRIQUEÑO.--Comité Organizador.

PALABRAS

(Pronunciadas en la inauguración de la Sociedad Puertorriqueña)

Nada tan árduo para mí como el empeño que me ha confiado el Presidente de la Asociación que ahora inauguramos, mi ilustre amigo y paisano el doctor Cuevas Zequeira.

Hablar como hablo yo, desmañadamente, ante un cultísimo auditorio que ha venido a recrear el pensamiento y el oído con la doble magia de la palabra y de la música, empresa es que amerita el calificativo de temeraria. Si se tratara de una fiesta frívola y mundana, de mero esparcimiento del espíritu, no me prestaría a ser objeto de comparaciones, harto desfavorables para mí. Pero aquí no se trata de frivolidades, sino de una obra de amor, de patriotismo y de fraternidad. ¡Se me pide un servicio, no un vano escarceo literario; y estas consideraciones, que pesan muchísimo en mi ánimo me han hecho subir a la tribuna, no con la presunción del hombre que trae un mensaje importantísimo, sino con el espíritu de sacrificio de quien cree cumplir un deber ineludible: que sacrificio grande es para mí tener que alzar la voz donde han de hacerlo oradores tan inspirados y elocuentes como los doctores Sánchez Fuentes y Cuevas Zequeira.

Para comprender la trascendencia del acto solemne que ahora celebramos, preciso es recordar la psicología del puertorriqueño establecido en Cuba. De todos los países que envían a esta noble y rica nación, su tributo de sangre, músculos e inteligencia, Puerto Rico es el más afín a la Antilla mayor, por razones de historia, de geografía y de raza. El puertorriqueño considera y ha considerado siempre a Cuba como una continuación y duplicado del suelo nativo. Aquí se encuentra entre

hombres y mujeres de su misma raza que tienen sus mismas costumbres, hablan su lengua vernácula, lo consideran como amigo y persiguen aspiraciones e ideales muy semejantes a los suyos. Cualesquiera que sean los motivos que le impulsaron a emigrar, el puertorriqueño, desde que pisa esta tierra hospitalaria, se mezcla y confunde con el *stock* humano nacional, como la gota de agua desprendida de una nube se pierde al caer en un depósito lacustre. Esta afinidad y mutua simpatía favorece mucho al inmigrante borinqueño, porque le evita las angustias y dolores propios de una adaptación siempre difícil, a un medio social diferente del suyo. Desde que llega a Cuba, el puertorriqueño se siente cubano por el corazón, por la psicología y por la historia. Una ilustre poetisa nuestra ha expresado esta observación en unos versos famosísimos:

Cuba y Puerto Rico son
de un pájaro las dos alas...

Natural es que siendo el borinqueño un cubano en potencia o en acto, según resida en Puerto Rico o en Cuba, no haya sentido al llegar a este país la necesidad de asociarse para buscar auxilio y protección entre sus conterráneos. Viniendo como viene de una provincia espiritual de Cuba, halla en los cubanos y en los españoles residentes aquí la misma simpatía, el mismo afecto que el cubano encuentra al trasladarse de un lugar a otro en tierra nativa. Entre él y el cubano por nacimiento no existen diferencias de actitudes en lo que al medio ambiente se refiere.

Por consecuencia de esta orientación mental, muy ventajosa para nosotros los puertorriqueños, hemos vivido disgregados en el territorio de Cuba, dejando siempre a la iniciativa de unos pocos abnegados la unión circunstancial, pasajera y precaria que a veces ha exigido un empeño común: el festejar a un compatriota ilustre de paso entre nosotros, el llevar a cabo una suscripción para una obra benéfica o patriótica, etc. ¿Qué necesidad tenían de asociarse permanentemente en la lucha con-

tra el medio los que no sintieron nunca las asperezas de esa lucha?

Los puertorriqueños establecidos en Cuba hemos creído que esa disgregación no puede continuar. Y esto, por dos razones: por interés y utilidad común y porque la hora actual, el momento solemne en que vivimos nos impone como una necesidad la asociación. Nunca, en ningún instante de la historia, la cordialidad, la unión y la fraternidad humana han sido tan necesarias como ahora. Los valores ideales del hombre moderno están pasando por una mutación completa y radical. El individualismo doctrinario de nuestros abuelos y de nuestros padres ha cerrado los ojos, tal vez para siempre. El hombre actual es socialista en el sentido amplio, humano y generoso de la expresión. Es socialistafi porque la experiencia recogida en la historia le ha enseñado que la prosperidad, la dicha y la riqueza del individuo están indisolublemente unidas al bienestar a la dicha y la prosperidad de sus coasociados.

Preocupándonos del bien de los demás llegamos a la dicha personal de un modo más fácil y expedito que poniendo los ojos exclusivamente en el provecho egoísta e individual. Por otra parte, todos los pueblos del mundo se encuentran agitados hoy por una conmoción suprema y dolorosa. No parece sino que se trata de crear un nuevo mundo social y espiritual, una humanidad mejor, más noble y pura que la humanidad de ahora. Cuba y Puerto Rico han sentido ya las primeras sacudidas de esa crisis suprema. Ambas se agitan buscando orientaciones, ensayando nuevas soluciones, interrogando con agustia el porvenir incierto. Deber de los puertorriqueños que vivimos en Cuba es cooperar con toda el alma a la obra de reconstrucción que se avecina. Así lo comprendemos todos, y por eso hemos formado la Asociación Puertorriqueña, no sólo para protegernos mutuamente cuando la protección sea provechosa, sino para servir a nuestra patria ausente y para pagar a los cubanos, con creces, si es posible, la hospitalidad generosa que nunca nos negaron. Queremos demostrar que no venimos a Cuba solamente a ganarnos la vida, a hacer dinero, sino, al contrario, que es-

tamos ansiosos de ayudar a nuestra patria adoptiva en sus luchas por el derecho, el bienestar y la cultura.

Dos fuerzas, señoras y señores, mueven actualmente la humanidad civilizada: la cultura y la cooperación social. La cultura—tomando esta palabra en su acepcióón más amplia y liberal—significa en último término el dominio de la naturaleza por el hombre, y el ejercicio y desarrollo de aquellas cualidades y poderes exigidos por la lucha del espíritu contra la materia, de la inteligencia, y de la voluntad contra la fuerza bruta. Pero la cultura sin la cooperación social es inecunda: es como una barbarie del sentimiento y una atrofia del corazón. La lucha por la vida—y esto lo han demostrado los biólogos modernos, casi todos darwinistas convencidos—es en el hombre y en los animales superiores una asociación para la lucha. También se ha demostrado que la adaptación mejor, la más eficaz y económica, no consiste en ajustarnos pasivamente al medio circunstante, como la cera se amolda a los relieves de un objeto, sino en modificar el medio físico y social para satisfacer las necesidades materiales y espirituales de la vida. Esta adaptación activa no puede realizarse sino por medio de la cooperación, la cual centuplica la energía humana y pone al servicio de todos las ventajas que de otra manera serían patrimonio de unos pocos privilegiados.

La Asociación Puertorriqueña de Cuba desea perseguir ese doble ideal de cultura y coperación. Desde ahora en adelante podrán unirse en una aspiración común millones de corazones que en Cuba sostienen dos cultos sacrosantos: el amor a Borinquen, la patria natural, y el afecto y gratitud a Cuba, la patria adoptiva.

Tal es a mi juicio la significación que tiene el centro social cuya creación estamos festejando en una fecha gloriosísima para todos los puertorriqueños.

Voces más elocuentes que la mía, las de los doctores Sánchez Fuentes y Cuevas Zequeira, expondrán con arte exquisito con ideas excelsas y brillantes lo que yo no logro decir sino de un modo torpe y deslucido. Yo me limito a desear con todas las

potencias de mi alma que para bien de Cuba y honra y provecho de Borinquen, prospere en alto grado este Centro Social; que no desmayen nunca el entusiasmo, la fé y la energía de sus fundadores y que la Asociación Puertorriqueña, nutrida de idealismos nobles, sea en todo tiempo una continuación de la patria borinqueña y un trozo espiritual de la patria cubana.

A. M. Aguayo.

El Director de la Banda de la Marina que contribuyó al éxito de la fiesta inaugural del Centro Puertorriqueño.

AUSENCIA

(Poesía recitada por la señorita Lucila Cuevas Zequeira, en la velada inaugural del "Centro Puertorriqueño").

Puerto-Rico, patria mía,
la de blancos almenares,
la de los verdes palmares,
la de la extensa bahía.

¡Qué hermosa estás en las brumas
del mar que tu playa azota,
como una blanca gaviota
dormida entre las espumas!

En vano, patria, sin calma,
muy lejos de tí suspiro,
yo siempre, siempre te miro
con los ojos de mi alma;

En vano me trajo Dios
a un suelo extraño y distante,
en vano está el mar de Atlante
interpuesto entre los dos:

En vano se alzan los montes
con su manto de neblinas;
en vano pardas colinas
me cierran los horizontes;

Con un cariño profundo
en tí la mirada fijo;
para el amor de tu hijo
no hay distancias en el mundo;

Y brotas a mi deseo
como espléndido miraje,
ornada con el ropaje
del amor con que te veo.

Te miro, sí, placentera
de la Isla separada,
como una barquilla anclada
muy cerca de la ribera,

Do el viento sobre las olas
te lleva en son lastimero,
del errante marinero
las sentidas barcarolas;

Y céfiros voladores
que bajan de tus montañas
los murmullos de tus cañas,
los perfumes de tus flores.

El mar te guarda, te encierra,
en un círculo anchuroso,
y es que el mar está celoso
del cariño de la tierra;

Y yo, patria, que te quiero,
yo que por tu amor deliro,
que lejos de tí suspiro,
que lejos de tí me muero;

Tengo celos del que mira
tus alboradas serenas,

del que pisa tus arenas,
del que tu aliento respira.

Tú das vida a la doncella
que inspira mi frenesí,
a ella la quiero por tí,
y a tí, te quiero por ella.

Ella, es la perla brillante,
en tus entrañas formada,
tú, la concha nacarada
que guarda la perla amante.

Es paloma, que en la loma
lanza su arrullo sentido,
y tú, patria, eres el nido
donde duerme la paloma.

Si yo te ví indiferente,
si mi amor no te decía,
¡ay! patria, yo no sabía
lo que es el llorar ausente!

Mas hoy que te ven mis ojos
de tu mar entre las brumas,
como una ciudad de espumas
forjada por mis antojos;

Hoy que ya sé lo que vales,
hija del sol y del viento,
que helarse mi sangre siento
con las brisas invernales;

Hoy diera, en la tierra hispana,
el oro que el mundo encierra,
por un puñado de tierra
de mi tierra americana.

José Gautier Benítez.

A PUERTO RICO

(REGRESO)

(Poesía recitada por la Srita. Angélica Busquet en la velada inaugural del Centro Puertorriqueño).

Por fin, corazón, por fin
alienta con la esperanza,
que entre nubes de carmín,
del horizonte al confín,
ya la tierra a ver se alcanza.

Luce la aurora en oriente
rompiendo pardas neblinas,
y la luz como un torrente
se tiende por la ancha frente
de verdísimas colinas.

Ya se va diafanizando
de la mar la espesa bruma,
el buque sigue avanzando,
y va la tierra brotando
como Venus de la espuma.

Y allá sobre el fondo oscuro
que sus montañas le dan,
bajo un cielo hermoso y puro,

cerrada en su blanco muro
mi bellísima San Juan.

Y aunque esa Ciudad amada,
mis afecciones encierra,
con el alma entusiasmada,
yo no me acuerdo de nada,
sino de ver esa tierra.

Perdonadle al desterrado
ese dulce frenesí;
vuelvo a mi mundo adorado,
y yo estoy enamorado
de la tierra en que nací.

Para poder conocerla
es preciso compararla,
de lejos en sueños verla;
y para saber quererla
es necesario dejarla.

¡Oh! no envidie tu belleza,
de otra inmensa población
el poder y la riqueza,
que allí vive la cabeza,
y aquí vive el corazón.

Y si vivir es sentir,
y si vivir es pensar,
yo puedo, patria, decir,
que no he sabido vivir
al dejarte de mirar.

Que aunque es templado y suave
no vive, no, en el ambiente
el pez de las ondas nave,
ni entre las ondas el ave,
ni yo de mi patria ausente.

LAS ANTILLAS

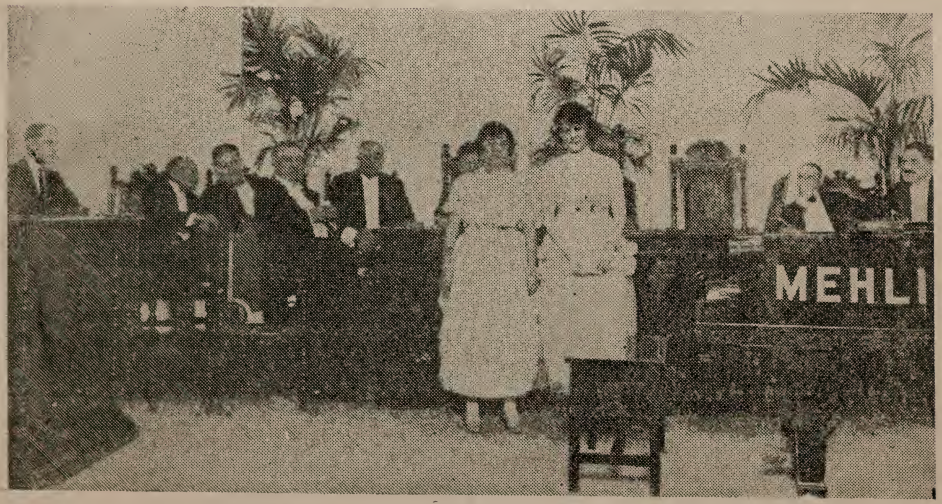
¡Patria! jardin de la mar,
la perla de las Antillas,
¡tengo ganas de llorar!
¡tengo ganas de besar
la arena de tus orillas!

Si entre lágrimas te canto,
patria mía, no te asombre
porque es de amor ese llanto,
y este amor es el más santo
de los amores del hombre.

Tuya es la vida que aliento,
es tuya mi inspiración,
es tuyo mi pensamiento,
tuyo, todo sentimiento
que brote en mi corazón.

Que halla en ti vida primero,
cuanto ha de fijarse en mí,
y en todo cuanto venero,
y en todo cuanto yo quiero
hay algo patria de tí.
No, nada importa la suerte,
si tengo que abandonarte,
que yo solo aspiro a verte,
a la dicha de cantarte.
y a la gloria de cantarte.

José Gautier Benítez.



Las señoritas Lucila Cuevas Zequeira y Angélica Busquet, después de haber recitado, respectivamente, las poesías, "Ausencia" y "Regreso", del inmortal Gautier Benítez, en la velada inaugural del Centro Puertorriqueño.

NIEBLA

(Poesía recitada por su autora en la velada inaugural del Centro Puertorriqueño.)

Oh viejos recuerdos de días lejanos
Que han ido a perderse con blando rumor
Por prados y lomas, por montes y llanos
Dejando en el alma tristeza y dolor!

Volved a la mente sin sombras de duelo,
Volved silenciosos sin quejas ni afán,
Así como cruzan las aves el cielo
Que nadie adivina si vienen o van.

Volved en los rayos de pálida luna
Que riela en las ondas azules del mar
O bien en la niebla medrosa, importuna
Que oculta a lo lejos el verde palmar.

Traedme el arrullo de aquellas palomas
Que hicieron sus nidos tan cerca de mí
Y al aire tan puro, tan lleno de aromas
De aquellas montañas en donde nací!

Cantadme al oído las dulces canciones
Que tanto me hicieron sentir y gozar
Oh viejos recuerdos de dos corazones
Que nunca el destino debió separar!

Que importa si el alma soñando suspira
Al ver los rosales marchitos en flor,
Si son mis recuerdos ¡ho trémula lira!
Que cantan contigo mi eterno dolor!

Lola R. de Tió.

LAS CAUSAS DE LA GUERRA EUROPEA

Una conflagración horrenda, cuyas funestas consecuencias han de pesar fatalmente sobre muchas generaciones en el porvenir, se ha desatado durante el espacio de varios años en los más florcientes y ricos territorios de Europa, y ha extendido su acción a los más remotos confines del planeta; se ha infiiltrado sutilmente en el fondo de los mares, y ha fulminado sus rayos destructores desde las regiones hasta ayer inaccesibles del espacio aéreo.

Está demasiado próximo a nosotros el panorama aterrador de esta crudelísima guerra, para que pueda la generación presente contemplarlo con serenidad y juzgar sin pasión las peripecias de la contienda, pero no por eso han de prohibirse los espíritus reflexivos toda investigación sobre aquellos memorables acontecimientos. Parece, por el contrario, que a la determinación de las causas generadoras del conflicto, y al estudio del proceso que ha de seguir hasta su cabal liquidación, debe dedicarse ahincadamente la atención de historiadores y sociólogos, obedientes al propósito de preparar a pueblos y gobiernos para que aleccionados por tan ruda experiencia, traten de evitar a la humanidad nuevas carnicerías, y a la civilización de que somos poseedores, el peligro de nuevas e irremediables catástrofes.

Más, para arrancar a la historia su secreto, para interpretar con acierto los hechos y aquilatar su valor y significación, importa recordar ante todo, que los actos humanos, individuales o colectivos, están sujetos a las leyes que regulan su producción y desarrollo, lo mismo que todos los fenómenos que a nuestra consideración ofrece la naturaleza.

No comparten esta opinión, sólidamente fundada en razo-

nes de indiscutible valor científico, los observadores miopes a quienes una guerra, una revolución, o cualquier otra acaecimiento social de igual carácter sorprende y aterra como aterra y sorprende al ingenuo campesino el huracán, que sobre vergeles y plantíos desencadena rugiente legión de vientos asoladores, pero en cambio, sociólogos y meteorologistas siguen paso a paso la marcha respectiva de unos y otros trastornos, subordinados como cualquier otro grupo de fenómenos, al determinismo de leyes perdurables.

No puede sustraerse a ellas el [illegible] duelo empeñado recientemente entre las más poderosas naciones de Europa y por esa razón no hay que buscar su origen y antecedentes en la resonante tragedia de Sarajevo, sino en un período de latente gestación que, como sucede siempre con estas grandes sacudidas morales, alcanza a tiempos muy lejanos y abraza enorme red de complicadísimos sucesos.

Ilustran esta verdad irrebatible con enorme fuerza probatoria, razones innúmeras, pero prescindiendo de ellas y de los hechos que las acompañan, sólo quiero citar a este propósito, una frase luminosamente reveladora, pronunciada por el historiador Ranke, en los días luctuosos de la guerra franco prusiana. Preguntóle Thiers, una vez caído Napoleón III y suprimido el Imperio, contra quien continuaba el ejército teutón las hostilidades, y contestóle aquél, con imperturbable serenidad: contra Luis XIV!

Así en la complicada urdimbre con que se asocian unos a otros los humanos acontecimientos, surge a veces en el presente, manifiesta y tangible, aun para los inexpertos y mal informados, la acción imperecedera y eficaz de un pasado, al que no hay medio de sustraernos, porque, como dijera con singular acierto Condorcet, no podremos jamás detener nuestro pensamiento en la batalla de Maratón o en la de Salamina, sin asociar a este recuerdo la consideración de la influencia que una y otra tuvieron en el ulterior desarrollo de la historia.

Viene por virtud de esta ley a formar un todo orgánico la labor realizada en el curso de los tiempos por la humanidad, y

sentimientos desde lejana época arraigados en el corazón de las muchedumbres, transfórmanse en ideas, cuyos elementos motores, espoleando la voluntad, llevan a los pueblos a las resoluciones heróicas o a las catástrofes ingentes, a las resplandecientes cimas de la virtud o a las oscuras encrucijadas del crimen colectivo.

Personaje real, o símbolo creado acaso por la ironía punzante de Enrique Heine para poner en solfa los desapoderados rencores de sus conciudadanos, es no obstante, un testigo elocuentísimo de la persistencia y virtualidad de ciertos estados emocionales, aquella mujercita enfurecida que pedía en la primera mitad de la pasada centuria, derramar a torrentes la sangre francesa para vengar la muerte del príncipe Conradino de Hohenstaufen, decapitado en 1268 por orden de Carlos de Anjou.

Y estas cóleras inveteradas, aunque risibles a los ojos del autor del *Intermezzo*, fueron formando por estratificaciones sucesivas en el espíritu del pueblo alemán, serio, tenaz y metódico, todo un sistema de complejísimos sentimientos, que como veremos más adelante, dieron un día sus frutos naturales.

A que así fuera, y en no escasa medida, contribuyó cierto libro escrito por el sociólogo francés Conde de Gobineau, con intenciones y propósitos muy disímiles de los que sus interesados admiradores de allende el Rhin han tenido a bien adjudicarle, pues si bien es cierto que en la obra susodicha pretende su autor no sin grave y evidente apartamiento de la verdad, explicar todo el proceso social por una especie de concepción mística de la pureza de las razas, a las que, desde luego señala un orden fatalmente jerárquico que la ciencia está muy lejos de confirmar, no justifica por eso las deducciones que de ella han derivado los directores de la conciencia nacional en Alemania, declarando a su pueblo árbitro y señor de los humanos destinos y artífice único de la civilización.

Filósofos, historiadores, estadistas, príncipes y guerreros encontraron en el recuerdo cien veces renovado de las viejas querellas encendidas desde los días de Arminio, entre latinos y germanos y en las alucinaciones generadas por los descarriados

intérpretes de Gobineau, estímulos más que suficientes para fundir en un extraño monoideismo el pensamiento de millones de hombres, que, absortos en el recuento de sus propias virtudes y grandezas, diéronse con singular obstinación a acariciar para el futuro magnos ensueños de dominación y de gloria, confiando ver de nuevo, como en los remotos tiempos de Alarico, la espada de los godos cayendo fulgurante y vengadora sobre el patrimonio de los pueblos de estirpe romana.

Animados así por un fanatismo desconcertante, arraiga en el corazón de las muchedumbres, y se trasmite por contagio de unas a otras clases entre las gentes teutónicas, la fe en la realidad de una misión providencial confiada al pueblo alemán por poderes sobrenaturales, o por la incontrastable fuerza de poderosas leyes históricas.

Una de las modalidades sintomáticas de ese estado pasional, verdaderamente morboso es el desprecio con que, aleccionados por historiadores como Henry Leo, para quien los celtas establecidos en el mediodía de Europa, y sus descendientes han sido siempre un mísero rebaño movido por instintos bestiales, han llegado a mirar a todas las gentes de la tierra.

Y colocados por ese eretismo espiritual en plano que ellos estiman superior, ¿quién ha de extrañar que en la conciencia de la comunidad germánica por lo que respecta a sus relaciones con otras comunidades, se haya ido desvaneciendo, hasta borrarse en lo absoluto la frontera que señala a la actuación humana los eternos límites impuestos por la moral? De ahí la persistente condenación de todo movimiento de piedad o de respeto hacia las naciones débiles, el menosprecio de los más nobles sentimientos que honran al hombre, y hacen grata su existencia, la dignifican y la embellecen; de ahí la insolente deificación de la fuerza, elevada por el Príncipe de Bismarck a la categoría de fuente única del derecho, y los airados somatenos con que Treitschke convocara incensantemente desde su cátedra universitaria, a la gran familia teutónica a una nueva y definitiva cruzada que habría de poner en sus manos el cetro del mundo.

Pero faltaba a estos anhelos antisociales una consagración suprema, y la encontraron al cabo en los apotegmas de Federico Nietzche, el más vehemente y original de los apóstoles del pangermanismo, el artista maravilloso que puso al servicio de los ideales de su pueblo y de su raza la ardiente fragua de una imaginación exaltada hasta el delirio, y cuya influencia fué por lo mismo tan grande en su pueblo y en su raza, que puede afirmarse sin vacilación alguna que la política exterior de Alemania en los últimos tiempos ha sido la cristalización efectiva de aquella doctrina nietzcheana, según la cual el instinto fundamental de la vida en todo organismo no es el de conservación, sino el de dominio.

Y en días de los nuestros no muy apartados esa política tuvo ya su personificación más alta y poderosa en el príncipe de Bismarck, que una vez constituído el Imperio, puestos pensamiento y voluntad en el porvenir supo, con la admirabre plasticidad que su genio político le imponía, ir preparando para ulteriores contiendas que él pensaba traducir necesariamente en victorias defintivas, a la nueva nacionalidad por él forjada en los campos de Sadowa y de Sedán.

Quiso por el mismo cauce encaminar todas sus actividades el Emperador Guillermo II, pero este príncipe sediento de aplausos y ambicioso de gloria solicitado incesantemente por estímulos disímiles y contradictorios que le empujaban sin tregua a la acción, atenaceado quizás por influjos perturbadores de que sólo la nosología podrá darnos cuenta en su oportunidad, si en ocasiones se nos ha ofrecido como un legítimo heredero de aquel gran Federico *que fué a la vez el Richeliu y el Turena de la Prusia*, en más de un momento de su agitada existencia, por la incoherencia de su versátil movilidad, y por la extravagancia de sus multiformes aspiraciones, mostró paladinamente esa inferioridad como político y estadista, que los resultados últimos de la guerra han puesto en evidencia de una manera irrebatible.

Mas, no obstante esta circunstancia, pudo Guillermo mandar a su pueblo y ser obedecido por él sin restricciones, con

sumisión acaso no igualada jamás en la historia, porque producto él mismo de la conformadora acción del medio que le dió vida, sus propios ensueños de dominación universal no fueron sino la expresión intensificada por las determinaciones hereditarias, del pensamiento común de sus vasallos.

Y buena prueba de ello es, que llegado el conflicto balcánico, origen indirecto de la magna conflagración europea a su madurez, a evitar que se resolviera al cabo en la horrible y desastrosa guerra que hemos presenciado con horror, se dispusieron todos los elementos pacifistas del viejo mundo, y no fueron los socialistas sordos a esta voz tan acomodada a lo que hay en su credo de fundamental, pero en esta oportunidad, como en otras muchas análogas la voz de los hechos dió en tierra fácilmente con el ingrávido alcázar de las teorías, y así vemos que a la hora de votar los créditos necesarios para levantar, armar y avituallar las grandes fuerzas que Alemania necesitaba poner en pié, los partidarios del socialismo, antes que a su condición de tales prestaron oído a las imperiosas exigencias del Emperador, con la sola excepción de Liebknecht y Rosa Luxemburgo, pues el primero declaró sin atenuaciones de ningún género que la guerra que iba a emprender Alemania era manifiestamente *imperialista* y la segunda, en un arranque de justificada indignación dijo a sus correligionarios que en un apostolado de medio siglo los grandes maestros de la escuela solo habían conseguido prepararlos para que los mandara y dirigiera Hindemburg. Contrasta por su coherencia con toda su propaganda anterior esta conducta con la de otros agitadores de la misma laya, lobos con piel de pacífica oveja que a las primeras insinuaciones de guerra se apresuraron a conceder todo cuando se les pidió, y no fué poco, para llevar adelante las temerarias ambiciones del soberano teutón.

Y como los socialistas, los alemanes todos, a despecho de viejas querellas, y de opiniones más o menos contradictorias hipnotizados por la sugestión de un magno delirio colectivo, presentaron ante el mundo el espectáculo digno de los tiem-

pos bíblicos, de una porción de la familia humana, movida por una sola voluntad y un solo pensamiento, marchando con pasmosa serenidad y con fé ciega, a la conquista de una nueva tierra de promision.

Florescencia morbosa de los sentimientos que he venido señalando como predominantes y casi exclusivos de toda otra modalidad emocional en el pueblo alemán, esta epidemia en que se abismó su espíritu, reproduce ante nosotros las formas atávicas de otras psicosis bien conocidas en la historia, sin que haya faltado en el cuadro sintomático de su extraña dolencia el eterno espejismo de los iluminados que, para aniquilar a sus enemigos y afianzar sus propias esperanzas de triunfo, buscan en las regiones inaccesibles de la celestial mansión la alianza omnipotente de algún Jehová más o menos auténtico.

Y a recrudecer con el influjo de una acción decisiva dentro de las grandes complicaciones de la vida moderna, la hiperestesia de estas ilusiones compartidas por todo un cuerpo social vino la rápida transformación del imperio en una vasta organización industrial, obligada a pedir a otras gentes las materias primas de que él carece en todo o en parte, de tal manera, según el sereno juicio de expertos maestros en la ciencia económica, que para sacar de su suelo los géneros alimenticios y los productos primarios que para la intensa elaboración de su poderosa industria necesita, le sería preciso a Alemania poseer un territorio triple cuando menos, del que al principio de la guerra constituía su inmenso dominio.

Por eso, condensando en un resonante acorde la nota pseudo-religiosa con la económica, y lanzando un reto audaz a la razón y al derecho, dijo un día Schlippmacher en el congreso de Miinster, "que Dios no habla ya a los Monarcas por la voz de los Profetas o por las revelaciones del ensueño, sino que hace patente su divina voluntad a los señores de las naciones siempre que se les ofrece oportunidad de atacar a un país vecino y de extender a costa de él sus propias fronteras.

Agresiva por eso, en ocasiones, implacable a veces, y siempre amenazadora para la paz universal, la orientación

política del gobierno de Berlín en el breve espacio de unos pocos años, ora escandaliza a Europa prestando decidida protección al *Sultán Rojo, asesino* brutal de indefensos armenios en las calles de Constantinopla, ora, por la mísera querella de unos cuantos soldados desertores de Casa Blanca, a pique está de desatar sobre la civilización el tremendo azote de la guerra, ora con la extraordinaria amplitud de sus armamentos siempre crecientes lleva la intranquilidad y la alarma a todas las Cancillerías del viejo mundo, hasta que un día, al fin, *día de execración* que hubiera dicho el poeta, la mano aleve y criminal de un asesino, cuyos verdaderos móviles permanecen envueltos en el misterio, lanza unos contra otros a millons de hombres armados, abre a torrentes de sangre generosa derramada en los campos de batalla, ancha exclusa, y ofrece a la ambición germánica abonada y propicia oportunidad, para caer como un ave rapaz sobre los pueblos rivales que la rodean.

La responsabilidad contraída por Alemania en este caso es evidente, y mientras no se borre de la memoria de los hombres la pavorosa visión de los dolores sin medida a que se ha visto condenada la generación presente, pesarán sobre ella graves acusaciones, y la perseguirá el clamor indignado de la posteridad, porque la verdadera causa inmediata de la guerra, más que en el crimen mismo perpetrado el día 28 de Junio de 1914 en Sarajevo, la encontramos en el insidioso proceder de Guillermo II, que asume, con mefistofélica malicia la dirección efectiva de las negociaciones emprendidas a raíz del asesinato, y explotando seculares rivalidades arrastra al gabinete austriaco por senderos de tan desapoderada intransigencia contra Serbia, que necesariamente había de dar como único resultado posible las impías matanzas que han diezmado a la humanidad en estos últimos años.

Con efecto, apenas conocida la muerte del Archiduque Francisco Fernando y de su esposa, cuando todavía era imposible que las investigaciones emprendidas hubieran arrojado luz suficiente para formar el más somero juicio sobre los anteceden-

tes y tendencias del hecho, la prensa vienesa se desata con injustificada celeridad y manifiesta impremeditación, en las más atroces injurias contra el pueblo serbio y su gobierno, y no le van en zaga por este pernicioso derrotero los periodistas alemanes en su inmensa mayoría.

Cierto que no fueron nunca muy cordiales las relaciones entre la monarquía dual y el pequeño reino eslavo, cierto que no faltaban en este último soñadores impenitentes que aspiraban a levantar el tradicional estandarte serbio, lo mismo en Trieste que en Ragusa, lo mismo en Zagreb que en Sarajevo, pero fuera de estos fanáticos, sectarios de un noble ideal, nadie en el territorio de la nación, pensaba en otra que en cicatrizar las dolorosas heridas de la pasada guerra, y en consolidar su independencia y soberanía merced a las artes salvadoras de la paz.

A consenvarla con todos, y muy especialmente con su poderoso vecino el imperio Austro-húngaro, estaba comprometido por tratados solemnes el gobierno de Belgrado, y por eso, en la triste oportunidad que le ofreciera la trágica muerte de los archiduques, sus esfuerzos para evitar una ruptura de hostilidades, fueron tales, que su moderación y tolerancia ante las inauditas exigencias de Austria llegaron a extremos jamás igualados por ningún otro pueblo de la tierra, en circunstancias análogas.

Certifican con abrumadora elocuencia la veracidad de las precedentes afirmaciones, los documentos diplomáticos publicados en el *Libro Rojo* por el gabinete de Viena, pues en él y en sus primeras páginas, a guisa de consideración preliminar, se leen párrafos tan rudamente acusadores como el que, traduciéndolo fielmente, copio a continuación:

"Desde que la dinastía de los Karageorgevivth subió al trono ensangrentado de Serbia, y se rodeó de los conspiradores que atentaron a la vida del rey Alejandro, el Reino se propuso constantemente por diversas vías y con variable intensidad, el sólo y único objeto de minar por medio de una propaganda hostil reforzada por intrigas revolucionarias los territorios austro-húngaro habitados por eslavos del sud para separarlos de

la Monarquía austriaca en la primera oportunidad que la marcha política del mundo ofreciera a los proyectos panserbios".

Siguen a este otros acápites no menos acres en los cuales se llega a afirmar que la atmósfera de hostilidad evidente creada por altos funcionarios de Belgrado, contra la dinastía austriaca y contra su dominación en las regiones de la Bosnia y la Herzegovina dió origen entre otros muchos, al horrendo crimen *metódicamente preparado en Serbia contra la augusta persona del Archiduque Francisco Fernando.*

Consecuencia natural, profundamente lógica de las declaraciones oficiales y de los agrios comentarios de la prensa contra el reino eslavo, fué la altiva respuesta que como justa represalia dieron a las odiosas acusaciones con que se pretendía mancillar a su patria, los periodistas y escritores de orillas del Save, y envenenadas así las relaciones, precarias siempre entre los dos estados, la Cancillería vienesa creyó llegada la hora de remitir a Belgrado una nota, que habrá de quedar en la memoria de los hombres como típica e imperecedera demostración de los extremos de ciega intemperancia a que puede ser arrastrado un pueblo por la ambición y la soberbia.

Dando al olvido en esa nota sin ejemplo, los más elementales respetos impuestos por la cortesía internacional, el Canciller del Imperio Conde Leopoldo Berchtold dicta a Serbia el texto íntegro de las declaraciones que esta nación ha de hacer con motivo del crimen de Sarajevo, cometido precisamente en territorio austriaco, y exige su inserción en la primera página del órgano oficial y en una orden del día dirigida al ejército por el Soberano eslavo.

Mas, como si no fuera bastante cruel esta humillación insólita, en el propio documento se hiere fría e implacablemente los más nobles sentimientos del pueblo serbio, con vejaminosas imposiciones, entre las cuales descuellan las marcadas con los números cinco y seis, respectivamente, pues en ellas se pretende que el Gobierno de Belgrado se comprometa a consentir que dentro de los límites territoriales sometidos a su soberanía, *los agentes del Imperio cooperen a la represión de*

todo movimiento encaminado a combatir la integridad de sus dominios, y a las investigaciones que se hagan para conocer y castigar a los cómplices e instigadores del complot contra la vida de los Príncipes Austriacos.

Y para aceptar estas capitulaciones incompatibles con su decoro e inconciliables con su condición de estado independiente y soberano, sólo se concedió a Serbia el plazo de cuarenta y ocho horas, según la opinión de un periodista bien informado, porque así lo impuso el Kaiser, a quien se dió previo conocimiento del conminatorio mensaje.

Produjo este brutal *ultimatum* consternación general en Europa, ansiosa, con excepción de los dos grandes Imperios Centrales, de mantener a toda costa la paz, pero pronto en 25 de Julio, volvió la calma a los espíritus acuitados, la sumisión casi absoluta de Serbia a las exigencias de la monarquía dual.

Doliéronse en París y Londres de la humillación infligida a aquel valeroso pueblo, pero no pudieron menos de regocijarse viendo al propio tiempo desvanecidos los serios temores de una terrible conflagración internacional.

¿Cuál no sería en tales circunstancias la dolorosa sorpresa de estos pueblos al difundirse por todos los ámbitos del mundo civilizado la nota de Austria, fechada a las seis de la tarde de aquel mismo veinticinco de Julio, rompiendo las relaciones diplomáticas con la monarquía serbia?

Inútiles fueron desde este momento las gestiones realizadas para impedir que culminara al cabo aquella situación en una franca y expresa declaración de guerra, porque el propósito, por parte del gabinete de Viena, alentado y dirigido por el de Berlín, de llevar el conflicto a sus más pavorosas consecuencias, se hacía cada vez más evidente.

Y en efecto, en 28 de Julio, se recibió en Belgrado un telegrama del Conde Bertchold dirigido al Presidente del Consejo y concebido en estos términos: "No habiendo dado el gobierno serbio una respuesta favorable a la nota que el Ministro de Austria-Hungría le remitió en 23 de Julio de 1914, el gobierno imperial y real se ve obligado a proveer por sí mismo

a la protección de sus derechos e intereses, y de recurrir, para este propósito a la fuerza de las armas. Austria Hungría se considera, pues, desde este momento, en estado de guerra con Serbia".

La actitud de Alemania en esta hora, la más solemne acaso de la historia contemporánea, fué la que era de esperarse de todos los antecedentes que he venido estudiando, y arrojada por eso entre los más nobles exponentes de la cultura humana, la horrenda tea de una discordia criminal, ríos de sangre, y torrentes de lágrimas han corrido por el mundo, barriendo a su paso gérmenes fecundos de civilización y bienestar; pero en medio de sus grandes desastres y de sus tristezas irreparables, dejará en última y definitiva instancia esta guerra generadora de dolores sin cuento y sin medida, una rectificación de los valores morales, que llegarán a ocupar de una vez para siempre, en el orden jerárquico de las fuerzas impulsoras de la humanidad el lugar legítimo que por derecho que les asiste, les corresponde.

Sergio Cuevas Zequeira.

ATENEO PUERTORRIQUEÑO

Para conmemorar el 44o. Aniversario de su fundación, que se cumple el 29 de Junio del corriente año, celebrá el Ateneo un Certamen Artístico de acuerdo con las siguientes reglas y condicioness

LITERATURA

VERSO

I. Premio:—Diamante enjoyado y Diploma de Honor, al mejor *soneto.*

II Accesit:—Diploma de Honor, al que le siga en mérito.

III. Premio:—Perla enjoyada y Diploma de Honor al mejor *madrigal.*

IV. Accesit:—Diploma de Honor al que le siga en mérito.

V. Premio:—Rubí enjoyado y Diploma de Honor al mejor *epigrama.*

VI. Accesit:—Diploma de Honor, al que le siga en mérito

PROSA

I. Premio:—Pluma de oro y Diploma de Honor, al mejor *cuento corto.*

II. Accesit:—Diploma de Honor al que le siga en mérito.

Las composiciones deberán ser inéditas; y el autor de cada una de ellas hará tres copias mecanografiadas, y sin acompañarlas de seña, ni nombre, ni indicio alguno revelador de su personalidad, las enviará por servicio postal al señor secretario del Ateneo antes del 11 de junio de 1920.

Publicado en la prensa periódica el título de las obras premiadas, los respectivos autores comunicarán su nombre al Ateneo y deberán concurrir a la fiesta, que se verificará el 28, lunes, del repetido mes de junio.

MUSICA

I. Premio:—Objeto de arte y Diploma de Honor, al alumno de 7o. año de piano que mejor ejecute la Op. 22 de Schumann. *Sonata en Sol menor.*

II. Accesit:—Diploma de Honor, al que merezca el segundo puesto.

Las personas aspirantes a estos premios deberán haber inscrito sus nombres en la Secretaría del Ateneo antes del 15 de junio próximo; deberán concurrir al local de la Asociación el día 21 del mismo mes, a las ocho de la noche, a ejecutar, ante el Jurado Calificador, la referida pieza de música; y los dos alumnos que resulten premiados, y a los cuales el hecho de haberlo sido les será comunicado el inmediato día 25, deberán asistir al Ateneo en la noche del 28 para tomar parte en la solemnidad del Aniversario.

PINTURA

I. Premio:—Medalla de oro y Diploma de Honor, al mejor *cuadro al óleo,* del natural.

II. Accesit:—Diploma de Honor, al que le siga en mérito.

ARTE GRAFICO

I. Premio:—Medalla de oro y Diploma de Honor, al mejor *dibujo a pluma.*

II. Accesit:—Diploma de Honor. al que le siga en mérito.

El plazo para la admisión de las obras pictóricas se cierra el 21 de junio próximo.

El Ateneo reserva a cada uno de los varios Jurados el derecho de declarar desierto total, o parcialmente, el respectivo concurso cuando a su juicio ninguno de los trabajos presentados merezca galardón.

Al entrar en el año cuarenta y cinco de una vida noble y contínua, el ATENEO PUERTORIQUEÑO se juzga con títulos bastantes para convocar a los puertorriqueños—entendiendo por tales a todas las personas en Puerto Rico residentes y a todas las que, no importa donde residan, nacieron en Puerto Rico,—cultivadores de las Bellas Artes, para que aporten su concurso y su entusiasmo a la conmemoración del fausto natalicio.

No les convocamos en nombre de su amor a la gloria que es un amor egoísta, ni en nombre de su amor a la Patria que no es un amor totalmente altruista; les convocamos en nombre del Arte, en nombre del puro, generoso y desinteresado amor al Arte, que se basta a sí mismo y en sí mismo contiene su propio fin.—*Ars longa, vita brevis*, dijo el clásico. "El arte es inmortal, la vida es breve".—Y les conjuramos a sacar de sus minas interiores alguna escondida riqueza, a depurarla, a trabajarla, a limarla, y a presentarse con ella en esta liza gallarda de la Inteligencia y de la Imaginación.

Haciendo Arte deliberadamente y a conciencia se hace también, incidentalmente, Patria, Moral y Progreso.

San Juan, P. R., Marzo 12 de 1920.

E. Fernández Vanga,
Presidente del Ateneo.

M. Martínez Roselló.
Presidente de la Sección de Literatura.
y Bellas Artes.

LOS JURADOS

Los varios Tribunales de este Certamen estarán formados por los caballeros que se expresan a continuación:

EL DE SONETOS

Francisco L. Amadeo.
José Pérez Losada.
Sócrates Nolasco.

EL DE EPIGRAMAS

Miguel Guerra Mondargón.
Juan Bautista Soto.
Ramón Gandía Córdova.

EL DE EJECUCION AL PIANO

Antonio Martínez Alvarez.
Celestino Domínguez Rubio.
Manuel Rodríguez Serra.

EL DE MADRIGALES

Eugenio Astol.
Arturo Gómez Costa.
Epifanio Fernández Vanga.

EL DE CUENTOS

Francisco del Valle Atiles.
Luis Samalea Iglesias.
Manuel Benítez Flores.

EL DE PINTURA Y DIBUJO

Miguel Ferrer Otero.
Jesús María Lago.
José S. Alegría.

San Juan, Abril 5 de 1920.

R. Rivera Zayas,
Secretario del Ateneo.

LOS VENDEDORES AMBULANTES

TIPOS ITALO-BORINQUEÑOS

I

EL HOJALATERO

No me ocurre el pensamiento.
De tenerle por borrico,
que quien sabe hacerse rico
Tiene sobrado talento.

Bretón.—"Mi secretario y yo"

Si la Codicia, la Economía, la Constancia y el Trabajo pudieran reunirse en un solo ser tangible, material y de formas semi-humanas, paréceme que habían de presentarse a nuestra vista bajo la simbólica figura de un *hojalatero.* En él se encuentran personificadas, por decirlo así, aquellas cualidades, a favor de las cuales consigue al fin hacerse rico, sin haber sido agente de bolsa, ni funcionario *con uñas,* ni político girasol.

Oh, tú, lector incrédulo, que has dado en la manía de negarle todo, hasta la posibilidad de hacer fortuna en estos tiempos, como no sea por alguno de los medios indicados, ven a estudiar conmigo la vida y milagros—que tales pueden llamarse del *hojalatero,* y ríndete después a la evidencia de tus propias observaciones!

Yo que—en mi afán de conocer física y moralmente los tipos más curiosos de nuestra sociedad—he observado con atención la desgraciada estampa del hojalatero en los primeros meses de ejercicio, y después le ví,

"Extenderse, crecer, tocar las nubes"

en muy corto espacio de tiempo, sin más apoyo ni pedestal que el que pudo proporcionarse él mismo con sus peroles, pailas y cacharros; te juro, que más de una vez se me ha ocurrido la idea de trocar por dichos artefactos la péñola indiscreta, el risueño tirso y el inocente y festivo cascabel.

Pero el *hojalatero,* como el poeta, nace y no se hace; y aquel que no haya nacido para *hojalatero,* en vano cargará sobre sus hombros todo un almacén de objetos de hojalata y se echará por esos mundos de Dios a pregonar su mercancía: podrá ser vendedor de hojalata, pero *hojalatero* jamás. Realizará sus efectos, pero nunca hará fortuna como el *hojalatero* propiamente dicho.

Para serlo es condición precisa, *sine qua non,* el haber nacido en Italia; que hasta en eso tiene privilegio la hermosa patria del Dante y Virgilio.

Nuestro héroe suele ver la primera luz en las márgenes del Arno, en las vertientes de Campo Bianco, en las cercanías de Génova, o en los arrabales de la histórica ciudad que dió cuna al famoso Tito Livio. Llámase v. gr. *Luigi Pugniserratti,* y desciende en línea recta, curva o transversal ora de un noble Dux, ora de un desnudo *lazzarone,* ora, en fin, de algún famoso *ladre* calabrés.

Allí se desarrolla y crece en breve tiempo, merced a las propiedades nutritivas del *casio,* los *macarroni,* y otras sustancias sólidas, a las que son muy aficionados los hijos de aquel bello país.

A los diez o doce años de edad y cuando ya nuestro *hojalatero* en perspectiva ha llegado a ser lo que se llama un *picoleto,* se avía convenientemente con una mugrienta gorra, un pantalón azul de *tapadera,* y un chaleco hiperbólico, inverosímil, con mangas, puños y alforjas en los dos costados; aloja luego su medrado pie en un eterno zapatón de siete suelas, cuélgase al cuello un bendito escapulario *della Madonnna* y después de abrazar a sus padres y parientes

colle lágrime alle cíglia,

se embarca para América estivado entre losas de Carrara o cajones de pasta genovesa.

Un par de meses después desembarca en San Juan de Puerto Rico, sin más caudal que sus esperanza y una carta de recomendación, escrita en italiano y dirigida a uno de los *hojalateros* almacenista de esta ciudad. Pocas horas le bastan al nuevo huésped para aprender los más necesarios rudimentos de su carrera, y no es extraño verle ya al siguiente día de su llegada recorriendo la calle de Tetuán, con un quintal de latas sobre el hombro y una paila o sartén en cada mano mirando hacia los balcones y repitiendo a cada instante con melosa y atiplada voz:

—*¡Il latero, signora, il latero!*

Y la signora se ríe de él y los chiquillos le gritan, y los pollos le chulean, y los perros le ladran, y los caballos le pisan, y los coches le atropellan, todo, en fin, contribuye a la mortificación de nuestro tipo el día de su primera salida. Es un día de prueba para el *hojalatero* neófito, capaz de acobardar a cualquiera que no tenga su constancia y su fuerza de voluntad; pero él, que como ya queda dicho—posee en alto grado estas y otras cualidades, se anima y fortalece más y más con sus desgracias presentes, y, cuanto más le hieren y maltratan, tanto más se obstina en anunciar su paso por las calles y en pregonar a gritos su mercancía.

Afortunadamente dura muy poco el noviciado del *hojalatero.* Astuto y precavido como él solo, en breve tiempo llega a conocer y evitar los principales escollos de su industria, la cual va aumentado gradualmente en importancia y producción.

Dotado nuestro tipo de una actividad siempre creciente, recorre con sus latas todos los pueblos de la isla, sin dejar en el intermedio una hacienda, un barrio, un caserío, una sola choza que no visite. Concluída una expedición vuelve al instante a emprender otra, sin detenerse más que el tiempo necesario para completar su nueva carga de embudos, cafeteras y faroles.

Cual otro *Judío errante* impulsado por la secreta voz de su codicia, anda... anda sin cesar, llevando el *cargamento* en las espaldas, a guisa de caracol.

Y ni se limitan sus funciones a comprar (por ejemplo) una lata en cuatro reales para venderla después en cuatro duros; no señor; además de esto suele dedicarse a soldar lo despegado, remendar lo roto y a enderezar entuertos y abolladuras, siempre que se le pague como corresponde.

También suele comprar calderas, pailas y sartenes viejas en una parte de la isla, para venderlas por nuevas en la otra, si es que no logra colocarlas en la misma parte donde las adquirió.

Aun no está bien averiguado si el *hojalatero* come, bebe, fuma y satisface, en fin, las demás necesidades de la vida; pero lo cierto es que no se permite gastar dinero en cosas tales. No quiere esto decir que las desprecie, ni que de ellas se prive en absoluto; que no es él tan descortés y maleriado para negarse a comer con quien le invita, ni a fumar un tabaco cuando se le ofrece ni a tomar una copa cuando haya alguno que le convide y pague.

Paisano, al fin, de Verdi y Donizetti, nuestro tipo tiene también sus ribetes de filarmónico, y cuando camina por despoblado suele tocar el acordeón cantando al mismo tiempo en alta voz el *Inno di Garibaldi, el Addio della Partenza* o el *Alma innamorata*.

Su lenguaje no es italiano ni español, aunque participa de ambos: es una graciosa mezcolanza de palabras españolas italianizadas y viceversa, formadas por él para su uso particular. Puede decirse, pues, que habla en *hojalatero*.

Entiende, sin embargo, todo cuanto se le diga, siempre que sea en lengua de plata, que—según él—es la lengua universal.

Ama el dinero con idolatría, y antes se dejaría sacar un diente, que una moneda del bolsillo.

En el lugar que menos se sospecha tiene una bolsa de cuero, destinada a guardar las onzas de oro que va reuniendo, las cuales encuentran allí una tranquila y perdurable sepultura. Cada vez que el *hojalatero* llega a coger una de esas *carísimas* monedas, se retira a un lugar oculto, donde nadie pueda verle;

una vez allí, toma la onza entre sus manos, la besa y la acaricia con la mayor ternura y emoción, y llevándola después a la puerta del *sepulcro* la introduce en él cuidadosamente, murmurando tal vez aquella célebre sentencia de que nos habla el vate florentino:

Lasciate ogni speranza voi ch'entrate

En efecto; la moneda que entra por allí bien puede renunciar por mucho tiempo a la esperanza de volver a ver la luz del día.

Cuando esta bolsa, que es bien larga, llega a estar repleta de onzas de oro, entonces el *hojalatero* deja de serlo para dedicarse a otra profesión algo más lucrativa, de la cual hablaré en el artículo siguiente.

El hojalatero no tiene hogar, ni tampoco le hace falta: es un ser ambulante por necesidad, aislado por precaución y soltero por economía.

Gústanle las mujeres hasta cierto punto; se enamora de ellas con frecuencia; las dice mil ternezas y piropos; pero... "en cuanto le piden se despide."

Díscípulo de Quevedo y no de Dante, es hombre que no da de sí ni gusta de andar en relaciones con gente buscona y pedigüeña.

"Solamente un dar le agrada
Que es el dar en no dar nada".

Y para que nadie sufra equivocaciones respecto de su liberalidad, él mismo suele *definirse* y manifestar sin ambajes sus *principios,* aplicándose a menudo el siguiente proverbio en italiano:

Di questa pietra non sortono seintilli

Que es como si dijera:—De esta piedra no salen chispas.

II

EL VENDEDOR DE SANTOS

Hizo un San Dimas de palo
El escultor don Simón,
Y en lugar de un buen ladrón
Se salió un ladrón muy malo.

Mesonero Romanos.

Cuando el hojalatero llega a tener la bolsa bien repleta, deja de ejercer aquella profesión para dedicarse a otra más cómoda, más decente y más lucrativa. De hojalatero pasa a *vendedor de santos.*

Esta profesión tiene además la ventaja de ser eminentemente religiosa, puesto que se funda en la devoción particular de los fieles, hacia una santidad determinada. De modo que nuestro héroe, sin dejar de ser el mismo, entra en una *vita nova*—como él dice,—ocupa un nuevo peldaño en la escala social como digo yo—y constituye en fin, un nuevo tipo con nuevos y variados caracteres.

El *vendedor de santos* usa el mismo traje de hojalatero, con la adición de una chaqueta de pana que fué negra.

Su método de vida y sus costumbres no sufren alteración alguna radical, si bien puede observarse ya un poco más de cultura en sus palabras y modales.

El *vendedor de santos* es, pues, un tipo más civilizado que el primero.

Divídese en dos especies, a saber: El vendedor de estampas y el vendedor de figuras de yeso, o sean *santi boniti e barati.*

El primero se dedica a la venta de estampas, aleluyas, medallas, escapularios, naipes y otros objetos de devoción .

Anda solo, a pie, y constantemente cargado con su hacienda.

Poco versado en asuntos religiosos, suele equivocar los nombres y hasta los sexos de los santos, vendiendo va una Con-

cepción con barbas, ora un San José rechoncho y barbilindo o un San Dimas con mitra o capuchón.

Otras veces cuando se le pide un cordón de San Francisco, vende como tal un pedazo de cordel con muchos nudos o el cordón de sus zapatos.

Pero estos y otros errores en que suele incurrir muy a menudo, sólo prueban su ignorancia o su buena voluntad de complacer a todo el mundo, y de que nadie se quede sin el santo, santa o reliquia que desea.

A pesar de sus escasas luces ortodoxas, no deja de conocer el estampero que en asuntos de fe la fe es lo principal, y que así se puede adorar a San Agustín en la estampa de San Pedro, como a San Pedro en la estampa de San Agustín.

Pero si al *vendedor de estampas* se le deben perdonar estos pequeños *lapsus* que en nada per[illegible]ican al creyente, no así al de figuras de yeso que, más s[illegible]tinado, parece que se complace en vender gato [illegible] después a costilla del cándido comprador.

Provisto siempre de un gran núm[illegible]lto, así santas como "non santos", e in[illegible]ent[illegible] todas ellas, suele a veces cambiar a Se[illegible]to, a [illegible]ógenes por San Pablo, a Nerón por San Be[illegible]o, a Bossouet por el cura Santa Cruz.

Aquí vende una Helena trigueña y narichata, allá una Artemisa en traje de manola, acullá una Susana *al natural;* ya un Apolo con bragas y tirantes, ya un Cupido con hábito y cerquillo, ya una Minerva con moño y polisón...

A causa de estas tretas y artimañas suelen suscitarse con frecuencia diólogos curiosos y lances divertidos y grotescos, v gr.

—*Eco il santo della sua divozione, mio caro amico; queste a San Rafaelo Archangelo.*

Así dice nuestro héroe poniendo en manos de un cándido comprador una graciosa figura de Mercurio.

—Pero vea usted que este santo tiene alas en la cabeza y en los pies.

—Perche é angelo, e vola.

—Y tiene muy poca ropa.

—Perche fa calore.

—Y le falta además el pescadito.

—¡Ah, signore, ora il santo non posse pescare, perche la mare e rivolta e non sagli peci in il amo!

Como el comprador no entiende bien ni mal estas razones, suele tenerlas por buenas y quedarse con el santo; pero si es algo escrupuloso y se obstina en replicar, entonces e litaliano le da junto con la imagen un pescado grande o chico (que de todos tiene) y he aquí al dios de los ladrones, con un atributo más, siendo objeto de la adoración de una familia cristiana.

—¿Lleva usted ahí algún San Antonio?

—¡Oh, signore! io tenevo il San Antonio abate, il santo miracoloso e benedetto che incontra lo perduto, e conserva lo guadagnato, e marita le donzzelli.

Y así diciendo presenta a su interlocutor una pequeña estatua de Napoleón I.

—¡Hum...! lo que es éste no tiene cara de santo.

—¿E per ché, signore?

—Yo no sé en qué consiste, pero ese San Antonio no se parece en nada al que nosotros conocemos. No tiene corona como aquél ni sombra en la barba...

—Cosi raso e migliore, ma giovane e ma bonito.

—Y también le falta el cerdo...

—¡Il porco! il porco... ¡écolo qua!—exclama nuestro tipo entregando al comprador un corpulento jabalí en yeso, tres veces más grande que el fingido San Antonio.

Hace luego el ajuste de los dos, y el comprador—que suele inclinarse más al primero que al segundo—quédase al fin con uno y con otro—no sin hacerles poner antes dos letreros que indiquen con bastante claridad cual de ellos es el cerdo y cual el santo.

Como se vé, el negocio de este tipo no se limita a la venta de figuras humanas sino que ende también las de algunos animales célebres que han pasado a la posteridad, aunque a todos los bautiza con el nombre genérico de santos.

Para él, tan santos son Aquiles, Orestes y Teseo, como el buey Apis, el caballo de Santiago y la burra de Balaam.

Activo siempre y atento nada más que a su misión camina sin cesar de pueblo en pueblo, con su tabla o retablo en la cabeza, y la vista fija en donde ha de poner los pies, no sea que de resultas de un mal paso ruedan las figuras por el suelo, quedando tan averiadas y maltrechas como la de Maese Pedro después de la ruidosa y descomunal batalla.

Se dan casos en que el *vendedor de figuras* se las hace él mismo... Quiero decir que fabrica las figuras para venderlas después; pero entonces debe considerársele ya como artista, y no como mero industrial. Esto no pasa, sin embargo, de ser una excepción de la regla, y yo al trazar mis bocetos busco siempre la generalidad, no la excepción.

En resumen: el vendedor de santos, salvo los pecadillos consabidos, es un tipo... del tenor siguiente:

Sus principios son religiosos; sus medios, la propagación de los santos; su fin... llenar una segunda bolsa de onzas de oro lo cual no me parece que se opone a la religión ni a la moral.

Ahí donde ustedes le ven, es más devoto y más apegado a los santos que una solterona cuando llega a perder las esperanzas.

Para él todos los días son santos.

Yo, que soy más pío que Eneas—aunque me esté mal el decirlo,—y que me tengo por hombre religioso y devoto, si los hay, confieso mi inferioridad en tratándose del vendedor de santos. Yo los visito alguna que otra vez, les rezo algún Padre Nuestro si se ofrece, me persigno, doy media vuelta, cojo agua bendita y... abur.

El vendedor de santos, más devoto que yo, los lleva encima.

Con ellos se acuesta, con ellos se levanta, y a ellos dedica todas sus atenciones y cuidados.

"Dime con quién andas y te diré quién eres"—dice un antiguo y verdadero refrán.

Por eso nuestro héroe, a fuerza de rozarse con los santos, ha llegado a adquirir un aspecto anticuado y semi-bíblico, y

aun pudiera decirse que despide un particular olorcillo á santidad.

Cual si fuera un altar locomovible, anda siempre cargado con santos, con los santos de su devoción.

Y con monótono canto,
Ya de noche, ya de día,
Mostrando su mercancía
Dice: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

Manuel Fernández Juncos.

ENRIQUILLO

LEYENDA HISTORICA DOMINICANA

por Manuel de J. Galván.

(1503-1533)

Demos siquiera en los libros algún lugar a la justicia, ya que por desgracia suele dejársele tan poco en los negocios del mundo.

QUINTANA.

Al eminente orador y publicista

D. Rafael María de Labra,

Presidente de la Sociedad Abolicionista Española.

Mi buen amigo:

Entre los recuerdos más gratos de mi vida descuella el de una memorable fecha, en que la plaza mayor de la capital de Puerto Rico no bastaba a contener la multitud de gente, de todas las clases, que además de cubrir el pavimento se apiñaba en los balcones y las azoteas circunvecinas.

Desde el balcón central del Palacio de la Intendencia un hombre arengaba con ademán solemne, con sonoro acento, a quella innumerable cuanto silenciosa multitud. Aquel hombre estaba investido de todos los atributos del poder; ejercía la autoridad absoluta en la Isla, era el gobernador capitán general don Rafael Primo de Rivera, y en aquel momento cumplía un bello acto de justicia proclamando en nombre de la Nación

Española la abolición de la esclavitud en la hermosa Borinquen; y además se mostraba prudente y experimentado hombre público, y practicaba un acto de cristiana caridad, inculcando las sanas ideas de orden y deberes, espíritu de fraternidad, respeto a las leyes y amor a sus semejantes, en el ánimo de los conmovidos libertos, que escuchaban aquel inspirado lenguaje derramando lágrimas de viva gratitud.

Ruidosos y entusiastas vivas a España terminaron aquella escena sublime.

A impulsos de la profunda impresión, del júbilo indecible que en mí causó tan espléndido triunfo de la justicia sobre una iniquidad secular, recorrí con el rápido vuelo de la imaginación la historia de América, y buscando analogías morales en los primeros días de la conquista, mi mente se fijó complacida en las grandes figuras de un compatriota de usted, el ilustre filántropo fray Bartolomé de las Casas, y un compatriota mío, Enriquillo, último cacique de la Isla de Haití o Española, hoy Santo Domingo.

Desde entonces formé el atrevido propósito de escribir este libro, y dedicarlo a la insigne Sociedad Abolicionista Española.

Pero después de borronear su primera parte, me convencí de que la obra, para responder a su objeto, exigía dotes y competencia muy superiores a las mías, y el manuscrito durmiera sueño de olvido, a no intervenir la eficacia de mi bondadoso amigo, el reverendo presbítero don Francisco Xavier Billini, que no solamente me exhortó a publicarlo, sino que tomó a su cargo la edición de esa primera parte de "Enriquillo."

Me alentó a proseguir este trabajo la benevolencia de amigos inteligentes y de reconocida ilustración que, como los discretísimos literatos y periodistas don José Joaquín Pérez y don Manuel Fernández Juncos, y el culto escritor, hijo ilustre de Venezuela, general don Jacinto R. Pachano, me dirigieron por medio de la prensa excitaciones tan laudatorias para el comenzado libro, que ni me permito reproducirlas, ni puedo atribuirlas sino a pura generosidad de parte de aquellos distinguidos señores, o bien a la simpatía que sin duda inspira a

todo corazón bien templado el interesante asunto que por suerte escogí para ejercitar mi ociosa péñola.

Esta última convicción está firmemente arraigada en mi conciencia, al dar a la luz pública el "Enriquillo", aparte toda fingida modestia: el libro, literariamente considerado, puede ser detestable; su tema es bueno, su moral pura y excelente; de esto respondo con seguridad absoluta.

Por lo mismo, si no me atrevo a llevar su dedicatoria hasta la benemérita Sociedad que en nuestro siglo positivista ha recogido todo el aliento y ha reflejado la ardiente caridad del virtuoso Las Casas, para combatir la más abyecta de las iniquidades sociales hasta en sus últimos atrincheramientos, la amistad particular y a toda prueba con que me favorece usted, que hoy dignamente preside aquella filantrópica Asociación, es título suficiente para autorizarme a ofrecer en un solo rasgo la síntesis de mi humilde libro, colocándolo bajo la égida de su respetable nombre, emblema de todas las grandes ideas, y acreedor, como pocos, a la admiración y el aplauso de los buenos.

Acoja usted con indulgencia esta demostración de los sentimientos afectuosos con que siempre se complace en recordarlo,

Su adicto y leal amigo,

Manuel de J. Galván.

Santo Domingo, 15 de Julio de 1882.

PROLOGO

Audacia será, pero que el afecto y la admiración excusan, eso de solicitar nosotros el honor de escribir unas cuantas palabras, a guisa de prólogo, al frente de la obra de uno de nuestros más conocidos literatos.

Y bueno es protestar que de ningún modo entra en nuestro propósito formular un juicio crítico, pues nos faltan los alcances y la autoridad que demanda tarea tan peligrosa y delicada.

No vamos a hacer sino traducir en mal hilvanado lenguaje

las impresiones que en nuestro ánimo ha hecho la lectura de lo que modestamente ha querido llamar su autor una leyenda histórica, y que puede muy bien aspirar a título más alto.

Muy dados nosotros al estudio de nuestros orígenes históricos; encantándonos lo que de aquella época se inquiere y forma el génesis fecundo de la pobre raza indígena, admiramos y aplaudimos a quiénes emprenden trabajos de tal naturaleza, por lo meritorios y encaminados a que resalten en la lucha de la conquista, en la lucha de la libertad contra la tiranía, esa razón suprema y esa justicia augusta ultrajadas en todos los siglos, a despecho de los sentimientos de humanidad grabados por Dios en la conciencia de los hombres.

Nuestra tierra, la tierra que fué maravilla para los primeros ojos extraños que la contemplaron dormida, en inocente abandono, a la espumante ribera del no surcado mar Caribe, guarda en sus montes y en sus valles, en sus ríos y en sus torrentes, en cada piedra y en cada tronco y en cada gota de agua, alguna historia de dolor y de tribulaciones, que debemos evocar para que el mundo sepa los secretos de cosas no imaginadas en todo el transcurso de las edades históricas. La leyenda no tiene que ser exagerado, parto de la fantasía cuando se contrae a narrar sucesos de aquella que fué cuna de tantos héroes y tantos mártires. Parece como que al más inesperado y estupendo de los hechos, al descubrimiento de un mundo, a la obra propia sólo de un semi-dios, debía corresponder en todo, en la esfera de la vida real, lo maravilloso y lo legendario.

Nada hay que no pueda presentarse como explicación de lo que era el espíritu de aquel tiempo en cuanto abarcan las manifestaciones de la existencia, pero de un modo tal, que nos parece asistir a algo que no está en los límites de lo razonable, ni en lo que el mero instinto humano ve como propio de la naturaleza, con la cual se está en íntimo contacto.

Tiempos eran aquellos en que, a quien se sobreponía al predominio de las ideas reinantes se le miraba con recelo como a monstruo salido del fondo oscuro de los antros infernales. De ello darán testimonio Colón, el ser más grande de todos los

siglos, y Bartolomé de las Casas, el filántropo más eximio y que llena con su nombre los anales del mundo.

En el cuadro de aquella época, y con la sombra de todos esos episodios inconcebibles que le daban una fisonomía especial, ha hecho el autor de esta obra resaltar la figura culminante de Enriquillo, del cacique de la sierra del Bahoruco, del noble indio que parecía llamado a ser el civilizador de los que vinieron con la idea de infiltrar su civilización en el espíritu libre y generoso de una raza rústica y salvaje.

Enriquillo es un símbolo y una enseñanza. Es el símbolo perfecto de los oprimidos, de cuantas generaciones han venido batallando trabajosamente contra ese inmenso océano de tempestades que se llama la vida; es la encarnación de todo ese cúmulo de desgracias que pesa como una maldición del cielo sobre la frente de los desheredados de la tierra. Paciente y digno, devorando en silencio las horas amargas de la angustia más insoportable, sufriendo por él, y más que por él por los hermanos en quienes se cebaban la codicia, la ambición, la ruindad de todas las pasiones que engendra el egoísmo, es la imagen de la humanidad que viene derramando lágrimas y sangre, en cada etapa de la sucesión de los tiempos, para levantarse un día y otro día a [illegible]istar sus derechos, a ceñirse la corona del ideal de la r[illegible] suprema. Diríjase una mirada al vastísimo cam[illegible] historia, y desde Espartaco hasta John Brown y Linc[illegible]da una de esas figuras iluminadas por la luz de la conciencia de la personalidad humana, se verá reflejado el espíritu que animó al infortunado último cacique de la extinta raza [illegible]

Ense[illegible] es la que se da probando que, al fin donde qu[illegible] de esas explosiones de la voluntad aherrojada se deja sentir, tiene toda la omnipotencia que le presta el cumplimiento de una ley natural, la que proclama que todos los hombres en todos los tiempos han nacido para ser iguales como hijos de una misma fuerza creadora.

Así, pues, este libro no está escrito por el único placer de escribir sin objeto y sin intención. Lleva en todas sus páginas

el sello nobilísimo de la idea que ha predominado donde quiera que el hombre ha visto en el fondo de su miseria humana brillar esa luz intensa, destello fulgurante del inagotable foco divino.

Rasgos hay en Enriquillo que parecen condensar todo lo que el autor se propuso por medio de la bien urdida trama de su excelente libro.

En cada uno de los personajes que surgen, se mira también cuánto inndividualmente contribuyó a preparar los acontecimientos finales de ese drama que tuvo por escena la tierra virgen e inocente que dormía sosegada a la sombra de sus palmas en los remotísimos confines del Atlántico.

Y, como sucede siempre, los más pequeños e insignificantes hechos van dilatando su acción hasta producir graves conflagraciones. Una mirada furtiva de dos amantes contiene luego el rayo que después incendia de súbito los espacios.

Improba tarea sería ir hojeando este libro para señalar las bellezas sustanciales que contiene. Abrase al acaso, léase y dígase si en él hay algo de más. Por el contrario, hallamos mucho de menos; pero mucho de eso que en otros habría llegado a ser necio y empalagoso. Hallamos que la fantasía, la desordenada fantasía inventiva, no se ha dejado arrastrar en los pasajes que naturalmente como que lo estaban pidiendo. Ha habido exquisita prudencia en ello, concretándose tanto el autor a la verdad de los hechs, que más bien que una leyenda, parece su libro una narración puramnte histórica.

Sin embargo, no deja de correr la elegante pluma de nuestro amigo con esa facilidad y dulzura que le son características en aquellos episodios que así lo requerían. Hay capítulos que valen una epopeya.

De un simple párrafo de Herrera y de Las Casas acerca de las bodas de Diego Velázquez con la noble María de Cuéllar ha sacado el autor materia para bellísimas y deliciosas pinceladas sobre los amores de ésta con Juan de Grijalva y la rivalidad del Adelantado.

¿Y hay nada más poético que esa adorable unión de aque-

llas dos almas hecha la una para la otra, Enriquillo y Mencía, que desde los albores de la adolescencia vislumbraron el porvenir de su ventura?

¿Y puede darse escena más significativa y de mayor realce que la de los neblíes cazadores, traídos de Jaragua que ensaya el Cacique en el palacio del Almirante?

Todos estos episodios de carácter íntimo, alternados con otros de pública influencia y de rasgos de distinta naturaleza, ya heróicos, ya infames, en las altas regiones del poder o en las luchas de los conquistadores entre sí o con los indios, dan a este libro un interés creciente; y se quiere devorarlo hasta el fin para saber como los sucesos han preparado la felicidad o la desgracia de los seres simpáticos o detestables que se mueven a la voz del destino.

El lector sufre, se indigna, se alegra, desea, teme por cada uno o con cada uno de los personajes que ve pasar ante su imaginación en esa serie de acontecimientos que forman la leyenda.

¿Quién no se siente dominado por el furor, quién no deja germinar en el alma un involuntario sentimiento de odio invencible hacia aquel don Pedro de Mojica, el instigador incansable, la famélica hiena que donde quiera aparece para servir de sombra y llenar de oprobios y oponer sus planes a los inocentes oprimados y a sus libertadores?

¿Quién no abomina al mozo hipócrita, libertino y perverso, hijo del noble anciano protector de Enriquillo, don Francisco de Valenzuela?

¿Quién no admira y adora a Las Casas, a ese ángel de redención de la pobre raza tiranizada? ¿Y a Diego Colón, ese hombre que llevaba como un anatema lo que debía haber sido su timbre de gloria más excelso, el inmortal apellido de su padre?

¿Quién no experimenta la más viva simpatía hacia doña María de Toledo la virreina que extiende su abnegación por los que sufren hasta el punto de comprometer su nombre en los amores de Velázquez y María de Cuéllar?

¿Por último, quién no se halla como queriendo salvar el círculo de hierro que le oprime, al contemplar a Enriquillo, al

libre Guarocuya, al señor de sus montañas y dueño de su tierra, siendo víctima de tantas atrocidades, de tantas injusticias y de tanto y tantísimo ardid fraguado por la trailla grosera sensual, abominable de rabiosos canes que trajo la conquista contra estas indefensas tribus?

¿Quién no teme por él, quién no desea con él, tener fuerzas de titán, aliento de fuego para destruir de un soplo a todos esos monstruos de ambición desenfrenada?

¿Y quién no se identifica con esa hija de los amores de Guevara e Higuemota, de esa flor modesta y purísima nacida al calor del fuego del trópico y de la unión de dos razas vigorozas; con Mencía, la que debía representar la fusión de los elementos antagónicos, la paz perpetua entre los victimarios y las víctimas?

El señor Galván ha prestado un gran servicio a las letras dominicanas escribiendo y publicando su libro. Es una adquisición valiosa, pues en ella se aprende a conocer el espíritu de aquellos tiempos, a amar más la libertad por los sufrimientos que acarrea la servidumbre, a perseverar en la obra santa de quitar a tantos millares de seres que gimen aun en las ergástulas, la argolla vil que destroza su cuello, a proclamar el imperio de los derechos del hombre, a ver al prójimo, cual que sea su origen y condición de la manera que conviene para que el mundo avance, para que la obra de Dios llegue a su perfección.

El señor Galván pertenece a esa luminosa pléyade de hombres que predican cada día, a cada hora, el evangelio de la humanidad, en la cual España, la tierra de donde salieron los opresores de aquellas calamitosos tiempos, cuenta al gran abolicionista don Rafael M. de Labra, Francia a Víctor Schoelcher, y América a Wendell Phillips y a Federico Douglas.

Halle, pues, este libro buena acogida, la acogida que merece, por todos aquellos a cuyas manos llegue: estúdiese la solución de un gran problema social que aun se mantiene de pié en algún pueblo rezagado, y bendígase la hora en que la pobre América, la hija de Colón la llamada a los grandes destinos del porvenir alcance a ver borrado de su suelo el postrer vestigio de sus días de tribulaciones.

Pongamos pues, punto final a estas incompletas y desaliñadas líneas escritas sin el necesario reposo y sin disponer del tiempo que exige esta clase de trabajos.

Hemos cumplido la promesa que espontáneamente hicimos al amigo, y debemos felicitarle por el triunfo que va a obtener en el mundo literario: triunfo más espléndido que el alcanzado por nuestros implacables conquistadores con la destrucción de los habitantes primitivos de este nuevo y hermoso paraíso, en que Dios consumó la maravilla de que sirviese de cuna a los demás pueblos del hemisferio descubierto por el inmortal Colón.

José Joaquín Pérez.

Santo Domingo, Julio 25 de 1882.

EPISODIO DE LA GUERRA DEL 95

Extinguida la luz plateada del lucero del Alba, al extenderse los primeros rayos ardientes del astro rey, se destaca, en la extensión que ocupa la población de la Isla más inmediata a Oriente,—la legendaria Baracoa—, el hermoso paisaje de su estructura, privilegiada por la pródiga naturaleza, con sus campiñas verdes de esmeralda, sus ricos platanales, sus valiosos cocoteros, sus gentiles palmeras y su magestuoso e imponente Yunque, que sirve de protección contra las furias impetuosas de Eólo, a las fincas que le circundan; y cerca de ese lugar, a seis kilómetros, vénse las arenas finas y apreciadas del río Duaba, con su líquido de exquisita potabilidad, y a dos kilómetros del caudaloso y navegable Toa, por cuyos alrededores mucho frecuentaron los indígenas que amaban a Hatuey, Guamá y otros caciques que vivían felices, dentro de los elementos en que habían nacidos y habíanse desarrolllado, perfectamente, con sus usos, sus costumbres y sus obras amorosas para la celebración de sus fiestas de júbilo y regocijo, contribuyendo a los preceptos bíblicos de la reproducción.

El Toa, que sirvió de auxilio al colonizador Hernán Cortés, para evadirse de la prisión a que se encontraba reducido en esta Villa, en 1513, por el adelantado Diego Velázquez, llegando con la ayuda de un indio, a refugiarse en Santiago de Cuba, en donde obtuvo protección y fué designado para llevar una expedición a Méjico, erigiéndose en conquistador.

Allí—repetimos—en las Playas de Duaba, donde los primeros rayos del ardiente sol, el día primero de Abril de 1895, descubrieron, en un frágil y endeble barquichuelo, hacinados y humedecidos por el rocío de la noche, a tres astros de primera

magnitud, en el cielo de la regeneración de Cuba, iluminados por el Dios de la pelea y cubiertos con el manto sagrado de esta hermosa trilogía: ¡la fe, el valor y el patriotismo; ¡Antonio Maceo, Flor Crombet y José Maceo!

Antonio Maceo rinde culto de adoración a Cuba idolatrada, y besa su suelo.

Los demás expedicionarios hacen lo mismo.

Pocos momentos después los expedicionarios descubrieron, a corta distancia, una casita de tabla y guano y se dirigieron allí. Se encontraron con el señor Santos Rodríguez, excelente ciudadano hijo del Camagüey, que se puso a disposición de aquellos.

El general Antonio Maceo, inmediatamente, le dió la comisión de que se dirigiera a la morada del señor Félix Ruenes, en la calle de la Playa, y le avisara que él lo esperaba en aquel lugar para darle algunas órdenes urgentes.

Santos Rodríguez cumplió fielmente su cometido, y a los pocos minutos salía de su casa el ciudadano Félix Ruenes, en dirección al río de Macaguanigua, y en el paroxismo de su entusiasmo patriótico corría por toda la referida calle de la Playa, junto a españoles, cubanos y extranjeros, dando el grito de ¡Viva Cuba libre, que ha llegado el general Maceo...!

Los expedicionarios se dirigieron al terreno empinado donde se encontraba el pobladito de Duaba, y solicitaron, con éxito, hospitalidad en la casa del señor Pedro Godoy, Alcalde de aquel barrio, natural de Santiago de Cuba, y laborioso comerciante, que les ofreció sus servicios.

Allí se encontraba la señora Margarita Perigó y el señor Lorenzo Conde, Secretario del Juzgado Municipal de ese Partido.

Salieron, por mandato del general Antonio Maceo, de ese lugar, para hacer un trabajo de exploración, su hermano, el general José Maceo y el brigadier Silverio Sánchez Figueras, regresando, a los pocos momentos, con la noticia de que fuerzas armadas se dirigían a aquel lugar.

—¿No serán las fuerzas organizadas por Félix Ruenes?—preguntó el general Antonio Maceo al señor Lorenzo Conde.

—No, general: los cubanos no tienen armamentos.

Entonces dispuso que el ciudadano Victoriano Navarro fuera a cerciorarse de qué clase de fuerza era la que se aproximaba a donde él estaba.

Regresó, muy rápidamente, el emisario, diciendo que eran fuerzas españolas.

—Echaremos una "peleíta"—dijo el general Antonio Maceo.

—Y ustedes que son tan pocos, y se encuentran tan estropeados por el viaje, ¿van a pelear contra tantos soldados?—preguntó al general Antonio Maceo la señora Margarita Perigó.

—Por algo somos g[illegible] Ejército Libertador—le contestó, con la mayor [illegible] neral Antonio Maceo.

Y dispuso que s[illegible] cionarios entraran en el combate, y que l[illegible] una corta distancia

Hecho esto, y e[illegible] española de 85 hombres, al mando de [illegible] de un tiro de revólver del lugar en que se hallaba el General Antonio Maceo, sacó este de un bolsillo del pantalón un pañuelo, dando la señal de hacer fuego, y lo hizo una, dos y tres veces, realizando los expedicionarios la operación con una precisión admirable.

—No se apuren, compañeros, que entre los españoles ocurre algo grave y se disponen a retirarse—dijo Antonio Maceo a los expedicionarios que hacían fuego.

Y en efecto, el general Antonio Maceo, con la vista de águila que tenía en las acciones militares, había observado el descalabro ocurrido a la fuerza española.

—Esta tenía un muerto y diez heridos y disponíase a retirar, precipitadamente, hacia la cabecera.

El ángel del bien había ofrecido su protección a los expedicionarios, que representaban la defensa de una causa justa; la independencia de Cuba, cubiertos con el manto de esta hermosa trilogía:: ¡Fé, valor y patriotismo!...

Ernesto de las Cuevas.

ECOS ANTILLANOS

La señora M[illegible]cla Nuss[illegible] [illegible]ble paladín del periodismo antillano, que [illegible] B. López, ha rendido en la ciu[illegible]d de San Ju[illegible]nico, la jornada de la vida.

Por la dulzura de [illegible] la belleza de su alma, fué esta dama muy querida [illegible] ciedad puertorriqueña, donde su muerte ha dejado im[illegible] huella de dolor.

No menos sentido, y por idénticas razones, ha sido el fallecimiento de la Sra. Hortensia Aguayo de Alfonso, acaecido recientemente en esta ciud[illegible]

También registram[illegible] duelo, la eterna desaparición de Pancho [illegible] útil como modesto, que recorrió los aspe[illegible] con la sonrisa en los labios, y el amo[illegible]

Tamás Carrion [illegible] además de [illegible] luchador que deja al morir, en los anales del periodismo borinqueño, un nombre al que sirve de blasón, más aún que su inteligen ia superior, la indomable energía de su voluntad.

Libros, Folletos y Revistas remitidos por autores o editores

Hacia Una Moral Sin Dogmas, por José Ingenieros.

Los Estados Unidos y la República Dominicana, por Max Henríquez Ureña.

Narraciones Históricas de Baracoa, (2 tomos) por Ernesto de las Cuevas.

Tipos y Caracteres Portorriqueños de Mi Tiempo, por Manuel Fernández Juncos.

Prontuario Ortográfico y Paremiología Portorriqueña, por Justo D. Barea.

Informe del Comisionado del Interior, al Hon. Gobernador de Puerto Rico.

Precioso Chalet situado en el aristocrático Vedado calle G esquina a 9 y vendido, por mediación del Sr. Arturo Morales, en 120.000 pesos al Sr. Raul Mora.

Palacete en O esquina a 19. Vedado, propiedad del rico hacendado antillano B. R. Puyans y fabricado por constructores de las oficinas del Sr. Arturo Morales.

BICICLETAS

Cuando usted necesite comprar bicicletas o accesorios, no pague el lujo en otra casa, pues en esta los consigue a mitad de precios. Tenemos gran existencias de todo lo que abarca el giro. Si su empra es al por mayor, le haremos buenos descuentos. Llamamos la atención a los del interior. Remitimos catálogos a solicitud. También compramos bicicletas de uso en cualquier estado que estén.

F. NAVAS Y Co.

Trocadero número 38. Teléfono A-5068. Habana.

BANCO ESPAÑOL DE LA ISLA DE CUBA

SUCURSAL DE PRADO 124

Depósitos y cuentas corrientes. Giros por letra y cable sobre todas las capitales del mundo. Cajas de seguridad para documentos, joyas, etc., desde cinco pesos en adelante.

"Casa Ball-llovera"

— DE —

A. Ball-llovera y Co.

TRAJES PARA CABALLEROS, HECHOS Y A MEDIDA

Habana 96.—Telf. A-8022.—Apartado 350.—Habana.

Cable y Telégrafo "Gilber"
Clave: A. B. C. 5th. Edition.

HOTEL INGLATERRA

Establecido en el mejor sitio de la Habana, frente al Parque Central, en la histórica acera del Louvre.

Por sus cómodas habitaciones y su magnífico servicio no admite rivales.

"Las Antillas"

DIRECTOR:

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

ADMINISTRADOR:

ARTURO MORALES

Año I. Tomo I. Núm. II y III.

Habana, Mayo y Junio de 1920.

SUMARIO

I.—La revolución Rusa. II.—En el Tabor. III.—Juan Clemente Zenea. IV.—El monumento a Juan Clemente Zenea. V.—Inauguración del Monumento. VI.—Lápida. VII.—Antillanos Ilustres. VIII.—Varona juzgado por Ingenieros. IX.—A Justo de Lara. X.—Pleyade. XI.—La canción del pálido. XII.—Un voto de Calidad. XIII.—El vaso roto. XIV.—Un olvido que va reparándose. XV.—Un soneto célebre. XVI.—La Ilusión. XVII.—Documentos Históricos. XVIII.—Enriquillo. XIX.—Los vendedores ambulantes. XX.—Predicciones. XXI.—Las Antillas y Baldorioty. XXII.—Genio y Figura. XXIII.—El Puerto-Riqueño. XXIV.—La Habana de Ayer. XXV.—La Copla Criolla. XXVI.—Versos. XXVII.—La Cuesta del Griego. XXVIII.—El Poeta a su Primogénito. XXIX.—El Zaber de Menéndez Pelayo. XXX.—El día de San Pedro. XXXI.—Estudios del Natural. XXXII.—La Enseña de la Estrella Solitaria. XXXIII.—La Experiencia sobre Memorización. XXXIV.—Sobre el Album de la Guerra. XXXV.—Sueño de Gesta. XXXVI.—Oteando el Paisaje. XXXVII.—Camino de la Prosperidad. XXXVIII.—Ecos Antillanos. XXXIX.—Salve.

DIRECCION:

TEJADILLO NÚM. 22

HABANA, CUBA

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la oficina de Correos de la Habana.

Compañía de Seguros "Cuba"

EDIFICIO DEL BANCO NACIONAL DE CUBA

TERCER PISO

Teléfonos: Centro Privado, A-0439, A-0440, A-1055

APARTADO 2526 HABANA

Presidente: José López Rodríguez.

Vice-Presidente: Agustín G. Osuna

Letrado Consultor: Lcdo. Vidal Morales

Consejeros:

Regino Truffín; J. M. Tarafa; Saturnino Parajón

Director General: Julian Linares

Sub-Director General: Manuel L. Calvet

Médico Director: Dr. J. Ortiz Cano

Secretario: Ramón G. Osuna

NUESTRA PENSION AL OBRERO ES ORO ACUÑADO

NUESTRA POLIZA DE VIDA ES LA MEJOR HERENCIA

NUESTRA POLIZA DE INCENDIO ES LA MAYOR GARANTIA

Las Antillas

Director: Sergio Cuevas Zequeira

AÑO I

Tomo I. Mayo y Junio, 1920. Núms. 2 y 3.

LA REVOLUCION RUSA

SUS ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS

I

La clave única de [illegible] ología, y el mejor exponente [illegible] ontramos con toda certeza [illegible] que pudieran decirme los hi[illegible] pueblo español en un momento [illegible] da colectiva, me lo dice en [illegible] aquella estupenda creación [illegible] que se llama "El Alcalde de Za[illegible] etrar en el oscuro abismo del alma [illegible] uentos de acudido a consultar el m[illegible] ontemporáneos. Ellos me ha[illegible] metido durante un largo proc[illegible] ominia de brutal despotismo, [illegible] misión posible, supersticioso, cruel con los que caen bajo su mano, ebrio, desconfiado, mendaz triste y abúlico, y sin embargo, digno de compasión y de piedad, porque son consecuencias naturales del régimen a que ha vivido sujeto, sus grandes errores y su inmensa miseria moral.

Nada demuestra con más elocuencia estas dolorosas, pero evidentes verdades, que aquellas sencillas y conmovedoras páginas de Veressaiev, citadas por Strannik, en las cuales el insigne escritor nos pinta cierto médico modelo de abnegación y de bondad, que después de haber asistido con piadoso celo a los "mujiks" de la comarca, atacados de cólera morbo, es apaleado brutalmente hasta dejarlo moribundo por una banda de ellos, ebrios y exasperados por la epidemia. Pero en ese interesante relato la víctima no maldice, al morir, a sus verdugos, sino que los disculpa, y refiriéndose a la humanitaria labor que con ellos ha ejercido, y a su brevísima duración, afirma, condensando acaso en breves palabras el más tormentoso aspecto del magno problema ruso, que cinco semanas de amor y devoción no pueden borrar todo un pasado de tristezas y de injusticia.

Y, si de la condición de ese proletariado casi indigente, y en muchas ocasiones indigente por completo, apartamos la mirada para dirigirla hacia los pequeños empleados de provincia y los que con ellos vienen a constituir en Rusia una especie de clase media, encontramos por doquiera la misma falta de cultura, y el mismo horror a toda acción personal que en aquellos hemos podido observar. A darnos cabal idea de la supina ignorancia y del apartamiento sistemático de todo esfuerzo mental que a estas pobres gentes caracteriza, acude Antonio Tchekhov con la historia, aparentemente cómica, de Merdiev, mísero empleado a quien su jefe, con el propósito loable, pero indiscreto, de civilizarlo un poco ha ordenado que se consagre durante algún tiempo a la lectura de obras literarias.

"El Conde de Monte Cristo" es el libro asignado por la suerte a este infeliz que página tras página lo devora sin comprender una palabra de aquel enredo para él inaccesible, hasta que entre congojas y vigilias pierde la razón provocando un verdadero motín entre sus compañeros de oficina y émulos de inepcia, sometidos como él al tormento de la letra de imprenta. ¿Y quién podrá competir en desgarradora amargura con este mismo Tchekhow, cuando para mostrarnos en toda su

horrenda desnudez el panorama de la abulia moscovita, nos pone frente a un médico, inteligente, espectador adolorido, pero inactivo del desorden y de la injusticia reinantes en su pueblo, y que, no obstante hallarse en plena y cabal lucidez, se deja recluir por loco en el mismo hospital donde presta sus servicios, sin hacer resistencia, sin un gesto siquiera de protesta, con la fría resignación de los que se sienten eterna e irremediablemente desposeídos de esperanza y de fe?

Y, si hasta la corte imperial y a los altos funcionarios llevamos nuestra investigación, veremos que en aquellas regiones, como en los pantanos la floración malsana, generadora de fiebres mortíferas, prosperaban ciertos tipos incompatibles con el bienestar y el orden colectivos, tales como los embaucadores, los proxenetas, los degenerados nefandos, que en el ánimo de muchos personajes de altísima condición iban desarrollando tendencias morbosas a esa mezcla harto común de refinamientos de pecaminosa voluptuosidad, con prácticas de un misticismo pseudo-religioso.

Y sobre éstas y otras no menos horrendas lacerias caía el manto encubridor del silencio, porque en la gran nación esclava, la prensa no tuvo jamás la libertad necesaria para señalar los males públicos y proponer su remedio. Entre otros datos que justifican esta afirmación, limítome a recordar por su enorme fuerza probatoria que en seis de abril de 1865 se publicó, en San Petersburgo, y se puso en vigencia para todo el imperio la ley de imprenta que Napoleón III había promulgado en 1852, a raíz del funesto atentado con que dió fin al régimen republicano que por su propio honor, más que por las imposiciones categóricas de la ley, estaba obligado a defender. Los procedimientos sumarísimos de una represión cruel e irracional usuales hasta entonces para sofrenar el más ligero asomo de independencia en periodistas y literatos, hicieron que el nuevo código fuera acogido con benevolencia por la opinión, porque creando el tutelaje de la previa censura pensaron todos que ponía al escritor a cubierto de persecuciones y castigos. Pero esta halagadora ilusión se disipó en breve, porque muchos es-

critos publicados con autorización del censor, ocasionaron la aplicación de severas penas a sus autores. El criterio que tales desafueros inspiraba era tan absurdo e inicuo, que la revista titulada "Archivos de la Medicina Legal", por haber publicado un artículo estudiando la situación de las clases obreras de Occidente desde el punto de vista de la higiene, fué castigada, y amonestado severamente el funcionario que autorizó la publicación de aquel trabajo.

En tales condiciones la acción de los elementos llamados por su inteligencia, cultura y amor patrio a influir decisivamente en la marcha de los negocios públcos, tenía que ser nula por lo msmo que a otros factores muy disímiles estaban reservados el favor oficial, y la protección de la aristocracia. Y cuentan por eso las crónicas de la corte que un día subió a ocupar la silla de ministro en los consejos del soberano de todas las Rusias, cierto personaje a quien abrieron los caminos del éxito, no sus conocimientos políticos, no condiciones excepcionales de carácter, o maestría suma en negocios administrativos, sino cierta habilidad que poseía sin competencia para preparar de incomparable manera el afrodisíaco pez llamado sollo, y en verdad, que puesto en tal privanza, el pensamiento, vienen a la memoria aquellos tercetos en que la musa regocijada de Bretón de los Herreros, motejando de fáciles muchos encumbramientos de su época, afirma que

Hasta un pinche que en docta pepitoria
Perdices o besugos condimenta,
De sabio alcanza ya la ejecutoria,
Que si a la Parca, víctimas aumenta
La ciencia culinar, sabrosa muerte
Es morir con su sal y su pimienta

Gozaron, además, de la envidiable condición de favoritos del soberano en ocasiones diversas, ciertos extraños personajes de una originalidad sólo comprensible en el medio que los produjo y les dió alientos para imponerse y vencer.

De uno de ellos, cínico impostor o tontiloco alucinado víc-

tima de risible autosugestión, se cuenta que solía escupir en el rostro a las infelices mujeres que tenían la desgracia de salirle al paso, y con esta conducta llegó a conseguir lo mismo entre los corrinchos de comadres que en las altas esferas, inapeble reputación de acrisolada virtud.

Muy otros que los de este misogino intratable y soez fueron los procedimientos empleados por el célebre Gregorio Rasputín.

"El más grande santo de la Rusia contemporánea", como en cierta ocasión llamó el monje Heliodoro a Gregorio Effimovitch Rasputin, es un tipo original, un caso patológico digno de estudio, y un elocuentísimo exponente del estado mental de una buena parte del pueblo moscovita.

Hijo de una familia de vagabundos, vagabundo él mismo, cuatrero y libertino, desde sus mocedades tuvo, sin embargo, cierta magia fascinadora que le permitió salir a veces con desembarazo de las garras de la justicia, no obstante la gravedad de sus habituales fechorías.

La clase y condición de éstas, eran en Rusia tan universalmente conocidas y comentadas, que consta en prueba de ello, por el testimonio nada recusable de la princesa Murat, que a juicio de gentes murmuradoras e hiperbólicas, pero seguramente no del todo mal enteradas, en la aldea siberiana donde nació aquel desenfrenado personaje, y aun en veinte leguas a la redonda, no había quedado al tiempo de su salida para la capital del imperio, una sola doncella.

Y a despecho de tan continuados desafueros y de la fama nada envidiable que le conquistaron, acertó Rasputín poniendo en juego, con refinada astucia las artes reprobables de la superchería y del engaño, a transformar en fanáticos prosélitos y admiradores decididos, a sus más encarnizados adversarios, y a sus más tenaces acusadores.

Determinaron esta radical rectificación las amonestaciones y consejos de un sacerdote a quien sirvió de postillón en breve viaje por la Siberia, pues desde la hora y punto en que lo hubo escuchado, cambiando, no de conducta pero sí de proce-

dimientos, adoptó un continente severo, vistió un traje semitalar y dió en lanzar de cuando en cuando ante sus atónitos oyentes, sentencias de marcado sabor apocalíptico, que muchos tomaron por verdaderas profecías, y echó por fin la rúbrica a todo este remedo de conversión, emprendiendo una peregrinación a Jerusalén, que acabó de ceñir a su frente la diadema de la santidad.

No sería justo atribuir únicamente a los solapados manejos de Rasputín esta injustificada deificación, porque en el curioso proceso que ella nos ofrece, como en todos los fenómenos psíquicos, sean ellos individuales o colectivos, hemos de tener en cuenta la acción del medio social que es decisiva y eficaz.

Este sacrílego falsario es él mismo, con toda su malicia embaucadora, la flor venenosa de una vegetación malsana, porque el grupo social que lo rodea, el campesino ruso, es, además de un triste ejemplo de miseria moral, como ya he dicho antes, y seguramente por eso mismo, un caso de morboso y perturbador misticismo, asediado por la necesidad de ciertas creencas, y triturado por el ansia de ciertas prácticas, y de ahí que, maniatado por su incultura, y aguijoneado por la indigencia, caiga con suma facilidad en brazos de cualquier alucinado, delirante, o de cualquier mendaz seductor que lo quiera atraer a su campo, y por eso pululan por aldeas y caseríos muchos falsos apóstoles que, como dice un escritor, empozoñan la campiña, siempre poseída de la sed de lo divino. ¡Cuántos aterradores fantasmas creados por su propia ignorancia en complicidad inconsciente con una imaginación febril, han abrumado y abruman aún el espíritu del "mujik" perdido en las soledades de la estepa!

Pero como sucede siempre en casos análogos, la incuria y la ignorancia que dejaron indefensa a merced de tales lacerias, a una buena parte de la comunidad rusa, produjeron sus naturales efectos, y precedido por los clarines de la leyenda, llegó Rasputin a Petrogrado, donde fué recibido por muchas mujeres devotas como un santo, y por otras impudentes o histéricas, como un "superhombre", según expresión felicísima de la ya citada princesa Murat.

Abriéronsele presto, merced a esas mismas femeniles influencias, las puertas del palacio imperial, y no tardó una vez recibido por el Monarca y su corte, en adueñarse de la voluntad de aquél y de su familia con dominio tan decisivo, que parecería en realidad obra de sugestión hipnótica, cuando no de sobrenaturales poderes, si no conociéramos la vigorosa fuerza de difusión con que se trasmiten en las comunidades humanas predispuestas al contagio, lo mismo que las infecciones físicas, las psicosis generadoras de grandes trastornos morales.

Sirvieron de sólido fundamento al irracional imperio de aquel impostor, la más desvergonzada superchería y el más irreverente cinismo, y merced a ellos y a las mendaces prácticas de una taumaturgia risible, no sólo en las privadas intrigas de la regia mansión, sino en los públicos negocios del imperio, no hubo durante mucho tiempo, influencia que a la de Rasputín pudiera compararse.

Bajo la acción inconsulta de éste y otros análogos agentes de disolución, estalló en el año de 1904, la desastrosa guerra con el imperio japonés, en la cual, la resistencia heróica del ejército moscovita se estrelló ante la incomparable organización del ejército enemigo, y ante la soberana previsión de sus jefes que, con inesperadas victorias sorprendieron al mundo, pero sería injusto desconocer que a ellas contribuyeron en no escasa medida, las intrigas de la camarilla siempre poderosa en San Petesburgo; y la rivalidad del inepto virrey Alexieff, representante del nepotismo ruso, con el valeroso general Kuropatkin, víctima de los errores de un régimen que marchaba rápidamente hacia un ocaso sangriento.

La paz impuesta por una serie ininterrumpida de derrotas, despertó intensa indignación en el pueblo ruso, convencido al cabo de la irremediable y vergonzosa anulación a que lo arrastraban los irresponsables consejeros del soberano; y resuelto al fin a reclamar tenazmente un cambio radical en la marcha de los públicos negocios.

A sus reiteradas instancias en este sentido respondióse por el gobernador general de San Petesburgo, el ferocísimo Tre-

pov con atropellos brutales que, exarcebando las pasiones y rebasando el límite del sufrimiento popular, llevaron la situación a tan críticos extremos, que el Emperador, estuvo a punto de abandonar el territorio nacional con su familia y con su séquito en una escuadra alemana, estacionada al efecto, en el golfo de Finlandia; pero en aquellas difíciles circunstancias pudo imponerse el Conde de Witte, al impenitente cenáculo de los reaccionarios, y arrancó a la vacilante voluntad de Nicolás Romanoff, la promesa de una constitución, y la convocatoria para crear, en el clásico país de la autocracia ¡por fin! el primer cuerpo electivo con apariencias parlamentarias.

Incompleta, recortada, minúscula, esta victoria de las ideas modernas, marca, sin embargo, una etapa nueva en la vida de la gran comunidad eslava, pero sin desconocer la realidad de este hecho, no me parece fuera de camino recordar que no se muda la condición de un hombre en una hora, ni se transforman con unas cuantas experiencias, la mentalidad de un pueblo, para llegar a concluir, fundado en estas afirmaciones irrebatibles, que era de esperarse la evidente hostilidad con que, desde la implantación del régimen se miraron, el autócrata y sus consejeros de una parte, y de otra, los incipientes e inexpertos caudillos de la Duma. Mal inevitable fué éste cuyo origen arranca de muy remotos días, ya que la organización social y económica de Rusia, aún en los períodos más interesantes y progresivos de su historia, como lo fueron, por ejemplo, los reinados de Pedro el Grande y de Catalina II, adoleció de un error capital, señalado en interesante monografía por Gregorio Alexinsky, al estudiar las tendencias civilizadoras de aquéllos, con esta frase admirablemente feliz: "La transformación que ambos monarcas buscaban no se consigue creando, en medio de una ignorancia y de una miseria generales, unos cuantos oasis de cultura europea".

Fué precisamente merced a ellos, y a despecho del carácter semi-asiático de las instituciones políticas de Rusia, que prendió también en ella el anhelo de libertad, y ya bajo el reinado de Alejandro I, la conspiración de los llamados decem-

bristas quiso llevar al imperio un código constitucional, calcado en el que promulgaron en 1812 las Cortes de Cádiz; pero esta constitución estaba muy lejos de satisfacer a los radicales porque, según dijera en aquella oportunidad el Conde Dimitriev Mamonov, sólo había servido para que los legisladores españoles fueran deportados, torturados y condenados a muerte "por un animal a quien ellos habían conservado la corona". Como entonces, ahora, en el reinado de Nicolás II, al misoneísmo imprevisor de la corte, respondieron los radicales, no menos desprovistos del sentido de la realidad, con programas utópicos que a los mantenedores de la autocracia proveyeron de armas para combatir todo intento de libertad, todo asomo de reforma verdaderamente fecunda. Por eso, mientras la burocracia fanática y rutinaria estorbaba, con ciego encono, la implantación de una política expansiva y discretamente liberal, el partido ultrarrevolucionario, influído por las ideas de Blanquí, y amargado por el pesimismo y la impaciencia, no se resignaba a esperar transformando la mentaildad del pueblo una nueva organización social, sino que creía posible la victoria de sus ideales, con la imposición de su doctrina a las grandes masas inconscientes y analfabetas por una minoría ilustrada y eficiente. De aquí, de esta capital equivocación, surge el terrorismo brutal que en unas cuantas horas de conspiración, o con unos cuantos gramos de dinamita pretende establecer en el imperio de los Zares, el triunfo de la justicia y del derecho. Y, en verdad, que como sucede siempre con los intransigentes de la derecha o de la izquierda, son maravillosamente ilógicos estos socialistas que suprimiendo a un individuo, creen cambiar radicalmente la marcha de la sociedad y el orden de los hechos en la historia!

Pero no lo fueron menos, y son acaso más responsables ante la humanidad, de las catástrofes por ellos provocadas, los conspiradores cuya abominable ceguera armaba en sombríos conciliábulos el brazo de los asesinos del pueblo, mientras ponía a sueldo la venalidad de fingidos revolucionarios, como aquel Malianovski, orador destemplado y procaz destinado a despertar en el Parlamento la indignación y el desorden con

sus doctrinas antisociales, o el esbirro Azef, miembro durante no pocos años, de la junta central del partido socialista, por cuya decisión y mandato se perpetraron muchos asesinatos políticos, acaso por él mismo sugeridos para justificar atroces jornadas de represión y de venganza.

¡Cómo contrasta con tan indignas iniquidades el noble sentimiento que palpita en este mensaje dirigido por unos condenados a muerte, a Gregorio Alexinsky, elegido miembro de la primera Duma!

"Os saludamos, señor, como miembro del Parlamento, y aunque mañana subiremos al cadalso, iluminados por la aurora de un nuevo día, moriremos serenamente."

El espíritu inmortal de los grandes convencionales franceses parece revivir en esa doliente salutación, cuyo sublime desinterés en sociedad más coherente, o en hora menos influída por la acción de la discordia, hubiera despertado hondísima emoción en todos los grupos políticos, provocando al propio tiempo, un propósito firme, de consolidar, mediante el cumplimiento de patrióticos deberes, la situación recientemente creada. Pero no fué así, desgraciadamente, y entre intrigas palaciegas y relampagueos anárquicos de popular indignación, se sucedieron unas a otras, las convocatorias al cuerpo electoral, sin que de ellas surgiera en ninguna oportunidad el remedio a los males públicos.

Ni siquiera la anexión de la Bosnia y la Herzegovina al Austria en 1909, y las exigencias posteriores de Alemania para que el gabinete ruso se abstuviera de intervenir en los asuntos de Serbia, fueron suficientes a establecer una corriente de cordial inteligencia entre el pueblo y el gobierno, que sorprendidos en julio de 1914, por el misterioso crimen de Sarajevo, se vieron arrastrados a una guerra para la cual no estaban preparados.

Injusto sería negar que la cancillería moscovita puso todo empeño en evitarla y que el mismo Nicolás II, aterrado acaso por las consecuencias posibles del conflicto, e influído, además, por las discretas advertencias que le llegaban de París y

de Londres, dirigió una y otra vez suplicantes mensajes a su primo el Emperador Guillermo, para que actuara como amistoso mediador ante el gabinete austriaco, cuyas exigencias al gobierno de Belgrado eran cada vez más insolentes y desapoderadas.

Miraba la opinión en el imperio de los Zares como asunto de vital interés, el mantenimiento de la independencia y soberana del reino serbio, y por eso, la intemperante conducta de los diplomáticos vieneses, y los tenebrosos manejos de la corte de Berlín, hicieron inevitable una ruptura, que pugnaba abiertamente con los sentimientos de la familia imperante en San Petersburgo; porque para nadie es un secreto que en Tsarscoïe-Selo, a despecho de la decantada alianza franco-rusa, reinaban a la hora de iniciarse el gran duelo entre germnos y eslavos, vigorosas corrientes de franca simpatía hacia la casa de Hohenzollern, y que sin llegar a los extremos de insólita admiración a Federico II de Prusia, que mancillaron el efímero reinado del imbécil Pedro III, es lo cierto que el último Romanoff, rendía culto a las que él estimaba condiciones excepcionales de su deudo el emperador Guillermo.

Y en torno al soberano, alentados por el sonambulismo inconsciente de su esposa, e inspirados por el genio maléfico de Gregorio Rasputín, como junto a todos los monarcas destinados al trágico epílogo de la destronación o del cadalso formaron recio valladar infranqueable a la opinión que en vano una y otra vez, quiso hacer oir la voz del patriotismo y de la cordura, por complacencia senil, unos, por pueril ignorancia otros, y muchos, acaso los más, por el espíritu de deslealtad que se había ido infiltrando en todos los cuerpos del Estado.

Así, a la acción decisiva y avasalladora de la rutina, mal inveterado en Rusia, y por sí solo bastante a malograr los más nobles esfuerzos y las más generosas iniciativas, se asoció con mano artera la traición, que desde el palacio imperial, hasta el último confín de los campamentos, extendió la red de un sutilísimo espionaje, y alcanzó a inutilizar o entorpecer los saludables efectos de la victoria, cuando no le fué dado estobarla en absoluto.

Vano fué el indignado rumor de protesta, que ante la magnitud de tantos yerros acumulados, se levantó por todo el país, inútiles las reiteradas indicaciones de personajes nacidos junto a las mismas gradas del trono, para que confiado el gobierno a gentes expertas y de reconocida probidad, se orientara por nuevas rutas que vendrían a ser en definitiva rutas de salvación para el decoro nacional; estériles resultaron las elocuentes lecciones que la experiencia con la voz abrumadora de los hechos iba desarrollando ante la imperturbable serenidad del señor de todas las Rusias, porque, como en los días de Carlos I de Inglaterra, y de Luis XVI de Francia, el destino parecía haber puesto una venda sobre los ojos de aquellos a quienes el infortunio había elegido como altísima presa.

Sometida la nación a la supremacía económica de Alemania, que por medio de las primas de exportación había ido desplazando del mercado ruso a todos los pueblos rivales; estrechamente subordinada la burocracia a la influencia política de Berlín, y entregado el ejército a la dirección de generales, en su inmensa mayoría, originarios de cepa teutónica, es evidente que, indefenso y maniatado corría el pueblo ruso a un desastre tan inminente como irremediable.

Ante la magnitud desmedida de males tan acerbos, diéronse a buscarles remedio adecuado gentes muy interesadas por su eminentísima jerarquía social, en mantener el régimen monárquico y salvar a la dinastía reinante, y sin comprender que la sociedad es algo más que un simple agregado de individuos, pretendieron, suprimiendo a un hombre, poner término a las públicas lacerias, y cambiar los tristes destinos de su patria.

Fué Gregorio Rasputín, el omnipotente favorito de los soberanos, la víctima elegida por los conjurados, y en la noche del 30 de Diciembre de 1916, en la aristocrática mansión del Príncipe Youssoupov, recibió muerte aquel funesto embaucador y su cadáver fué arrojado al Neva.

Los acontecimientos posteriores a la eliminación del mendaz taumaturgo no correspondieron a las esperanzas que en ella habían puesto sus autores, y una vez más, la eterna infecun-

didad del crimen quedó demostrada en la historia por el irrebatible testimonio de los hechos, pues a la vergonzosa privanza de Rasputín sucedió el execrable imperio de su cómplice y paniaguado, Alejandro Protopopov.

Servil instrumento de la corte y del partido germanófilo, proponíase este maquiavélico personaje provocar por medio de sus agentes un movimiento pseudo-revolucionario que, de una parte impusiera el aplazamiento de las sesiones de la Duma convocada para el 27 de Febrero de 1917, y diera por otra a los que deseaban concertar la paz aisladamente con los poderes centrales, un motivo justificado; pero nadie se dejó prender en las burdas redes de este complot, y en la fecha indicada, en medio de la más serena calma, inauguró sus sesiones aquel cuerpo deliberante.

Era no obstante, aquella calma aparente la que anuncia siempre las grandes tempestades, porque algunos días después, el siete de Marzo, precedido por una huelga en todas las fábricas y empresas de la capital, se iniciaba el gran movimiento revolucionario que había de cambiar radicalmente las instituciones políticas de Rusia.

Muchedumbres famélicas, hartas de explotación y de vejámenes, lanzáronse airadas a la calle exigiendo con resolución inapeable, la cesación inmediata del odioso régimen imperante, y no retrocedieron ni ante las ametralladoras de la policía que desde los techos de los edificios públicos y desde las torres de las iglesias, barrían con fuego mortífero a los sublevados, cada vez más decididos y valerosos.

Inepto y desleal, soñaba todavía el gabinete con feroces represalias, y desprovisto en absoluto del sentido de la realidad, no veía que le faltaba, para llevar adelante sus insanos propósitos, el apoyo del ejército que no era ya como lo había sido antes el más sólido sostén de la autocracia; llamadas, en efecto, las tropas para restablecer el orden en la ciudad, negáronse a cargar contra el pueblo, sin que bastaran a disuadirles de esta resolución las amenazas de jefes y oficiales, no todos dispuestos a secundar los planes del gobierno, pues se dió el caso de

que alguno, identificado con la popular rebeldía, se suicidará ante la muchedumbre atónita y conmovida, por no faltar al juramento de fidelidad prestado al Emperador. A la residencia de éste a la sazón en Mohilef, llegan apremiantes telegramas de Rodzianko, Presidente de la Duma, revelando el grave aspecto que revisten ya los sucesos en la capital del imperio, pero a esta voz angustiosa que reclamaba en bien del país, y para salvación de la dinastía, satisfacciones inmediatas a la opinión, respondió la camarilla con el úkase de 11 de Marzo, disolviendo aquella asamblea, y entregando, por consiguiente, al pueblo ruso a los desmanes de la reacción.

Pero aquel reto audaz, límite último de una temeridad sin ejemplo, si desconcertó en un principio a los miembros de la Duma, dispuestos a obedecer, vino en realidad a señalar la aurora de un nuevo día, porque destacándose valerosa de la muchedumbre anónima y surgiendo en medio del tumulto como hermosa personificación del alma nacional, una mujer, Sonia Morozova, se presentó de súbito en el palacio de Táuride y "os traigo conmigo al ejército", exclamó entusiasmada, dirigiéndose a los representantes del pueblo, y mostrándoles el regimiento de "Volhynski", que presentaba las armas ante la naciente soberanía de aquella augusta asamblea.

La memorable jornada del juramento en el juego de Pelota tuvo otra vez en nuestros días escenario apropiado a la sublime magnitud de su importancia y significación, y, émulos de los próceres de la revolución francesa, los hombres de la Duma desoyeron al déspota, desacataron su mandato, y convencidos ya de su propia autoridad moral, asumieron todas las responsabilidades consiguientes al ejercicio del poder, y constituyeron un gobierno provisional bajo la Presidencia del Príncipe Lvov.

Consecuencia natural de estos acontecimientos fué la tardía abdicación que en la noche del día 15 de Marzo, firmó el Emperador Nicolás II, en favor del Gran Duque Miguel, y la renuncia que hizo éste al siguiente día, apenas conocida aquella resolución, de la pesada carga que sobre sus hombros echa-

ban los errores funestos, y las debilidades inexpiables de su infortunado hermano.

Así, caída sin gloria y para siempre la poderosa casa de Romanoff que desde el advenimiento al trono de Miguel Feodorovitch en 1613, había regido los destinos de Rusia, quedó como única autoridad legítima en todo el Imperio el gobierno provisional nacido de la Duma, de aquella Duma unas veces amenazada, y otras disuelta, y siempre desoída por el Autócrata y sus Egerias, durante doce años de insincero remedo de sistema parlamentario.

A ella en ese largo período, llegaron mil veces los dolientes clamores del pueblo abrumado por la "arbitrariedad salvaje de la administración"; pero los propósitos justicieros que esas voces de angustia inspiraron a espíritus generosos y previsores, se estrellaron siempre ante el obstáculo insuperable del misoneísmo gubernamental, y las crueles miserias del "mujik" continuaron sin remedio y sin consuelo, a despecho del aparente cambio de régimen.

Sergio Cuevas Zequeira.

Monumento levantado a la memoria inmortal de Juan Clemente Zenea.

EN EL TABOR

Por fin lector, frente a la sombría fortaleza donde pagó con su vida la heroica arrogancia de sus versos inmortales, se levanta como artística visión arrancada a la tradición helénica, la efigie del poeta que supo en días de esclavitud, guiar a los cubanos con el somatén de sus vibrantes rimas, hacia los ásperos senderos del deber y del sacrificio. Esta glorificación impuesta por la conciencia nacional, porque a ella contribuyeron desde el ilustre libertador que rige los destinos de la República hasta los niños de las escuelas y los obreros de las fábricas, es, más que la apoteosis de un hombre, la olemne consagración de un ideal que tuvo en Zenea un auxiliar poderosísimo ya que no hubo realmente entre sus contemporáneos quien como él, *en versos de tan honda poesía,* llorase los dolores de Cuba, y espolease la voluntad de sus hijos.
evrsos de tan honda piesía, llorase los dolores de Cuba, y espolease la voluntad de sus hijos.

Testimonio perenne de la admiraación de un pueblo, ornato y orgullo legítimo de la ciudad de la Habana, el monumento que nos muestra ahora redivivo en bronce por la mano de un inspirado artista español, al mismo que otro día en las horas trágicas de nuestra historia, cayó al impulso del plomo hispano, es prenda cierta de reconciliación y de concordia entre los viejos contendientes, y por eso ante la imagen del noble aeda sacrificado, podemos repetir sin insano rencor ni avieso odio esta rotunda estrofa dedicada por alguien a Rizal:

No llores de la tumba en el misterio
de tu verdugo el triunfo momentáneo,
que si una bala destrozó tu cráneo
también tu idea derribó un imperio.

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA
Presidente del Comité Zenea.

JUAN CLEMENTE ZENEA

(POR AURELIO MITJANS)

Otro poeta del tercer período que reune como pocos gran inspiración en el fondo y sostenida elegancia en la forma es Juan Clemente Zenea. Alma sensible y exaltada, se agita fuertemente lo mismo cuando la solicita el júbilo que cuando la abruma el infortunio, y traduciendo en vibrantes y armoniosas rimas sus íntimos regocijos o dolores, nos impresiona y conmueve poderosamente, y embarga y retiene nuestra atención y nuestra simpatía con un hechizo de que pocos artistas disponen. Sus frases tienen para la expresión de los afectos humanos relieve y colorido tales, que aún aventaja a Luaces y a Mendive tratando ciertos temas que el uno, mas grandioso que tierno y el otro, más pintoresco y armonioso que profundamente subjetivo, no dominan con igual maestría. ¿Quién en efecto, sobrepuja a Zenea en la sinceridad, exactitud y vehemencia con que manifiesta sus pasiones ya en un gemido que le arranca un recuerdo doloroso, ya en un grito desesperado que vierte por una esperanza defraudada, ya en un relámpago de alegría que enciende un momentaneo placer?

En 1860 publica los Cantos de la Tarde, divididos en dos partes: Elegías y Poesías Varias, una y otra, enriquecidas con algunos versos inéditos o posteriores, forman la secciones denominadas Cantos de la Tarde y Poesías Varias'' en la colección completa publicada en New York en 1874, que comprende además las partes tituladas Traducciones, Esclavitud y Diario de un Mártir.

En todos estos diferentes grupos de trabajos poéticos predomina la tristeza.

Sin embargo, ¿qué privilegio tiene la musa melancólica de Zenea, para no levantar esas protestas con que la crítica responde severamente a los bardos quejumbrosos que sólo saben gemir y lamentarse? Es que Juan Clemente Zenea no pertenece a la clase de bohemios aburridos y desocupados, mas llenos de mal humor que de penas, a quienes causa hastío el cielo siempre azul, mas dados, en rigor a bostezar que a gemir atormentados por verdadera angustia. Zenea no tiene costumbre de hacer las generalizaciones vagas en que los desesperados, real o ficticiamente, suelen calumniar al prójimo y pintar la vida humana con negros colores; en vez de referirse como los otros a secretos

María Luisa Mas de Zenea.

males, a indefinibles sufrimientos que por su misma vaguedad no interesan, tienen una causa concreta que comunica al lector sin demora: aquí es el recuerdo de Fidelia, su difunta amada, que trae a su memoria venturas que pasaron para no volver: allí la muerte de Isabel amiga a quien dedica un suspiro; ahora los celos de la nueva novia, que estima por rival la sombra de la fallecida; luego el adios a otra a quien pide perdón por un amor efimero desvanecido; más tarde, la nostalgia que le asalta en suelo extranjero; después la ausencia de su mujer y de su

hija, el pesar de no abrazarlas antes de morir y la emoción que le proporciona saber que las damas que admiran sus versos lloran por él prisionero próximo a la tumba. De este modo sin rebuscar falsos motivos para inspirar compasión, Zenea llega a ser el primero de nuestros poetas elegiacos, el más sincero, apasionado y elocuente a la vez que el mas comedido, atildado y elegante.

Como poeta político lo mismo que como peta erótico, se distingue por su entonación elegiaca. Las circunstancias de su vida determinan lógicamente ese carácter de los desahogos de su contrariado espíritu, pues ya el fracaso de las empresas a que se asociaba, ya la quietud de sus compatriotas que veía con impaciencia en sus exaltaciones de emigrado, llevan a su ánimo la postracción, en que no alcanza según su amarga queja,

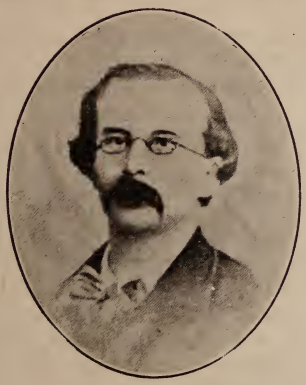
jugar con la ilusión y la esperanza
en esta triste noche de la vida.

Literariamente la titulada En Días de Esclavitud, es una de sus mejores composiciones políticas: brillante en sus formas, punzador en sus dudas, plañidera en sus dolores, viril en sus protestas contra el servlismo, que despierta, en su alma indignación mayor que la tiranía misma. Los cincelados endecasílabos en que el poeta bayamés envidia la libertad del pájaro perdido en los bosques, y pide a Dios otra patria, otro siglo y otros hombres, una tierra de promisión que no halla desde que pasaron los tiempos de Roma, y murieron los heroes de Grecia, serán inolvidables por el sentimiento y la belleza que encierran. También la silva Diez y Seisi de Agosto de 1851, escrita con palabras de fuego y llena en todas partes de inspiración, valentía y nobles sentimientos, es una notable obra literaria.

Sus composiciones color de rosa, que son las menos figuran también gallardamente en el breve tomo de ciento veintidos páginas que Zenea nos ha legado. Ya la intensidad del sentimiento y el vigor de la frase que a sus otras poesías es peculiar, ya la delicadeza, gracia y donosura que en sus horas alegres derrama su pluma, hacen de Amor Predestinado, Nuevo Amor,

El Lunar, la Violeta, Retorno y Su Boca, deliciosos modelos de su género. Estas contadas gotas de miel esparcidas en su libro, lo completan, enriquecen y realzan.

Se ha comparado a Zenea con Alfredo de Musset. En las poesías amatorias tiene realmente alguna semejanza con él por lo soñador vehemente y melancólico; pero es menos escéptico y epicúreo, y ha pronunciado hermosas palabras arrancadas por los dulces goces del hogar que no pertenecen al modelo



Juan Clemente Zenea

que se le atribuye. Por sus acentos patrióticos, por la constancia con que sustenta un ideal cuyas vicisitudes motivan sus exaltaciones y desfallecimientos, es algo verdaderamente distinto del cantor de Rolla.

En los primeros versos que publicó Zenea, en los periódicos, aparecían con frecuencia incorrecciones que fueron justamente denunciadas. Por fortuna, el poeta se mostró después celoso en corregir las faltas cometidas y en aprender a pulir y redondear sus nuevas obras con un esmero que rivaliza con el de los mas atildados escritores. Fácil era la tarea, perteneciendo sus leves defectos a los detalles más externos y aislados de la versificación,

pues en propiedad de imágenes, belleza de edición, concierto de las partes y discreción de pensamientos siempre fué feliz y primoroso artista. Así puede ser lícito, sin escrúpulo de que este elogio se parezca a tantos que han recibido rimadores calificados de correctos solo por que han medido bien las sílabas; puede ser lícito decimos, recomendar como dechado de elocución y frase poética su selecto ramillete de flores, cuyo aroma no percibirá sin emoción ningún cubano; sus frescas sensitivas, que los ojos femeninos regarán siempre con sus lágrimas.

El Monumento a Juan Clemente Zenea

"L'art est l'immortalité d'une patrie. Tout pourrit et finit sans lui; c'est l'embaumeur de la vie morte et rien ne survit que ce qu'il a touché, décrit peint ou sculpté".

EDMOND DE GONCOURT.

El día 20 de Mayo, fecha gloriosa para Cuba, se inauguró uno de los más bellos y originales monumentos con que cuenta la Habana.

Un Comité, presidido por el doctor Sergio Cuevas Zequeira— cuyo nombre es honor de las letras cubanas— e integrado por los más altos representantes de la política del arte y de la intelectualidad, ha llevado a cabo después de una perseverante labor de patriotismo y de cultura, la definitiva consagración de un excelso poeta a quien, no bastando para inmortalizar su nombre los frescos laureles de la gloria , quiso la suerte adornarle también con los del martirio. A la iniciativa de éste comité, y a la generosa contribución de todo el pueblo, se debe la estatua de Juan Clemente Zenea que hoy admiramos enfrentada al mar, por el que tanto suspiró el poeta en su destierro.

En público concurso fué adjudicada la ejecución de la obra a un joven escultor valenciano: Ramón Mateu Montesinos. Aunque no es necesario presentar nuevamente al artista, pues ya la prensa se ha encargado de hacerlo, y el día de la inauguración lo elevó a la tribuna el Dr. Zayas, en donde recibió el homenaje de todos los presentes, nosotros quisiéramos aún decir una palabra de él.

Mateu es un joven de 28 años, alegre, e impetuoso. Toda su

persona respira ese sano optimismo de quien tiene confianza en sí mismo y en el porvenir. No hay en Mateu ni la *pose* romántica del artista que cree con ella añadir mas valor a su arte, ni tampoco ese gesto desdeñoso de los que precozmente triunfan; ante el contrario, Mateu es como su obra, ingenuo y sincero.

No tenía 15 años y ya había ingresado en la Real Academia Sn. Carlos de Valencia, cuna de tantos artistas que como él, continúan la tradición gloriosa de las artes plásticas españolas. Allí en su ciudad natal obtuvo Mateu las mas altas y merecidas recompensas.

Pero su aspiración era llegar a la Academia de Sn. Fernando de Madrid, recibir las enseñanzas de los consagrados, ver de cerca de los Museos las obras imperecedoras de la escultura, y en efecto, el año 1913, a los 22 años, ingresa por rigurosa oposición en la Academia y obtiene al terminar el ciclo de sus estudios tres diplomas de 1a. clase y el premio extraordinario en metálico. Ese mismo año concurre a la Exposición Nacional de Bellas Artes, presentando una obra bellísima "*Brindis de Baco*" que le valió una Mención Honorífica y el reconocimiento por parte del público de que Mateu no era lo que hemos convenido en llamar una esperanza del arte, sino una plena, viva y personalísima realidad.

Más tarde, en la Exposición Nacional de 1915, obtiene un ruidoso y definitivo triunfo. El Rey de España se detiene en su visita ante la obra de Mateu, pareciéndole, con ese instinto crítico de quien se ha educado en medio de un ambiente saturado de arte, no la obra de un muchacho de 23 años, sino la labor larga, paciente y depurada de un escultor que ha llegado a los últimos refinamientos. Como el Rey mostrase deseos de conocer personalmente al autor de aquella obra, uno de los artistas que acompañaban al Monarca presentó a Mateu ante S. M., quien tuvo para con el joven escultor las mas alhagadoras frases, y la más emocionada felicitación. Con este motivo, los periódicos y las revistas de arte publicaron fotografías de este singular encuentro entre el Rey y un escultor de raro talento. El nombre de Mateu se popularizó mucho en Madrid, y desde entonces,

se habló de él en los círculos artísticos, con ese cálido entusiasmo que suele reservarse para las grandes figuras de la nueva generación: Clará, Inurria, Julio Antonio.....

Mateu obtuvo en otra ocasión uno de esos éxitos que aunque menos ruidosos que el anterior, son tal vez más significativos. Se verificaba un concurso de esculturas infantiles en el Salón del Círculo de Bellas Artes de Madrid, instalado con un exquisito gusto en el Palace Hotel, y por tratarse de un concurso original, para el que no todos los artistas tienen disposi-

Antonio Quevedo

ciones naturales, acudieron a él un grupo de escultores, si bien poco numeroso selecto y refinado. Mateu llevó al concurso una estatuita de una técnica tan maravillosa, que revelaba el conocimiento perfecto del cuerpo infantil; pero no sólo había allí técnica, sino vida; la gracia ingenua y tierna de la infancia animaba el mármol, como en aquella famosa *cantoría* de Lucca della Robbia, que es la gloria de uno de los museos de Florencia.

En este concurso ocurrió un suceso de extraordinaria importacia para Mateu. Y fué, que el escultor español Inurria, conocido hoy de todo el mundo, —del mundo que conoce algo de escultura moderna, naturalmente—al ver la obra de Mateu con ojos de verdadero artista, sintiéndose atraído, enamorado de

ella, la adquiere sin discusión para su estudio. Esto representaba para Mateu una consagración fuera del campo oficial, era como el espaldarazo en los viejos libros de caballerías. Inuria lo había armado caballero. Pero faltaba un blasón en su escudo sin armas, y ese, ha venido a conquistarlo a Cuba, obteniendo en público concurso y por unanimidad de votos, la ejecución del monumento a Zenea.

Mateu ha trabajado en él, a la manera libre, desembarazada y personal de los imagineros góticos; lo mismo que aquellos anónimos artifices llevaron sus fantasías sin trabas ni cánones a los pórticos de las antiguas catedrales, él ha podido también por esta vez—merced a las acertadas bases del concurso,—liberarse de las imposiciones y de los naturales *a priori*, que la buena fé del patriotismo o los prejuicios decorativos de cada pueblo, pesan sobre la inspiración de los artistas. Ni el modo de ejecutar la obra, ni la materia con que había de plasmarse esta, le ha sido, no solamente impuesto, pero ni siquiera sugerido.

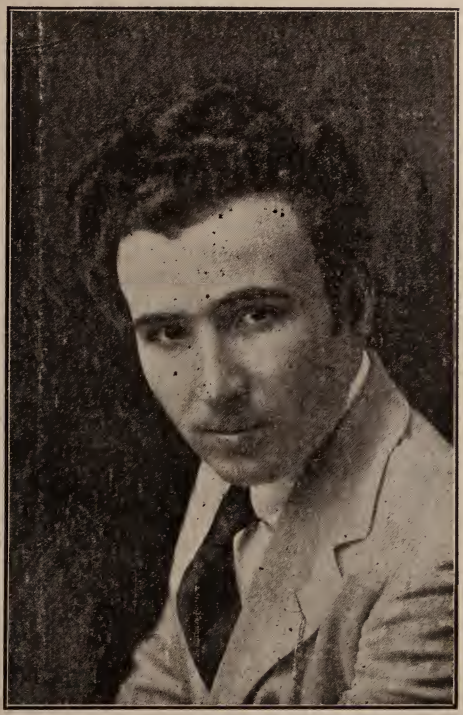
Todo se debe a iniciativa e inspiración de Mateu, que con una personalidad vigorosa, con una independencia casi salvaje, ha querido apartarse de las tradiciones que, por la ley natural, son inherente a la obra de arte de los que empiezan, lo mismo en escultura que en las demás bellas artes.

Mateu ha comprendido que cada siglo tiene sus ideales y su ambiente propio; y que el arte mas puro, el más noble y el más sincero, es el que nos une a la vida actual por sensaciones propias y no por recuerdos; él ha querido huir en toda su obra de los helenísmos frios e insinceros de un Thorvieldsen—¡un danes del siglo XIX queriendo sentir como un Fidias o como un Práxiteles del tiempo de Pericles, a través de 25 siglos!—como asímismo del afeminamiento laxo y dulzón de Canova, escultor de salones, cuya fama durante un tiempo en que el buen gusto llegó a los mayores refinamientos, tanto nos desconcierta hoy.

La pléyade de escultores, que ha seguido la manera mas literaria que plastica de Augustte Rodin, no ha hecho sino caer en sus extravagancias, en su exaltación de lo monstruoso y lo deforme, sin poder llegar hasta aquellas cumbres que solo tocó su genio,

como en el *San Juan Bautista,* digno Donatello, o en el portentoso grupo *Les Bourgeois de Calais.*

Se puede admirar mucho la obra de un artista, y no abdicar



Ramón Mateu, autor del monumento a Zenea

por eso la propia personalidad; antes el contrario el joven que empieza su vida artística, debe huir todos las influencias y guiarse solamente de sus gustos, para que no haya que aplicarle aquella

aguda frase de Benavente: "Bienhaventurados nuestros imitadores, porque de ellos serán nuestros defectos".

Así, guiado por su credo de sinceridad y de verismo, sintiéndolo como lo ha realizado, Mateu ha hecho un monumento sencillo, como cuadraba a un poeta sencillo también. Hubiese podido obtener el máxime aplauso de todos los profanos en el arte de la escultura, que por ley natural son la mayoría apelando a esos diseños monumentales que nos recuerdan vagamente el final de los ramilletes de dulcería, a los que cuadra bien la palabra *confeccionados*, monumentos planeados con un criterio geométrico o *cartesiano*, en los que una sección longitudinal, y otra transtransversal en angulo recto, dividen la obra en cuatro partes perfectamente simétricas. No parece que el sentido estético moderno, guste mucho en los momentos, de las escalinatas, las graderías, los jaspes palidos, los hachones flamígeros, las columnatas de variados órdenes y todos esos tópicos escultóricos con que se pretende disimular la falta de personalidad y de inspiración.

Por el contrario, lo que se nota a prmera vista en el monumento a Zenea, es una tendencia que podría llamarse *global*, un modo de fundir en bloque compacto la figura principal y sus accesorias, tendencia que Mateu ha acentado uniendo, acoplando mejor dicho, la figura del poeta a la base sobre que descansa. Actualmente solo conocemos dos escultores, el newyorkino Saint-Gaudens, y el vienes Tilgner, que realicen esta tendencia de un modo natural, sin escorzos violentos del modelo, ni deformidades en las masas de sustentación. Hay que hacerle notar al público, que este nuevo modo que en la apariencia parece tan sencillo, es muy difícil de llevar a la práctica con esbeltez, pues esta técnica tiene forzosamente que conciliar, la sensación de fuerza equilibrada y de gravitación única, con la inherente a todo monumento bello, es decir la ligereza.

En cuanto a la escultura propiamente dicha, es de observar que el artista ha hecho un esfuerzo para poner en esta figura, y sobre todo en la cabeza un cierto caracter, y como una particular psicología. Es una cabeza expresiva con aire un poco

inquieto y ansioso, con las cejas fruncidas y los ojos penetrantes y duros, en donde el escultor ha tratado de traducir con genial intuición y tal como él lo concebía el caracter de Juan Clemente Zenea. Las manos, también tienen un modelado irreprochable, particularmente la derecha, que aprehende la pluma con una naturalidad pasmosa y descansa *blandamente* sobre la piedra.

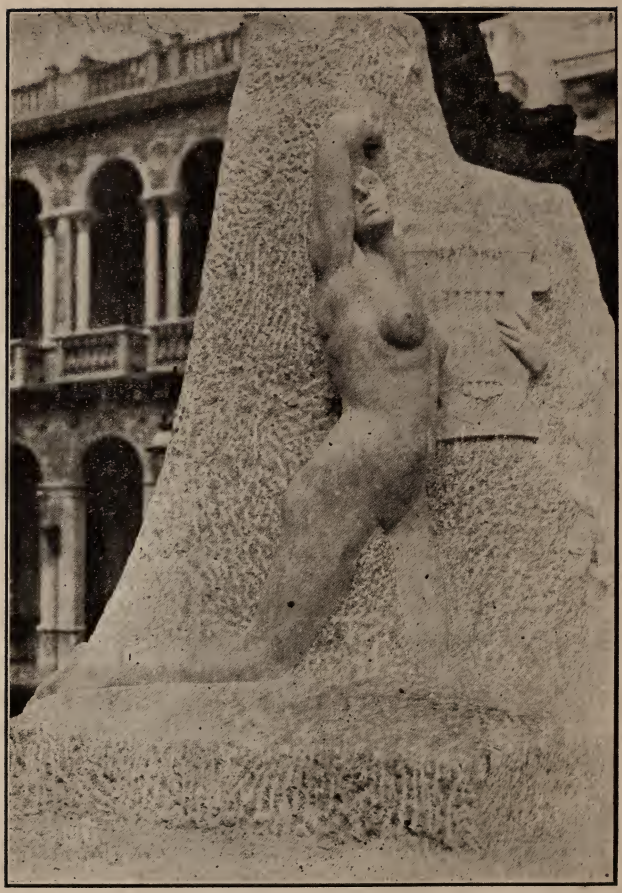
No ha querido figurar Mateu al poeta-mártir en una actitud teatral, por el contrario, lo ha representado de la manera mas natural y humana que cabe en un hombre meditativo: sentado descuidadamente en una roca informe, con su libro favorito sobre las rodillas, abstraido del medio que le rodea. (Un paréntesis, lector. ¿Cuál o cuales serían los libros favoritos de Zenea? Nosotros no concebimos a un poeta tan delicado, tan espiritual como Juan Clemente Zenea, leyendo en horas solitarias poemas épicos, o versos patrióticos del momento. Nos place imaginar a este bardo inquieto y sentitivo, con un libro lírico entre las manos, por ejemplo, leyendo las Baladas de Francois Villon, tal vez aquella dirigida a las damas de antaño. *¿Mais oú sont les meiges d'antan?* Zenea hubiese respondido a esta pregunta del inmortal poeta francés con un alado verso suyo:

"..... Que aquella edad con que soñé no asoma;
Con mi país de promisión no acierto;
Mis tiempos son los de la antigua Roma
Y mis hermanos con la Grecia han muerto".

Pero.... ¿donde están las nieves de antaño?)

Tal vez abusando de la benevolencia del lector quisieramos decir algo de la bellísima, admirable escultura de mujer que decora a manera de musa el monumento de Zenea.

No parece que sea norma frecuente, conceder a las figuras accesorias de un monumento escultorico la misma importancia que a la figura principal, sin caer en rebajamiento de esta. Aquí, el artista, ha sido un poco traicionado por su mismo arte, creando un desnudo, cuya belleza reclama en primer término, de manera imperiosa y exclusiva, la admiración del espectador. Esta escultu-



Un detalle del monumento a Zenea.

ra digna de una primera medalla, merecía por sí sóla el pedestal de un monumento, pues es un verdadero alarde de naturalismo, dentro del marco peético de toda la obra. Al decir que esta figura ha traicionado un tanto al artista, queriamos dar a entender, que existe un desequilibrio entre su factura, y el caracter de decoración accesoria que el monumento requería. Esta explendorosa mujer, de líneas moduladas, viva y como iluminada por un ideal, que quiere redimirse del marmol para hacerse pensamiento fugitivo, parece indicarnos como el poeta de mirar angustiado, cuya gloria sustenta, que son sus tiempos también los de la antigua Roma. No sienta bien a estos contornos blandos y exquisitos, la luz cruda y excesiva del sol antillano; antes bien, está pidiendo la penumbra suave de los pórticos antiguos o la media luz de las *Loggias* florentinas.

En cierta ocasión, decía Rodin al crítico de arte francés Paul Gssell, que todos los originales de esculturas maestras tenían la línea viva, y que pasando la mano por su contorno, se experimentaba esa sensación temblorosa que nos produce la forma morbida viviente. Según este criterio *tactil,* Rodin concluía que toda estatua que al tacto no nos dé esta sensación, no la dará tampoco a simple vista y por consiguiente, no siendo real no podrá ser bella. El genial escultor invitó al crítico a una sesión de esta nueva y pintoresca estética esperimental, llevándole a uno de sus estudios de París para que con los ojos vendados, pasase la mano sobre algunos busto, torsos y brazos de esculturas elegidas por Rodin entre las cuales unas eran suyas, o antiguas copias romanas de originales griegos adquiridos por él, y otras, *moulages* habilmente hechos, o copias mediocres sobre mármol. Paul Gssell cuenta emocionado esta extraordinaria sesión, sorprendiéndose de que ha pesar de no haber visto lo que tocaba, y solo guiado por la sensación de tacto, habíase podido reconocer cuales eran las copias y cuales los originales

Nosotros hemos podido también, con esta figura del monumento a Zenea, acariciar la línea viva, la línea expresiva, esa línea vibrante y a veces fugitiva que pone en los mármoles geniales un soplo de vida espiritual.

Legítimo orgullo puede sentir el escultor Ramon Mateu, por haber contribuido con su arte a la gloria de este otro artista de la palabra, que no volvió a su patria para morir, como dicen algunos, sino para ser inmortal.

Ya, por siempre, será feliz el alma del poeta, viendo con los ojos de bronce que le presta el arte, que aunque en su tumba no hay, como tal vez hubiese deseado, ni un sauce, ni un cipres, en cambio todas las mañanas, cuando el mar se viste de plata, y pasan sobre él los blancos navios como gigantescas gaviotas, dando la vela al viento, se levanta sobre el centenario castillo que atalaya el mar, la bandera azul y roja de la estrella solitaria, recortándose en este cielo expléndido de la dulce Cuba.

ANTONIO QUEVEDO

Habana, Junio 1920.

Inauguración del Monumento a Zenea

"Todo lo que se hace con amor, llega a término feliz" dijo la Seráfica Doctora Teresa de Avila, y lo corrobora, por modo indiscutible el desenvolvimiento que la idea altruista de un joven periodista ha tenido hasta culminar, por el amor de todos, a la patria y a uno de sus mártires, en el Monumento a Zenea, inaugurado en la tarde del 20 de Mayo último, en

Dr. Andrés Segura Cabrera.

el Paseo del Prado, llamado por lo que se vé, a ser el estatuario, digámoslo así, de poetas y escritores porque en su principio, en la esquina de Zenea, antes Neptuno, está el busto de Carlos Manuel de la Cruz, y en el otro extremo, en la esquina de la Avenida de la República, antes San Lázaro, está la estatua del poeta mártir, cantor inmortal de la Golondrina, Juan

Clemente Zenea, de que me he de ocupar en esta líneas, destinadas, más que nada, a explicar los grabados que la acompañan en las páginas de esta magnífica Revista "LAS ANTILLAS", que no dejará pasar nunca la ocasión de recoger, como ahora lo hace, datos tan preciosos y de tanto interés histórico.

Una tarde.—la del 25 de Agosto de 1918.—en la peregrinación a la Cabaña, que, por centenares hacen cada año, a los fosos de los Laureles de esa Fortaleza, los admiradores del poeta-mártir, desde que a su regreso a Cuba promovió tan piadosa

Dr. Manuel Varona Suárez.

manifestación del sentimiento patrio la hija del bardo inmolado Sra. Piedad Zenea de Bobadilla, en ocasión de pronunciar el discurso de que lo había encargado la representación de las Logias Masónicas de Cuba, el Sr. Antonio Iraizoz, meritísimo Director de "La Noche", expuso la mas hermosa idea de reverencia para el cantor de Fidelia, un monumento; y, como ya dije en el discurso que pronuncié en la última de esas peregrinaciones, el año próximo pasado, fueron tan sentidos sus conceptos, fué tan directamente al corazón cubano su decir levantado, generoso, elocuente y magnífico, que la idea enseguida se hizo una realidad, y la Sección de Ciencias Históricas

del Ateneo de la Habana,—que desde entonces empezó a hacer po su gestión directa esas peregrinaciones iniciadas, como ya he escrito, por la piedad filial,—recogiéndola constituyó un Comité bajo la presidencia del sapiente Profesor de nuestra Universidad Dr. Sergio Cuevas Zequeira y como su Secretario el que lo era de la Sección Sr. Raoul Alpizar, a quien sustituí al ser destinado en la carrera consular, fuera de Cuba; cuyo Comité, formado por hombres de buena voluntad y el mas grande patriotismo, gestionó, con éxito nunca visto, lo conducente para la realización del ideal que le había sido encomenda-

Niño Arturo Morales que ofrendó flores a Zenea en nombre del Centro Puertorriqueño.

do, alcanzándolo todo y aún más de lo propuesto, como ha sido el cambio de nombre a la calle de Neptuno por el de Juan Clemente Zenea, que desde el día 25 de Agosto del año pasado en que se descubrió por el Alcalde de la Habana Dr. Manuel Varona Suárez la lápida que se lo dá, le quedó consagrado e impuesto oficialmente.

Ese mismo día,—un momento antes que este acto a que acabo de contraerme,—quedó puesta la primera piedra del monumento, (preciosa pieza de granito natural regalo de los masones de Oriente), con una fiesta hermosísima a la que

El Presidente y el Secretario del Comité en compañía del escultor Mateu.

concurrió todo lo que más brilla en nuestra sociedad, con las autoridades nacionales, provinciales y municipales, representación del Ayuntamiento de Bayamo, la ciudad del poeta mártir, y su hija bien amada, un símbolo allí, de amor filial y de eterna piedad,—que parece que nombrarla así en su bautismo fué un presentimiento,—a la memoria veneranda de su padre inmortal.

Antes del año de esa fiesta el monumento se yergue allí desde donde contémplase el Castillo de la inmolación horrenda. Monumento sóbrio, artístico cual no hay otro en la Habana, salido del cincel impecable de un joven escultor español, (de Valencia, la tierra de mis antepasados) Sr. Ramón Mateu recio y fornido en su complexión física, como espiritual y delicadísimo en sus sentimientos artísticos y morales.

La crítica toda, a una, se ha resuelto por la celebración mas justa y razonada. Todos han visto en la obra de Mateu la esquisitez incomparable: Zenea, en la estatua de Ramón Mateu habla, dice su infortunio, expresa cuanto cabe dar en bronce la expresión; y la piedra de la base, que modela la poesía brindando inspiración al mártir, su hijo, la piedra, nos dá, como dijo el articulista que de este monumento se ocupó en el "Diario de la Marina", días pasados, la piedra nos dá "una mujer divinamente humana, humanamente cincelada, con sangre y entrañas que hacen carne virgen, inspiración y canto".

Pocas veces podrá en casos semejantes cantarse la victoria que de todo corazón canta y repite en todas circunstancias el Comité Monumento a Zenea. Pocas veces encuentra idea alguna, mas apoyo, mas calor, mas colaboradores. Las Sras. del Club Femenino de Cuba, representadas por la distinguida comisión que enviaron y se ve en el grabado adjunto; el Municipio habanero, contribuyendo con suma respetable, de acuerdo con la moción presentada por el Concejal Sr. Martínez Peñalver; las autoridades, dando, todas, las facilidades mayores al desarrollo de nuestros planes, principalmente el Alcalde Dr. Varona Suárez y el Arquitecto Municipal Sr. Walfrido de Fuentes en quien encontré como siempre al funcionario culto y bien dispuesto y al amigo cariñoso; la importante casa editora de Rambla, Bouza

y Compañía, editando la novela "Lejos de la Patria. Memorias de un Joven poeta" y algunas poesías en un tomo cuya publicación propuse desde el *Consultorio de "La Discusión"*, y el Comité acordó en consecuencia, hacer, y el cual tomo se vendió primero para aumentar los fondos de la suscripción nacional abierta por el Comité y cuando aquellos pasaron de la cantidad necesaria al fin propuesto, se obsequió con él a los admira-

Dr. Alfredo Zayas

dores del bardo inmortal. La Asociación Nacional de Pintores y Escultores, cediendo su casa del Malecón para las Juntas del Jurado y la Exposición de maquetas y nombrando, como la Academia Nacional de Artes y Letras, un miembro de su seno para integrar aquel, los oradores, poetas artistas, prensa, a, todos, a una, ayudándonos y cooperando al éxito alcanzado.

Y, eso porque? Ah!, pues porque la obra nuestra no era solo de perpetuación del nombre de Zenea, sino muy principalmente de su reivindicación. Y esa se obtuvo y con analisis prolijo de su obra patriótica y de las miles de circunstancias que para ello son de apreciarse, la proclamó con la grandilocuencia de su castizo decir el Dr. Alfredo Zayas, en el brillantísimo discurso con que cerró la fiesta que dejaba el Monumento a

la pública contemplación y nuestra obra terminada. Fiesta grandiosa, que parece hasta dispuesta por la Divina Providencia, como dijo el Sr. J. M. Planas, para aprovecharla pidiendo, —como él pidió y el Comité y las grandes figuras de la intelectualidad la política, allí presente, lo acordaron.—que se pa-

Concejal Sr. Martínez Peñalver.

sara un cablegrama a Venezuela impetrando clemencia para el poeta, Sr. Santos Chocano, tan amigo de Cuba y que se temía que fuese fusilado.

Tarde inmensamente hermosa, de Gloria plena para el pueblo cubano que daba tal exponente de amor patrio, para las letras y la poesía, para el Comité y para la Justicia a la que se le

pedía clemencia en sus fallos, en nombre de la Humanidad, y de la grandeza de la Poesía, madre fecunda del pensamiento de un hombre a quien solo el error pudiera extraviar en la rectitud de sus sentimientos, siempre elevadísimos.

Ahí está el Monumento a Zenea. Ahí está la obra de un

Dr. Antonio Iraizós

pueblo libre y generoso, debida principalmente, como en otra ocasión ya expuse también, a los estudiantes, por el Dr. Cuevas Zequeira; a los masones por los Sres. Iraizoz y Muñoz Sañudo; a los obreros por el Sr. Antonio Fernández Grau, rico industrial en tabaco y miembro del Comité; y al Ayuntamiento

Comité Zenea.

por las generosas iniciativas del concejal Sr. Martínez Peñalver y el apoyo prestado a ellas por el Alcalde Dr. Manuel Varona Suárez.

Y no quiero terminar sin ampliar un concepto del principio de este escrito; el relativo a que el Prado parece como destinado a recojer las estatuas y bustos de nuestros grandes de las letras, de nuestros más inspirados y patriotas poetas. Sí, ello parece así y así puede, en efecto, suceder si esta iniciativa mía encuentra en alguien calor y se propone robustecerla con la acción. Hágalo así en cuanto a PLACIDO, el gran mulato iluminado por un estro magnífico, Gabriel de la Concepción Valdés, cuyos versos como los de Zenea ocupan la mente de todo cubano, hágalo así, la culta, rica y floreciente sociedad "Club Atenas", integrada por hombres de gran valer de la raza, que saben honrar lo que honrarse merece; inicie una suscripción nacional como lo fué la de Zenea, promueva, gestione y cuente, en todo y para todo, con mi humildísima cooperación.

Tras Plácido vendrán otros y ese Paseo del Prado será Catedra muda de Humanidades, y hará vivo y patente el recuerdo de tanto como vale y es ignorado entre nosotros que, estamos en el deber de no perder la noción del pasado, porque en él, en sus hombres de entonces, descansan nuestro presente y se ha afianzado el porvenir.

DR. ANDRES SEGURA Y CABRERA

LAPIDA

JUAN CLEMENTE ZENEA

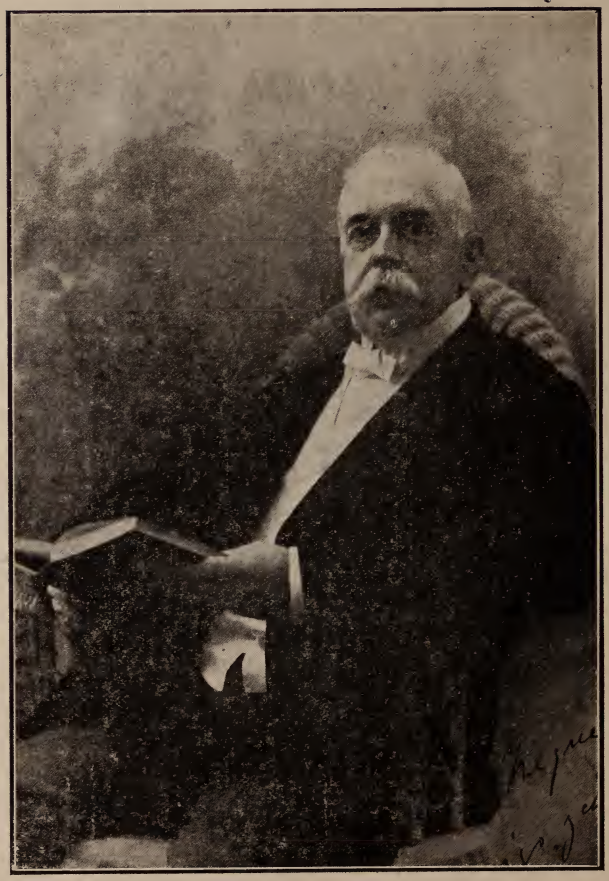
Con el hierro opresor de sus cadenas
tejió coronas y labró joyeles,
y como un héroe de la antigua Atenas,
cayó de cara al sol, y entre laureles,

Tranformando la sangre de sus venas
en líricos milagros de claveles!....
¡Sobre su tumba floreced verbenas!.....
¡Sobre su mármol sollozad, cinceles!....

Pero no ha muerto ¡no! La golondrina
aun la dulzura de sus cantos trina,
y aun el mar sus nostalgias interpreta....

¡ Y siempre en todo espíritu cubano,
vivirá, como un símbolo, el poeta
de alma de griego y corazón romano.

FRANCISCO VILLAESPESA.



Enrique José Varona.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

Profesor de la Escuela de Letras y Filosofía, en la sesión solemne de la Universidad de la Habana, confiriendo al Dr. Enrique José Varona el título de Catedrático honorario.

(Versión tequigráfica de los señores Saul Saenz de Calahorra y Salvador Castroverde).

S. Rector,
Sres. Catedráticos,
Mis queridos alumnos,
Señoras y señores:

Cuando hace apenas algunos lustros puse por primera vez la planta en esta tierra de mis abuelos, movido por el legítimo propósito de ensanchar el campo de mis actividades intelectuales, jamás pude pensar que, pródigo el destino me reservaba, como honor el más grande de mi vida, el de sustituir en la Cátedra que iluminó con los resplandores de su ciencia y enalteció con el prestigio de su nombre esclarecido, al cubano ilustre a quien en esta hora rendimos merecido homenaje de respeto y de admiración, y menos aún me era lícito sospechar que serían mi pobre ingenio y mi pálida palabra los instrumentos que con una generosidad incomprensible habría de elegir la Facultad de Letras y Ciencias de esta Universidad para hacer efectivo ese homenaje.

Por eso, señores, la emoción que me embarga es tan pode-

rosa, que surgen a mi mente como única expresión adecuada de ese sentimiento aquellas palabras que puestos en el cielo el pensamiento y la mirada repetí muchas veces en los días ya lejanos de mi niñez, al conjuro de mis maestros, y en oportunidad para mí y para los que conmigo las pronunciaban extraordinariamente solemne: *domine non sum dignus.*

Y, sin embargo, necesito serlo, debo sustraerme en absoluto a la consideración de mi humildad y pequeñez, pera corresponder a la confianza que en mí ha depositado, no sólo la Facultad de Letras y Ciencias sino todo el Claustro universitario, y sobreponerme a la actual turbación de mi ánimo para evocar, siquiera sea con verbo vacilante y acongojado, la figura del Dr. Enrique José Varona, desde el momento en que, adolescente aún, abandonó aquel nido de águilas caudales que se llama la región camagüeyana, y que ha tenido la gloria de ilustrar la historia de Cuba con la inmortalidad de estos tres nombres incomparables: Agramonte, el heroico y valeroso caudillo; Tula Avellaneda, la inspirada poetisa; Varona, el pensador sereno, el austero filósofo.... (*Atronadores aplausos interrumpen al orador*)... y seguirlo hasta esta ciudad de la Habana, a la que nutrido por las enseñanzas que recibiera en el hogar nativo, merced al celo diligente de su propio padre, llegó en sazón oportuna para ser iniciado en los secretos de la maravillosa lengua del Lacio por el doctor Juan Bautista Hernández Barreiro, aquel profesor ilustre de la escuela de Derecho a quien todos vosotros conocisteis, y recordais, seguramente. con veneración y cariño (*Aplausos*).

Y después no encuentro otros maestros para él porque, pensador autodidacto, el Dr. Varona creó por partenogénesis su vigorosa mentalidad sin voz que lo doctrinara y sin mentores universitarios que lo dirigieran, y permitid, señores, que sin mengua del hondo amor que siento por esta casa, llame vuestra atención hacia esta venturosa circunstancia que escudando al futuro reformador de nuestra enseñanza de todo yugo académico, lo sustrajo al influjo de la ciencia oficial cuyo deleznable fundamento y torcido rumbo señaló en más de una ocasión, duran-

te aquel período de su historia en que vivió consagrado con tenaz empeño al estudio y a la meditación.

Sorprendiólo un día, cayendo en sus manos por felicísimo azar, cierto libro en que su autor expone con precisión y claridad admirables los principios del positivsmo, y fué esa obra para Varona una verdadera revelación, que iluminando su espíritu lo transportó con invencible arrastre desde los brazos de Balmes al regazo de Augusto Comte, el fundador inmortal de la Filosofía Positiva y de la Ciencia Sociológica. (*Aplausos*).

No fué tan rápida transformación obra exclusiva de la mente de nuestro filósofo o del libro revelador, sino producto de la conjunción del libro y del hombre. Dejad caer en el surco abierto en árida playa simientes de las más hermosas plantas y éstas no germinarán; abandonad, en cambio, a la incuria, huérfano de simientes, el más fértil de los terrenos y permanecerá triste y yermo; pero arrojad en el fecundo seno de fértiles tierras simientes adecuadas y las veréis cubrirse prontamente de plantas y flores. Y eso fué lo que sucedió, señores, en esta ocasión a que me refiero, porque el pensamiento de Augusto Comte era digno de fecundar la mente de Varona y la mente de Varona era digna de compenetrarse con el pensamiento de Augusto Comte. (*Aplausos*).

Y precisamente por eso, se ofrece ahora a nuestra consideración el curioso espectáculo de un espíritu preparado por una dirección casi exclusivamente literaria, para vivir en comunion inefable con las Piérides al dulce arrimo de los laureles que sombrearon un día las márgenes del Cefiso, consagrándose por súbita intuición de sus deberes patrios a orientar el pensamiento de sus contemporáneos, no por las vías fáciles de la pasiva contemplación de la verdad y de la belleza, sino por los ásperos derroteros que llevan a las comunidades humanas a las resoluciones heroicas y a los sacrificios ingentes. (*Aplausos*).

Porque el Dr. Varona, sin dejar de ser poeta y literato, fué desde aquel día memorable un filósofo cubano, es decir, un filósofo que obediente a las fundamentales imposiciones de su raza y de su pueblo emprendió en esta nueva dirección de su mente el camino que ambos señalaban. Los que ignoran cuán

íntimamente unidos están el pensamiento y la acción, los que no aciertan a comprender que son aquél y ésta momentos distintos ,pero consecutivos de un solo fenómeno psíquico, lo mismo en la vida del individuo que en la vida social, no pueden aquilatar el valor extraordinario que para los ulteriores destinos de Cuba tuvo el apostolado filosófico de Varona; mas para los que sabemos que una revolución en el orden de los hechos y de las instituciones es siempre el resultado último de otra revolución operada en el orden de las ideas y de los sentimientos colectivos, está bien clara y manifiesta su benéfica influencia.

En el período colonial de América, sólo de Cuba puede afirmarse con certeza que poseyó verdadera filosofía, y de ello dan cumplido testimonio los tres nombres que con legítimo orgullo hemos aportado a la historia del pensamiento filosófico en el mundo colombino: el Padre Varela, Luz Caballero y Varona. Separados por la época de su respectivo nacimiento, y, como es natural, por la amplitud ascendente de sus respectivas doctrinas, los caracteriza no obstante, unificándolos con permanente vínculo espiritual, de una parte, el alejamiento sistemático de toda especulación abstracta y de toda invesigación metafísica, y de otra la tendencia psicológica y educadora de toda su labor, iluminada siempre por el propósito cardinal de crear en su patria una colectividad de hombres conscientes preparados para quebrantar, juntamente con el yugo de la ignorancia ,el de todo otro injusto vasallaje.

Fueron estos tres apacibles pensadores artífices óptimos de nuestra conciencia nacional, pastores de pueblos, reclutadores de ejércitos y agitadores de muchedumbres, en forma tal, que sin exageración y sin hipérbole puede afirmarse que la redención del cubano palpita ya en el pensamiento de Varela, relampaguea en la doctrina de Luz Caballero, y surge tonante, victoriosa y sublime de las enseñanzas filosóficas de Varona. (*Atronadora ovación*).

Obscurecida durante el espacio de largos años de decadencia la tradición de los dos primeros, y de sus discípulas más inmediatos, la reanuda. Varona en 1880 con el famoso opúsculo en que desploma sobre la Metafísica universitaria, a la sazón en bo-

ga, el peso formidable de una crítica, disección serena de doctrinas incongruentes con la verdad científica, hecha sin encono y sin piedad, con el solo propósito de encauzar a la juventud por el campo de la observación y de la experiencia apartándola de los senderos de la Ontología.

Ese folleto que, joven aún, tuve oportunidad de conocer, dejó en mi ánimo honda y duradera huella, y debo acaso a su influjo el asentimiento que presté a veces al sutilísimo Chamfort, cuando con más ingenio que justicia llegó a decir que pensaba de los metafísicos, como Escalígero de los vascos, que aunque ellos afirmasen que se entendían unos a otros, él no lo creía. (*Risas*).

Y abarcando más amplios horizontes inició en aquel año, que marca precisamente por eso un momento culminante en la historia de nuestra cultura, una serie de conferencias en que reveló a los cubanos, con la coherencia y rigor lógico en él habituales, las orientaciones últimas del pensamiento filosófico y con mano vigorosa señaló a la juventud los nuevos derroteros que debía seguir, si no quería quedarse triste y estérilmente rezagada en el movimiento general de ideas que por entonces agitaba al mundo.

En esas conferencias, sin perjuicio de su filiación dentro de la escuela asociacionista, se nos revela Varona como un escrutador original para quien la vida psíquica es la resultante de un complicado mecanismo que el análisis de un experto observador puede ir estudiando pieza por pieza y como un innovador bastante audaz para conducir a sus oyentes cubanos por las inexploradas rutas de la moral científica; pero hablándoos como maestro, si es lícito que así me llame en presencia de los eminentes maestros que aquí me escuchan, quiero confesaros que me parecen superiores a todas, aquellas lecciones en que plantea con insuperable acierto y analiza con tal claridad que al propio Condillac podría servir de modelo, los arduos problemas de la Lógica.

De ellas dijo un insigne escritor, que traducidas a la lengua francesa, podrían servir de excelentes textos en los liceos de aquella nación, y todos cuantos las conocen afirman sin vacilación que por su sobria y austera elegancia, por la diáfana y se-

vera precisión de su lenguaje, constituyen un acabado modelo de lo que debe ser la literatura didáctica. Y no sólo éstas, sino todas sus obras parece que nos llaman para que le ofrezcamos el tributo de nuestra admiración: con el encanto de su melodía y el noble resplandor de sus ideas, sus versos suavemente matizados por helénicos influjos, con la alta entonación de su palabra y la rotunda majestad de sus períodos, sus oraciones académicas; con la ejemplar previsión con que mira por la prosperidad y por la gloria de su patria, sus trabajos políticos.

Más, si me preguntáis cuál entre ellas es el más alto pedestal de su fama, os señalaré en primer término aquella magnífica arenga que lanzara un día desde la tribuna de la Caridad del Cerro, con el propósito aparente de referir las vicisitudes y desventuras de un infelicísimo poeta polaco. Al escucharlo la muchedumbre en aquel inolvidable recinto congregada, debió sentirse agitada por un hondo sacudimiento moral, porque era aquella la doliente historia de sus comunes tristezas y de sus propios desengaños, y cuando en el curso de su oración hace aparecer a los estudiantes de Samogicia, que rapada la cabeza y el grillete al pie, van a purgar en los presidios de la Siberia el delito de ser polacos, ante el concurso electrizado por la emoción, debió surgir como en magna evocación de justiciera venganza, el sangriento espectro de los estudiantes fusilados en 1871 por una milicia indisciplinada y brutal. (*Grandes aplausos*).

Y os diré en seguida que el otro es aquel folleto en que la protesta armada del pueblo cubano tuvo su mejor exponente y su mayor justificación, porque en sus páginas vibrantes y sobrias, pero implacables, condensó la pluma de Varona todas las cóleras de sus hermanos y señaló uno a uno, todos los lamentables errores de un administración y de un sistema que caminaban rápidamente hacia su ocaso.

Y victoriosa la revolución que esos errores habían hecho inevitable, sería injusto olvidar que, merecedores de respeto y gratitud, viven entre nosotros aquellos patricios que, si buscaron por otras vías solución a los arduos problemas de nuestro destino con su palabra fulgurante y avasalladora contribuyeron a

la formación de aquel sólido espíritu nacional, que dió al cabo a los cubanos el triunfo definitivo.

Cúpole entonces al Dr. Varona la gloria de llevar a la práctica desde alta magistratura oficial la transformación de los estudios universitarios, y fiel a sus ideas y a su historia, renovó en lo posible los métodos de enseñanza, adoptando un criterio de prudente eclecticismo, tan distante de los que quieren hacer del alumno un manual viviente, un archivo de datos, un registro animado de porcentajes y estadísticas, como de aquellos otros soñadores enamorados de un ideal muerto, vestales de un fuego que se apagó hace siglos, y cuyos destellos no volverán jamás a iluminar a la humana conciencia de su dolorosa peregrinación hacia la verdad.

Sabemos, señores, que Descartes, el fundador de la filosofía moderna, fué educado por escolásticos; que convivió durante varios años con los rabinos en la Sinagoga, Espinosa, el que aplicó métodos científicos a la exégesis bíblica, y que el genio poderoso de Kant surgió de las aulas pietistas de Koennisberg para plantear a una luz nueva el problema del conocimiento, pero entre nosotros se dió el caso original de que no saliera precisamente de nuestras escuelas el que había de reformarlas imprimiéndoles una nueva dirección. Y la importancia y efectividad de esa reforma, podréis medirla recordando que ya no es nuestra Universidad aquella silente y sombría casa de la calle de O'Reilly, que todos hemos conocido, sino este cálido hogar de la juventud cubana por el pensamiento y por el corazón abierto a todas las palpitaciones del espíritu nacional, y capacitado por la amplia cultura que difunde, para dotar a la República de hombres dignos de regir en cualquier circunstancia los públicos destinos. (*Atronadores aplausos*).

Y un día, como consagración de estas verdades, el cuerpo electoral sacó triunfante de las urnas la candidatura vicepresidencial del Dr. Varona, y yo no vacilo en señalar como fecha memorable en los fastos de nuestra vida la de este feliz acuerdo, porque gracias a él podemos rechazar victoriosamente el anatema que desde hace siglos pesa sobre las comunidades democráticas por el recuerdo inexpiable de la condenación de Sócrates, afir-

mando con justificado regocijo que esta vacilante e inexperta democracia de que formamos parte supo detenerse en un momento de su historia ante la Filosofía, no para obligarla, como los atenienses, a apurar la cicuta, sino para llevarla como los romanos de los tiempos de Marco Aurelio, a las más altas cimas del poder. (*Grandes aplausos*).

Y ahora, si permitís, señores, que antes de abandonar esta tribuna siquiera sea sofrenando los impulsos de mi entusiasmo para dar lugar a que otra palabra soberanamente elocuente se haga oir en esta solemnidad, señale ante vosotros las condiciones que hacen del Dr. Varona un grande e insigne maestro, os diré, desde luego, que no es precisamente porque en el aula universitaria haya ejercido la enseñanza durante varios años, porque hay mentalidades tan vigorosas que hacen maestro al que las posee, sin necesidad de ocupar cátedra, y esta es la especial condición de los dos cubanos en cuyo honor estamos aquí congregados.

El Dr. Varona es para mí el maestro ideal; no, señores, en verdad, porque posee enorme caudal científico, no porque es un profundo filósofo, no porque sabe diafanizar con sorprendente lucidez los problemas que plantea a sus oyentes, por arduos y difíciles que a éstos parezcan, sino porque además de todo eso, como el viento del desierto que de unas palmeras a otras transporta el polen vivificador que las hace fructificar, en el curso de su laboriosa existencia ha ido llevando a todas partes gérmenes de cultura, gérmenes que fecundando en épocas de ruda y laboriosa gestación intelectual la mente de sus conciudadanos, les han abierto nuevos horizontes y han ensanchado el campo de sus experiencias. (*Aplausos*).

Y maestro, además, por la ejemplar tenacidad con que mantuvo austera e irreductiblemente sus opiniones filosóficas ante el profesorado oficial, a cuya obra no contribuyó jamás durante el período de la colonia, y si es cierto que su estoica abstinencia nos recuerda la entereza moral de Augusto Comte, no lo es menos que su acerada crítica de la Metafísica tradicional nos trae a la memoria la enérgica actitud de Schopenhauer frente a los delirantes discípulos de Hegel.

Tal es, señores la obra de este esclarecido pensador, que acogido ahora al dulce retiro del hogar, contempla sin embargo, con ánimo acuitado el curso de las ideas y el desarrollo de los sucesos en el patrio suelo, y en el mundo todo.

A veces leyendo las páginas últimas en que derrama el haz sombrío de sus pensamientos actuales, paréceme oir algo así como el eco angustioso de la voz de Leopardi, repitiendo, una vez más, que un día reinarán en el espacio inmenso un silencio absoluto y una calma suprema, y que en ellos se disolverá al cabo el misterio de la existencia universal, antes que nadie haya podido esclarecerlo ni comprenderlo.

Y en verdad, señores, que ante la muchedumbre de interrogaciones sin repuesta posible que nos persigue en incesante asedio, si no queremos deslizarnos por los fáciles senderos de un temerario dogmatismo, tal parece que sólo en las desoladas regiones del escepticismo hemos de llegar a encontrar seguro albergue; pero ¿quién osará negar que sin aspiración alguna a resolver el enigma del universo, pero también sin necesidad de acogerse a aquel refugio, el pensamiento humano, ave misteriosa que anhela cruzar los espacios infinitos, ha podido entonar a veces dulces consoladoras melodías?.... ¿Y quién ignorará que nadie entre los hijos de su patria igualó al Dr. Varona en la intensidad y el alto vuelo de sus investigaciones filosóficas, y que pocos, entre las gentes de su raza pueden ponerse en línea con él a ese respecto?

Y apartándonos de la serena contemplación de las ideas para dirigir la mirada hacia el tormentoso vaivén de los acontecimientos, ¿cómo no abrir el pecho a la alentadora voz del optimismo cuando vemos desgajadas y abatidas a tierra por la mano de un profesor ilustre las más robustas ramas del árbol del privilegio y de la autocracia en el viejo solar europeo?

Y si a nuestro propio suelo y a su destino incierto volvemos los ojos, ¿cómo olvidar puesto en el porvenir el pensamiento que constreñida un día por imperioso llamamiento del deber envuelta en sangrienta veste, ennegrecida por la pólvira, exte-

nuada por le fiebre la generación actual de los cubanos hizo surgir entre humeantes escombros la patria redimida, la aspiración tenaz de una excelsa porción de nuestra estirpe que en los dolores de la servidumbre, en las tristezas del destierro, en las heroicas hecatombes de la civil contienda levantó con obstinación invencible los brazos para aclamar y bendecir la bandera que si lleva, es verdad, en su triángulo rojo el emblema del dolor y del martirio, ostenta en su blanca estrella el símbolo de la esperanza y de la victoria? (*Grandes aplausos*).

Ahuyente ante esas consideraciones el Dr. Varona, filósofo y patriota, la espesa nube de sus dudas y de sus pesares conforten su ánimo entristecido los recuerdos de un pasado glorioso, la dulce realidad del momento presente y la certidumbre de que esa juventud que ahora con entusiasmo delirante lo ensalza y aplaude, mañana cuando él haya rendido la noble y fecunda jornada de su vida sabrá hacer perdurable su memoria repitiendo a las gentes venideras que fué él para nosotros el más alto símbolo de la mentalidad cubana contemporánea ,que se nos presentó a veces como un guía de la conciencia nacional y que siempre y en definitiva lo tuvimos por el primero y el más grande de nuestros maestros. (*Atronadoras salvas de aplausos saludan al orador*).

Enrique Jose Varona juzgado por Jose Ingenieros

AL DR. SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

Muy estimado colega:

A las muchas razones de simpatía que me inspiraban sus escritos, se ha agregado ahora el hermoso discurso de Ud. en la recepción al Dr. Varona en la Universidad. Conozco toda la obra científica y moral del ilustre pensador cubano; soy uno de sus más ardientes admiradores, y le tengo por una de las tres o cuatro grandes cumbres intelectuales de nuestra América.

Con verdadero placer transcribiré en la "Revista de Filosofía" su discurso, conjuntamente con el de Varona, asociándome así al justo homenaje de la Universidad que se ha honrado a sí misma al honrar con el título de profesor honorario al mas esclarecido de sus maestros.

Aprovecho esta oportunidad para poner a su disposición las páginas de mi Revista, sabiendo que con ello haré un favor a todos sus lectores.

Con la mayor estimación, le saluda muy cordialmente,

JOSE INGENIEROS.

Gustavo Sánchez Galarraga.

A JUSTO DE LARA

Sobre la blanca fosa donde yaces dormido,
piadosamente dejo mi corazón dolido,
como una ardiente lámpara.....
Después, huyo, y me pierdo,
para llorar a solas, pensando en tu recuerdo.
En esas tristes horas, la evocación abarca,
tus ojos de vidente; tus barbas de patriarca;
tu frente donde siempre se anidó el pensamiento
como un águila enorme ebria de sol y viento;
tu gesto reposado; tu continente noble,
en el que palpitaba la majestad del roble,
y tus augustos hombros, firmes bajo el Dolor,
que reclamaban un manto de emperador!
¿En donde estás, maestro? ¡Que solos nos dejaste!
El sitial soberano que de gloria llenaste,
¿Quién osará ocuparlo, en la soñada Tule,
Sócrates majestuoso, sin Platón que lo emule?

LAS ANTILLAS

Tu gloria sogrecoge por su tamaño; es tanta,
que, ante ella, temerosa, se detiene la planta;
como un inmenso rio, sus márgenes expande,
ceñida por las flores que brota el pensamiento.....
¡Yo, que soy tan pequeño, al cantarte, me siento
como un ave muy débil, en un ramo muy grande!
En torno a tus despojos, a la Patria se enlaza
la varona invencible e inmortal de la Raza.
—Hécuba junto a Antígona—,y las dos, pensativas,
deshojan amorosas y tiernas siemprevivas,
invocándote, ¡oh, dulce seguidor de Quijano
¡que amaste las hazañas del héroe castellano!
¡De aquel que, tantas veces, tu espíritu profundo
contempló desasirse de la torpe cordura
y preferir la roja visión de la locura
antes que la ignominia dolorosa del mundo!

Señor! nunca los ojos apartes de nosotros.....
¡Mira que aquella fuga de americanos potros
y el estertor postrero del caduco león,
que escuchaba Darío, me hiela el corazón!
Pues sin patria ni raza, ¿Donde iremos, errantes?....

¡Pero miro tus ojos irradiar centellantes
y la Esperanza siento que de nuevo me baña,
porque ante todo déspota serán eterno azote
la espada de Bolívar y el yelmo de Quijote,
en los hijos de América y en los nietos de España!

G. S. GALARRAGA.

PLEYADE

Los escritores franceses mas eminentes prestan una atención especial al lenguaje.

Son tan escrupulosos a este respecto, como Puigblanch. Hermosilla, y Baralt.

La nota siguiente de Sainte Beuve, puesta al pié de un artículo titulado Joaquín du Bellay inserto en *Los Nuevos Lúnes,* es una prueba irrecusable de mi aseveración:

"¡Lo que es carecer de literatura, aun cuando se posea un gran talento! En un discurso pronunciado el 15 de Septiembre de 1867 en Nántes, Routher, elojiando a Billault, termina diciendo que la historia colocará a éste en el primer lugar de la *pléyade* de grandes hombres que desde 1789 han ilustrado nuestras asambleas parlamentarias". Ahora bien, la *pléyade* no se compone sino de *siete* estrellas, de *siete* nombres; i desde 1789 si escojemos *siete* grandes oradores, Billault no será el primero, ni siquiera el último de esos *siete*. Pero Rouher, no ha sabido ni literaria, ni astronómicamente lo que es una *pléyade*. De aquí proviene su falta, mas risible todavía en la parte culminante de una peroración. Sin duda, él ha creido que *pléyade* significa simplemente una gran cantidad, manifestando así la falta de literatura fina i primera. ¡Oh Cicerón, cuánta razón has tenido para exijir tanto a tu orador!"

*

* *

El *Diccionario* de la Academia Española no ha concedido carta de ciudadanía al vocablo *pléyade,* que acabamos de ver usado en francés por Sainte Beuve en el trozo copiado.

Solo acepta los sustantivos plurales *pléyadas* o *pléyades* para designar las estrellas tan nombradas por los navegantes i poetas de la antigiiedad.

Al proceder en esta forma, la docta corporación no ha hecho mas que refrendar el uso de excelentes hablistas.

Don José Gómez Hermosilla traduce como sigue la descripción del escudo de Aquiles trabajado por Vulcano, de que se trata en el libro XVIII de la *Iliada.*

Allí grabó la tierra, el mar, el cielo,
el incansable sol, la luna llena;
i allí entalló también los astros todos,
que coronan al cielo; las *pleyadas,*
las híadas, el fuerte y aguerido,
miéntras vivió, Orion; la Osa o el Carro.
. . . . . .

Según críticos mui reputados, Anacreonte aludió en la oda 17 al pasaje que acabo de transcribir.

Voi a copiar íntegra esa oda traducida por don José del Castillo i Ayensa, porque el cantor del vino i del amor es mui poco conocido entre nosotros.

La composición cuenta siglos de existencia; pero será una novedad para muchos

EL VASO

Tú que labras la plata,
fabrícame, Vulcano,
no arneses, que no pienso
mover batalla armado;

Pero de bella forma
harás un hondo vaso,
procurando que sea
lo mas que puedas ancho.

No grabes en su adorno,
no grabes ningun astro;
ni el Orion maligno,
ni el esplendente Carro.

¿Qué a mí con las *pleyadas,*
ni ménos con el tardo
Bootes? Pon racimos
de las vides colgados.

Los Ménades me graba
con afán vendimiando;
i para el dulce mosto
lagar proporcionado.

I en oro a mi Batilo,
i a Amor, i al lindo Baco
me grabarás, las uvas
en el lagar pisando.

Don Javier de Búrgos trae la estrofa siguiente en su traducción de la oda 14, libro VIII, de Horacio:

*
* *

Cual al romper el seno
de las nubes las *pléyades,* hostiga
el golfo ántes sereno
el austro silbador; a la enemiga
caterva el héroe espanta,
que el brindon a sus reales adelanta.

El sustantivo plural *pléyadas* o *pléyades* tiene, como acaba de verse, poderosos valedores i se halla autorizado por la Academia.

¿Quérrá decir esto que no puede usarse en singular?

Escritores mui distinguidos le han dado este número, aplicándolo a denotar colectivamente un grupo de estrellas, i, por lo tanto, figuradamente una reunion de grandes hombres que brillan en la sociedad por su literatura, su ciencia, su valor, su virtud.

Don Vicente Barrántes, en el prólogo de sus *Narraciones Estremeñas,* habla de la obra emprendida para afianzar el catolicismo "por la insigne *pléyade* de varones españoles desde el cardenal Cisnéros hasta Santa Teresa de Jesus i San Ignacio de Loyola".

En los *Principios jenerales de literatura e historia de la literatura española,* obra escrita en colaboración por don Manuel de La Revilla i don Pedro de Alcántara García, leo esta frase:

"Ya hemos dicho lo que era la corte de don Juan; verdadera *pléyade* de hombres ilustres por su cuna i saber", (tomo II, leccion XX, páj. 229).

Don Ventura de la Vega, en la epístola A *don Mariano Roca de Togores, Marques de Molins, en la muerte de su esposa,* se espresa de este modo:

Allí en verso troton, i a voz en grito
lloraba su vejez anticipada
un melenudo imberbe mancebito.

Otro de la romántica *pleyada*
que tres lustros de edad mostraba apénas
al blando arrullo de niñez mimada.

Lloraba desengaños a docenas
de esta imperfecta sociedad que al hombre
ata al nacer con grillos i cadenas.

Don Benito Pérez Galdos, en el capítulo XI de su célebre novela *Doña Perfecta,* se espresa así:

"Si el tiempo era bueno, aquellas eminentes lumbreras de

la cultura *urbsaugustina* se dirijían, siempre con la indispensable capita, al titulado paseo, de los Descalzos, el cual se componía de dos hileras de tísicos olmos i algunas retamas descoloridas. Allí la brillante *pléyade* atisbaba a las niñas de don Fulano o don Perencejo, que tambien habian ido a paseo i la tarde se pasaba regularmente''.

En el volúmen titulado *Cuarenta días en la Esposición,* doña Emilia Pardo Bazan trae esta frase:

''Con tener tan numerosa i brillante representación Francia en el gran *Hall,* todavía se oye decir que faltan, o poco ménos, bastantes artistas, una *pléyade* nueva y de tendencias revolucionarias''.

Don Manuel Cañete escribe a la pájina 55 de su obra rotulada *Teatro Español del siglo XVI*:

''¿I si a esta *pléyada* de injeniosos cultivadores de la musa escénica alguno de los cuales alcanzó lauros de Marte militando en la guerra de Granada) se unen un Francisco Fleire i un Cristóbal Jil.... ¿cómo no sorprenderse i admirarse de esos aventurados juicios?''

Don Gaspar Núñez de Arce dice en su elejía *A la muerte de don Antonio Rios Rosas.*

¡Qué espontáneo i feliz renacimiento!
¡Qué *pléyada* de artistas i escritores!
En la luz, en las ondas, en el viento,
hallaba inspiración el pensamiento,
gloria el soldado i el pintor colores.

I en su *Discurso sobre la poesía,* Núñez de Arce usa mas de una vez este vocablo, como aparece del ejemplo siguiente:

''Cuantos empezamos a doblar el cabo de la vejez, tenemos aun presente la fiebre con que en nuestra juventud se esolicitaban las novelas de la inspirada e incansable *pléyade* de escritores que dió a luz la revolución romántica de 1830''.

Don Andres Bello usa el sustantivo mencionado ya en plural, ya en singular.

Leo en la *Cosmografía*:

"Echando una mirada a los cielos en una noche serena, observaremos de trecho en trecho ciertos grupos en que las estrellas estan como mas condensadas, que las de las regiones vecinas. En las *pleyades* o cabrillas, se notan seis o siete, si se las mira de frente, i muchas mas si se vuelve la cara a otro lado, manteniendo la atención fija en ellas. Con el telescopio, se ven hasta cincuenta o sesenta".

En un artículo titulado *Victor Hugo i su escuela,* traducido por Bello, este se espresa como sigue:

"Lo diré francamente, aun a riesgo de ofender a la *pléyade* de poetas que gravitan al rededor de Victor Hugo".

Don Cristino M[illegible] libro titulado *La revolución de Julio en* 1845, capítulo 1, párrafo 2, pájina 28:

"Allí estaba el gran poeta Quintana, el inspirado cantor de los albores de nuestra libertad, el patriarca de las letras españolas, última reliquia de una *pléyada* de nombres, gloriosos ya en las pájinas de la historia.

Don Mariano Roca de Togóres escribe en su biografía de *Breton de los Herreros,* capítulo VI, pájina 43:

"Tiempos felices de lirismo, de paz i amor eran aquellos, no para Breton solo, sino para toda la *pléyade* de poetas".

Don Juan de la Pezuela, traductor de la *Jerusalen libertada* i de la *Divina Comedia,* dice en un *Elojio fúnebre de don Ventura de la Vega,* leido en la Academia el 23 de Febrero de 1866:

"Estos (varios literatos, entre los cuales estaban Segovia, Escosura, Breton, Larra, Mesonero, etc) compusieron aquella *pléyade* luciente, que en los años que transcurrieron desde el 24 en adelante, empezó a brillar en el cielo que, como dice uno de los mas grandes injenios de España i del mundo, por hallarse bajo el cenit de la Lira, goza el privilejio de tener por hijos a tantos i tan famosísimos poetas".

Don Fermin de la Puente i Apecechea se espresa como sigue en la contestación dada al discurso pronunciado por don Antonio de los Rios i Rosas al incorporarse éste como individuo de número en la Academia Española el 12 de Febrero de 1871:

"En el claustro universitario, como en el foro i la majistratura, hijos de aquella escuela, fundada por don Alfonso el Sabio, o de la escuela de Salamanca, importada allí por don Toribio Muñoz, i de la cual era representante don Diego Suárez formaban la *pléyade* mas numerosa de todas".

Don Tomás Rodríguez Rubí dice en su contestación al discurso pronunciado por don Tomás del Corral i Oña el 8 de Julio de 1879 al tomar éste posesión de su asiento en la Academia Española:

"Abstracción hecha de tan ilustre *pléyade,* es harto notorio, por desgracia, que, entre los don Eleuterios i don Hermójenes del día, existe un inmoderado afan, una insaciable sed de exhibición, de celebridad, de aplauso".

En el *Manual de Mitolojía* publicado por don Patricio de la Escosura, impreso en Madrid en 1845, se encuentran las voces *pleyadas, pleyada* i *pléyade,* segun se ve por los ejemplos que copio a continuación:

"Atlas, enlazándose con una de las Occeánidas llamada Pleione, hubo en ella a las siente *pléyadas* cuyos nombres son".... (páj. 23).

"Padre de Ixion fué Flegias, hijo del dios Marte i de Crisa, hija de Almo; éste nació de Mérope, la *Pleyada* invisible, i de Sisifo, hijo de Eolo i fundador de Corinto" (páj. 118).

"De Sisifo el hijo de Eolo, i Mérode la *Pleyade,* nacieron varios hijos, entre los cuales el argonauta Glauco" (páj. 268).

Don Leopoldo Augusto de Cueto dice, en el capítulo primero, tomo I, de su *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*:

"La afectación de la *pléyade* francesa del tiempo de Luis XIII, etc., etc."

En este último ejemplo, *pléyade* está tomando en el sentido que le daba Sainte Beuve: se trata de una sociedad de siete poetas fundada en el siglo XVI, a saber Ronsard, Joaquín du Bellay, Baif, Dorat, Remijio Belleau, Jodelle i Penthus de Thiard.

¿Es tan exacto, sin embargo, que los antiguos creyeron todos que las *pléyades* eran solo siete?

No me parece.

Don Roque Barcia, en su *Diccionario etimolójico de la lengua castellana,* dice entre otras cosas, al tratar del vocablo *pléyadas o pléyades,* lo que reproduzco en seguida:

PLEYADE POETICA. Conjunto de siete poetas. Nombre dado por elojio a la reunion de siete afamados poetas griegos de tiempos de Ptolomeo Filadelfo: Licofron, Teócrito, Aratus, Nicandro, Homero *el jóven,* Apolonio de Ródas i Calímaco.

Algunos antiguos contaron trece poetas en esta PLEYADE".

Véase lo que enseña con respecto a la constelación de las Pléyades el abate don Lorenzo Hervás en su *Viaje estático al mundo planetario* (tomo IV,, 9., páj. 210).

"Se conjetura prudentemente que una de las siete estrellas de las *Pléyades* se ha visto i ocultado en diversos tiempos Homero, Atalo i Jémini cuentan solamente seis estrellas en las *Pléyadas;* i Simónides, Hiparco, Marco, Varron, Plinio i Tolomeo cuentan siete estrellas; por lo que Ovidio, en el libro IV de sus Fastos, dijo:

Quae septum dixi, sex tamen esse solent.

Galileo, en la observación que hizo i publicó de las *Pléyadee,* dice:—He delineado las seis estrellas de Tauro, llamadas *Pléyadas;* digo seis, porque la séptima casi nunca se vé; entre ellas, hay mas de cuarenta estrellas invisibles de las que he notado solamente treinta i seis. Hire, en una memoria suya, delineó sesenta i cuatro estrellas en las *Pléyadas;* i sospechaba (dice Cassini) que su situación es diferente de la que les da Riccioli".

Don Andres Bello asienta que con el telescopio se alcanzan a contar hasta cincuenta o sesenta.

¡Quién sabe cuántas mas habrá, escudriñando el cielo con un instrumento mas poderoso!

¡Quién sabe!

El libro azul i el libro verde, como Calderon llama al cielo i a la tierra, contienen muchísimas pájinas desconocidas que poco a poco se van deletreando.

Sea lo que fuere, el hecho es que el estado actual de la ciencia astronómica lejitima la mayor compresion que en el dia se atribuye al vocablo sobre que he discurrido.

*
* *

En conclusión opino que la Academia debería aceptar el singular *pléyada* o *pléyade,* ya que el uso de eminentes escritores se ha pronunciado a este respecto.

Se argüirá tal vez que este vocablo vendría a tener en singular una significación diversa de la que se le atribuye en plural; pero esto mismo sucede con muchas otras palabras castellanas, tales como *bienes* (hacienda o patrimonio) *esposas,* (prisiones), *grillos,* (id), *tenazas, tijeras, cabrillas* (grupo de estrellas), etc.

Por lo tanto, aun este escrúpulo debe desecharse.

Miguel L. Amunátegui Reyes.

LA CANCION DEL PALIDO

Hace ya cinco lustros que a esta montaña
dentro de una cajita vine de España,
y cuando estuve fuera de la cajita,
amparóme en sus brazos mi madrecita,
una moza discreta, de veinte abriles,
mas fragante que el lirio de los pensiles,
mas airosa que el junco de la sabana,
mas pura que el rocío de la mañana,
mas santa que los santos, linda y morena,
y alegre como noche de Noche Buena.....
¡Una criolla
digna del prodigioso pincel de Goya!

Desde que el sol su cauda de luz extiende
hasta que, en mil pedazos rota, la prende,
cual brillantes tachones, del alto cielo,
el sudor de su frente brindaba al suelo
aquel por quien mi madre fué tan querida
que al darle el primer beso, me dió la vida;
el que acopiaba el fruto de los maizales
y en oro convertía los cafetales,
para dar como prueba de su cariño
bienestar a la madre, goces al niño,
y la esperanza
de un porvenir repleto de bienandanza.

¡Ya murieron mis padres! Ya no los veo
sino al través del lente de mi deseo!
Mas cuando con el alma triste y llorosa

voy a decir mis penas junto a su fosa,
donde sus galas lucen flores tan bellas
que parecen hermanas de las estrellas
recibo en el perfume de aquellas flores
un mensaje del alma de mis mayores.
¿Como no idolatrarte, tierruca mia,
si guardas un tesoro de tal valía?
¡Yo te prefiero
a todas las regiones del mundo entero!

Me deleité de niño por tu llanura;
gocé de tus riachuelos la linfa pura;
tu sol esplendoroso vi frente a frente,
e hizo brincar mi sangre su beso ardiente.
Sorprendí los misterios de tus boscajes,
y audaz como ninguno, de los ramajes
hice caer tus frutos apetecidos,
y de los zumbadores cogí los nidos;
y al volver, orgulloso de mis campañas,
llevé a mi testa, en premio de mis hazañas
como laureles,
tus lirios, y tus rosas y tus claveles.

Yo conozco a una niña de tu campiña,
y me muero de amores por esa niña;
y trepo a los arbustos y salvo peñas
detras de pomarrosas y calambreñas,
que de placer desmayan cuando las toca
del angel de mis sueños la dulce boca.
Yo diademo de rosas su frente pura;
llevo un haz de claveles a su cintura;
le brindo cucubanos para el cabello;
hago un collar hermoso para su cuello
con peronías,
y así cambio sus duelos en alegrias.

LAS ANTILLAS

En premio a mis fatigas, me echa los brazos
y cuando ya me tienen tan dulces lazos,
poniéndose mas bella con sus sonrojos,
aplasta con los mios sus labios rojos,
y es como si mi boca saboreara
del panal mas sabroso la miel mas cara:
y de aquellos ojazos negros y ardientes
me inundan las miradas resplandecientes,
y es como si rompiendo sus ligaduras,
a millones bajasen de las alturas
estrellas bellas,
y entraran en mi pecho tantas estrellas.

No hay color mas hermoso que el de tu cielo
ni flores que aventajen las de tu suelo,
ni campiña mas fértil que tu campiña,
ni fruta tan sabrosa como tu piña,
y no tienen las selvas otros cantores
que canten como cantan tus ruiseñores.
No hay mujeres que quieran cual tus mujeres,
y es el más refinado de los placeres
apurar en la hamaca, poquito a poco,
al rumor deleitable de manso rio,
el café, que tus glorias canta en el coco,
y un puro de las vegas de Comerío.

Porque fuiste la cuna de mis mayores,
y en ti nació la virgen de mis amores,
y halagas mis sentidos con la belleza
que en tu suelo derrama Naturaleza,
y son tuyos el aire que yo respiro
y el cristal de la fuente donde me miro,
perla del Universo yo te proclamo,
y sintiendo que es tuya mi vida, exclamo:
"¡Mal haya el miserable que en ti nacido,
lo mucho que te debe ponga en olvido,
y que por redimirte, morir no quiera
arropado en el lienzo de tu bandera!"

VIRGILIO DAVILA

UN VOTO DE CALIDAD

SR. DR. SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

Mi distinguido amigo y admirado compatriota:

He leído con placer y con ternura a la vez, el interesante periódico "Las Antillas", que con tanto acierto dirige Ud. y en cuyas páginas pone de relieve sus conocimientos literarios y su exquisito amor a esa islita azul que fué nuestra adorable cuna en la que yo tengo siempre fijos, el pensamiento y el corazón, para que el espíritu se regocije mirándola, a la distancia a través de las nieblas del mar y del cielo! Ud. ha recogido en esas brillantes páginas nombres de puertoriqueños amados, para con ellos, honrar y enaltecer a la patria, que lo vió nacer y a la que Ud. mismo ha sabido honrar con sus nobilísimos esfuerzos, desde edad temprana. con propios merecimientos. Déjeme felicitarlo a Ud. y a los que con Ud. laboran para llevar a cabo tan generoso propósito: la unión espiritual, intelectual, y moral de "Las Antillas" hermanadas por las azules ondas del mar Caribe, bajo la diáfana techumbre de un mismo cielo.

¡Tan cerca están de nuestro corazón, unidas por el amor de un sueño, y por la esperanza de un mismo ideal!

Amémonos en la esperanza, como nos amamos ante el dolor! Tengamos fé en el hermoso porvenir de "Las Antillas".

Estudiemos sin prejuicios nuestra historia y aprovechemos las enseñanzas de nuestro presente! Adelante, pero amando siempre!

De Ud. cariñosamente amiga y entusiasta admiradora,

LOLA TIO.

EL VASO ROTO

(*Traducción de Sully-Prudhome.*)

El vaso donde muere esa verbena
de un golpe de abanico fué rajado:
más golpe que por blando no resuena,
el vaso deja apenas lastimado.

Un día y otro día la hendidura
clava constante en el cristal su diente
y con marcha invisible aunque segura
al vaso da la vuelta lentamente.

Filtrando el agua pura gota a gota
el jugo de las flores se ha perdido:
nadie en el vaso la hendidura nota.....
pero no lo toqueis.... ¡está partido!

Así a veces la mano más querida
solo al tocar el corazón lo hiere,
ensancha luego el corazón su herida,
y al fin la flor de nuestro amor se muere.

A los ojos del mundo intacto queda
mientras honda, en su seno adolorido,
crece la herida y llora con voz leda.....
pero no lo toqueis..... ¡está partido!

JOSE ANTONIO CORTINA

UN OLVIDO QUE VA REPARANDOSE

(ARTICULO ESCRITO PARA EL ALBUM DE LA GUERRA)

La causa del Derecho, de la Democracia y la Justicia ha unido en estos momentos escepcionales de la humanidad a dos grandes repúblicas: Francia y Estados Unidos. Soldados de Pershing y soldados de Foch, acaban de pelear, codo con codo, en las orillas del Marne como juntos pelearon hace más de un siglo soldados de Washington y soldados de Lafayette en las inmediaciones de York Town. La más grande república de Europa. Francia; la más grande república de América con la viril decisión que unidas empújalas al combate reafirman con nuevos hechos portentosos un nexo espiritual y patriótico que a través de los tiempos se ha mantenido como gallardo exponente de la devoción de esos dos pueblos a los impulsos de la Libertad. Al pisar las tropas expedicionarias la gloriosa tierra de Francia experimentaron la enorme satisfacción de ver cumplida una inmensa deuda de gratitud; toda la inmensa deuda de gratitud de un pueblo poderoso que se resume en estas breves y emocionantes palabras de Pershing ante la tumba de Lafayette: " General: aquí estamos los norteamericanos, para hacer por Francia, lo que hiciste por nosotros".

Debidamente se ha glorificado el nombre de Lafayette, de aquel gallardo paladín de la Libertad como un símbolo de la contribución francesa el grandioso empeño de la independencia norteamericana. Los Estados Unidos lo han reconocido así desde hace ya mucho tiempo, y son innumerables las ocasiones en que han honrado su memoria".

Centenares de pueblos llevan su atrayente nombre y centena-

res de estatuas se elevan en los parques públicos para recordar la virtud de los fuertes y de los sabios. Bien han estado esos tributos de cariño y de admiración a Lafayette, aunque su contribución material no sobrepujó al efecto moral que su viaje produjo en el pueblo americano en los momentos de la lucha despiadada contra la Metrópoli y en que las victorias de Lexington, Bunker Hill, Trenton y Saratoga se alternaban con las derrotas de Long Island, White Plains y Filadelfia. Justificadísimos están cuantos loores en estos últimos tiempos se han entonado a Lafayette, precisamente por la contribución de los Estados Unidos al conflicto universal junto a los paises de la entente. Pero creemos también que la ocasión es muy propicia para sacar del olvido inexplicable y de la relegación injustificada a otro francés muy ilustre, que también peleó bravamente por la independencia americana: que surcó el oceano con mil compatriotas por servir la causa de la Libertad y propender a que apareciera una libre nación mas en el mundo. Nos referimos a aquel viejo mariscal que se llamó el conde de Rochambeau.

Don Juan Bautista Donaciano de Vimeu, conde de Rochambeau nació en Vendome en 1725, ingresó en el ejército de su patria en 1742 y cuatro años después fué ayudante de campo de Luis Felipe de Orleans. Coronel en 1747 se distinguió en los sitios de Maestrich y Mahon y en la batalla de Closter Camp en 1760 en donde fué herido y promovido a Mariscal de Campo. En 1780 vino con una expedición de seis mil franceses a los Estados Unidos. Fué allí un buen consejero de Washington en cuyos planos bélicos trabajó material e intelectualmente. A su regreso a Francia el Rey le concedió el cordón azul y el gobierno de Picardía. Aceptó los principios proclamados por la revolución francesa y tuvo a su mando uno de los ejércitos del norte contra la coaligados antirepublicanos. Disgustado con el Ministro de la guerra Dumouriez dimitió el cargo y se retiró a su ciudad natal. Detenido y conducido a la Conserjería en 1793 cuéntase que iba a subir, después de Malesherbes en la fatal carreta, para ser guillotinado, cuando el verdugo, notando que ya estaba llena, lo rechazó bruscamente, y le dijo: "Retírate, viejo Mariscal;

ya te llegará el turno''. A esa feliz coincidencia debió la vida. Poco después fué puesto en libertad. En 1803 Napoleón Bonaparte le presentó varios generales que habían servido a sus órdenes, diciéndoles: 'Mariscal, aquí tienes tus discípulos''. A lo que éste contestó: ''Los discípulos han aventajado al maestro''. Rochambeau escribió un libro sobre su accidentada vida titulado ''Memoria'' y murió en 1807.

El viejo Mariscal no ha tenido aun la consagración que se merece y la aureola que circunda a Lafayette obscurece y relega a segundo plano, a quien la Justicia y la Historia debe ponerle a su lado, en primera línea.

Así lo ha entendido el Presidente Poincaré y en su brillante discurso de salutación al Presidente Wilson, cuando el arribo de este a París, así lo expuso:

''Fieles a la memoria de Lafayette y Rochambeau habeis venido''.

Unamos en todos los momentos hermanados perfectamente los recuerdos a Lafayette y Rochambeau y así una pretenrición injusta no nublará la gratitud de un pueblo''.

ANTONIO IRAIZOS

UN SONETO CELEBRE

Sé, lector, por una arraigada tradición que arranca de los días mismos en que el poeta lo improvisó en el palacio episcopal de esta ciudad, que el soneto "La Ilusión", célebre en la historia de nuestra literatura, es obra debida a la genial inspiración de Manuel de Zequeira y Arango, y que, al conjuro de cierto texto latino—sic transit gloria hujus mundi—ofrecido por *un* prelado al cantor de Zaragoza, fluyó expontáneo de los labios de éste, tal como ahora lo conocemos y celebramos.

Manos, no menos diligentes que entusiastas, trasladaron los versos al papel, y difundida la composición, primero por la ciudad, mas tarde por la isla, contribuyó a acendrar la admiración que su autor había ya empezado a conquistar entre sus contemporaneos.

Esto mismo en lo esencial, y sobre poco mas o menos, afirma el benemérito Padre Varela al editar, en 1829 las poesías de Zequeira, y lo propio, aunque designando precisamente al obispo Espada como inspirador del soneto, atestigua en 2 de Mayo de 1846, a raiz de la muerte del poeta, su hijo Manuel en la biografía publicada sin firma de autor en el *Faro Industrial de la Habana*, y puesta después al frente de la segunda edición de las susodichas poesías, fechada en el año de 1852.

De todos los testimonios precedentes brota unánime la convicción de que fué Zequeira autor del soneto; pero ni la tradición que religiosamente guardo en la memoria, ni el autorizado voto de Varela que publicó los versos de aquel, cuando aún vivía y gobernaba la diócesis habanera el señor Espada, atribuyen a este ilustre mitrado tan caro al corazón de los cubanos, la gloria de haber inspirado aquella composición.

Más hé aquí lector, que no obstante el universal asentimiento con que en la Haban, y por lo menos desde 1829 se venía reconociendo a Zequeira, con no discutido imperio como autor del soneto famoso, los propios catorce versos que lo forman, surgen inopinadamente bajo el novísimo ttíulo de "*Sueño*", en la colección de poesías de Manuel Jasto Rubalcaba, que, con laudable celo por la patria literatura publicó el señor Luis A. Baralt en el año de 1848.

El yerro, porque lo hubo realmente en atribuir al meritísimo poeta oriental la obra de Zequeira, es de los que encuentran fácil y cabal explicación, y a proveernos de ella, acude con inusitada presteza y noble sinceridad, el mismo Baralt, como podrá ver el lector por las razones que, adelantándose a toda objeción y a toda polémica, aduce en las primeras páginas del libro a que me refiero, y que yo a continuación, puntualmente paso a transcribir.

"Por lo demás, cúmplenos advertir que habiendo tomado estas piezas líricas de donde ha habido lugar no podemos garantizar que todas, todas pertenezcan al autor a quien el vulgo las atribuye, pues si bien no hemos compaginado ninguna sino después de un escrupuloso y detenido exámen, cotejando el fondo el estilo, la elocución y los giros de cada una, con los de que acostumbraba valerse Rubalcava conforme los habíamos estudiado en otras incontestablemente escritas por su pluma, como sin embargo, esto no brinda autenticidad, y que si una sola por desgracia se hubiera deslizado sin esta advertencia todas se harían sospechosas, hemos creido prudente establecer salvedad, asegurando a la vez que no puede por nuestra intención dársele mas latitud que la de referirla a una o dos composicions de las que encienrra la presente obra. Tal es el magnífico profundo y popular soneto del Sueño que concluye con este pensamiento moral: *Así pasan las glorias de este mundo* y que hemos insertado no porque ignorásemos que lo ha sido entre las poesías del célebre y malogrado don Manuel Zequeira (solo según se asegura por haberlo encontrado entre sus papeles) sino porque contra este hecho y la validez de sus consecuencias obran varias razones..."

Pero estas razones, agrega ingenuamente el editor de Rubalcava, *no constituyen autenticidad,* y por eso sin duda *Cuba Poética* y el *Parnaso Cubano,* los dos grandes florilegios de nuestra poesía, puestos a elegir entre la serena convicción de Varela en 1829, y las justificadas vacilaciones de Baralt en 1848, adjudicaron, sin titubear al bardo habanero la posesión del discutido soneto.

Corren por el mismo cauce los juicios de Luáces, Zambrana, Piñeyro y Guiteras en este interesantísimo debate, y a confirmar su fallo parece erguirse entre otras composiciones de menos cuenta, aquel gemelo de *La Ilusión,* titulado *El Valor,* que por su forma y por su fondo, por el ritmo de sus estrofas, y por la austera majestad de sus pensamientos proclama con abrumadora evidencia el origen común de ambas poesías.

Pero mas alto que pudiera hacerlo cualquier otro testimonio, habla con la fuerza de una inapelable demostración en pro de Zequeira, el *Papel Periódico* de 30 de Diciembre de 1798, supuesto que, en la edición de ese día aparece, llevando al pié la firma de *Ezequiel Armuna*—transparente y bien conocido anograma del nombre de aquel ilustre autor—el mismo soneto que había de ser, andando el tiempo, objeto de tan apasionada controversia.

Inútiles han sido hasta el presente mis esfuerzos para dar en archivos o bibiliotecas, con el número de aquella memorable publicación, correspondiente a la fecha aludida; pero, a falta del documento fehaciente y vivo con toda su virtud probatoria, válgame, por lo que tiene de insuperable en estas materias, la autoridad de Don Marcelino Menéndez y Pelayo que en la página 226 del primer tomo de su *Historia de la Poesía Hispano-Americana,* dice textualmente refiriéndose al asunto: "Para mí la cuestión está resuelta, puesto que en el *Papel Periódico* de la Habana, número de 30 de Diciembre de 1798 he encontrado este soneto firmado *Ezequiel Armuna,* anagrama de Manuel Zequeira".

Resuelto en última instancia y sin ulterior apelación posible

el histórico litigio, no queda menos comprobado, de acuerdo también con la tradición de que antes hice mérito, que habiendo llegado a esta isla el señor Espada a principios de la pasada centuria, es un anacronismo bien patente atribuirle la iniciativa e inspiración de los versos cuya paternidad se ha venido debatiendo hasta el presente.

A este respecto, y por de contado, dejando vagar el pensamiento, rio abajo por la peligrosa corriente de la hipótesis, doime a veces a suponer que, si el soneto, como otros muchos del mismo autor, no se publicó en los papeles hasta años después de concebido, pudiera muy bien haberlo inspirado el Itmo. Señor Don Luis Peñalver y Cárdenas, bien así como, con ocasión de la fiesta que para consagrarle obispo de la Luisiana se celebrara en esta ciudad, dió a otro ilustre hijo de Cuba, el Padre José Agustín Caballero, motivo para escribir, traduciéndolo libremente de los fastos de Ovidio Nasón un canto de regocijo. Y ahora, lector, porque no quede cabo sin atar en lo que atañe a las peripecias del asendereado soneto, sábete que no paran aquí sus aventuras, sino que, también rebautizado con el título de *Sueño* y con ligeras variantes en dos de sus versos sale de nuevo a la palestra en las *Obras Poéticas Escogidas* de Claudio Momerto Cuenca, publicadas en París por la casa de Garnier, con una biografía debida a la pluma de Don Teodoro Alvarez, y un prólogo de Don Miguel de Toro y Gómez, y *porque mas al universo asombre* el destino de esta singular composición, en la *América Poética* de José Domingo Cortés aparece en la página 311 con su legítimo nombre de *La Ilusión* como obra de Don *Daniel* (*sic*) de Zequeira y Arango, y en la página 605, disfrazada con el pseudónimo de *Sueño* y con las dos variantes de marras, en el acápite dedicado a Cuenca.

De este escritor argentino, nacido en 1812 y muerto en acción de guerra en 1852, afirma su biógrafo que nada publicó en vida y que merced a la solicitud de un amigo se dieron a luz en 1867 sus composiciones poéticas, y en verdad lector, que estas oportunas salvedades, no solo recuerdan las de Baralt, sino que vienen a robustecer la opinión ya hoy irre-

batible de que fué Zequeira indiscutible autor de aquel soneto, que si nació de repente en una hora de feliz improvisión, parece destinado po rsu mérito real, y por los accidentados vaivenes de su historia a vivir eternamente en la memoria de los cubanos.

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

LA ILUSION

Sic transit gloria mundi.

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del mas brillante trono, me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
Con diadema inmortal mi augusta frente:

Soñé que hasta el ocaso desde oriente,
Mi formidable nombre discurría;
Y que del septentrión al mediodía,
Mi poder se adoraba humildemente.

De triunfantes despojos revestido,
Soñé que de mi carro rubicundo,
Tiraba César con Pompeyo uncido:

Despertóme el estruendo furibundo,
Solté la risa y dije en mi sentido:
Así pasan las glorias de este mundo.

MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO

DOCUMENTOS HISTORICOS

I

Dor. D. Diego Josef Rodrígz. Tnte. C. Bdo. de esta Parroql. del Esptu. Sto. de esta Ciud. de la Hava. Certifico. donde convenga que en el Libo. 3 de Bauts. de Españoles a f. 188 Bta. pa. 4a. N. 1133 está una del Tenor sigte.

Jueves trece de Spbre. de mil sieteeс sesenta y Quatro As. Yo D. Dn. Franco. Gonzs. del Alamo Tente. de Ca. Bdo. de esta Parroql. del Espu. Sto. de esta ciud. de la Hava. puse los Stos. Olios a un Niño que nació a veinte y ocho de Agosto proxmo. passado, hijo lexmo. de D. Simón Jossef de Zequeira y de Da. Sebastiana de Arango, nats. de esta ciud, alql. Niño avia yo Bautdo. antes privadamente pr. necesidad y en el dho. Niño excercí las Sacras. Serems. y preces y le puse pr. nombe. Manl. Augu. de Esquipula lo tuvo en las Santas Cerems. Da. Anta. Ma. de Arango y lo firmé,—Dor. Franco. Gonzs. de Alamo.

Concuerda con su origl. qe. queda en Archo. de mi cargo. Hava. y Dicre. 17 de 1773. as.

DOR. DIEGO JOSSEF PEREZ RODRIGZ.

Copia de la fe de bautismo de D. Manuel de Zequeira y Arango.

DOCUMENTOS HISTORICOS

II

Monseñor Doctor Manuel García y Bernal Pbro. Camarero de S. S. Benedicto XV, Misionero Apostólico Canónigo Doctoral de esta Basílica Metropolitana, Cura del Sagrario de la Misma etc...

Certifico: Que en el Libro 7o. de Entierros de Blancos folio 54 número 97 se encuentra la siguiente *Partida*:

Año del Señor de mil ochocientos cinco: en cinco de Noviembre: Dn. Manuel Justo Rubalcaba, soltero, hijo legítimo de Dn. Nicolás y de Da. Mariana Sánchez:

En Comon. de N. S. M. Yga. murió: cuyo cuerpo en la dicha Metropolitana Yga. Cat. (fué) de dicha ciudad de Santiago de Cuba fué sepultado con cruz alta, y cuatro acompañados, por el Cura Por. por S. M. de su Sagrio. que lo firma para que consten. Dr. Juan Franco. Sánchez y Díaz. Rubricado. Es copia del original — Entre parentesis — fué — no vale. Santiago de Cuba treinta de Mayo de mil novecientos veinte.

Dr. Manuel García y Bernal.

(Copia de la partida de defunción de D. Manuel Justo Rubalcaba).

ENRIQUILLO

LEYENDA HISTORICA DOMINICANA

(*por Manuel de J. Galván*).

CAPITULO I

INCERTIDUMBRE

El nombre de Jaragua brilla en las primeras páginas de la historia de América con el mismo prestigio que en las edades antiguas y en las narraciones mitológicas tuvieron la inocente Arcadia, la dorada Hesperia, el bellísimo valle de Tempé, y algunas otras comarcas privilegiadas del globo, dotadas por la Naturaleza con todos los encantos que pueden seducir la imaginación y poblarla de quimeras deslumbradoras. Como ellas el reino indio de Jaragua aparece ante los modernos argonáutas que iban a conquistarlo, bajo el aspecto de una región maravillosa, rica y feliz. Regido por una soberana hermosa y amable; (1) habitado por una raza benigna de entendimiento despejado, de gentiles formas físicas; su civilización rudimentaria, por la inocencia de las costumbres, por el buen gusto de sus sencillos atavíos, por la graciosa disposición de sus fiestas y cere-

(1) Anacaona, viuda del valeroso Caonabó cacique de Maguana, era la hermana de Bohechio, cacique de Jaragua; pero por su talento superior era la que verdaderamente reinaba, hallándose todo sometido a su amable influencia ,incluso el cacique soberano.

monias y más que todo, por la expansión generosa de su hospitalidad, bien podría compararse ventajosamente con esa otra civilización que los conquistadores, cubiertos de hierro, llevaban en las puntas de sus lanzas, en los cascos de sus caballos, y en los colmillos de sus perros de presa.

Y en efecto, la conquista, poniendo un horrible borrón por punto final a la poética existencia del reino de Jaragua, ha rodeado este nombre de otra especie de aureola siniestra color de sangre y fuego—algo parecido a los reflejos del carbunclo. Cuando se pregunta como concluyeron aquella dicha, aquella paz, aquel paraíso de mansedumbre y de candor; qué fué de aquel régimen patriarcal, de aquella reina adorada de sus súbditos de aquella mujer extraordinaria, tesoro de hermosura y de gracias; la historia responde con un eco lúgubre, con una relación espantosa a todas esas preguntas. Perecieron en aciago día, miserablemente abrasados entre las llamas, o al filo de implacables aceros, más de ochenta caciques, los nobles jefes que en las grandes solemnidades asistían al pié del rústico sólio de Anacaona; y más tarde ella misma, la encantadora y benéfica reina después de un proceso inverosímil, absurdo, muere trágicamente en horca infame; a tales extremos puede conducir el fanatismo servido por eso que impropiamente se llama razón de estado.

Los sucesos cuya narración va a llenar las fojas de este pobre libro tienen su origen y raíz en la espantosa tragedia de Jaragua. Fuerza nos es fijar la consideración en la poco simpática figura del adusto Comendador Frey Nicolás de Ovando, autor de la referida catástrofe. En su calidad de gobernador de la Isla Española, investido con la absoluta confianza de los Reyes Católicos, y depositario de extensísimas facultades sobre los países que acababa de descubrir el genio fecundo de Colón, los actos de su iniciativa, si bien atemperados siemphe a la despiadada rigidez de sus principios de gobierno, están íntimamente enlazados con el génesis de la civilización del Nuevo Mundo, en la que entró por mucho el punto de partida trazado por Ovan-

do como administrador del primer establecimiento colonial europeo en América, y bajo cuyo dilatado gobierno adquirió Santo Domingo, aunque transitoriamente, el rango de metrópoli de las ulteriores fundaciones y conquistas de los españoles. (1).

Contemplemos a este hombre de hierro después de su feroz hazaña, perpetrada en los indefensos y descuidados caciques de Jaragua, (Veinte días han transcurrido desde aquella horrible ejecución). El sanguinario Comendador, como si la enormidad del crímen hubiera fatigado su energía y necesitara reponerse en la inercia, permanecía entregado a una aparente irresolución, impropia de su carácter activo. Tal vez los remordimientos punzaban sordamente su conciencia; pero él explicaba de muy distinta manera su extraña inacción a los familiares de su séquito. Decía que el sombrío silencio en que se encerraba durante largos intervalos, y los insomnios que le hacían abandonar el lecho en las altas horas de la noche, conduciendo su planta febril a la vecina ribera del mar, no eran sino el efecto de la perplejidad en que estaba su ánimo, al elegir en aquella costa, por todas partes bella y peregrina, sitio a propósito para fundar una ciudad, en cuyas piedras quedara recomendado a la posteridad su propio nombre, y el recuerdo de sus grandes servicios en la naciente colonia. (2). Además se manifestaba muy preocupado con el destino que definitiamente debiera darse a la joven y hechicera hija de Anacaona, la célebre Higuemota, ya entonces conocida con el nombre cristiano de

(1) La ciudad de Santo Domingo, originariamente fundadas por los Colonos en la margen oriental rel río Ozama, fué trasladada por Ovando al sitio que hoy ocupa, después del ruinoso huracán de 1502.

(2) Que el pensamiento de vincular su propia memoria en el nombre de alguna población no era ajeno del Comendador de Lares, lo prueba el hecho de haber fundado poco después un pueblo que llamó Larés de Guahava (Hinocha). Recuérdase que ya Colón había dominado San Nicolás, a uno de los principales cabos o promontorios de la Isla en honor del santo del día en que lo reconoció. Por eso sin duda no se impuso a otro lugar el nombre de pila del comedor.

Doña Ana, y viuda con una hija de tierna edad, del apuesto y desgraciado Hernando de Guevara. (1). El comendador que desde su llegada a Jaragua, trató con grandes miramientos a la interesante india,, redobló sus atenciones hacia ella después que hubo despachado por la ciudad de Santo Domingo a la infortunada reina, su madre, con los breves capítulos de acusación que debían irremisiblemente llevarla a un atroz patíbulo. Fuera por compasión efectiva que le inspiraran las tempranas desdichas de Higuemota; fuera por respeto a la presencia de algunos parientes de Guevara que la acompañaban, y los cuals hacían alarde de gran consideración hacia la joven viuda y de su consanguinidad con la niña Mencía, que así era el nombre de la linda criatura; cifrando en este parentesco aspiraciones ambiciosas autorizadas en cierto modo por algunas soberanas disposiciones; lo cierto es que Ovando, al estremar su injusto rigor contra Anacaona, rodeaba a su hija de las más deliciosas atenciones. De otro cualquier se habría podido sospechar que el amor entrara por mucho en ese contraste; pero el comendador de Lares jamás desmintió, con el más mínimo desliz, la austeridad de sus costumbres, y la pureza con que observaba sus votos; y acaso no sería infundado atribuir la aridez de su carácter y la extremada crueldad de algunas de sus acciones a cierta deformidad moral que la naturaleza tiene en reserva para vengarse cuando siente violentados y comprimidos, por ideas convencionales, los efectos mas generosos y expontáneos del alma.

Higuemota, o sea Doña Ana de Guevara, como la llamaremos indistintamente en lo sucesivo, disfrutaba no solamente de libertad en medio de los conquistadores, sino de un respeto y una deferencia a su rango de princesa india y de señora cristiana que rayaba en el énfasis. Su morada estaba a corta distancia del lugar que había sido corte de sus mayores

(1) Todos los autores antiguos y modernos que han escrito sobre la conquista hacen mención de los románticos amores de Guevara con la hija de Anacaona, y los graves disgustos a que dieron lugar en la colonia. V. a Irving. Vida y viajes de Cristóbal Colón.

y era a la razón campamento de los españoles, mientras Ovando se resolviera a señalar sitio para la nueva población. Tenía la joven dama en su compañía o a su servicio los indios de ambos sexos que bien le parecía; ejerciendo sobre ellos una especie de señorío exclusivo: cierto es que su inexperiencia, lejos de sacar partido de esta prerrogativa, solo se inclinaba a servir de amparo a los infelices quienes veía más aflijidos y necesitados; hasta que uno de los parientes de su hija se constituyó en mayordomo y administrador de su patrimonio, con el beneplácito del Gobernador; y gracias a esta intervención eficaz y activa., desde entonces hubo terrenos acotados y cultivados en nombre de Doña Ana de Guevara, y efectivamente explotados como sus indios, por los parientes de su difundo marido: ejemplo no muy raro en el mundo, y en todos los tiempos.

La pobre criatura, abrumada por intensísimos pesares, hallaba muy escaso consuelo en los respetuosos homenajes de la cortesía española. Los admitía de buen grado, si, porque la voz secreta del deber materno le decía que estaba obligada a vivir, y a consagrarse al bienestar de su Mencía, el fruto querido y el recuerdo vivo de su contrariado amor. Mencía, de tres años de edad, era un fiel reflejo de las bellas facciones de su padre, aquel gallardo mancebo español, muerto en la flor de sus años a consecuencia de las pérfidas intrigas de Roldán, su envidioso y aborrecible rival.. Tus tristes menorias se recargaban de un modo sombrío con las angustias y recientes impresiones trágicas que atormentaban a la tímida Higuemota, habiendo visto inmolar a casi todos sus parientes por los guerreros castellanos, y separar violentamente de su lado a su adorada madre, al ser que daba calor y abrigo a su enfermo corazón La incertidumbre de la suerte que aguardara a la noble cautiva en Santo Domingo, aunque no sospechando nunca que atentaran a sus días era el mas agudo tormento que martirizaba a la joven viuda que sobre este particular sólo obtenía repuestas evasivas a sus multiplicadas preguntas.

El pariente mas cercano que tenía consigo Doña Ana, era un niño de siete años, que aun respondía al nombre indio de

Guarocuya. No estaba todavía bautizado, por que su padre, el esquivo Magicatex, cacique o señor del Bahoruco y sobrino de Anacaona, evitaba cuanto podía el bajar de sus montañas desde que los extrangeros se habían enseñoreado de la isla; y solamente las reiteradas instancias de su tia, deseosa de que todos sus deudos hicieran acto solemne de sumisión a Ovando lo habían determinado a concurrir con su tierno hijo a Jaragua donde halló la muerte como los demás infelices magnates dóciles a la voluntad de Anacaona. El niño Guarocuya fué retirado por una mano protectora, la mano de un joven castellano, junto con su aterrada pariente Higuemota, de aquel teatro de sangriento horror; y después quedó al abrigo de la joven india, participando de las atenciones de que ella era objeto. La acompañabe de continuo y con especialidad al caer la tarde, cuando los últimos rayos de luz crepuscular todo lo impregnan de vaga melancolía. Doña Ana, guiando los pasos de su pequeñuela, y seguida de Guarocuya, solía ir a esa hora al bosque vecino, en cuyo lindero, como a trescientos pasos de su habitación, sentada al pie de un cahobo de alto y tupido follaje, se distraía de sus penas mirando juguetear sobre la alfombra de la menuda grama a los dos niños. Aquel recinto estaba vedado a toda planta estraña, de español o de indio por las ordenes de severo gobernador.

Este había hecho solamente dos visitas a la joven; la primera el día siguiente al de la matanza, con el fin de consolarla en su aflicción, ofreciéndole amparo y proveyendo a lo necesario para que estuviera bien instalada y asistida; la segunda y última, cuando despachó a la reina de Jaragua prisionera para Santo Domingo. Doña Ana le estrechó tanto en esa entrevista, con sus lágrimas y anhelosas preguntas sobre la suerte reservada a su querida madre, que el Comendador se sintió commovido, no supo al fin que responder y avergonzado de tener que mentir para acallar los lúgubres presentimientos de aquella hija infeliz, se retiró definitivamente de su presencia, encomendando a sus servidores de mayor confianza el velar sobre la joven india y colmarla de los mas asiduos y obsequiosos cuidados.

Transcurrieron algunos días más sin alteración sensible en

el estado de las cosas, ni para Ovando, que continuaba en su perplejidad aparente, ni para Doña Ana y los dos pequeños seres que hacían llevadera su existencia. Una tarde, sin embargo,—como un mes después de la cruel trajedia de Jaragua,—a tiempo que los niños, según su costumbre, triscaban en el prado, a la entrada del consabido bosque, y la triste joven, con los ojos arrasados en lágrimas, contemplaba los caprichosos giros de sus juegos infantiles;—cuadro de candor e inocencia que contrastaba con el angustioso abatimiento de aquella hiedra sin arrimo;—oyó cerca de sí, con viva sorpresa, a tres o cuatro pasos dentro de la espesura del bosque, una voz grave y apacible, que la llamó, diciéndole:

—Higuemota, óyeme; no temas.

La interpelada poniéndose instantáneamente en pié dirigió la vista asombrada al punto de donde partía la voz; y dijo con entereza:

—¿Quien me habla? ¿Que quiere? ¿Donde está?

—Soy yo.—repuso la voz.—tu primo Guaroa; y vengo a salvarte.

Al mismo tiempo, abandonando el rugoso tronco de una ceiba que lo ocultaba se presentó a la vista de Doña Ana, aunque permaneciendo cautelosamente al abrigo de los árboles, un joven indio como de veinticinco años de edad. Era alto, fornido, de aspecto manso y mirada expresiva, con la frente marcada de una cicatriz de herida reciente; y su traje consistía en una manta de algodón burdo de colores vivos, que le llegaba sasta la rodilla, ceñida a la cintura con una faja de piel; y otra manta de color obscuro con una abertura al medio para pasar la cabeza, y que cubría perfectamente toda la parte superior del cuerpo: sus brazos como las piernas, iban completamente desnudos, calzaban sus pies, hasta arriba del tobillo, unas abarcas de piel de iguana; y sus armas eran un cuchillo de monte que mal encubierto y en vaina de cuero pendía de su cinturón, y un recio y nudoso bastón de madera de aeano tan dura como el hierro. En el momento de hablar a Doña Ana, se quitó de su cabeza su toquilla o casquete de espartillo pardo, dejando

en libertad el cabello, que abundante, negro y lacio le caía sobre los hombros.

CAPITULO II

SEPARACION

Higuemota lanzó una exclamación de espanto al presentársele el Indio.

No estaba exenta de esa superstición, tan universal como el sentimiento religioso, que atribuye a las almas que ya no pertenecen a este mundo la facultad de tomar las formas corporeas con que en él existieron, para visitar a los vivos. Creyó, pues, que su primo Guaroa a quien suponía muerto con los demás caciques el día de la prisión de Anacaona, venía de la Mansión de los Espíritus, y su primer impulso fué huir.

Dió algunos pasos trémula de pavor en dirección de su casa; pero el instinto maternal se sobrepuso a su miedo, y volviendo el rostro en demanda de su hija, la vió absorta en los brillantes colores de una mariposa, que para ella había cazado el niño Guarocuya; mientras que éste, en actitud de medrosa curiosidad, se acercaba al aparecido, que se había adelantado hasta la salida del bosque, y dirigía al niño la palabra con benévola sonrisa. Este espectáculo tranquilizó a la tímida joven; observó atentamente al indio, y después de breves instantes, vencido enteramente su terror, prevaleció el antiguo afecto que profesaba a Guaroa; y admitiendo la posibilidad de que estuviera vivo, se acercó a él sin recelo, le tendió la mano con afable ademan, y le dijo:

—Guaroa, yo te creía muerto y había llorado por tí.

—No, Higuemota;—repuso el indio,—me hirieron aquí en la frente; caí sin saber de mi al principiar la pelea y cuando recobré el sentido me hallé rodeado de muertos; entre ellos reconocí a mi padre, a pocos pasos de distancia, y a mi hermano Magicatex, que descansaba su cabeza en mis rodillas.

"Era ya de noche; nadie vigilaba, y salí de allí arrastrán-

dome como una culebra. Me fuí a la montaña, y oculto en casa de un pariente, curé mi herida. Después mi primer cuidado fué mandar gente de mi confianza a saber de tí, de mi tía Anacaona; de todos los míos. Tamayo se huyó pocos días después, me encontró y me dió razón de todos. He venido por que si tu sufres, si te maltratan, si temes algo, quiero llevarte conmigo a la montaña, a un lugar seguro, que tengo ya escogido como refugio contra la crueldad de los blancos, para todos los de mi raza''.

''Espero, pues, tu determinación. Dos compañeros me aguardan cerca de aquí''.

—Buen primo Guaroa,—dijo Higuemota,—yo te agradezco mucho tu cariñoso cuidado, y doy gracias al cielo de verte sano y salvo. Es un consuelo para mis pesadumbres; estas son grandes, inmensas, primo mío; pero no se pueden remediar con mi fuga a los montes. Yo solo padezco males del corazón, en todo lo demás estoy bien tratada y me respetan como la viuda de Guevara, título que me impone el deber de resignarme a vivir, por el bien de mi hija Mencía, que llevará el apellido de su padre, y que tiene parientes españoles que la quieren mucho.

''Yo creo que no te perseguirán pero debes ocultarte siempre hasta que yo te avise que ha pasado todo peligro para tí''.

Guaroa frunció el entrecejo al escuchar las últimas palabres de su prima.

—¿Piensas,—le dijo,—que yo he venido a buscar la piedad o el perdón de esos malvados? No, ni ahora ni nunca! Tu podrás vivir con ellos; dejaste de ser india desde que te bautizaste y te diste a Don Hernando, que era tan bueno como solo he conocido a otros dos blancos, Don Diego y Don Bartolomé, (1) que siempre trataban bien al pobre indio. Los demás son malos, malos! Querían que nos bautizáramos por fuerza y solo estos di-

(1) Los dos hermanos de Colón.

jeron que no debía ser así; y quisieron que nos enseñaran letras y doctrina cristiana. Y ahora que todos estábamos dispuestos a ser cristianos, y creíamos que las fiestas se iban a terminar con esa ceremonia, nos asesinan como a hutías, nos matan con sus lanzas y sus espadas a los unos, mientras que a los demás los asan vivos.... No creo en nuestros CEMIES (1) que no han tenido poder para defenderse; pero tampoco puedo creer.....

—No hablemos más de eso, Guaroa—interrumpió la joven, —me hace mucho daño. Tienes razón; huye a los montes; pero déjame a mi cumplir mi deber y mi detino. Así me lo ha dicho otro español muy bueno, que también se llama D. Bartolomé, (2). Soy cristiana y se que no debo aborrecer ni aun a los que mas mal nos hacen.

—Yo no lo soy, Higuemota,—dijo con pesar Guaroa;—y no por culpa mía pero tampoco sé aborrecer a nadie; ni comprendo como los que se llaman cristianos son tan malos con los de mi raza, cuando su Dios es tan manso y tan bueno. Huyo de la muerte, y huyo de la esclavitud, peor que la muerte. (3). Quédate aquí en paz, pero dame a mi sobrino Guarocuya, para que se crie libre y feliz en las montañas. Para él no hay excusas posible no es todavía cristiano; es un pobre niño sin parientes ni protectores blancos, y mañana su suerte podrá ser tan desgraciada entre esta gente, que más le valiera morir desde ahora. ¿Que respondes?

Higuemota que había bajado la cabeza al oir la última proposición de Guaroa, miró a este fijamente. Su rostro estaba inundado en llanto, y con acento angustiado y vehemente le dijo:

---

(1). Dioses indios.

(2). Las Casas, a quien mas adelante verá el lector figurar en esta narración.

(3). Se puede notar de estos discursos de Guaroa cierta inconexión, y hasta ciertas contradicciones que denotan la nebulosidad de ideas, y la lucha de afectos indefinidos, propios de un hombre de buen juicio a medio civilizar,

—Llevarte a Guarocuya, ¡imposible! Es el compañero de juegos de mi Mencía, y el ser que mas amo después de mi madre y la hija de mis entrañas. ¿Que sería de esta y de mí si él no estuviera con nosotras?

—Sea él quien decida su suerte;—dijo Guaroa con solemne entonación.—Ni tú ni yo debemos resolver este punto. El Gran Padre de allá arriba hablará por boca de este niño.

Y tomando a Guorocuya por la mano, lo colocó entre sí y la llorosa Doña Ana y le interrogó en los términos siguientes:

Dinos Guarocuya, ¿te quieres quedar aquí o irte conmigo a las montañas?

El niño miró a Guaroa y a Doña Ana alternativamente; después dirigió la vista a Mencía, que continuaba entretenida con las flores silvestres a corta distancia del grupo, y dijo con decisión:

—No me quiero ir de aquí!

Guaroa hizo un movimiento de despecho, mientras que su prima se sonreía al través de sus lágrimas, como suele brillar el iris en medio de la lluvia. Reinó el silencio durante un breve espacio, y el contrariado indio, que a falta de argumentos volvía la vista a todas partes como buscando una idea en auxilio de su mal parada causa, se volvió bruscamente al niño, y señalando con la diestra extendida a un hombre andrajoso, casi desnudo, que cruzaba la pradera contigua con un enorme haz de leña en los hombros, y encorvado bajo su peso—dijo con ímpetu, casi con rabia:

—Dime Guarocuya, ¿quieres ser libre y señor en la montaña, tener vasallos que te obedezcan y te sirvan; o quieres cuando seas hombre cargar leña y agua en las espaldas como aquel vil naboria (1) que vá allí?

Pasó como una nube lívida por la faz del niño; volvió a mirar profundamente a Mencía y a Higuemota, y dirigiéndose con entereza a Guaroa:

—¡Quiero ser libre!, exclamó.

---

(1). Así se dominaba a los indios destinados a la servidumbre doméstica.

—Eres mi sangre, dijo el jefe indio con orgullo. ¿Tienes algo que decir, Higuemota?

Esta no contestó. Parecía sumida en una reflexión intensa, y sus miradas seguían tenazmente al pobre indio de la leña, que tan a punto vino a servir de argumento victorioso a Guaroa. Luego, como quien despierta de un sueño, puso vivamente ambas manos en la cabeza de Guarocuya, imprimió en su frente un prolongado y ternísimo beso, y con rostro sereno y convulsivo ademán lo entregó a Guaroa, diciéndole estas palabras:

Llévatelo: más vale así.

El niño se escapó como una flecha de manos de Guaroa, y corriendo hacia Mencía la estrechó entre sus bracitos, y cubrió su rostro de besos. Después, enjugando sus ojos llorosos, volvió con paso firme adonde su tio, y dijo como Higuemeta.

—Más vale así.

Guaroa se despidió tomando la mano de su prima y llevándosela al pecho con respetuoso acatamiento. No sabemos si por distracción o por otra causa, ninguna demostración cariñosa le ocurrió dirijir a la niña Mencía; y guiando de la diestra a su sobrino, se internó en la intrincada selva. A pocos pasos se perdió de vista entre los añosos y corpulentos árboles, en cuya espesura le aguardaban sus dos compañeros, indios, como él jóvenes y robustos.

LOS VENDEDORES AMBULANTES

TIPOS ITALO-BORINQUEÑOS

III

EL MERCACHIFLE

Pero he aquí que llega un día en que el vendedor de santos se levanta más alegre que de costumbre, y después de formar algunos cálculos y hacer un corte y tanteo en la bolsa consabida, exclama con resolución:

—*Per Dio benedetto che non voglio vendere piu questi santi!*

Y aquel cariñoso apego que hasta entonces había manifestado hacia los santos, tórnase luego al punto en el más absoluto desdén. ¡Profano!

¡Quién había de creer que *Luiggi Pugniserrati,* aquél que parecía un santo varón cargado de reliquias y de estampas, cometería al fin semejante impiedad y apostasía!

Ahora vendría muy bien una larga digresión filosófica sobre lo vario y mudable de nuestras inclinaciones, o sobre la facilidad con que algunos cambian de parecer en los asuntos más graves y complejos, de igual modo que si fumaran un cigarro, y después otro, y otro... cuidando siempre de encender el último que toman en la colilla del anterior. Mas como yo no gusto de meterme en tales dibujos al trazar mis sencillos cuadros de costumbres, dejo al discreto lector que aplique sus teorías *etico-metafísicas* allí donde las creyere más conveniente.

Continuando, pues, mi discurso, diré que el vendedor de santos concluye por venderlos todos en el más breve término posible. Hecho lo cual arregla como puede su traje mugriento y descosido, córtase el pelo, lávase el rostro, compra una albarda, busca un rocín y se mete a mercachifle.

Esta variación de nuestro tipo se verifica en muy corto espacio de tiempo, y así suele suceder que el mismo que la semana anterior nos quería meter los santos por los ojos, se nos entra hoy de rondón hasta el medio de la sala, cargado de pañuelos, servilletas, encajes, cinturones, moños, perendengues, abalorios, gargantillas, agujas, dedales, peines y otra infinidad de baratijas difíciles de enumerar.

Como son tantos y tan variados los objetos que el *mercachifle* tiene para vender, suele sufrir el pobrecito algunas equivocaciones lamentables en cuanto al valor respectivo de cada uno de ellos, y no se debe extrañar, por lo tanto, que pida medio duro por lo que vale un real en buena venta, pues en cambio dará otras veces en un duro lo que vale medio real, y así quedará todo compensado.

El *mercachifle* posee íntegras todas las cualidades morales y físicas ya mencionadas al tratar del hojalatero y del vendedor de santos, y además cierta gracia y desenvolvimiento muy a propósito para el ejercicio de su nueva profesión.

También recorre sin cesar todos los pueblos de la isla, procurando siempre hacer su agosto en las diversas épocas del año; pero esta vez ya no anda solo y cargado como las anteriores, sino acompañado de su inseparable rocín, su alter ego, su adjunto, "il suo caro fratello" como él suele llamarle en sus arrebatos de cariño.

Difícilmente se encontrarán dos individuos de distinto género que se identifiquen tanto como nuestro tipo y su rocín; juntos comen, juntos beben, juntos andan y juntos llevan con igual paciencia las penalidades de la vida.

¡De ellos si que pudiera decirse que han nacido el uno para el otro!

En el orden del viaje suelen alternar convenientemente, se-

gún lo exijan las circunstancias: unas veces caminan a la par otras va la bestia delante del hombre o viceversa, y se dan casos en que el mercachifle, va encima; no es fácil, pues, determinar cual de los dos lleva a su compañero. Usando la expresión favorita de un escritor amigo mío, pudiera decirse que el rocín es una parte integrante del mercachifle. Sobre todo en los caminos fuera de poblado no se comprende la existencia de éste sin aquél.

Sólo en el interior de las poblaciones suele interrumpirse el dualismo de nuestro tipo, saliendo la parte menos animal o sea el mercachifle mondo y lirondo a ofrecer de casa en casa los efectos de su comercio, en tanto que el rocín almuerza tranquilamente en la posada, o tal vez piensa que piensa, como algunos filósofos de nuevo cuño.

Dejémosle ahora que descanse y recupere sus fuerzas, que buena falta le hacen para emprender nueva jornada, y observemos,—si el lector no lo há por enojo—las operaciones del *mercachifle*.

Cargado éste desde los pies a la cabeza con un gran número de bultos de tamaños y formas diferentes, sale a recorrer las calles de los pueblos mostrando aquí y allí sus zarandajas y alabando con charla sempiterna aquellos objetos que más empeño tiene en realizar.

Rara vez se anuncia desde la puerta de las casas, por temor de ser despedido; así es que pone todo su empeño en colarse como pueda hasta las habitaciones interiores. Una vez allí desata todos sus fardos y extiende sus mercancías encima de los muebles de modo que todos los objetos queden a la vista. Hace al instante una especie de llamada general, y es cosa de ver cómo ocuden corriendo los chiquillos y empiezan a trastearlo todo y llenarse los bolsillos de fútiles garambainas; quién escoge un muñeco de escayola, quién una caja de soldados de plomo, quién un reloj ficticio de esos que apuntan y no andan etc. Después le toca su turno a las personas mayores y la señorita se enamora de un pericón, de un mrachante de un sígueme-pollo, de un postizo o de una peineta que parece

de pura concha y no es sino de puro cuerno; la tía compra un rosario un específico para teñir el pelo y una novena de Santa Rita, y la mamá hace un regular acopio de trencillas, cordones, flecos, avalorios y otra porción de chismes y colgajos que ella tiene por artículos de primera necesidad.

Concluída la operación y hecho el ajuste correspondiente, preséntase en escena la grave y circunspecta figura del dueño de la casa, jefe pagano de aquella creyente tribu... Empieza el papá por enterarse de la calidad y precio de los objetos comprados, y a hacer admiraciones y a lamentarse de que le hagan gastar tanto dinero en cosas tan ruines y supérfluas; siguen después los apóstrofes dirigidos al italiano intruso, y concluye al fin por pagar a éste la cantidad que le reclama, con la precisa condición de que no ha de volver a presentarse jamás por aquellos alrededores.

El *mercachifle* recibe alegremente el dinero, sin cuidarse gran cosa de la advertencia, y después de empaquetar sus baratijas se despide hasta más ver y sale cantando sotto voce los siguientes versos de La Gracia de Dios:

Ewiva! Ewiva! Depo le pene
Talvolta il bene leito compar, etc.

Hay ocasiones en que el *mercachifle* vende al fiado, y hasta suele suceder que no le paguen.

Entonces se convierte en inglés... ¡pero qué inglés, carísimo lector!

No hay nada más fastidioso, más pertinaz y más pesado que un mercachifle cuando se presenta en calidad de inglés a reclamar el importe de alguna cuenta vencida.

Aquella afabilidad, aquella gracia, aquella dulzura, aquella eterna sonrisa estereotipada—por decirlo así—en los labios de nuestro tipo, todo desaparece tornándose en frialdad, despecho y mal humor.

Sus modales son entonces bruscos y groseros, y sus palabras insultantes y provocativas. Dice que él pide lo suyo; que

trabaja para sí y no para ningún tramposo y botarate; que quién quiera tener, que trabaje o se haga obispo, y otra porción de necedades e inconveniencias concluyendo siempre con unas interjecciones y otras palabritas en italiano que... ¡vaya usted a saber lo que significan!

Con su instinto de perro perdiguero, parece como que husmea o huele a su deudor, y donde quiera que lo encuentra, aun cuando sea en el lugar más público y sagrado, allí le acosa y le hostiga sin respeto ni consideración. Si está en la calle le cobra a gritos; si está en la iglesia le tira de los faldones de la levita y le hace una seña con los dedos harto clara y significativa; si está en su casa entra por ella con la mayor franqueza y desparpajo; se sienta en el estrado sin que a ello se le invite, estrega contra la alfombra sus herrados zapatones, fuma delante de la señora; escupe en el pavimento y hace, en fin, cuanto se le ocurre con objeto de exasperar a su cliente y conseguir de este modo que le pague, siquiera le aplique luego media docena de puntapies, a guisa de agio, o lo tire por la ventana.

Júzguese por lo dicho cuán difícil será el deberle y no pagarle al *mercachifle.*

El que esto consiga bien merece que se le dé el grado de bachiller en trampas o cualesquiera otro título que acredite su habilidad y talento.

De todos modos, aquél que ame el orden y la tranquilidad de su casa y que estime en algo su independencia y su sosiego, créame; no le tome jamás fiado al *mercachifle.*

Para con este inglés no le vale al deudor ni siquiera hacerse el sueco.

IV

EL JOYERO

Ecco i giolliere, amigo lector: ahí le tiene usted hecho ya una persona decente.

Sombrero de castor, gabán, de paño *con asomo de camisa por el cuello,* pantalón de casimir oscuro, zapatos de becerrillo

charolado, reloj, cadena, sortijas, muchas sortijas, en fin... una persona decente.

¿Qué fué de la ropa vieja
Y los férreos zapatones,
¿Que se hicieron?

No lo sé aunque bien se pudiera asegurar que éstas y las demás prendas de su antigua vestidura, las tiene el *joyero* a buen recaudo, si es que no ha podido venderlas; que él no es tan despilfarrador y manirroto para tirar a la calle unos objetos que aún pueden utilizarse.

No sería nada extraño que volvieran a aparecer en Puerto Rico sirviendo de envoltura a otro nuevo pichón de hojalatero.

Pero volvamos a lo decente de nuestro tipo.

¡Qué diferencia entre éste y aquel humilde *piccioletto* que figura en el primer cuadro de esta sección!

Poco más de dos lustros han transcurrido desde que se recibió de hojalatero, y ya no le queda de tal, más que la codicia, las costumbres y ciertas reminiscencias de color oscuro en la punta de las uñas.

Hásele olvidado algún tanto el armonioso idioma de su país, pero en su lugar maltrata regularmente el castellano.

Conserva el mismo rocín que adquirió al hacerse mercachifle aunque notablemente corregido y aumentado, como dicen los editores. Tiene ya trazas de caballo, desde que su señor y amigo las tiene de caballero.

Esto es lógico y natural tratándose de dos seres idénticos hasta cierto punto.

Aun caminan uno y otro en fraternal compañía, si bien el joyero va por lo regular atravesado entre dos baúles, sobre el lomo del rocín.

En cada pueblo de la isla tiene un ventorillo o bodegón conocido, en el que ambos comen y descansan de las fatigas del viaje (por que ya es cosa averiguada que el joyero come y duerme como su rocín) en todo lo cual invierten hasta una peseta diaria.

Además de éstos que pudieran llamarse gastos comunes o diarios, tiene el joyero algunos otros puramente personales; bien que él se busca la manera de reducirlos todo lo posible. Usa ropa de lana para no gastar en lavandera; pisa despacio y con tiento para no romper los botines; fuma en pipa y se traga el humo para que no haya desperdicio.

Respecto del amor, conserva las mismas ideas que ya en otro lugar tengo indicado.

—Quiero que me amen de balde—dice con frecuencia, hablando a solas con su rocín.

Este nada le responde; pero sigue su camino moviendo a uno y otro lado la cabeza, como para dar a entender a su jinete que lo que pretende es casi un imposible, y que tanto valdría pedir paz en la tierra o cotufas en el golfo.

Firme el joyero en sus antiguos planes económicos, continúa andando siempre aislado y ambulante, sin más afecciones que su bolsa y su rocín.

Dedicado a la venta de objetos de puro lujo y de alto precio, ya no suele visitar las casas de los pobres que fueron sus más antiguos y constantes parroquianos.

La Vanidad y el Lujo son ahora los dioses tutelares de su comercio, y aquéllos tiene por sus mayores enemigos, que más se obstinan en predicar la modestia y la virtud.

. . . . . .

—*Vamos a ver si se combra algo de prendas.*

Así dice siempre el *joyero*, al llegar a las casas en donde acostumbra hacer con frecuencia sus negocios.

Y sin aguardar contestación, coloca sobre una silla el saco de noche que lleva pendiente en la siniestra mano, y abriendo luego por diez o doce partes diferentes una ingeniosa caja o maletilla, con forro de piel negra y guarniciones de azófar o latón, va mostrando sus variadas y hermosas colecciones de sortijas, pendientes, cadenas, prendedores, medallas, brazaletes, dijes y otra diversidad de joyas de oro, plata o cosa parecida.

La vista de tantas preciosidades suele engendrar el deseo de poseerlas, particularmente en las mujers voluntariosas, y de

aquí las miradas tiernas y significativas de la esposa, dirigidas alternativamente a las alhajas y al marido; de aquí el suspirar de las niñas, y el poner los ojos en blanco y aquello de—"¡Ay quién tuviera dinero!" dicho en voz baja, aunque no tanto que deje de oírlo su papá. Y de aquí que éste suspire a su vez y eche mano al bolsillo, para dejar acaso en la del *joyero* el último girón de su fortuna y de su honra...

Otras veces, cuando el esposo no accede con facilidad a las exigencias de su mujer, nuestro tipo le obliga a ello con sagacidad, ya ponderando el mérito de la joya o joyas que aquélla desea y lo bien que harían resaltar sus naturales encantos, ya encareciendo la liberalidad de otro marido que—hallándose en el mismo caso—le compró a su esposa cuantos objetos deseaba, sin reparar siquiera en el precio y con sólo haberle hecho ella una pequeña insinuación.

Con estos y otros ardides ingeniosos, que nuestro tipo acostumbra poner en práctica, consigue al fin que suelte la mosca el padre o el marido más agarrado. Después continúa el joyero en pos de nuevas negociaciones, y aquél suele quedarse triste y abatido pensando tal vez que hay abusos, trapacerías, engaños y otros excesos que no están previstos en el código penal.

Así el mercader ambulante en esta isla logra reunir en poco tiempo una considerable fortuna.

Mas, cuando todos esperan verle fundar una heredad, una casa, una familia, o dar, en fin, un nuevo giro a sus especulaciones, se advierte que ha desaparecido sin que nadie vuelva a tener noticias de él.

¿Dónde está?

¿Qué se ha hecho?

Nadie lo sabe.

Tal vez embarcó para Italia, llevándose todo el dinero aquí adquirido.

Tal vez, encontrando ya estrecho este país, se fué en busca de otro más rico y más capaz para emprender en él futuras negociaciones.

Tal vez se ahogó con su oro vadeando en mala hora el río de la Plata, por ahorrar los cinco centavos del pasaje...

De todos modos, no le queda en el país un amigo, un pariente, un ser querido que le llore y le consagre un recuerdo de gratitud.

Sólo queda el vacío de un hombre, que pronto se llena, y el de algunos miles de duros, que no se llenará tan fácilmente.

Es un pájaro extraño que no anida; una planta exótica que se nutre y no da fruto; una sanguijuela que llega, chupa, muere o torna otra vez a la redoma o frasco que la contenía.

La ambición, la gloria, la amistad y los placeres, todo se encierra para él en el estrecho recinto de su bolsa.

Aparte del dinero, que es su dios, no hay debajo del cielo cosa fiel alguna a la que él rinda parias ni tributo.

Ni siquiera paga el tributo nacional que se le cobra a todo fiel cristiano.

Solamente el amor, con sus insignes travesuras, puede hacerle pasar algunos malos ratos. Porque, eso sí, le gustan las mujeres bonitas casi tanto como las monedas de dos reales.

¡Picaruelo!

Y hasta suceden casos en que se enamora de veras.

Entonces, si llega a ser correspondido (que no es probable), ya puede la mujer que le cautivó pedirle todo aquello que se le antoje, siempre que no sea dinero o cosa que lo valga.

Si con su dorado arpón,
El travieso Cupidillo
Le hiere sin compasión,
Podrá abrirle el corazón...
Mas no le abrirá el bolsillo.

MANUEL FERNANDEZ JUNCOS

PREDICCIONES

Encanto y prez de Sevilla,
hermosísima criatura
que suspende y maravilla;
gitanilla, gitanilla,
díme la buenaventura.

¿Por qué con semblante esquivo
y con aire pensativo
mueves, triste, la cabeza?
Respóndeme ¿que motivo
ocasiona esa tristeza?

¿Por qué dejas entrever
en tu mirada sombría
tan intenso padecer,
si eres la propia alegría
en figura de mujer?

¡Mal presagio y mal indicio!
¿Nada me quieres decir?
¿Acaso lo porvenir
nunca me será propicio,
y he de penar y sufrir?

Sin reparo ni temor,
explícate.... ¡Haz el favor!
¿A qué mostrarte rehacia?....

No me asusta la desgracia
ni me conmueve el dolor.

Rasga las sombras obscuras
de mi suerte.... ¿Qué me auguras
en el correr de los años?
¿Infinitas amarguras
e infinitos desengaños?

Lo presiento... y lo deploro.
Oigo voces interiores
que lo repiten a coro;
mas no me aflijo ni lloro....
¡Vamos!.... ¿y en cuestión de amores?

¿Que amaré sin ser amado?
¡Triste de mí! ¡Desdichado!
¿Que me deparan los cielos
el tormento de los celos?
¡Pues, hija, estoy aviado!

¿Que más? ¿Que en mi juventud,
presa de amarga inquietud,
habré de llorar perdida
para siempre la salud,
que es la mitad de la vida?

¿Que aun cuando luche con fe
por la gloria, a mi despecho,
pese a mi afán, no podré
adquirir honra y provecho?
No es que lo tema: lo sé.

¿Que, vuelto al nativo lar,
tras profundas conmociones
al cabo me han de faltar

patria, bandera y hogar?
Malas son tus predicciones!

*
* *

Encanto y prez de Sevilla,
que suspende y maravilla,
hoy, apesarado y triste,
te recuerdo ¡oh gitanilla!.....
¡Qué mucha razón tuviste!

LUIS RODRIGUEZ CABRERO.

Las Antillas y Baldorioty Castro

Precede a las grandes épocas de ejecución, como la sazón a la madurez, un movimiento espontáneo de almas por donde conoce el observador la realidad oculta a los que sólo la quisieran ver coronada de flores, y en cuanto ven espina, ya niegan que sea realidad. De un lado decrecen, sin más fuerzas que las necesarias para sostener el catecismo importado, las criaturas oscilantes y apagadizas de la colonia, que no aciertan a mantener definitivamente con el brazo las libertades a que aspiran con la razón; y de otro lado crecen, con el orden intuitivo y oportuno de la naturaleza, las fuerzas creadoras que de los elementos coloniales deshechos compondrán, bajo la guarda del mar y la Historia, la nación futura. No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material, insuficiente, que provocase reparos y justificara la agresión, como de la unión sutil y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, o juntas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres. Por la rivalidad de los productos agrícolas, o por diversidad de hábitos y antecedentes, o por el temor de acarrearse la enemiga del vecino hostil, pudieran venir a apartarse, en cuanto cayese en forma cerrada su unión natural, las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas.—

El lacayo muda de amo y se alquila al señor de más lujo y poder. El hombre de pecho libre niega su corazón a la libertad egoista y conquistadora y adivina que el triunfo del mundo, más que en los edificios babilónicos caedizos, reside en la abundancia de la generosidad, en aquella pasión plena del derecho que lleva a respetar el ajeno tanto como el propio. Ni un átomo de lacayo tuvo en vida el previsor puertorriqueño, el invencible Baldorioty Castro, á quien, en símbolo sagaz, tributaron homenaje ayer, en las fiestas de la heroica ciudad dominicana de Azua, las tres antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

* * *

Los compromisos de los gobiernos, ligados a veces por la prudencia con respetos que lastiman su corazón, son acaso menos eficaces que la simpatía irresponsable y ambiente del pueblo decidido a favorecer en sus alrededores el triunfo de la libertad. Lo que la cancillería, ahita de tratados de paz y respeto, no puede a veces intentar, lógralo sin que se le pueda poner la mano encima, la ayuda secreta del alma del país, que alienta el brazo alzado contra los tiranos. Las alianzas que contraen de sí propias las almas de los pueblos y se firman por los más puros de sus hijo ante el altar en que las mujeres y las niñas ofrendan flores a un hombre que sólo fué poderoso por el entendimiento y la bondad, son más duraderas y apetecibles que los contratos que suelen ajustar las necesidades políticas y los intereses. Los hombres que en el aniversario de la Puerta del Conde recuerdan cariñosos a "los pueblos de América que aún lloran y suspiran por su libertad", no dejarán mañana caer el arma que mantenga en Cuba y Puerto Rico la independencia que, sin más amigos confesos que los veintinueve de la Filantrópica y la Trinitaria, nació en la Puerta con la bandera de la cruz, al pensamiento

de Duarte, al consejo de Sánchez y al ímpetu de Mella, y escribió entre los días decorosos del mundo el veintisiete de Febrero.

Y sin arte de mensajeros, ni previos convites, ni ajustes de secretarías cuando los puertorriqueños de New York acuerdan perpetuar en un monumento la memoria del criollo irreductible que propagó a la vez el culto del trabajo y el culto del derecho; que arrancó al amo el esclavo recién nacido y lo puso, por la enmienda a la ley Moret, en los brazos de la madre; que rompió el látigo en las manos del amo azotador, seguro de que "las instituciones que se fundan en la injusticia, si no se sostienen por la violencia, perecen inevitablemente", que redimió las fórmulas mínimas de su acatamiento a la metrópoli con el espíritu fundador y definitivo con que las minaba; que de sus destierros frecuentes, ocupados en la siembra de almas libres, volvía, como el padre a la defensa de la hija, a flagelar y mermar la opresión de su isla, que sangraba; que cayó en la tumba pobre, con las manos flacas sobre el pecho y en la frente la luz inmortal;—cuando los puertorriqueños, y los cubanos con ellos, quieren poner en el bronce durable aquella cabeza temida de los malos y amada de los buenos; aquel rostro desolado, como de quien carga el duelo público que en las esperanzas fugaces de redención centelleaba y resplandecía, como el rayo en la tormenta; aquellos ojos mansos y seguros, que no resbalaban traidores como otros ojos, sino que envolvían en la mirada dulce, como en un manto amigo; aquella nariz vigilante y afilada, propia de quien ponía el pecho de cota de la libertad, como se pone el águila de amparo de su nido; aquellos labios finos y dolorosos, guardados por el bigote marcial y prudente; aquella barba pequeña y femenil, como la de los hombres en quienes la bravura está templada por la bondad;—cuando puertorriqueños y cubanos, convencidos de que el agradecimiento a los patricios virtuosos es la semilla más fecunda de la República, anunciaron su empeño de consagrar, donde la América lo vea, al borincano que la estudió, y amó, y sirvió con fé de hijo,—los antillanos de Santo Domingo levantaron el

"Altar de la patria", de la patria única y común en su Azua brava y noble; lo mejor de la ciudad del diecinueve de Marzo, con aplauso de Quisqueya entera, se congregó en torno del altar, y tres niñas reclinaron en él sus coronas de flor, en nombre de las tres Antillas hermanas, que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, en nombre de las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

* * *

¿Era al contemporarizador forzado, al nacionalista flojo, al político de compromiso, al mero liberal reformista, al autonomista puertorriqueño, a quien, con alma y palabras libres, ofrendaron flores Cubanacán y Borinquen y Quisqueya? ¿Era al comisionado del gobierno de España a la Exposición Universal de mil ochocientos sesenta y siete, al que en la misma carta magnífica de libertad que se llama en la Historia el "Plan de Ponce", y vivirá sobre el que logró sustituirlo, encajaba, como un puñal en un recién nacido, la cláusula de fidelidad a la nación española? ¡No era al autor de la cláusula, necesaria, en época en que no había otra expresión o tendencia superior y manifiesta de la voluntad pública, para conquistar con ella los derechos esenciales negados en su patria al hombre, sino al autor del código de derechos que abre el plan, y podrá mañana trasportarse íntegro a la constitución de la república puertorriqueña! No era al político acomodaticio, del mero brío verbal, que, a modo del capeador aficionado, le enseña al toro de lejos la capa colorada, y luego, sumiso y complaciente, le da la mano al toro sino al que reconociendo, con sacrificio costoso de su altiva persona, la realidad inevitable, en vez de bregar con las armas de ella para perpetuarla, sólo usaba de sus armas para mudarla y mejorarla sin cesar, y prepararla a la conversión final é histórica de la realidad en las colonias españolas de América, ¡a su independencia! ¡No era el indio mañoso que fingía a la metrópoli una lealtad falsa para obtener de la metrópoli misma el modo de vencerla; sino el sublime preso que, olvidándose de su

peligro y de lo que pueda decir de él la fama injusta, pide clemencia el alcaide aborrecible para sus compañeros de prisión, y, acaso, en el sacrificio de su gratitud hubiera ido hasta tenerle en cuenta su clemencia al alcaide: ¡y nada más! No era a la Carrera de San Gerónimo, la de las capas terciadas y espadas políticos de coleta; no era al Rastro, que es el otro nombre que le dan en Madrid a la plaza de desperdicios que llaman "*Las Américas*"; no era al chocolate del Suizo, ni a la sopa de almendras de Fornos, ni a los azucarillos de la plazuela de Cervantes, sino al que, un día de invierno, cuando su patria lo mandó, por sobre las cabezas de los metropolitanos, a recabar de España, sin ninguna habilidad que comprometiese el honor ni el porvenir de la isla, el reintegro de la mayor suma posible de las libertades que España le detentaba, iba solo, por la plazuela de Cervantes, firme el paso apretado el bastón, abierto el pecho al frío y la cara resuelta y dolorosa, ¡a la vez que otros diputados, todos piel y pomada , bajaban de su lindo carruaje, repartiendo saludos! Bastón en mano, Baldorioty cruzaba la plazuela de Cervantes, solo.

Era al discípulo del maestro Rafael del negro Rafael Cordero a quien saludaban, del negro "que tumbaba el árbol para que otros fabricasen luego con la madera", era al colegial favorito de aquel padre Rufo que quería que sus discípulos "se murieran de hambre antes de cometer una mala acción, y que aprendiesen la verdad de la Física y de la Química"; era al que desde la juventud convidó a sus paisanos a ir allegando el alma descuidada del país en la "Sociedad Recolectora de Documentos Históricos de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico"; era al educador radical y amable, más pagado de la sustancia del conocimiento que de sus formas, que en el Seminario mismo enseñó la Física nueva; que en Santo Domingo, país de costas, dirigió la Escuela Náutica y fundó después, con nombre profético, el "Colegio Antillano"; que defendió cuanto pudo de los jesuitas y del mastín de la prensa puertorriqueña el proyecto de la Escuela Filotécnica; que ya llegó sin fuerzas a las tareas, en sueños siempre acariciadas, del "Colegio Central Ponceño";

que en la enseñanza, como en la política, quería hombres enteros, directos y reales, hechos al trato común de lo natural y aptos para poner a las propias enfermedades remedios propios. Era al hombre íntegro a quien saludaban; al que en su carne misma se sentía mermado y como si le bebieran la sangre de su corazón, cuando se burlaba un derecho, o se lastimaba la hombría, o se humillaba en alma o cuerpo, o en algún modo se acortaba y empequeñecía la naturaleza libre de cualquier otro hombre. Era al que vió el látigo alzado sobre el esclavo indefenso, sobre el esclavo del color mismo de su santo maestro Rafael, y con sus manos flacas peleó hasta que le quitó al amo el azote y sentó al esclavo al lado de su amo. Era al que, con la mirada continental, cuando lo mandó la colonia, por cumplimiento manso al país, a estudiar la exposición francesa, volvió los ojos al mundo de su esperanza y su cariño, al mundo cordial y grandioso de nuestras repúblicas unidas, y levantó en el corazón encendido de Europa, el canto americano. Era al que, con el porvenir de guía invisible, fué hablando por las islas que juntas se han de salvar, o han de perecer juntas, la palabra futura que en su día, cuando el viento se lleve le podredumbre colonial que no deja ver aún el oro del país, congregará a las islas hermanas, como ya las congrega ante el "altar de la patria"; era al defensor pobre de su patria vejada, de su patria enmudecida, de su patria azotada, de su patria torturada, de su patria ensangrentada, que sólo reconocía el tribunal inicuo para poder defender ante él la patria. Era al criollo leal que conoció, con su sabiduría verdadera, la composición americana y peculiar del país en que vivía, y el fin moral y necesario a que la habían de llevar sus elementos; y no se puso sobre ellos de obstáculo, ni se empeñó en uncirlos a una metrópoli fatalmente retrógrada, ni a un vecino esencialmente hostil y diverso, sino que, en vez de valerse del país para desnaturalizarlo y traicionarlo, en vez de utilizar las condiciones existentes para impedir su desarrollo natural y sus fines históricos, acató las condiciones existentes y se valió de ellas para conformar el país a sus elementos, para acomodar la

política a la verdad, para fundar el porvenir en el trabajo directo y en el cariño de los hombres, para preparar el país a sus fines naturales. La autonomía no fué para él un cambio de vinos con los generales amenos, que mandan ahorcar mañana á aquel con quien jugaban al ajedrez ayer, sino la defensa real, en la cárcel y en la miseria y en el destierro, de las libertades, que lo encontraron siempre a su cabeza, porque nunca fué tan lejos en Puerto Rico la libertad que Baldorioty no fuese más lejos que ella. La autonomía fué para Baldorioty, criollo directo y útil ,el modo de congregar, en acuerdo con su geografía e historia, las fuerzas irreductibles del país, que en todo sistema de gobierno han de estar congregadas, a fin de que pudiesen buscar, sin peligro ni desorden, una forma más feliz el día en que se comprobara la insuficiencia y falsedad de la autonomía, como se hubiese comprobado a poco de su establecimiento, o la imposibilidad de conseguirla. De hombres reales y originales necesita la América, envenenada ya con tanto ingerto; de hombres puros y cordiales necesitan las colonias españolas de América, para purgarlas en la independencia de la soberbia y los vicios burocráticos de la colonia; de hombres tiernos y creadores necesita el mundo, que con las mieles de su corazón vayan cerrando las heridas que tiene que abrir en el bosque nuevo el hacha. Los tres pueblos hermanos, las tres islas que se han de salvar juntas, o juntas han de perecer, han hecho bien en coronar de flores, en la fiesta de Azua, al bueno, al puro, al sagaz, al rebelde, al fundador, al americano Román Baldorioty Castro.

JOSE MARTI

GENIO Y FIGURA

No sospechaba seguramente el señor don Juan Manuel de Cajigal, Gobernador y Capitán General de la isla de Cuba por S. M. el rey don Fernando VII, que en amor y compañía del cargamento de frutos que consignado a la casa de Roche traía a su bordo el bergantín Monserrat, fondeado en el puerto de esta ciudad al atardecer del día 15 de Abril de 1820, llegaba con destino a su excelentísima persona una remesa más que mediana de ásperos sinsabores.

Y todo ello, porque al señor don Pablo Espríu, capitán de aquella nave, le inspiraron genios maléficos la ocurrencia peregrina de obsequiar a los pacíficos habitantes de la Habana con un ejemplar de cierto diario coruñés, en cuyas columnas venía muy pulcramente impreso el real decreto de 7 de Marzo declarando rediviva y vigente para *in aeternum*, la célebre constitución de 1812.

Apeóse al saberlo el bueno de don Juan Manuel con la monserga de que a él no le hacían mella las *indirectas*, y que a don Fernando *puro y neto* y a sus órdenes se atenía, sin que hubiera quien le sacara de sus casillas, aunque en ello se empeñaran los mismísimos frailes de la Merced, que dicho sea entre paréntesis, y por lo que a sus hermanos de hogaño pueda valerles, fueron los primeros en jurar el *sagrado código*.

Alborotóse a la nueva de aquellas declaraciones el cotarro, y hubo toros y cañas en las inmediaciones de palacio, durante toda la mañana del día 16, hasta que los oficiales Valls y Elizacín, después de haber jurado la consabida ley fundamental,

de su propia autoridad y *manu militari*, invitaron a las tropas de la guarnición a *pronunciarse* en el mismo sentido, y a pique estuvo el señor Gobernador de que le hicieran emprender viaje de regreso a la madre patria, empleando para ello los mismos razonamientos que más tarde, aunque por muy diferentes motivos, se emplearon con el general Dulce, noble caudillo digno de más respeto y mejor suerte.

Mas como quiera que, según de autos aparece, no era por ahí don Juan Manuel ningún poste de granito, ni por tozudo se había propuesto entrar en público certamen con los tenaces hijos de Aragón, ateniéndose a lo que reza aquella discretísima sentencia según la cual es de sabios mudar de opinión y de consejo, cantó de plano la palinodia, asegurando que de lo dicho no había ni pizca, que a él también lo de la constitución le parecía de perlas, y que, con la propia buena voluntad que en ello había puesto el señor *rey constitucional* don Fernando, estaba él dispuesto a jurar el código inmortal y tres más, si acaso otros tantos, por lamentable negligencia, se le hubieran quedado olvidados en algún rincón del camarote al capitán del *Monserrat.*

Desvanecióse el alboroto como por ensalmo ante las prudentes razones del Gobernador, y fundidos en uno todos los sentimientos, vitoreados a pulmón pleno por los ámbitos de la ciudad la constitución y sus arriscados valedores, sólo se pensó en introducir en el régimen imperante las modificaciones que con más apremio exigía el espíritu público.

Por de contado, el periódico oficial se convirtió en *Diario Constitucional del Gobierno de la Habana,* título que a pocos días—en 21 de Abrl—trocóse en el de *Diario del Gobierno Constitucional de la Habana,* y la imprenta en que se editaba dejó de ser la *Oficina de Arazosa y Soler, impresores de Cámara de S. M. de gobierno y R. S. P.,* para llamarse escuetamente *Oficina del Gobierno Constitucional.*

Restablecióse, como era de rúbrica, la *auspiciosa lápida* conmemorativa, erigida en 1812 y eliminada por la reacción de 1814, y en la noche de 19 de Abril, fecha memorable de aque-

lla restauración, iluminárónse suntuosamente todas las calles; distinguiéndose de modo extraordinario la de *Ricla*, acaso por el fervoroso entusiasmo de sus moradores, rebautizada entonces con el nombre de calle de la *Constitución; y para que nada faltara a completar el júbilo que aquel gran suceso* hubo de inspirar a los habaneros, en el teatro principal se cantó por la compañía de Opera que en él actuaba a la sazón, *un armonioso himno alusivo a tan gloriosas circunstancias.*

Más no sólo con el viático de esta apoteósis contribuyó el susodicho teatro al sólido afianzamiento del *sistema*, porque no mucho después, en 15 de Mayo, publicaba en el periódico oficial el señor Manuel Arriaza el siguiente aviso:

"TEATRO PRINCIPAL"

"Lunes 15, habiendo suplicado un considerable número de los señores abonados y otros varios que se repitiese a la mayor brevedad la comedia constitucional en dos actos *¡Lo que puede un empleo!*, que tan bien recibida ha sido de este público, la dirección ha dispuesto para este día su ejecución".

Y porque no vaya, mal informado, algún lector a dar por visto y probado que fué por entonces el de la *constitucionalidad*, privilegio exclusivo de las comedias, entre las producciones literarias, quiero hacer constar que este beneficio había sido otorgado con anterioridad a las poesías líricas, puesto que en 19 de Abril publicó el señor Ignacio Valdés un *Brindis Constitucional* dividido en tres; amén de que, a partir del día venturoso en que fué promulgado el *código*, depusieron las Piérides sus atributos en el arca santa que lo guardaba, y nadie fué osado a rimar *penas con cadenas o precioso* con *glorioso* con otro propósito que el de execrar la tiranía, o celebrar las excelencias de la libertad.

No fueron, con toda certeza, de índole distinta los laudables fines que a cierto industrial establecido en la calle de Cuba número 16, sugirieron la idea de fabricar y poner a la venta *vestidos y pañuelos constitucionales de olán, bordados*, de los

cuales asegura en el anuncio correspondiente, y a fe que con todo mi asentimiento, aunque no me haya sido dado el contemplarlos, que eran *lo más particular que se ha visto.*

En cambio, nada tiene de extraño, si bien es digno de todo encomio, el celo discretísimo del señor Director de Lotería, que en 17 de Abril dispuso lo que verá el lector a continuación:

"LOTERIA CONSTITUCIONAL"

"Con motivo de hallarse hecha la impresión de los billetes de los sorteos que se han de celebrar en el presente año, y una gran parte dirigidos a las Colecturías de la interior de la isla, cuya anticipación de trabajo y demás requisitos es de absoluta necesidad, siendo por lo tanto imposible variar el orden que tienen sin riesgo de atraso y con enormes costos del ramo; el Sr. Juez Conservador y Director general ha dispuesto, convencido de estos justos inconvenientes, que no se haga novedad en los billetes ya distribuídos: que en los del Sorteo número 67, que no lo están se ponga la expresión de *Constitución* donde dice *Real;* y que en los que se impriman para el año próximo 1821, se fije *Lotería Constitucional*, siendo éste el modo de salvar el deseo y orden uniformemente apetecido por todos los amantes a él: y de la de dicho Juez Conservador y Director general se anuncia al público para su noticia, esperando de su conocida ilustración le parezca bien esta medida tomada en deseo del acierto.

Habana, 17 de Abril de 1820.

FRANCISCO DE SALES MARTINEZ".

No me ha sido posible averiguar, a pesar de las múltiples investigaciones que al efecto he practicado, si el premio mayor de la *Lotería Constitucional* tuvo la humorada de favorecer, aunque sólo fuera por muerte de un obispo y entrada de un

general, a algún impenitente absolutista, pero mucho me temo que así sucediera, porque en el misterioso vaivén de los humanos eventos parece a veces descubrirse la intervención de una sutil ironía. Ello, en todo caso, no amenguaría en un ápice la gloria del señor Director de aquella patriótica institución, porque todo en la vida, incluso el deseo de acierto de los funcionarios públicos, tiene un límite....

Y aquí, lector, hago punto final por ahora, y echo la rúbrica a las presentes disquisiciones; mas no será ello sin afirmar, como mejor parézca en derecho, que de todo cuanto dejo apuntado y de algo más que para mejor proveer, si fuere necesario, se consignará en autos, he llegado a deducir atando cabos, que no fué ningún mequetrefe, sino un grandísimo zahorí el lusitano a quien se le ocurrió decir que el genio de una raza, como la raíz de la grama, reverdece y crece en todos los terrenos a pesar del arado.

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

EL PUERTO-RIQUEÑO

Dedicado a mi apreciable amigo Don Pablo Saez.

Color moreno, frente despejada,
Mirar lánguido, altivo y penetrante,
La barba negra, pálido el semblante,
Rostro enjuto, nariz proporcionada.

Mediana talla, marcha acompasada;
El alma de ilusiones anhelante,
Agudo ingenio, libre y arrogante,
Pensar inquieto, mente acalorada,

Humano, afable, justo, dadivoso,
En empresas de amor siempre variable,
Tras la gloria y placer siempre afanoso,

Y en amor a su patria insuperable:
Este, es, a no dudarlo, fiel diseño
Para copiar un buen Puerto-Riqueño.

MANUEL A. ALONSO

LA HABANA DE AYER

OJEADA RETROSPECTIVA

En **El Regañon de la Havana** correspondiente al día 6 de Enero de 1801, encontramos la siguiente pintura retrospectiva de esta ciudad.

> Empiezan los siglos y se acaban y apenas aprenden los hombres alguna parte de lo mucho que pudieran saber.
>
> Historia de la Lit. Ant.

Señor Público:

Año nuevo, siglo nuevo, tres papeles periódicos cada semana la mayor parte de los Escritores ramplones ya destruidos, y los que han quedado se hallan en las Ansias de la muerte. los delitos poéticos mandados desterrar, los estudios mejorados, en parte, la crítica en las Ciencias y Artes en última moda las imprentas en áuge, y trabajando sus prensas continuamente, las luces y el buen gusto en las letras haciendo progresos, y la instrucción extendiéndose hasta en lo mas ínfimos individuos. Tal es el Quadro literario que presenta la Ciudad de la Havana en la conclusión del siglo diez y ocho y tales son los cimientos sobre que va a edificar su verdadera grandeza y sus adelantamientos en el diez y nueve que principia. Ni la separación de cerca de dos mil lenguas en que está de la parte del

mundo mas culta, ni las preocupaciones antiguas de algunos Pseudosabios que por desgracia no faltan en las vaciedades de muchos escritores que no conocen la buena crítica, y que guiados por su amor propio tienen por un delito el que se les descubran sus faltas literarias, últimamente, en todas las quexas que den aquellos corrompedores del buen gusto, de la razón y de la verdad, podrán impedir el feliz trastorno de ideas en la literatura que va cundiéndose generalmente hasta en los individuos que menos gustan de ella. No dexo de confesar que en trescientos años que son los que cuenta esta Ysla de existencia social ha llegado a un estado de grandeza que comparada con otras muchas poblaciones le lleva una excesiva ventaja, pero tampoco se me oculta que esta misma grandeza tan notable casi se ha formado toda en menos de cincuenta años.

Hagamos, pues, una ligera y desapasionada pintura de lo que era esta Colonia medio Siglo hace.

Considérese una isla casi desierta, la mayor parte de los campos realengos y sin cultivo, los caminos intransitables, las poblaciones sin orden, la Ciudad donde residía el primer Magistrado, aunque un poco fortificada sin la mayor defensa, sus casas eran casi todas de guano, su comunicación con la Capita del Reino eran tan tardía que cuando llegaba el Correo de España se tocaban las campanas y se hacían regocijos públicos: su industria y su comercio tan limitado y débil que los que lo exercían estaban envilecidos; sobre literatura no se hable, porque estaba reducida a un cortísimo número de individuos que a fuerza de no haber otros los llamaban sabios y hombres grandes: los pocos libros que venían de Europa a pesar de la libertad de derechos eran tan caros que su precio impedía la venta. No había más que una Imprenta, y esta defectuosa que se ocupaba quando mas en hacer alguna papeleta de combite, tirar alguna estampa, reimprimir los almanaques de México, o copiar alguna cartilla de primeras letras. Algunas coplas insulsas y majaderas con nombre de décimas quartetas o cosa semejante que corrían manuscritas era todo lo que se lla

maba poesía y la admiración de casi todos los habitantes que se quedaban lelos cuando las oían y llenaban de bendiciones no sólo a los autores, sino también a las Madres que parían unos pozos tan grandes de ciencia. En punto a las Artes no se conocía una obra siquiera que fuese hija suya legítima: edificios sin más mérito que ser unas masas enórmes sin órden ni proporción: obras de escultura ridiculisimamente copiadas y estatuas que solo se sabía que eran de seres racionales por tener algún letrero que lo expresase: en la pintura no se veían más que mamarrachos indecentes y desconcertados y que causaban la mayor irrision: teatro, drama, unidades y expectáculos eran voces enteramente desconocidas y solo por noticias sabían algunos los nombres de comedias y entremeses. Ultimamente, yacía esta Colonia en la inacción y debilidad y casi no era conocida en Europa mas que por su excelente tabaco.

Tal fué la existencia de la Isla de Cuba y la de esta Ciudad hasta mucho después del año 1750. Pero desde entonces acá ¿que conjunto de cosas nuevas e inmortales no se presentan a mi vista y que parece imposible que se hayan podido efectuar en menos de cinquenta años?

Ya veo una Isla regularmente poblada, la mayor parte de los campos produciendo sus riquezas inagotables: unos caminos, aunque no buenos, por no ser esta obra de tan poco tiempo, a lo menos casi todos transitables: las poblaciones del interior de la Isla regularmente ordenadas: la Havana en el mayor estado de defensa tanto en sus fortificaciones como en tropa arreglada: muchos años hace que se prohibieron enteramente dentro de la ciudad las casas de guano, siendo todas las que hay de cal y canto, aseadas y de regular proporción: la correspondencia de Europa, aunque detenida en el día por los males inevitables de la guerra tiene su establecimiento mensual: la industria ha ido tanto en aumento y el comercio le ha proporcionado tantos adelantos que no es maravilla ver los muchos caudales que hay y que se van levantando cada día: la literatura ha tomado un vuelo que ya desprecia las abstracciones problemáticas de los antiguos y ocupada en el verdadero saber mira como puerilidades las qües-

tiones de voces vagas, las sofismas embaucadores y los argumentos estrafalarios inventados más bien para ostentar una erudición ridícula y saciar el amor propio con aplausos estériles que para descubrir la verdad de que tanto se jactan.

Ya tenemos muchos hombres que regularmente instruidos en las verdaderas ciencias y manejando la pluma con algún acierto y muy buena crítica, apenas pueden lograr el nombre de sabios porque ese dictado no se da con tanta facilidad como antes: los buenos libros no son raros para aquellos que los saben buscar y quieren aprovecharse pues tenemos una Biblioteca pública de la Sociedad con escogido aunque no copioso número de libros.

Nos hallamos con quatro Imprentas de las cuales dos son buenas, la tercera no es completa y la quarta está jubilada. En las dos primeras no falta trabajo y á pesar de no haber sobra de operarios, por causas que ignoro, están sus prensas continuamente ocupadas en dar a luz muchas producciones que aun cuando no sean escelentes servirán de fundamento para que se emprendan cosas de más mérito. Tres papeles periódicos de a pliego cada uno en la semana se reparten al público. El que se llama así que se reparte por medios pliegos los Domingos y los Jueves: y el presente que se da á la luz los Martes tratan de asuntos polémicos y el que se reparte los Miércoles titulado "La Aurora" es puramente político y económico. Otro ha habido también titulado "La Lonja Mercantil" que pudiera susbsistir al presente si la mala elección y el peor desempeño de las materias que ha escogido su Editor no hubiera forzado á sus subscriptores á abandonarlo por no sostener con su atención la existencia de semejante papel.

No podemos menos de decir que por desgracia tenemos todavía una cáfila de copleros que á pesar de la obscuridad y anonadamiento literario en que yacen, pretenden sacar la cabeza de quando en quando para echar un erupto poético; pero como hay tanta diferencia del presente año al de 1750, estos ya casi no exercitan su vena mas que en hacer trobos, y en algunos delirios sueltos con nombre de redondillas, sonetos etc.

todos los hombres de juicio le dan el aprecio que se merecen unos sugetos tan mezquinos.

Las artes ya se van estimando y no faltan edificios de mediana arquitectura, estatuas regularmente hechas como las de las fuentes en el paseo de la Alameda, pinturas bastante buenas y bien expresadas, y maestros inteligentes en estos ramos.

Hay una Sociedad Patriótica y un Real Tribunal del Consulado que ocupados incesantemente en fomentar la agricultura, el Comercio, las Ciencias y las Artes han dedicado y dedican quantiosos premios para su adelanto. Ambos cuerpos a más de los gastos ordinarios y extraordinarios que hacen para la pública felicidad, pagan de sus fondos dos jóvenes que han puesto a aprender el arte de imprimir en las dos principales imprentas de esta Ciudad, y otro bien dotado para el estudio de la Botánica, ciencia desconocida en ella poco tiempo hace. Hay una casa de Beneficencia, obra suntuosa donde están recogidas sesenta y seis educandas y casi igual número de indigentes. Hay finalmente muchas casas de piedad modernamente aumentadas: y establecimientos utilísimos destinados al ramo más interesante que es la educación pública de los individuos que algún día han de llegar a ser padres de la Patria. Hemos tenido también un teatro muy regular y bien servido y el que hay en el día puede adquirir dentro de poco tiempo una gran mejora. Muchas de estas cosas que en el día existen en esta Ciudad no eran conocidas en ella, medio siglo hace, y las demás estaban muy imperfectas.

Al fin el aparato con que se presenta la Habana en el principio del siglo XIX, la grandeza a que ha llegado en menos de 50 años como hemos visto, y los espíritus generosos que la habitan me hacen pronosticar con mucho fundamento que en el discurso de este siglo llegará esta ciudad a causar emulación a las más cultas de Europa, logrando la mayor parte de sus individuos, cuando no saber todo lo que pudieran, a lo menos competir con los literatos de las demás naciones.

¡O si lograra yo antes de acabar mis días, ver verificado este pronóstico en mi patria! Me parece que ningún hombre

de buen sentido puede dudar que no suceda; pero aun quando no llegare a efectuarse por uno de aquellos acasos rarísimos que trastornan el órden natural de los sucesos, quiero tener la dulce ilusión de considerar que llegará a verificarse! quiero rgocijarme de antemano con su futura prosperidad y grandeza: y quiero, finalmente mostrar a todos este júbilo que se ha apoderado de mí, desde que llegué a tocar el suelo que me ha visto nacer el qual bien podrá ser indiscreto si se quiere, pero nunca infundado ni estéril.

LA COPLA CRIOLLA

Nemesio Canales coincide conmigo en el elogio de la fiesta criolla celebrada en el Ateneo. En lo que no estoy de acuerdo con el ingenioso escritor es en su afirmación de que las coplas jíbaras "como combinación musical, como labor artística, no representan ni valen nada". Y es que Canales no ha estudiado el valor de la copla criolla desde el punto de vista de la psicología de nuestro pueblo ni aún de la literatura.

Es ese un género literario que se cultiva en todos los países de América latina y constituye lo que se llama el *Folk-lore*. Nosotros le hemos dado tan poca importancia,, que no tenemos siquiera una pequeña Antología de ese género como la tiene Cuba, Venezuela, Argentina, Chile y otros países de América. Hemos tenido en tan poca estima al *jíbaro,* como tipo representativo, que no existe un libro en el que se estudie su vida, su costumbres, sus carácter y su poesía.

Esa música, algo monótona es cierto, pero sencilla, melancólica, tristona, es un quejido del alma del *jíbaro,* cuya vida es también triste, monótona, rutinaria. Responde, pues al estado psicológico del habitante de nuestros campos en cuya fisonomía especialmente en sus ojos, hay una expresión de dulzura y a veces de altivez, propias de su caracter indolente como el indio y fuerte como el español, pues de la mezcla de ambas razas surgió ese tipo. Sus pómulos salientes y sus ojos tristones son signos característicos del indio como su pelo lacio y su color blanco pálido lo son del español.

Y la copla criolla refleja también esos caracteres. Casi

todas tienen por tema el amor a la hembra y el amor al terruño, pues el *jíbaro* ama su campo y rara vez lo abandona por la existencia de las ciudades. Prefiere su vida de campo, su bohío, su hamaca, su tiple y su gallo a todos los placeres de la ciudad Cuando el *jíbaro* conduce el ganado o va de noche por los caminos, canta siempre, y esas coplas, oidas en la soledad de la noche, tienen una melancolía tan especial, que resuenan como quejidos que lanza la montaña.

Yo no sé si la copla criolla es autóctona o importada, aunque me inclino a creer que la trajeron a América los andaluces, pues el lenguaje *jíbaro* tiene mucho del andaluz popular y como éste es pintoresco. Palabras que nosotros llamamos *jíbaras*, como *haiga, truje náide, vide, cogío, juyiste, aflegía, rompío* etc., forman parte del caló andaluz y gitano. Ese cantar se enriqueció al trasplantarse a América ante el espectáculo de la naturaleza tropical, y si en Andalucía es quejumbroso y trágico, jactancioso y fanfarrón, como lo es el alma gitana ,acá en los trópicos, se volvió apacible y suave, burlón e irónico.

Así la copla criolla, unas veces canta a la hembra, otras al caballo, al gallo, a la vaca y a los productos de la naturaleza. De aquí que perdiendo su sabor andaluz haya adquirido el *criollo*. El *jíbaro* canta lo que compone o lo que otros más cultos que él han compuesto pero no acepta coplas de otras tierras ni que tengan nombres extraños. A veces canta en cuartetas o en romances; aunque su copla predilecta es la décima con la que celebran torneos los llamados *trovadores* que a veces improvisan con ingenio.

En cuanto al valor literario de esas coplas, hechas, muchas de ellas por verdaderos poetas, es innegable, como lo es en la poesía popular de todos los países. Las hay de tendencias filosóficas, morales, amorosas, patrióticas, excépticas y burlonas. Hace tiempo me propuse coleccionar el mayor número posible de coplas criollas para hacer un estudio de ese género literario. Pero tropecé con el obstáculo con que aquí se tropieza para todo, la apatía, y muy pocas pude conseguir. De las que

conservo voy a copiar algunas para demostrar que no carecen de humorismo y de mérito literario.

Cantar bien o cantar mal
puede ser indiferente,
pero estando entre la gente
cantar bien o no cantar.

Te llaman gallo de espuela,
más tu pluma no respeto,
que yo he mandao a la escuela
a gallos de más talento.

Ninguno cante victoria,
aunque en el estribo esté;
que muchos desde el estribo
se suelen quedar a pié.

Si yo fuera gato negro
por tu ventana me entrara,
a tí te haría ñau, ñau,
y a tu madre la arañara.

Hombre pobre enamorao
es gallo tuerto sin cola,
que le dan un aletazo
y queda ciego de bola.

Estas muchachas de ahora
yo te diré como son,
alegres para el fandango
y tristes para el fogón.

Cuando un blanco está comiendo
con un negro en compañía,

o el blanco le debe al negro,
o es del negro la comía.

Las mujeres son el diablo
parientes de Lucifer,
se visten por la cabeza,
se desnudan por los pies.

Si por pobre me desprecias
digo que tienes razón,
que hombre pobre y leña verde
no calientan el fogón.

El hombre que se casare
con una mujer bonita,
hasta que no llega a vieja
el miedo no se le quita.

Ayer pasé por tu casa
me tirastes un limón,
el sumo me dió en los ojos,
el golpe en el corazón.

Cuando las mujeres quieren
náide las puede atajar,
porque esas no son caballos
que resisten el bozal.

Diga ahora el amigo Canales si en esas "coplas jíbaras" no hay literatura, ironía y punzante humorismo. En otras que conservo se nota cierta tendencia a satirizar a la mujer, pero no debe tomarse por desafección, pues la *jíbara* es apasionada y leal y se rinde más al amor que al dinero. Muchas de esas coplas las he visto en el *Folk-lore* venezolano como propias del *llanero,* lo cual indica que las familias venezolanas que emigraron a este

país a principios del siglo pasado, las trajeron y se generalizaron en nuestros campos.

Es de lamentar que nuestros literatos, por la manía tonta de admirar lo exótico y despreciar lo propio no se hayan dedicado a formar el *Folk-lore* portorriqueño.

MARIANO ABRIL

VERSOS (1)

LEIDOS EN LA REUNION LITERARIA DE LA CELEBRE POETISA DOÑA ALEJANDRINA BENITEZ DE GAUTIER

Dejad, dejad que entre mundano ruido
La necia multitud, en su locura,
Al corazón y a Dios ponga en olvido
Por vanos sueños de falaz ventura.

Dejad que, renegando del tesoro
Del pensamiento que en la sien golpea,
Eleve altares al placer y al oro
Y sólo en ellos deslumbrada crea!

No importa que en su necia idolatría
Burle la fe que en nuestros pechos arde;
De nuestros gustos y placeres ría,
Y de un desdén estúpido haga alarde;

Pues no para ella Dios prestóle al alma
La sed de fama, el dón del sentimiento;

---

(1) Juntamente con el album de Alejandrina Benítez, y con otros papeles de familia que religiosamente conservo, he encontrado esta bella poesía escrita por Heraclio de la Guardia en días de proscripción y de dolor.

S. C. Z.

Le dió la voz que los pesares calma
Y la dulce embriaguez del pensamiento.

No para ella concedió a las flores
Delicados secretos de ternura;
Alas dió a la esperanza y los amores,
Dulces misterios a la noche oscura!

No para ella coronó el espacio
Con esas luces de fulgente llama;
A la tarde esmaltó de oro y topacio
Y creó ese sol que el universo inflama!

No es para ella, no, que brilla ardiente
La casta fe que el entusiasmo inspira;
Que laurel ciñe la inspirada frente
Y sus acordes trovas da la lira.

Atrás! atrás! espíritus vulgares
Que arrastra el mundo en su revuelta orgía,
Que dáis a la materia culto, altares,
Y desdeñáis sin fe la poesía!

Lejos de aquí, do vive el sentimiento;
Do la amistad, la gracia y la hermosura
Al corazón unidas y al talento,
Guardan la luz del entusiasmo pura!

Lejos de este recinto, en que se anida,
Cual en bosque de rosas tropicales,
Un ave de los cielos descendida
De dulce voz y cantos inmortales!

Do huyendo de profanos el insulto
Las fugitivas musas se guarecen;
Y restaurado el olvidado culto,
De nuevo, puro, al corazón lo ofrecen.

¡Atrás! de este santuario, el vil cinismo,
La envidia torpe, la avaricia odiosa,
El inculto y salvaje escepticismo,
El verso indigno y la menguada prosa!

Pero el alma sensible, que á la vida
Presta sus alas y la eleva al cielo;
La mirada que á lo alto dirigida
Busca en la llama de la fe consuelo:

El pecho hidalgo que al dolor herido
El brillo de una lágrima conmueve;
Que presta apoyo al débil y al caído
Y á baja adulación nunca se atreve.

El pensamiento audaz, que en el lenguaje
Del cielo y del amor sus penas cuenta,
Que no hizo nunca al corazón ultraje
Y con goces del alma se contenta:

Esos aquí hallarán senos amigos
Que el arte unió con fraternal cadena,
Los que a pesar de genios enemigos
Comparten sus placeres o su pena!

Esos aquí hallarán reposo y calma
Bajo una sombra de verdor eterno:
El alma herida encontrará otra alma,
El corazón sensible un pecho tierno!

Yo, que al través del mar voy a la suerte,
Cual hoja por el viento desprendida,
Sin que el futuro a descubrir acierte,
Lejos de todo cuanto amé en la vida!

LAS ANTILLAS

Yo, que doy a mis íntimos pesares
Y al patrio duelo funeral tributo,
Que miro sangre en mis paternos lares,
Y lágrimas no más, tristeza y luto;

La esperanza encontré bajo sus alas
Que al alma entristecida dio consuelo;
Volvió a mi mente sus perdidas galas
Y al triste corazón su fe en el cielo!

HERACLIO M. DE LA GUARDIA

Puerto Rico: 1862.

LA CUESTA DEL GRIEGO

(*LEYENDA PUERTORRIQUEÑA*)

I

Todavía, bien entrado el primer tercio del siglo XIX, época del gobernador D. Miguel de la Torre, era peligroso viajar por los caminos del interior de la Isla, especialmente de noche, porque todas las vías eran de herradura, muy cerrado el boscaje de uno y otro lado del camino y el piso desigual ,encharcado y pedregoso. El caballo tenía que ser vigoroso y resistente para emprender con él cualquier viaje de pueblo a pueblo.

Con todos esos inconvenientes los buhoneros italianos se internaban por la Isla a surtir a los ricos estancieros de una prendería no siempre de buen gusto, en relojes, sortijas, brazaletes y cadenas de oro; y hacían pingües ganancias.

A la caída de una tarde del mes de Septiembre de 1833 el prendero Ramini se dirigía de Manatí a Arecibo, y el mal tiempo le sorprendió en uno de los puertos del camino del barrio de Sabana Hoyos. Faltábale aún descender dos grandes cuestas antes de caer en el camino llano del barrio del Factor y ganar el pueblo por los tortuosos callejones de los trapiches de cañas; con el aditamento del peligroso pasaje de un ancón en la desembocadura del río *Abacoa*.

La noche se venía encima a más andar y Ramini no podía avanzar mucho por lo resbaladizo del barro *cipey*, teniendo que llevar su cabalgadura a paso lento para evitar una caída. Entra-

da la noche, se le dificultó más la marcha: y habiendo divisado una luz que salía de un claro del monte, resolvió detenerse allí para descansar. Llegado al bohío, preguntó a un hombre que estaba sentado en la escalerilla:

—¿Quiere V., paisano, servirme de guía hasta el pueblo?

—No puedo. No tengo caballo para acompañar a Vd. A pié es imposible, porque con lo que ha llovido las cuestas deben estar intransitables. Hay muchas gradillas y no quiero romperme una pierna.

—¿Podría pasar aquí la noche?

—Si se conforma V. con dormir en esa hamaca, sí. Y para cenar no hay más que café prieto y plátano asado.

—Bien, me quedo, dijo el buhonero apeándose de su caballo. El campesino se le acercó y le ayudó a descargar la cabalgadura de dos grandes baules de madera, fabricados expresamente para hacer bien el contrapeso y servir como de banastillas. Después le puso una soga al caballo y lo llevó a comer grama detrás del bohío. El buhonero, entretanto, se acomodó en la hamaca de *majagua* y entabló diálogo con la mujer del labriego.

II

—Ya le dije a Vd. que no había más cena que ésta, exclamó el hombre del bohío, presentando al buhonero una jícara llena de café prieto. Está sazonado con melao porque no tengo azúcar. Y aquí tiene usted dos plátanos, muy bien asados por mi mujer.

—Gracias. Me gusta mucho el café prieto, aunque sea endulzado con melaza. Los plátanos no he podido aún acostumbrarme a ellos. Solamente maduros puedo pasarlos. Afortunadamente yo traigo pan de Manatí y además queso fresco, que puedo compartir con ustedes. También traigo tabacos.

Después de cenar se soltó la lengua. El buhonero contó su historia. Corta. Hacía cinco años que se había dedicado a aquel negocio y se acercaba la hora de retirarse a Reggio. No era am-

bicioso. Tenía una novia y quería casarse pronto para formar su modesto hogar.

El campesino no era del país. Era griego. Marinero de un barco de travesía que hacía el comercio entre Barcelona y las Antillas. Un día desembarcó con parte de la tripulación en la Capital; y en una tienducha de la Marina tomó ron de caña y se le fué a la cabeza

Hubo riña y él mató a uno. A él lo hirieron. El barco se hizo a la vela y el grigo quedó en tierra detenido. Fué condenado a presidio por algunos años.

Cumplió: y se echó al campo a ganarse la vida. Por fin, fijó su residencia en aquel sitio, alejado de la sociedad, con una compañera, con quien compartía su triste existencia: y no había podido hacer fortuna.

La conversación se enfrió; el buhonero guardó silencio; y el griego dijo, apesarado y mordido de envidia por el relato de su interlocutor:

—Tengo que madrugar. Tantos recuerdos me han entristecido y lo mejor es dormir para disipar las penas!.... Si algo necesita usted llame a esta puerta.

III

La excitación del viaje, la mala cama y el café no dejaron dormir al buhonero. En vano pretendió conciliar el sueño. Viendo que le era imposible dormir acordóse que él llevaba siempre en el bolsillo una velilla de cera retorcida. Hizo luz. Se dirigió a uno de sus baules, lo abrió y empezó a entretenerse limpiando suavemente con gamuza las prendas, reconociendo si cada una estaba en su estuche y otras minucias por el estilo, para pasar la noche.

Por una de las rendijas del aposentucho lo atistaban el griego y su mujer, que tampoco podían conciliar el sueño. Cada vez que veían un terno, el brillo de las piedras preciosas les deslumbraba; pero no decían una palabra por no asustar al buhonero.

De pronto empezó a llover y a tronar fuertemente. La cabaña se sacudía al rodar sobre ella uno de esos truenos que conmueven la atmósfera. Los relámpagos azulosos se metían por las rendijas del rancho. El caballo relinchó. El buhonero cerró el baul y llamó a la puerta del cuarto del campesino.

—Voy; contestó el griego con voz fuerte.

Y apareció en la sala, después de pasado un rato, dando lugar al huesped a que creyera que se había detenido en levantarse y vestirse.

—He oido relinchar mi caballo y quiero ver si se ha enredado o le ocurre algo.

—Yo iré a verlo; dijo el griego. Al resplandor de la velilla se veía su faz contraida y de color profundamente pálido. Fué a abrir la puerta, y de pronto una ráfaga de viento apagó la cerilla, que tenía en la diestra el buhonero. Al mismo tiempo se oyó un grito agudo. Un relámpago alumbró a dos hombres que luchaban en la oscuridad cuerpo a cuerpo. Al cabrilleo de la chispa eléctrica y al estampido del trueno el caballo relinchaba con insistencia.

IV

Cuatro años después de este suceso D. Jacinto Dávila, teniente a Guerra del pueblo del *Naranjal.* (Vega Baja) marchaba hacia Arecibo, en compañía de D. Miguel Rodríguez de Mathos, teniente a Guerra de Manatí. Iban a un gran desafío de gallos que había en la Villa del Capitán Correa; y a gozar de las fiestas religiosas que se celebraban con motivo de Nuestra Señora de Monserrate, la patrona de la Villa.

La noche les cogió en el camino y a fin de evitar un aguacero que les caía de soslayo, se replegaron junto a una casa, antes de emprender la penosa bajada de la *Cuesta del Griego.* Con el cobertizo sobresaliente de la casucha evitaron mojarse, situándose al lado opuesto de la lluvia. Esta, en lugar de disminuir, arreció por momentos y empezó a relampaguear y a tronar recio.

Don Jacinto había recostado la cabeza contra el seto de la ca-

sa y después de una descarga eléctrica, que iluminó el espacio, oyó distintamente estas palabras, pronunciadas dentro del ventorro:

—Una noche como esta mataste al prendero.

—Calla mujer! Eso no se dice ni a las tinieblas....

—Es que recuerdo que rodaste por tierra, a pesar de la puñalada que le diste primero. El te agarró por el cuello y si yo no te lo quito de encima acaba contigo.

—Tenía unas fuerzas hercúleas. Le atravesé el pecho con el cuchillo dos veces, sentí su sangre caliente mojarme la mano y sus dedos de hierro me constreñían la garganta horriblemente. En fin, está enterrado junto al palo de aguacate con su caballo y sus baules vacíos. Siempre tengo miedo de pasar por allí.

—Recuerdo....

—Calla, mujer, calla! No hables más de eso!....

Cesó de llover y tronar. Y don Miguel dijo a don Jacinto:

—Vamos, amigo que tenemos mucho terreno delante que recorrer.

—Antes necesito, señor oficial, en nombre de S. M. que me prestéis auxilio.

Y al mismo tiempo dió Don Jacinto con el puño de su espada en la puerta de la casa.

¿Quien va? Replicó una voz áspera.

—Abrid pronto y alumbrad. Necesitamos hospitalidad en esta venta.

La puerta se abrió y apareció el griego con un farol en la mano. Y detrás su mujer.

—Daos preso en nombre del Rey, porque una noche como esta asesinásteis a un prendero. Si os moveis para huir os abraso el cráneo de un pistoletazo.

V

La casucha quedó abandonada.

La inclemencia del vecindario la hizo desaparecer.

Y, apesar del tiempo transcurrido, se llama aún la pendiente tortuosa y mala de aquel camino, *"La Cuesta del Griego"*.

CAYETANO COLL Y TOSTE

Villa Los Pinos—Santurce—Puerto Rico.

EL POETA A SU PRIMOGENITO

(IMITACION DE TOMAS HOOD)

¡Venturosa criatura!
(Deja enjugarte el llanto con un beso)
¡De mi mismo graciosa miniatura!
¡Del santo hogar dulcísimo embeleso!
(Pero señor, ¡qué afán tan decidido
De meterse un frijol en el oido!)
Tú, cuya ingénua risa.
Ligera y retozona cual la brisa,
Repercute del alma en lo profundo!
Inocente querub, de cuyas alas
Las refulgentes galas
Mancillar no ha logrado el torpe mundo!
(¡Ten cuidado, mujer,
No se vaya a tragar ese alfiler.")
Diablillo revoltoso,
Que corre y salta y juega sin reposo,
Cual trisca el cabritillo en la pradera!
(¡Míralo haciendo rumbo a la escalera!)
¡Bulbul que, desde el nido
Ricas primicias lanza
De su melífluo canto no aprendido;

Orgullo de tus padres y esperanza;
Eslabón lisonjero
De amor en la cadena! (¡"Adios tintero"!)

Rayo de gloria que el Señor envía
Para ser de la casa la alegría!
(Ese gatito, al cabo,
Le ha de arañar si no le suelta el rabo!)

Abeja que zumbando en los verjeles
De la vida, versátil y feliz,
Libas tan solo néctares y mieles!
(Otro golpe ¡Esta vez fué en la nariz!)

¡Bella ilusión que mi existencia arroba!
(¡Va a romper el espejo con la escoba!)
¡Síntesis fiel de connubial cariño!
(¿Donde aprendió ese guiño?)

¡Oh! ¡Como hasta el empíreo nos eleva
De tu angélico rostro la sonrisa!
(Esos sucios girones de camisa,
¿No es la ropita nueva?)

Emulo de errabundo pensamiento,
Nunca a tus piececillos un momento
Das tregua, ¡oh níveo y puro
Del hogar lepidóptero! (Su intento
Es treparse a la mesa, de seguro!)

¡Angel de luz! ¡Tu sonrosada frente
En nimbo celestial ostenta el brillo
De tu patria esplendente!.....
(¡Gran Dios, tiene en las manos un cuchillo!)

¡Oh fugitiva edad de la inocencia!
Cual gárrulo arroyuelo entre las flores
Deslízase envidiable tu existencia
En medio de perfumes y colores,
¡Juega, juega, bien mío!
¡Corre, salta, retoza a tu albedrío!
¡Haz de mis pergaminos y papeles
Tricornios y *chiringas* y bajeles!
¡Mi bombo de etiqueta,
Transformado en alígera corbeta,
Surque el inmenso piélego del baño!
¡Piafe, soberbio potro, mi bastón!
¡La vida al fin no es más que un breve engaño!
(¡Bien sospechaba yo que el atracón
De dulces le haría daño!)

Liliputiense soberano imperas
En un mundo fingido,
Sobre un tropel de gnomos y quimeraas,
A tu mágico cetro sometido,
(¡Ya atrapó las tijeras
Y ensayarlas pretende en tu vestido!)

¡Botón fresco, oloroso,
De ténues y purísimos matices!
(Ve a tu madre, mocoso,
Que te limpie, por Dios, esas narices).

De Helicona extraviado cupidillo
Que en remoto boscaje inquieto gira....
(¡Imposible es seguir!.... ¡Suelto la lira,
Mujer, si no te llevas el chiquillo!)

FRANCISCO J. AMY

EL "ZABER" DE MENENDEZ PELAYO

Al mediar el último decenio del siglo 19, mi maestro y maestro universal D. Marcelino Menéndez y Pelayo, solía pasar en Sevilla una o dos semanas del mes de Abril. No iba a divertirse en aquella renombrada feria, ni a gozar de aquella luz y de aquellos aromas de un paraiso que dejaría tamañito al de marras, iba a lo que va a todas partes: a ver libros a extractarlos en breves notas, y, especialmente, a trasladar su jugo al portentoso cerebro, por medio de aquella mirada de águila. ¡Porque hay que ver leer a D. Marcelino!

Habíale caido que hacer en Sevilla, aun más que en las bibliotecas públicas de la ciudad, con ser tan buenas, en dos particulares muy abastadas de libros peregrinos: la del Duque de T'Serclaes de Tilly y la de su hermano el Marqués de Jerez de los Caballeros. Sólo por la noche, en la tertulia del Duque, daba alguna paz a la pluma el maestro veneradísimo. Alguna, digo, porque aún allí, al paso que hablaba afablemente con todos con la gentil llaneza tan propia de un verdadero sabio, repasaba, burla burlando, muchedumbre de impresos y manuscritos, sin distraerse ni de la conversación ni de su tarea, como si tuviese dos atenciones distintas, hijas de dos entendimientos diversos.

Allí, entre otros, algunos forasteros como D. Braulio Pizarro, opulento terrateniente de Extremadura, grande amigo y admirador del torero Guerrita y hombre culto a la par, que lo mismo lanceaba un toro que decía versos y cantaba *alboradas* gallegas y *fadiños* portugueses, allí, entre otros, digo, Gómez

Imaz, Montoto, Hazañas, Valdenebro, Gestoso, Chaves y los hoy difuntos Torre Salvador (*Micrófilo*) y Serrano Sellés, y yo con ellos, pasábamos la velada embebecidos, escuchando a aquel prodigioso hombre y sin decir más que lo puramente necesario para que el Maestro no dejase de maravillarnos con su sabrosísima habla, maná que sabe a mil cosas, todas exquisitas. ¿Tocaba Serrano un punto de Medicina clásica? Pues allí era de ver como el Maestro explanaba aquella materia cual si hablaran por su boca veinte Avicenas y diez *divinos* Vallés. ¿Nombraba D. Luis Montoto a algún poeta de Sevilla obscuro y olvidado? No lo era ni lo estaba para D. Marcelino; antes contaba de pe a pa su vida y milagros, y nos recitaba a la guitarra (como allí dicen) sus mejores composiciones. Una noche asomé yo conversación del doctor Torres Villarroel, de su Diálogo con el ermitaño y de la piedra filosofal, y tomó ese hilo el Maestro y nos tuvo boquiabiertos y enhechizados mas de una hora hablándonos de Alquimia. ¡Claro! ¡Como que el había favorecido el benemérito Luanco, dándole a conocer muchos de los viejos escritos que compiló en su libro misceláneo de *La Alquimia* en España!

Pues con todo esto, no faltó quien pusiera en tela de juicio el pasmoso saber de Menéndez y Pelayo: una pulga (y no es todo metáfora en esta frase) se atrevió a medir al águila caudal con sus diminutísimos ojos, y ¿quien lo imaginara? a medirse implícitamente con ella. ¡Para que demos gracia a Dios porque ha hecho de todo en el mundo!

Al llegar la feria de uno de aquellos años, los amigos de la tertulia convinimos en llevar a almorzar al Maestro fuera de la ciudad, a la por cien estilos famosa Venta de Eritaña. Y allá encajamos. Era una mañana espléndida del Abril sevillano, al cual ningún otro Abril le echa el pie delante. Entramos en el amplio jardín de la Venta para ocupar el merendero que nos habían preparado, y al pasar junto a otro en que se disponían alegremente a almorzar con varios amigos unos toreros de la cuadrilla del Guerra, nos salió al encuentro el buen Braulio Pizarro, que con ellos estaba. Hiciéronnos entrar y nos detuvi-

mos allí un poco, gustando unas copas que nos ofrecían y charlando cada cual con quien encartó. Uno de los de coleta, medianillo de cuerpo, que banderilleaba en la cuadrilla del Califa, y que lucía media libra de oro en la cadena del reloj y relumbrantes diamantones en la pechera, miró con curiosidad a D. Marcelino y, advirtiéndolo Pizarro, le dijo a media voz:

—¿Tú sabes quién es ese?

—¿Quién es?—preguntóle respondiendo el que, por no dejar la metáfora, llamaré Pulga.

—¿Ese es.... ¡casi nadie!—dijo D. Braulio con un mohín de encarecimiento.—¿Tú ves que el Guerra es una catedral...? Pues este hombre es un alcázar y las pirámides de Egipto Es.. ¡Menéndez Pelayo!

Volvió a mirar al Maestro el de la coleta, y dijo a D. Braulio con naturalidad candorosa:

—En mi ziyetera bia lo oí mentá. Y ¿que ez?

¿Ez generá? ¿Ez quizá menistro?

—No, hombre; no es general ni ministro—repuso Pizarro;—pero ahí donde tu lo ves, tan humilde en su aspecto, es el sabio mas grande que hay en toda España, y uno de los primeros del mundo.

Miró entonces nuevamente el torero a D. Marcelino, esta vez despacio y con mirada escrutadora, midióle con ella de piés a cabeza lentamente, mientras daba una gran chupada al chicote, y después de arrojar el humo por donde fumaba y escupía, por junto al colmillo izquierdo, volvió los ojos a su interlocutor para preguntarle entre incrédulo y desdeñoso:

—Y ¿que ez lo que zabe eze hombre?

. . . . . .

Fué un juicio, un señor juicio el del torero.

En tiempos pasados, cuando la gente creía en la otra vida—que hoy, eso anda perdido—solo había un negocio digno de toda la atención del mundo: la salvación del alma. En los menguados tiempos que ahora corren, hay únicamente otro ne-

gocio principal: el hacerse rico, sea como quiera. Y ¿qué sabe quien no sabe eso?

Así, pues, tenía mucha razón el hombreçillo de la coleta. ¿Qué ez lo que zabe eze hombre?...."

EL BACHILLER FRANCISCO DE OSUNA

EL DIA DE SAN PEDRO

La víspera de ese día era de rechupete para la muchitanga de mi tiempo. ¡Voto al diablo y qué diferencia de lo que pasa hoy! En materia de buen humor, puede decirse que no había clases; tirios y troyanos nos confundiamos en la garata colonial, con un placer indefinible, y los hombres que parecían más serios, tomaban parte en el aquelarre bullanguero, sin cuidarse poco ni mucho del que dirán. Lo grotesco estaba entonces en carácter, y era más celebrado el que sabía apayasarse mejor. Estábamos en pleno circo ecuestre, y el país respondía satisfecho y contento cuando sentía en la boca el pezón con que le habían criado. ¡Así eran los tiempos!

Veamos si puedo traer a la memoria los detalles de ese día inolvidable, haciendo un esfuerzo retrospectivo que ponga ante mis ojos un trozo del retablo del Maese Pedro puertorriqueño, dándole un poco de vigor plástico a la palabra.

Ya el que fué mi respetable amigo Manuel Alonso, llevó al lienzo literario el mismo paisaje que va a ser objeto de los brochazos míos. Pero él habló de su tiempo. Pertenecía a la promoción de la víspera y dibujó el festival aristocrático de su época. El mio es burgués, democrático y plebeyo hasta la médula. Vine después y me encontré en el baile, precisamente cuando se refocilaban con el seis chorreao. No es mía la culpa.

Pero vamos al cuento o al caso y encomendándome a la buena fortuna siempre amiga de los inocentes, empuño la brocha festiva y zambulléndola en la caldereta de la alegría, comienzo a emborronar el lienzo que tengo hoy sobre el caballete.

Eran las dos de una tarde criolla; serena, calurosa y alum-

brada por un sol tropical capaz de freirle los sesos a cualquier humano adoquín. En la calle que lleva el nombre de aquel astro y en el pedazo que arrancando de la esquina de San José termina en la de La Cruz, vivía el alma de aquel festival. ¡José Concepción Díaz! Nombre que trae a mi memoria el perfume siempre grato de mi edad juvenil. Trigueño, afeitado al rape, semi-calvo y ya canosa la escasa hebra; viveza extraordinaria en el ojo de pupila verdosa, movilidad constante en los músculos del rostro, y boca ancha de abultado labio, llena de risa y de festiva expresión. Tal era mi hombre, el sustituto de Eusebio Núñez, en la organización del famoso bando de San Pedro.

Para su publicación fueron congregados aquella tarde, todos los hombres de buena voluntad, sin distingo de colores ni de estaturas; todos entraban con holgura en el morral democrático, y la muchitanga de mi barrio no fué la última que formó en la fila. Un cuarto de hora antes de la señalada ya estábamos. Cecilio Fajardo, Mateo Fournier, Perico Escalona, Rafael Vassallo, Eulogio Cortés y el que esto escribe, montados en nuestros respectivos jamelgos y dispuesto a sacarle el jugo a la fiesta sin dejar ni la zurrapa. Ibamos bien aviados. De etiqueta estrafalaria y a cara de perro. No entro en la descripción de nuestros trajes, ni en la de nuestras cabalgaduras, cuyos huesos podían contarse, porque me haría interminable.

Baste deciros que el *clak* que llevaba Cecilio lo había construido el mismo con las varillas de un paraguas jubilado, y esta dicho todo.

Bajamos por la calle de la Cruz, que era la mas lejana de mi casa. No me hacía mucha gracia el rebenque de mi madre, que no aplaudía estas excursiones carnavalescas, y la prudencia me aconsejó siempre el modo de sacarle el cuerpo a la cabuya, que no era otro que el de escurrirme a respetable distancia de mi vivienda. Cuando entramos en la calle del Sol, no cabía un zángano mas en la colmena. ¡Recontra, y que buena estaba la cosa!

Atravesamos como pudimos, tropezando aquí, y arrempujándonos allá, hasta atrincherarnos frente a la pulpería de Pa-

co Delgado. Nuestro objeto era ver desfilar la comitiva, antes de entrar nosotros en el bullón.

Y así fué. A un toque de cuerno que llevaba, a manera de heraldo, un negro flaco a quien llamaban Nicolás Bacalao, se puso la turba en movimiento. Iban delante sobre dos o tres docenas de sinvergüenzas de caballería, todos con las caras embadurnadas, unos con harina y otros con almazarrón. Ropaje de deshechos y al capricho, con buenos agujeros, no pocas manchas y olor indefinible. Seguían a estos , los que podían llamarse la aristocracia de la burguesía, gentes de familias conocidas, honrados ciudadanos, comerciantes de buen humor, y dependientes de tiendas de ropa que solían echar una cana al aire con permiso de sus principales. Vestía este grupo traje de diversas cataduras, al gusto de cada uno; y este era variado, por la circunstancia de que había allí representantes de muchas provincias peninsulares, no pocos gallegos, catalanes, y hasta vascos y un buen puñado de andaluces de esos que se pirran por un rato de vagamunderia, y no pierden ocasión de justificar su ingénita alegría y su constante buen humor. Entre ese grupo que era el más nutrido, se veían muchos manganzones vestidos de mujer; y aun recuerdo la cara grave de Felipe (el helvético) con su calva reluciente, que vestido de caraqueña, con la saya a la cintura y en mangas de camisa. lucía una pechuga de femeninas prominencia, blanca como un lirio y justificadora de que debajo alentaba un pulmón de sochantre de Catedral. Este solo caso patólogico, el serio Felipe en traje de caraqueña dá la medida de nuestro estado social por aquellas calendas. Cerraba el séquito una parodia de representantes del Municipio, con sus sombreros negros que llamaban apuntados, con mucha pluma de gallina, sus fraques de cuellos de una cuarta, alias tapa-cogotes, y sus espadines de maderas con vaina de papel o cartón. El punto final lo representaba el Notario, estrambótico, José Concepción Díaz, que daba fé del acto, y que era el encargado de dar lectura al Bando. Pero este merece párrafo aparte cuando le toque su turno.

A la cola. nos incorporamos los de mi partida y descendimos

por la calle de San José, en medio del estrépito de triquitraques y petardos, que disparaban un centenar de chiquillos de todos colores, con la menor cantidad de ropa posible, y aturdidos por las voces y gritos del vecindario que se asomaban alborazado a los balcones y azoteas para vernos pasar, y solazarse, con las melodiosas notas que salían como un torrente del clarinete de Damián armonizándose con los graves sonidos de la trompa fingálica de Juan Francisco y los murmullos del violín de Rufo Mojica. Aquello era digno de verse y mucho más de esculpirse con el cincel de la palabra, para eterna memoria del tiempo que pasó.

¡Me caso con la chanfaina y que bueno que andaba el majarete! (Frase naturalista de la época).

Cuando llegamos a la plaza llamada entonces de Armas, hoy de Alfonso XII, no cabía un alma más en la calle. Caminábamos con no poco esfuerzo y puede decirse que a empellones llegamos a embocar la calle de la Fortaleza con rumbo al Palacio de Santa Catalina. Por que es necesario que tengais presente, que en aquellos buenos tiempos, como ahora, nada se hacía sin contar para todo con la primera autoridad. Las primicias de cualquiera cosa, aunque se tratara de una vagamundería superlativa, y lo era la que voy relatando, correspondían de derecho, como el de pernada, al primer magistrado del país. Eso era de rigor.

Enfilamos pues, la calle de la Fortaleza, y a poco estaba el cónclave reunido en el batey gubernamental. Desde el jamelgo que montaba, elevé los ojos al balcón del palacio y descubrí el simpático rostro del general Norzagaray, con su bigote retorcido y levantado a la borgoña, aquella cabeza admirablemente modelada, digna del pincel de un artista y aquel aire de nobleza y bondad que tanto le distinguía. Dábale sombra al semblante un sombrero de panamá de ancha ala, que sabía llevar con garbo a estilo del país, y sonriente tendía la mirada sobre el apiñado pueblo, que se revolvía en todo el espacio que media desde la plazoleta del palacio hasta mas allá del antiguo

caserón donde estaba la Real Audiencia y que ocupa hoy la Inspección de Obras Públicas.

¡Plaza! ¡plaza! gritaba *Nicolás bacalao,* abriéndose paso con el palo del estandarte que portaba, para hacer lugar al *Notario* de pega, que había de dar lectura al bando, en presencia de la autoridad. Pronto quedó hecho el espacio y salió el toro al redondel.

!Qué cara tenía el condenado! No he visto hombre mas serio para correr una broma y hacer reventar de risa a un guardacantón! No era el José Concepción que teníamos costumbre de ver en el viejo Convento, complaciente e inofensivo, dirijiendo el cotarro de la orden dominicana; era otro hombre; era el Rigoletto criollo, el actor escapado de un sainete de don Ramón de la Cruz, o la grotesca figura arrancada de un cuadro de Goya; algo extravagante pero superlativamente gracioso, por la misma fuerza de la inconsciencia del papel que representaba. El mismo no sabía darse cuenta de hasta donde llegaban las cosquillas que producía el aspecto de su semblante cómico, obra exclusiva de la naturaleza. Vestía pantalón de embudo, chaleco corto de solapa y fraque de punta de foete, a estilo de los currutacos de Thermidor con botones de galletas de leche. Rostro a cara de perro con dos brochazos de negro humo por cejas, y un buen sopapo de almidón. Echó pie a tierra, de escuálida cabalgadura, calóse unas antiparras de cartón sin vidrios, desenvaimó el cartapacio donde llevaba escrito el Bando y penetró en el círculo con desenfado, echando al suelo el bombo de cuatro pisos con entre-suelo que portaba y descubriendo un cráneo pelado como la calavera de Hamlet. El condenado se había colocado en la testa une vejiga de puerco (con perdón de Uds.) y apareció mondo como una bola de billar. El general fijó la mirada en el personaje con estupefacción. Era la primera vez que se echaba al cuerpo un mamarracho de aquel calibre.

Mi hombre tosió se limpió bien el gañote, arrojando a un lado un salivazo blanco como la espuma, y comenzó a gritar, que no a leer, aquello de:

Don Tintinábulo Caralampio de los lepidópteros nocturnos, señor de las Carambimbolas del Peñón de Rio grande, Pachá de las Islas Baleares mayores y menores, que se hallan en tierra firme entre el Peloponeso y la Isla de Madagascar, etc.. etc..

Siguiendo impertérrito hasta darle remate al Bando que no era otra cosa que una burla cruel del que en la víspera del día de San Juan había publicado no en broma, sino en serio el mismo gobierno de la Colonia. Como era costumbre, la ocurrencia se celebró con palmadas, tiroteo de petardos y fotutazos y emprendimos la retiraada para repetir la misma operación en la plazuela de Santiago y en otros sitios no menos concurridos. Era cosa de ver el desfile por toda la calle de la Fortaleza hacia abajo. No había balcón que no estuviera preñado de gente curiosa y alegre, que se complacía en la superlativa poca vergüenza de los que formábamos la trouppe del festival. Paraguas y sombrillas resguardaban del sol a los espectadores, en un día canicular y bochornoso y no había semblante que no retratase la interior satisfacción.

Y aquí hago punto y arrojo la brocha; pero no sin consignar, con perdón del respetable escritor que me precediera en este cuadro, que obedeciendo a los sentimientos de *la mia concienza* como decía el Dante, creo firmemente que aquel día debió la autoridad mandarnos a todos a la cárcel.

JOSE ANTONIO DAUBON

ESTUDIOS DEL NATURAL

Es empeño torpe y ruin
Virtud agena ocultar.....
¿Quién puede la luz guardar
Debajo del celemín?

Denso nublado sombrea
Del cielo el cóncavo airado:
Pues a través del nublado
La exhalación centellea.

Tosca piedra el tiempo humilla,
Y la disgrega y la enfanga:
Pues en medio de la ganga
El puro diamante brilla.

Que ingrato zarzal abrume
La flor de aroma placiente:
Pues del lecho espinicente
Sutil se escapa el perfume.

Mérito ageno amenguar
Es, si resiste al crisol,
Querer apagar el sol
Anegándolo en el mar.

Lo que vale, brilla, sube,
Huella firmes pedestales,
Surge en medio de zarzales,
Pasa á través de la nube.

Y si calumnia siniestra
Descrédito injusto labra,
Lo denuncia una palabra
O en un ademán se muestra.

¡Necio, quien intenta ruin
Valer ageno amenguar!
¿Quién puede la luz guardar
Debajo del celemín?.....

MANUEL ZENO GANDIA

La Enseña de la Estrella Solitaria en el Campamento "La Guajaca"

Cuando el General Francisco Sánchez Hechevarría llegó a esta jurisdicción, en el mes de Marzo de 1898 y le pasó visita al campamento "La Guajaca", en el barrio de Duaba, hubo de contemplar con grandísimo regocijo, que en el extremo superior de una vara muy larga, que se encontraba levantada junto a aquel lugar, flameaba, alegre y orgullosa, la enseña del triángulo rojo y la estrella solitaria, símbolo de fé, constancia y heroismo, exclamando, desde lo más porfundo de su alma: "¡Ya se aproxima nuestra completa victoria, y empieza por donde debía comenzar, por el extremo Oriente, donde el General Antonio Maceo depositó un ósculo de amor a su adorada tierra, al hacer su arribo en la goleta "Honor"!...

Y en efecto, cerca de ese lugar, en la playa de Duaba, hizo su entrada la expedición de la goleta "Honor", el día primero de Abril de 1895, con 23 expedicionarios, al mando de los generales Antonio Maceo y Flor Crombet, habiendo, a los pocos momentos, realizado una gloriosa acción militar, haciéndole frente, con siete de sus valerosos ciudadanos, a una fuerza española, de más de setenta hombres, al mando del capitán Rodríguez, derrotándola completamente, y ocasionándole un muerto y nueve heridos, por cuya causa se vió precisada a regresar precipitadamente a esta población.

La bandera mencionada fué sacada de esta Ciudad con grandísima exposición, y llevada al campamento de la "Guajaca", por el excelente ciudadano Sr. Antonio Conde y Borges y en-

tregada en manos del Comandante Atilano Delgado, Jefe del puesto militar, y del Capitán Miguel Limia Reus, el 27 de Febrero de 1898.

Tan preciosa enseña fué hecha con exquisito gusto artístico, por la Sra, Carmen Durán de Conde y la Srta. Sofía Vernier, habiendo ondeado en la vara antes citada, hasta la terminación de la guerra en esta jurisdición, en el mes de Agosto de 1898.

ERNESTO DE LAS CUEVAS

(Del tercer tomo, en preparación, de la obra "Narraciones Históricas de Baracoa".

Las Experiencias sobre Memorización

¿Conviene aprender de memoria? Psicólogos y pedagogos están de acuerdo para condenar el procedimiento si se lo adopta sistemáticamente. Llenar un cerebro con imágenes de palabras, leidas y repetidas automáticamente, es un método estéril y absurdo. Ver las cosas, analizar sus elementos, compararlas, es más provechoso que atiborrarse la inteligencia con nociones aprendidas de memoria, sin comprenderlas. Creemos, sin embargo, que es injusta una condenación apriorística y total de la memoria como recurso pedagógico.

Existen nociones que no pueden aprenderse de otra manera ó que se aprenden más fácilmente de memoria. El enunciado de ciertos principios generales, las definiciones, los teoremas y corolarios, los versos, y, de manera general, todas las enumeraciones y coordinaciones: cronologías, nombres de meses y días, nomenclaturas, declinaciones filológicas, series científicas, etc. En esos casos, entender lo que se aprende es menos importante que recordar con orden los nombres aprendidos. La utilidad del método mnemónico es evidente.

El niño tiene, en general, mayor memoria sensitiva que el adulto; éste posee mayor memoria intelectual. El niño puede aprender un soneto más pronto que el adulto; éste lo entiende y recuerda las ideas contenidas en él, con mayor facilidad. El problema se plantea, pues, en estos términos: ¿conviene aprovechar en el niño una aptitud cerebral que se atenúa ó desaparece en el adulto? Nos parece posible responder afirmativamente. Basta pensar en las dificultades que tiene el adulto para

aprender un idioma; allí no se trata de comprender el sentido de las palabras aprendidas, sino de educar la memoria de las sensaciones auditivas y la memoria de la articulación verbal; formarse un diccionario propio y recordar su pronunciación, es todo el problema.. Los versos se aprenden también "de oído", y aunque su lectura sea áfona y mental; en este caso hay audición y articulación interior, no en la laringe pero sí en el cerebro. Un niño aprende versos más fácilmente que un adulto ilustrado. Casi todos los hombres que nos ejercitamos en trabajos intelectuales, sólo sabemos de memoria los versos que hemos aprendido antes de los quince ó veinte años, aunque después de esa edad hayamos frecuentado los libros de los poetas y nos hayamos esforzados por aprender sus estrofas.

En el proceso normal de la desaparición de la memoria (comenzando por los recuerds recientes y terminando por los remotos) tenemos otra prueba interesante del mismo hecho.

La memoria que desaparece primero es la de las cosas aprendidas intelectualmente, la más duradera es la memoria fundada en las imágenes sensoriales. Cuando se apaga la inteligencia, perdemos lo que hemos aprendido por la inteligencia y nos queda lo que hemos aprendido por las sensaciones auditivas simples. El niño, antes de comprender, es un simple papagayo. aprende á articular sonidos semejantes á los que oye; el salvaje y el imbécil poseen la misma aptitud, como también algunos animales amaestrados; después, poco a poco, las imágenes de sensaciones se combinan y producen operaciones intelectuales, se aprende a pensar: el hombre se sobrepone al papagayo, si se nos permite insistir en esa frase.

En todas las formas de disolución de la personalidad (ya sean fisiológicas, como la vejez, o patológicas, como la demencia) lo primero que se destruye es la función más delicada, de formación más reciente, tanto en la serie filogenética como en la evolución ontogenética. El hombres desaparece antes que el papagayo; lo aprendido por la inteligencia desaparece antes que lo aprendido por los sentidos; la imagen mental es menos resistente que la imagen sensorial.

Hay nociones que podemos aprender de memoria, sin ayuda de la comprensión; de la mismísima manera que aprendemos á caminar ó á hablar, por la simple educación de las vías sensitivas que van á los centros cerebrales y de las vías motrices que salen de ellos. Nos parece que conviene utilizar las aptitudes mnemónicas del niño para esos casos especiales. Las nociones adquiridas "de oído" serán entendidas más tarde; en cambio, si esperamos que antes llegue la aptitud de entenderlas, corremos peligro de que sea más difícil retenerlas en la memoria. En otros términos, el papagayo debe utilizarse mientras llega el hombre, pues éste sólo llega cuando comienza á debilitarse el papagayo.

Entiéndase bien que no ponemos en discusión las ventajas del método mnemónico sobre el racional; la cuestión está resuelta en favor del segundo. Sólo afirmamos que para retener algunos conocimientos, fundados en imágenes de sensaciones antes que en el raciocinio, conviene aprovechar la aptitud mnemónica del niño, superior á la del adulto.

En suma, mientras la memoria tenga alguna aplicación pedagógica, por limitada que ella sea, deben interesarnos todos aquellos estudios que tienden á hacernos conocer su formación y su desarrollo, así como los encaminados á establecer sus mejores condiciones de funcionamiento; de ellos sacará provecho la pedagogía científica.

El Dr. Henri Pieron, profesor agregado en la Universidad de París y Preparador del Laboratorio de Psicología Experimental de la Escuela de Altos Estudios, nos ha favorecido con sus estudios críticos sobre "las investigaciones de psicología escolar y pedagógica", que publica periódicamente en la "Revue de Psychiatrie", dirigida por mi amigo el doctor Eduardo Toulouse, director del mismo Laboratorio.

El joven psicólogo, ya ilustre, magüer sus treinta años, dedica preferente cuidado á esos estudios y posee uno de los más vastos repertorios bibliográficos sobre la materia. La literatura argentina no le es desconocida; tiene justo aprecio por los di-

ligentes trabajos de Victor Mencante y Rodolfo Senet, que ha leído en sus recientes libros y en los "Archivos de "Psiquiatría" de Buenos Aires.

A pesar de todo el partido que se puede sacar de observaciones bien hechas, Pieron considera (1) que es necesario dirigirse á la experimentación para obtener un conocimiento exacto de la mentalidad infantil; por ese camino la psicología pedagógica podrá darnos algunas reglas utilizables en la educación, transformándola fundamentalmente, reemplazando su empirismo actual por bases científicas, eficaces y estables.

Las investigaciones experimentales emprendidas sobre la memoria en el curso de estos últimos años no son muy numerosas. Ello puede atribuirse á la falta de una organización sistemática satisfactoria, que sirva de guía á los investigadores; en este sentido, es indudable que la creación de un Instituto Internacional sería muy provechosa y facilitaría singularmente el trabajo sinérgico de los psicólogos y maestros.

Mr. Larguier de Bancels (2) ha consagrado una serie de estudios á un problema de indiscutible valor práctico: la determinación del procedimiento más eficaz para aprender de memoria, obteniendo el mejor resultado con el esfuerzo mínimo y permitiendo una economía de tiempo. Ha dado el nombre de *memorización* á los diversos métodos de aprendizaje.

Hay dos maneras principales de aprender de memoria. La una consiste en repetir, hasta saberlo, pequeños parágrafos aislados, frases cortas, grupos de pocos versos; la otra, en cambio, se funda en la lectura de trozos de cierta extensión é importancia, en su repetición total.

El primer procedimiento es el que emplean, sin duda, la mayor parte de los niños, espontáneamente. ¿Es el mejor? Larguier de Bancels, resumiendo varios trabajos precedentes, es-

---

(1) En **Revue de Psychiatrie**, diciembre, 1904.

(2) "Sur la memorisation".—(Bulletin de la Societé pour l'etude psychologique de l'enfant). Octobre 1901 et Janvier 1902.

critos sobre esa misma cuestión y con los resultados de sus investigaciones personales, asegura que no lo es.

Experiencias muy serias fueron emprendidas en la Sociedad para la psicología del niño, por tres maestras, y conforme al siguiente plan: las personas que se sometían á la prueba aprendían diariamente diez versos de una tragedia de Racine (Les fréres ennemis). Algunas seguían el método fragmentario (aprender dos versos, cada vez), y otras usaban el método global (leer todo el fragmento seguido, cada vez), procediendo todas á la misma hora y en igualdad de condiciones. En el examen final, el olvido de un solo verso implicaba otra lectura total del fragmento.

Investigaciones idénticas fueron emprendidas por Mr. Binet con versos de "Athalie".

Por fin, Mr. Pécault inició un trabajo análogo, pero modificó el método total de la manera siguiente: cuando el sujeto equivocaba un verso, en vez de leer todo el fragmento se contentaba con mirar el texto en ese punto y continuaba. De esa manera se evitaba una pérdida de tiempo y un perfeccionamiento inútil de lo que ya sabía, realizado á expensas de lo que no sabía aún.

Todos los resultados concordaron en demostrar que el tiempo de estudio es, en general, un poco menos largo con el método total (6 minutos y 57 segundos en lugar de 7 y 50, en las experiencias de Mr. Pécault), pero sobre todo, que se obtiene una memoria más exacta y más completa, ya sea para la repetición inmediata, ya sea para la repetición después de algún tiempo. (Una media de 29 palabras exactas conservadas, en lugar de 14, sobre un total de 80).

Para complementar esos trabajos inició sus primeras experiencias Mr. Larguier de Bancels; ellas confirmaron que el método total asegura una conservación más eficaz, extendiendo el plazo de sus experiencias hasta 15 días. (1) Ese resultado con-

(1) "Année psychologique, VIII, 1902.

cuerda con los de otros dos psicólogos, Lobsien (1) y Pentschew, (2) así como con los estudios de la profesora Stephens. (3).

Recientemente, Larguier de Bancels (4) ha tenido la buena ocurrencia de estudiar en uno de los sujetos de sus primeras experiencias lo que había podido retener después de un período de casi dos años (de septiembre de 1901 á agosto de 1903). En 1901 había efectuado diez pruebas, la mitad con aprendizaje fragmentario y las demás con repetición total, sobre trozos de diez versos de "Alexandre", de Racine, que no había vuelto á leer. El experimentador leía las palabras del texto olvidadas por el sujeto (método recordativo,) es decir la gran mayoría; el sujeto pronunciaba las palabras que creía recordar, en su sitio correspondiente. No todas ellas eran exactas; á menudo eran reemplazadas por otras equivalentes.

El autor se ha preocupado justamente de una causa de posibles errores; la imaginación, que permite inventar palabras, especialmente cuando ellas son suscitadas por el ritmo y por la rima. La imaginación ha dado una media de 4 palabras exactas contra 10, más o menos, para los fragmentos aprendidos de una manera fraccionada; en cambio ese número asciende a 26 contra 10 para los trozos aprendidos por el método total, cuya superioridad aparece más visiblemente. Sin embargo, el número de repeticiones necesarias para "reaprender" convenientemente los trozos aprendidos antes por esos dos procedimientos distintos, ha sido sensiblemente igual. De esto puede inferirse que ese método, llamado "de ahorro", és menos sensible que el anterior.

El resultado parece, á primera vista, definitivo. El procedimiento que consiste en aprender fragmento por fragmento es

(1) Citado por Pieerron, "Revue de Psychiatrie", Mars, 1905.

(2) Idem.

(3) Idem.

(4) Année psychologique", X, 1904.

un sistema defectuoso para aprender de memoria. Esta conclusión sería de suyo importante, sea cual fuere la opinión que se pueda tener acerca del valor pedagógico de la enseñanza de memoria. Por otra parte ella será, en todo tiempo, el recurso necesario para los actores.

Henri Pieron (1) hace una crítica acertada de esas experiencias, sobre todo en cuanto ellas pretenden servir de base para conclusiones definitivas.

Pueden intervenir muchos factores cuya importancia no ha sido estudiada. En primer lugar, en vez de versos, y de versos conocidos, habrían podido emplearse frases redactadas al efecto y de la manera más conveniente. Por lo menos habría sido menester un estudio comparativo de ambos métodos en la prosa y en el verso; es sabido que la una y el otro no se retienen de la misma manera, en parte porque las imágenes esenciales puestas en juego pueden no ser las mismas, y además porque el ritmo y la rima ejercen una influencia especial. Como consecuencia logica de esa idea, habría convenido determinar, si ese procedimiento vale para todos los tipos á predominio verbo-auditivo, verbo-visual ó verbo-motor. Esta observación de Pieron nos parece de importancia fundamentalísima; el contrasentido más grande de la psicología pedagógica consiste en pretender formular leyes únicas y generales sobre fenómenos que se desenvuelven diversamente en los individuos; cada tipo mental tiene modalidades propias y sus procesos psíquicos se desenvuelven de una manera especial. Es necesario buscar las leyes de cada grupo y no leyes aplicables á todos.

Pero advierte Pieron, la influencia más sensible sobre todas esas experiencias debe ser la ejercida por el elemento intelectual.

Ese elemento intelectual tiene un doble aspecto, subjetivo y objetivo. Puede consistir en la unidad de sentido, en el encade-

(1) 'Les recherches de psychologie scolaire et pedagogique''—Loc. cit., marzo, 1905.

namiento de las ideas del fragmento que se debe aprender; ó bien en la facultad de comprensión del sujeto que aprende, en su aptitud para percibir y seguir el encadenamiento de las ideas. Habría convenido dar indicaciones más precisas sobre los sujetos que intervinieron en la experiencia, sus aptitudes intelectuales y su edad, pues según la edad, esas aptitudes varían notablemente. Además habría sido necesario acentuar las variaciones en favor del método total, eligiendo fragmentos de unidad intelectual muy diferente, juxtaponiendo versos aislados sin sentido alguno, construyendo frases desprovistas de sentido. ¿En esas condiciones serían iguales los resultados? Es posible que prescindiendo del factor intelectual llegáramos á saber cual de los dos métodos es más ventajoso para la memoria puramente sensorial, como la del papagayo, admirable ejemplo experimental del recitado mecánico, sin intervención alguna de la comprensión.

Otra crítica, de un valor más general todavía, debe limitar el alcance de las conclusiones. Larguier de Bancels cree poder inferir que, en sí mismo, el método total es superior al método fragmentario. Pero conviene recordar que el método fragmentario ha consistido en aprender versos de 2 en 2, y el método total de 10 en 10. Sus conclusiones deberán limitarse á esa relación entre 2 y 10. ¿Existe una extensión óptima y una extensión pésima? ¿El método fragmentario será considerado tal desde tantas hasta cuantas palabras, como valor absoluto ó como valor relativo? ¿Si es necesario aprender 100 versos, el método que consiste en aprender de 10 en 10, será fragmentario respecto de la repetición de los 100 versos por entero? Evidentemente no estamos en presencia de exactitudes recomendables.

Pieron plantea otras cuestiones. Dado un número cualquiera de versos ¿cuál es el valor de las agrupaciones para que la adquisición y la conservación sean mejores, tomando esos grupos como unidad de repetición? En cambio ¿cuál es el valor de los grupos menos convenientes? Es posible que el exceso sea tan perjudicial como la insuficiencia. Por otra parte, si se fijara en 10

el número más conveniente para aprender versos de memoria, esa cifra debía variar en los diversos sujetos; sin contar con que esa medida se subordinará también á la lógica especial del texto y á sus relaciones con la intelectualidad de cada individuo, más ó menos propicias á su comprensión. He ahí numerosas cuestiones que convendría aclarar antes de establecer resultados definitivos sobre la memorización, para comparar los méritos de los dos métodos, el grado de superioridad del que resulte preferible. Es un defecto demasiado general el de sentar conclusiones muy generales sobre investigaciones incompletas y discutibles; por eso la discusión crítica es un elemento indispensable para el progreso de la ciencia. El que no ha participado de ciertas experiencias puede examinarlas desde fuera y con mayor amplitud de juicio que los experimentadores mismos.

Las conclusiones de esta reseña crítica son poco alentadoras para los amigos del trabajo fácil é improvisado. Mientras no se experimente en condiciones severísimas, que excluyan la posibilidad de errores ó de generalizaciones apresuradas, poco puede esperarse de este género de estudios. Verdad es que, no obstante sus errores parciales, todos concurren á la obra de investigación seria y definitiva; pero habría ventajas en criticar previamente las condiciones de la experimentación misma.

En todo trabajo sobre la memoria convendría tener presente que el problema se plantea bajo dos fases. Por una parte deben determinarse las condiciones de memorización comunes á todos los individuos, si las hay; por otra las condiciones propias á los diversos grupos de individuos, teniendo en cuenta sus diferencias de tipo mental. En ambos casos deben separarse ó medirse la influencia de la memoria puramente sensorial y de la memoria intelectual, la correspondiente á sensaciones y la correspondiente á ideas.

Son problemas distintos. Confundirlos equivale á invalidar los resultados.

JOSE INGENIEROS.

Sobre el Album-Almanaque de la Guerra

Sr. Dr. Sergio Cuevas Zequeira.

Catedrático de la Universidad.

Habana.

Mi distinguido y estimado Dr: Habiéndose disuelto por serios disentimientos entre mis compañeros y yo, y por otras razones que mi delicadeza me aconseja callar, la Compañía Editora

Juan Benítez Fuentes, Director Gerente de la Compañía editora del Album-Almanaque de la Guerra.

Néstor Hougshton, Secretario del señor J. Benítez.

del *Album de la Guerra,* según consta de escritura otorgada ante el notario Dr. Jardines, y habiendo sido Ud. Director

literario de aquella publicación que por las razones expuestas no llegó a ver la luz, creo que la única manera posible de pagar los esfuerzos de Ud. para que no se malograra mi deseo de rendir con aquella obra un homenaje a Cuba y a los países aliados, dejando a la vez a las generaciones venideras un recuerdo de las gigantescas luchas desarrolladas en Europa, es poner a su disposición los trabajos autógrafos y fotografías de grandes escritores nacionales y extranjeros que me han sido enviados. Para ello estoy competentemente autorizado, pues a la disolución de la sociedad me han sido adjudicadas todas sus pertenencias.

Quiero aprovechar al propio tiempo esta oportunidad para declarar que el *Album-Almanaque de la Guerra* no ha cobrado a nadie cantidad alguna por concepto de suscripción o de anuncio, pues tuve siempre el firme propósito de no hacerlo hasta terminada la publicación de la obra.

Y a Ud. Dr. por lo mucho que ha luchado por la realización de este magno proyecto, a mi querido amigo Gregorio Hernández jefe de redacción del periódico "El Día", a la infinidad de personalidades que me prestaron decidido apoyo, entre las cuales descuellan los honorables señores General Emilio Núñez, Vice Presidente de la República, Dr. Antonio Sánchez Bustamante, Delegado a la Conferencia de la Paz, Dr. Guillermo de Paterson Sub-Secretario de Estado, Excelentísimo señores Ministros de Italia, Bélgica y España, y al diligentísimo Secretario de la Legación Inglesa, Mr. Kin, quiero hacerles patentes los sentimientos de mi más viva gratitud por la colaboración que generosamente prestaron a mi malogrado, pero noble y patriótico empeño.

De Ud. affmo amigo,

JUAN BENITEZ FUENTES

SUEÑO DE GESTA

¿NO VES QUE ME ABRIGA MAS ESTA CAPA REMENDADA?

Extranjeros: abrid plaza;
que aquí el trovador riqueño,
va á cantar, en noble empeño,
Tierra, Sangre, Nombre y Raza.
No es mi símbolo el cordero,
ni mi divisa es la danza,
ni mi emblema es la privanza,
ni es la humildad mi señero;
pues á torpes alaridos
de extraña provocación,
soy cachorro de león
¡y respondo con rugidos!
Por excelsa maravilla
de que muy ufano estoy,
debo cuanto valgo y soy
á un hidalgo de Castilla,
que, usando diversos nombres,
corrió de la gloria en pos,
nunca soberbio ante Dios,
¡siempre altivo ante los hombres!
Llamóse en Toledo, El Santo;
El Campeador, en Uclés;
en Otumba, Hernán Cortés;
¡y Cervantes, en Lepanto!
Era noble en su ambición,

y en su apostura altanero;
tuvo el caracter de acero
y de cera el corazón.
Hasta él mi prosapia exalto,
que él supo, en empresas grandes,
al poner la pica en Flandes,
el honor poner en alto.
Pensando, tal vez, en mí
como su gloria futura,
domó del mar la bravura;
y tuvo al vivir aquí
en el labio una canción,
un libro en la mano diestra,
una espada en la siniestra,
y en el alma una oración,
para enseñarme a cantar,
para enseñarme á leer,
para enseñarme a vencer,
¡para enseñarme á rezar!
De mi tierra en santo ejido
cavó el hidalgo su fosa,
bajo la sombra olorosa
de un rosal enflorecido;
y allí duerme, bajo el fuego
del rojo sol tropical.....
¡y ahora florece el rosal,
de mis lágrimas al riego!
¡Extranjeros: abrid plaza;
que si el hidalgo murió,
por legado me dejó
Tierra, Sangre, Nombre y Raza!
. . . . . .
Es mi tierra mi ufanía,
y, pues he nacido en ella,
no la quiero por ser bella,

que la quiero por ser mía.
Pobre ó rica, con ardor
la quiero para mí mismo;
que, en amor, el egoismo
es noble escuela de amor!

Por ella mi afecto crece
con los años y las penas,
como apóstol que en cadenas
de martirio, se engrandece!

Yo tengo en mi corazón
para adorarla un altar;
y, al ritmo de mi cantar,
en indisoluble unión,
vivirán su amor y el mío
como la fe y el creyente,
como el rumor y la fuente,
como la margen y el río!

Por ella en el pecho fijos
guardo dos nobles empeños:
librarla de extraños dueños,
y entera darla á mis hijos!

Sé leer y sé cantar,
sé rezar y sé vencer.....
¡y alguien se apropia el deber
de dar amparo á mi hogar.....!

Mi innata altivez rechaza
frenos de extraña tutela,
para conservar la hijuela
que hube por blasón de raza.

Por honrar á quien me honró,
puse en mi escudo este mote:
Antes que Sancho, Quijote,
Después de mi padre, ¡YO!

¿Cómo pues, latiendo en mí
de estirpe y raza los fueros,

han de regir forasteros
la tierra en que yo nací?

En silencio y con cautela,
nadie, sin llamarle, acuda,
so color de darme ayuda
para acrecentar mi hijuela.

Nadie me ofrezca tesoros
si he de traicionar mi fuero,
que, hidalgo en juegos, prefiero
las espadas á los oros.

Más que las galas ajenas,
al que es noble y bien nacido
le abriga el manto raído
del filósofo de Atenas.

La pobreza, si es honrada,
tiene por timbre y por prez
rechazar con altivez
la limosna que degrada.

La espada de igual á igual,
de otra espada acepta el reto,
mas siempre opone su veto
cuando la reta el puñal.

Nunca trocó ningún hombre
sus glorias, por las demás,
¡ni yo cambiara jamás
mi nombre por otro nombre!

Jamás en los mismos chorros
van oro y honra en fusion,
ni es posible la aleación
de aguiluchos y cachorros!

Si olvidando respetar
preceptos de santas Leyes,
sicarios de extrañas greyes
dictan leyes a mi hogar:

¿en nombre de qué heroismo

podrán hermanarse un día,
la borincana hidalguía
y el torpe mercantilismo?
¡Mi altivez, hidalga, niega
tratamiento fraternal,
á quien asalta el umbral
de mi casa solariega!

Aunque arraigaron en mí
los fueros de mis mayores,
rigen extraños señores
la tierra en que yo nací....

Como toda servidumbre,
tal servidumbre me humilla
y hace arder en mi mejilla
de la dignidad la lumbre.

¡Quién, parodiando al Destino,
fuerza á mi derecho opone
y en mi senda se interpone
para cerrarme el camino!

Sepa que el poder mundano
pasa de verano á invierno,
porque es signo de lo Eterno
la mudanza de lo humano.

Pues,—honrando a quien me honró—
puse en mi escudo aquel mote:
"Antes de Sancho, Quijote;
Después de mi padre, ¡YO!

Con bandera, ó sin bandera,
tranquilo no he de yantar
mientras no logre arrojar
los intrusos, mar afuera.

En la senda de este afán
la fuerza el paso me cierra,
mas, si pierdo Sangre y Tierra,
Raza y Nombre quedarán!

LAS ANTILLAS

Y soñé que, consagrada
á un Sol de sangre y espuma,
con noble arranque, á mi pluma
quitó su sitio, mi espada;
y que, en orgullosa traza,
y tras afanes prolijos,
¡pude legar á mis hijos
Tierra, Sangre, Nombre y Raza!

ENRIQUE ZORRILLA

OTEANDO EL PAISAJE

TEATRO TENEMOS

A pesar de cuanto digan en contrario las amables personas para quienes el cubano es un ser desprovisto de la circunvolución cerebral correspondiente a la fábula dramática, o el clima de Cuba carece del gas generador de la capacidad a tales creacio-

Jesús F. López que obtuvo el premio en el Certamen de Comedias de la Compañía de Lara.

nes atañedera, lo cierto es, lector, que en recientes, brillantísimas jornadas, nuestro teatro, con testimonio eficaz y decisivo, ha dado fé de que vive, y goza de una existencia vigorosa y en-

vidiables. Ya la sociedad *Teatro Cubano* llevando al proscenio obras acogidas con aplauso entusiasta por el público, certifica un día y otro elocuentemente que no es artículo de fé, sino afirmación por los hechos consagrada, la que atribuye al hijo de Cuba las mismas aptitudes que en el terreno de la escena poseen sus congéneres y hermanos en Lope, Grabriel Téllez y Alarcón.

Claro está lector, que no tenemos todavía en el campo de la jurisdicción teatral, ningún *Alcalde* que pueda habérselas

Guillermo R. Martínez, autor de la aplaudida Comedia, "Y nada dijeron".....

de igual a igual, con el de *Zalamea*, pero hagamos si te parece, un calderón en el concierto de nuestras justas aspiraciones, y día vendrá para nosotros venturoso, en que magistrados municipales de esa ley y otros personajes de no inferior categoría, a deleitarnos o conmovernos según corresponda, salgan por entre el traspunte y el consueta en el mundo infra-sideral de nuestras *tablas*.

¡Vive Cristo que parece
Que vais teniendo razón

pudieras tú muy bien decir *al paño,* lector carísimo, aunque solo fuera para que yo me diera al solemnísimo gusto de contestarte, poniéndome en carácter, aquello de,

Si, Vive Cristo porque
Siempre la he tenido yo.

Y ahora como siempre, lector, pero mas que en ninguna otra ocasión porque plugo a la Compañia matritense de Lara, que fué por una temporada nuestro huésped tocar llamada congregando a nuestros *comediógrafos* a público certamen, y a él acudió buen golpe de gente bien armada, y apercibida para entrar gallardamente en la liza, que resultó al cabo una victoriosa demostración de nuestra capacidad literatia.

Triunfó el primero, en la incruenta justa, Jesús J. López, periodista de todos conocido y por muchos admirado, no solo porque sabe con diestra mano distribuir áticas sales en el condumio que sirve cotidianamente, a sus lectores, sino también y muy principalmente, en mi opinión porque su pluma adusta a veces, pero siempre honrada y sincera si hiere en ocasiones, no mancha nunca al adversario que la suerte le puso delante.

Y en el turno feliz de la victoria sigue a López el señor José Bonachea, de cuya existencia real dudan algunos, aunque yo puedo asegurar que no debe de ser por ahí ningún fantasma, aunque *del otro mundo* haya venido a nuestras costas este caballero, porque tengo desde hace años en mi biblioteca cierto volumen, avalorado por amable dedicatoria en que el mismísimo laureado autor que ahora me ocupa, describe con maestría no común *paisajes psíquicos* de diversas regiones españolas.

Y no paran, aquí lector las buenas nuevas que de la patria escena traigo bien apañadas para que con ellas te regocijes, porque a renglón seguido del certamen de marras, Marino López y Francisco Ichaso dos muchachos de muchísimo talento clasificados ya desde las aulas universitarias como hombres de pro, llevaron al teatro de Garrido cierta *Cabecita Loca,* que no

a la *Casa de Orates* sino al mismísimo templo de la gloria esta llamada a conducir a sus autores.

Y para no quedarse a retaguardia en la intrépida falange que al templo susodicho se encamina, Guillermo Martínez acudió presuroso al propio campo y en él nos dió de su fina labor riquísimo boton para muestra, con una comedia de la cual *nada dijoron* los espectadores porque se les pasó el tiempo de la representación aplaudiendo estrepitosamente con mano tenaz e incansable al autor y a los intérpretes de la obra.

AGAPE

En fraternal banquete se reunieron allá por los primeros días de el florido Mayo los señores profesores de la Facultad de Letras y Ciencias de nuestra Universidad, *quorum pars minima fui et futurus sum* mientras Dios otra cosa no disponga.

Agasajábamos con aquella bucólica fiesta a los doctores Adolfo Aragón y Carlos Latorre, y en verdad lector que no sin justificado motivo, porque si el primero, a satisfacción de todos había ejercido las funciones de decano en el último trienio, con no menor aplauso y regocijo las asume ahora el ilustre discípulo de Poey.

Fué Carlos Latorre profesor en el Instituto de San Juan de Puerto Rico, y en aquella isla, dejó de su labor científica y de su carácter bondadoso, imperecedero recuerdo y son él y el doctor Aragón dos maestros que honran por su saber y prestigio al claustro universitario.

S. C. Z.

Concurrentes al banquete celebrado en honor de los Doctores Adolfo Aragón y Carlos Latorre.

CAMINO DE LA PROSPERIDAD

"A mi fraterno amigo Rafael Rodés, grande amigo de la unificación espiritual hispano-americana".

Una de las parte integrantes de la "magna patria" que siempre adoramos y queremos más, cada día, es el Perú porque en esa tierra legendaria siempre hubo para Cuba, cuando esta luchaba por conseguir su independencia de la Metrópoli, demostraciones fraternalísimas le afecto y cariño. Jamás olvidaremos los favores que prodigó a los cubanos en la guerra de 1868, y a Cuba muy especialmentee, por conducto del ministro plenipotenciario de la República cubana en armas, en Lima, Sr. Márquez Sterling. Pero ese amor, comparable sólo al inmenso que poseemos a Cuba, no solo lo profesamos a la patria de Ricardo Palma y José Riva Agüero; lo profesamos también a una tierra múltiples veces querida por el pueblo de Cuba; a una tierra de poetas y mártires, como lo es la nuestra; a una tierra que aun gime por alcanzar su libertad: es la tierra colosal de Betances y de Lares; es el ala del pájaro de que nos habla la "frailuionesca" Lola Rodríguez de Tió: es Puerto Riso, la patria del Martí José de Diego, el dulcísimo cantor de "Laura".

En estos momentos, en que la lucha fratricida que ensangrentó a la vieja Europa ha traído como secuela inevitable el triunfo del Derecho sobre la Fuerza, garantizando el respeto y derecho de las pequeñas nacionalidades, apesar de la mutilación de China segregándole al Chantung: patria de Mencio y de

Confucio, sus dos grandes filósofos; apesar de la supervivencia de la Doctrina Monroe; apesar de la nueva esclavitud de la hermana Quisqueya y la existencia de impropia personalidad de Puerto Rico; es un deber especialísimo para los americanos de raza española el trabajar, con las puntas de las plumas, por la independencia absoluta de los pueblos hermanos que aun yacen atados por la cadena de la esclavitud.

Gime Santo Domingo bajo la bandera norte-americana; Cuba vése amenazada por el antipatriotismo de muchos de sus hijos, con algo parecido a lo que sucede en Quisqueya; y Puerto Rico, que reune todos los caracteres que dá Burgess para ser una perfecta nación; que posee una historia y una literatura muy peculiares; que está saturada de cultura y de civilización, no ha podido surgir, aun, a la vida de la Libertad.

No somos desconocedores de los tropiezos que las colonias hispano-americanas han dado al constituirse en repúbiicas: esos tropiezos son el aditamento que lleva consigo todo pueblo joven al surgir a nueva vida. Pero no por esos tropiezos hemos de ser condenados a gemir bajo la suela del yankee y a estancarnos en moldes viejos; como lo es el dominio de una nación, sobre todo cuando es civilizada, por otra tan entusiasta por el Derecho como la norte-americana, y en pleno siglo de Libertad como dícese es el siglo XX.

"Patria es para los hispano-americanos, como dijo Rodó, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así".

"Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo

aun más alto que la idea de la patria y es la idea de la América; la idea de la América concebida como una grende e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de México hasta los hielos sempiternos del Sur. Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América sino los ciudadanos de la intelectualidad americana''.

Ante las palabras tan verídicas del incomparable autor de ''Ariel'', Puerto Rico entra de lleno, por derecho propio, en esa constelación de pueblos que del Anahuac al Plata posee la dulce habla de Cervantes y Camoens. Puerto Rico es patria de oradores y publicistas; de mártires y de poetas. Ella ha aportado a la Literatura Castellana una suficiente cantidad de poesías para que sea estimada tanto como cualquier otra de sus hermanas. Y justo es que ella adquiera prontamente su Libertad, ya que naciones viejas, como el antiguo Reino de Polonia, cuyos nombres y cuyos hechos estimábamos ya pasados al dominio de la Historia, han surgido nuevamente al ponérsele término alemán en las conferencias de la Paz.

Ha de haber, respecto a la libertad puertorriqueña, algún que otro pesimista. Pero a ese pesimista yo le demostraría que existe un alma netamente puertorriqueña, cobijada bajo el pabellón de Uncle-Sam, que perdurará a través de todas las épocas y en medio de todas las visisitudes. Un alma que es de bronce como la quisqueyana y granítica como la cubana. Un alma que cada día hállase más robustecida y que cuenta con adalides de tanta valía como el Dr. Sergio Cuevas Zequeira, el embajador intelectual de Boriquén en Cuba.

Las madres puertorriqueñas deben infundir a sus hijos, desde pequeños, el amor a la patria; deben hablarles siempre que tengan oportunidad de sus hijos ilustres, pero ante todo deben velar por el amor a la raza hispano-americana, y muy especialmente por la conservación de la lengua española, ya que dice Tichet, y está en lo cierto, que así como el estilo es el hombre el idioma es el alma de la nacionalidad.

Comenzando esa labor en el hogar las sucesivas generaciones irán haciendo a Puerto Rico puertorriqueño; hasta conseguir su sueño dorado, que es el que deseamos sus admiradores: la Libertad; y continuándola para el engrandecimiento intelectual, moral y económico de su patria y, además, para timbre y gloria de su raza.

CARLOS A. CASTELLANOS.

Stgo. de Cuba, Abril 24 de 1920.

ECOS ANTILLANOS

Ante el tribunal de reválidas de San Juan de Puerto-Rico ha realizado brillantes ejercicios el joven Arturo L. Carrión bien conocido ya en nuestra Universidad Nacional donde cursó con éxito insuperable todos los años de la carrera de Medicina y Cirujía. obteniendo en gallarda lid numerosos premios, y habiendo merecido la designación de alumno interno durante dos cursos en el hospital Calixto García.

No contento el joven médico con los triunfos adquiridos, y movido del propósito de especializar sus conocimientos, asistió después a las clases *del Bellevue Hospital* de Nueva York y otras Clínicas de la Metrópoli Americana.

Hoy, capacitado ya para el ejercicio de la profesión en su patria será un exponente mas de la cultura y de la ciencia puertorriqueña.

Marino López Blanco el joven poeta ya conocido por el dulce manojo de rimas que con el titulo de *Besos de Quimera* dió há poco a la publicidad, es hoy el mas joven de los abogados de la República, pues con una tesis brillantemente desarrollada sobre "La Escala de Presunciones en materia de autarquía indvidual" ha conqustado el título de Dr. en Derecho Civil, en muy temprana edad.

Otro periodista joven y bien querido en esta casa, acaba

de doctorarse con notas halagadoras, en Derecho Público después de haber presentado al tribunal que había de juzgarlo un concienzudo trabajo sobre el derecho de gracia estudiado desde el punto de vista político.

En la capital de la hermana isla de Puerto-Rico ha rendido la jornada de la vida la Sra. Catalina Romaguera Vda. de Santiago Palmer, aquel puertorriqueño ilustre a quien nadie superó en patriotismo y con quien muy pocos desde ese punto de vista pudieron equipararse, aquel estoico ciudadano a quien el director de "Las Antillas" un día y otro en el luctuoso año de 1887, vió en las prisiones de Mayagües, sereno e inmutable con la tranquilidad de los justos y el valor de los héroes. Y de la dama esclarecida que acaba de morir bastará que digamos en su elogio que por sus virtudes, por sus bondades y por su amor al terruño nativo, fué digna esposa de Santiago Palmer.

Dos distinguidas damas puertorriqueñas, la señora Vda. de Wyman y la señora Vda. de Masferrer, han fallecido recientemente en esta Ciudad entristeciendo con su muerte a todos los miembros de nuestra Colonia que tuvimos oportunidad de conocer sus grandes virtudes y merecimientos y encresponando para siempre con nubes de inextinguible tristeza el corazón de nuestros queridos amigos Carlos Wyman y Joaquín Masferrer, miembros prominentes del *Centro Puerto-Riqueño.*

Llega a nosotros al cerrar estas páginas la triste nueva de haber fallecido en esta Ciudad la señora madre de nuestro distinguido amigo el elocuente orador señor Julio Galvez Otero, a quien enviamos por tan irreparable desventura nuestro mas sentido pésame.

Libros, Folletos y Revistas remitidos por autores o editores

Luis Muñoz Rivera, su vida, su política, su carácter, por S. Dalmau Canet.

Carmen Gutiérrez Morillo, por M. García Garófalo.

Las Universidades, por el Dr. F. Carrera Jústiz.

Sociología Cubana, por F. de P. Rodríguez.

Tratado de Ortografía Española, por Isaías Rodríguez.

Nuevas Nacionalidades en Europa, por R. Beltrán y Rózpide.

El Renacimiento, desde el punto de vista de las Artes y las Letras, en Italia, por el Dr. Aurelio Boza y Masvidal.

El Curioso Americano, Habana.

El Fígaro, Habana.

Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras, Habana.

Arte, Habana.

El Heraldo de la Mujer, San Juan de Puerto Rico.

El Boletín Histórico de Puerto Rico.

La Universidad Nacional, debate en el Senado. Discurso pronunciado por el senador por Pinar del Río, señor Wifredo Fernández.

Discurso pronunciado por el Dr. Ricardo Dolz Arango, senador por Camagüey y Presidente del Senado.

El Descubrimiento de América, por Juan G. Pumariega.

Las Ideas Pedagógicas de Martí, por Antonio Iraizoz.

Obras Dramáticas, por Erasmo Regüeiferos.

Cartas Ineditas de Martí, por Joaquín Llaverias.

Boletín Oficial del Supremo Consejo de Colón.

Boletín del Archivo Nacional.

Cuasimodo.

DINERO

TERRENOS

CASAS E HIPOTECAS

RESERVA ABSOLUTA

J. BENITEZ FUENTES

Oficina:

Monserrate 29

TELEFONOS A-8853; A-9132.

Este número de

"LAS ANTILLAS"

Está a la venta en la librería de

ALBELA, Belascoaín 32,

Al precio de UN PESO el ejemplar

BICICLETAS

Cuando usted necesite comprar bicicletas o accesorios. no pague el lujo en otra casa, pues en esta los consigue a mitad de precios. Tenemos gran existencias de todo lo que abarca el giro. Si su cmpra es al por mayor, le haremos buenos descuentos. Llamamos la atención a los del interior. Remitimos catálogos a solicitud. También compramos bicicletas de uso en cualquier estado que estén.

F. NAVAS Y Co.

Trocadero número 38. Teléfono A-5068. Habana.

BANCO ESPAÑOL DE LA ISLA DE CUBA

SUCURSAL DE PRADO 124

Depósitos y cuentas corrientes. Giros por letra y cable sobre todas las capitales del mundo. Cajas de seguridad para documentos, joyas, etc., desde cinco pesos en adelante.

"Casa Ball-llovera"

— DE —

A. Ball-llovera y Co.

TRAJES PARA CABALLEROS, HECHOS Y A MEDIDA

Habana 96.—Telf. A-8022.—Apartado 350.—Habana.

Cable y Telégrafo "Gilber"
Clave: A. B. C. 5th. Edition.

HOTEL INGLATERRA

Establecido en el mejor sitio de la Habana, frente al Parque Central, en la histórica acera del Louvre.

Por sus cómodas habitaciones y su magnífico servicio no admite rivales.

JOSE RODRIGUEZ SANZ

Contratista de Obras

Se hace cargo de toda clase de trabajos de albañilería

Recibe órdenes en Mercaderes 11, y en el jardín "La Diamela", calle 23 esquina a J., en el Vedado. Teléfono F-1176.

JARDIN "LA DIAMELA"

Calle 23 esquina a J. Vedado.

Teléfono F-1176.

Se venden plantas y flores de todas clases.

Especialidad en ramos para festivales de santos, y para bodas.

NEW YORK BAR

SAN RAFAEL 2

En este establecimiento, el más acreditado en su clase en la Habana, se encontrarán licores finos de las marcas más afamadas.

CLUB CUBANO AMERICANO

NEPTUNO NUMERO 8

Esta casa predilecta de la juventud, va a ser reformada y embellecida por un experto manager, procedente de los Estados Unidos.

Intercontinental Telephone & Telegraph Co.

MUSSO SISTEM

Próximamente quedará instalado el Teléfono para comunicarnos con los Estados Unidos, y después se etenderán otros cables a Europa, hasta quedar enlazadas todas las naciones del mundo civilizado, por una vasta red telefónica y telegráfica que nos permitirá comunicarnos desde nuestro propio domicilio con cualquier parte del globo.

Apresúrese a suscribir acciones de esta Compañía y a la vez que coadyuvará a la implantación de una grandiosa obra que beneficiará notablemente al mundo entero. Hoy se venden las acciones a $15 cada una y próximamente experimentarán una nueva alza. No lo deje pues, para mañana.

Agente General para la Isla de Cuba:

PASCUAL PIETROPAOLO

MANZANA DE GOMEZ, Dtos. 308 al 311.

Apartado 1797. Habana.

Las Antillas

Director: Sergio Cuevas Zequeira

AÑO I

Tomo I. Agosto, 1920. Núm. 5

Breves Apuntes de Historia Cómica (1)

I

Como tú no ignorarás seguramente, avisadísimo lector, cuenta Hernando de la Parra en cierta relación famosa, puesta en letras de molde por un investigador diligente, que la primera obra dramática representada en esta ciudad,—allá por los últimos años de la centuria décima sexta—despertó tan fervoroso entusiasmo, que una vez terminado el espectáculo *después de la una de la mañana, la gente regustada pidió que se volviera a empezar.*

Mas, no obstante aquellas insólitas demostraciones de aprobación, es cierto y muy cierto que corridos acaso por el recuerdo del cepo con que hubo de conminar el respetable público el señor Gobernador en aquella jornada, o forzados de alguna otra recóndita razón, cuyo peso no se me alcanza, no volvieron en buen tiempo los felicísimos hijos de la Habana a preocuparse poco ni mucho de las placenteras ficciones del arte escénico.

Así lo atestigua en curiosísimo impreso que tengo a la vista, el Sr. Buenaventura Pascual Ferrer, cuando entre otras cosas muy atañederas al caso, afirma que días más, días menos, por aquella época memorable en que Pepe Antonio le cardaba la lana a los ingleses, "en punto a las Artes no se conocía en la Colonia una obra siquiera que fuera hija suya legítima: edificios

(1) Parte de este trabajo se publicó en enero de 1915.

sin más mérito que ser unas masas enormes sin orden ni proporción: obras de escultura ridículísimamente copiadas, y estatuas que sólo se sabía que eran de seres racionales por tener algún letrero que lo expresase: en la pintura no se veían más que mamarrachos indecentes y desconcertados, y que causaban la mayor irrisión: *teatro, drama, unidades y espectáculos, eran voces enteramente desconocidas y sólo por noticias sabían algunos los nombres de comedias y entremeses''.*

Y por que no me taches de cándido, porque me rindo fácilmente a la primera opinión que me sale al paso, al proyecto juicio de aquel cubano benemérito que se llamó en vida Ramón Zambrana me acojo, y de un trabajo suyo titulado. *¡Cien años!* publicado en 1860, espigo lo que va a continuación:

''Ni teatros, ni liceos, ni sociedades filarmónicas existían: pero en cambio, la *Tertulia de la Plaza* era muy animada; allí se ostentaba poco, pero reinaba mucha amistad, consideración y armonía entre los tertulianos. No se rodaba carretelas ni victorias por extensos y vistosos paseos, pero se daba la *vueltecita* en vistosas calesas de pilares por varias calles de la Habana. Algunos años antes se daban estas vueltecitas por las calles de Dragones, Cerrada del Paseo y Real de la Salud, cuando ya este barrio existía. No se cantaba óperas italianas ni se daba en un aria el *sí* bemol o el *do* de pecho, pero se cantaba *La Beata* el *¿Cuándo? y La Morena,* canciones muy originales y sobre todo muy *honestas''.*

Mas no, con ánimo acuitado y rostro compungido te detengas, lector, ante el panorama que acabo de desplegar, que si así fué en la Habana, de desmedrada y pobre la actividad artística durante una buena parte del siglo dieciocho, transformada y engrandecida esta sociedad por las fecundas energías que desplegó en los últimos años de aquel período, el espléndido alborear de la época inmediata, la sorprende en plena gestación intelectual, con cuatro imprentas, con tres periódicos y con varias instituciones encaminadas a fomentar el progreso de las letras, las ciencias y las artes.

Por lo que a mi propósito actual, más especialmente atañe,

en los papeles contemporáneos de esta floración de ideas y de generosos estímulos, encuentro la siguiente nota reveladora del proceso topográfico que siguieron en sus primeros tiempos los teatros habaneros:

"Sólo hay una cosa sensible según mis observaciones, y es que las comedias se van marchando por la posta de esta ciudad, porque el primer establecimiento de coliseo en la Habana, fué en el Callejón de Jústiz, después pasó a la Alameda interior, después al fin de la calle de Jesús María y ahora están en el Campo de Marte. Yo desearía que no se tratase de quitarlas de aquí porque temo y con razón, que á la primera mudanza que se haga va a parar el coliseo a Jesús del Monte, o cuando menos más allá del Horcón, según el paso que lleva".

II

Más, como quiera, lector, que no se ganó Zamora en una hora, ni en un santiamén y por arte de birlibirloque pasó jamás ninguna comunidad humana de un extremo al otro, los edificios que para albergue de la ficción dramática levantó la Habana en aquellos apartados días a que me vengo refiriendo, de verdaderos teatros sólo tenían el título, amén de la finalidad a que bien o mal se les había destinado

El del Campo Marte, *verbi gratia*, emplazado en el sitio que indica su nombre, donde hasta septiembre de 1800 había estado funcionando un circo era un tosco corralón de madera no bien resguardado de la interperie por un toldo y tan incómodo y mal distribuído que sólo después de mil dificultades y tropiezos podía llegar el espectador a ocupar su estrecha y mísera localidad, pero en cambio, si una vez acondicionado en ella, pretendía hacer el menor movimiento, no era posible intentarlo siquiera sin molestar despiadadamente a toda la concurrencia.

Salvo aquellos días en que los señores cómicos estaban de asueto, levantábase el telón en este desmedrado *templo de Talía*, a las cuatro de la tarde, con lo cual, si hacía buen tiempo, el sol de los trópicos ,que ya desde aquel entonces era un sol sosteni-

do, caldeaba al rojo el edificio, y a sus ocupantes los chamuscaba como si fueran herejes irreductibles o judíos relapsos; mas por natural compensación de este inevitable contratiempo, si por acaso llovía, tornábase el teatro en una ínsula, en cuyo territorio, punto menos que inaccesible, sólo bien provistos de un par de botas impermeables, y bajo la salvadora egida de un paraguas, eran osados a posar la planta nuestros abuelos.

No era el del Campo de Marte, por fortuna, el único asilo que al drama y a la comedia podían ofrecer aquéllos porque ya desde el último tercio de la indicada centuria, se había levantado junto a la Alameda de Paula el *Coliseo o Teatro Principal*, que, si bien fué a poco abandonado, porque, según afirma Serafín Ramírez en su *Habana Artística*, amenazaba ruina, reconstruído en 1798 merced a los esfuerzos del vecindario, llegó a ser motivo de legítimo orgullo para los habaneros. Era de tablas, no muy grande y por esta razón unida a la necesidad potísima de aprovechar el terreno, no resultaba del todo holgada dentro de su recinto la concurrencia; pero bien se le podían perdonar estas pequeñas máculas, supuesto que a juicio de persona tan melindrosa y descontentadiza como lo fué siempre el precedentemente citado D. Buenaventura Pascual y Ferrer, sobre halagar la vista con su aspecto placentero y afectar la forma de una perfecta herradura, tenía dos órdenes de palcos muy bien pintados (amén de la cazuela para la gente del bronce), estaba convenientemente distribuído, reinaba en él la decencia y el buen gusto y su escena, *convenientemente decorada, ofrecía perspectivas admirables.*

Y lloviendo como quien dice sobre mojado, siete años después, es decir, en 15 de diciembre de 1807, agrega "El Aviso" con relación al propio teatro en que tú y yo tenemos fija la mirada, lo que verás lector, a continuación muy puntualmente reproducido:

"El de esta ciudad, dice el diario susodicho, es superior a todos los de la Metrópoli, y sus decoraciones no desmerecen en comparación de las que sirven a muchas de las cortes de Europa. La compañía podría ser mucho mejor en esta temporada, si

desgraciadas circunstancias no hubieran intervenido a separar algunas actrices de las principales; sin embargo, no siendo muy apegados a lo sublime en todas las cosas, hallamos que trabajan y se esmeran en agradar a pesar de lo mal que el público les corresponde: cinco actores de los principales en todas las comedias son bastante regulares, y no creo los reuna ningún otro teatro de la América Española".

III

Y ahora, lector, conocidos los dos teatros que abrían por entonces sus puertas al soberano público, si no es ya que te desplacen estas investigaciones retrospectivas a que yo con tanto deleite me entrego, sigo en tu amor y compañía hojeando las polvorientas y maltrechas colecciones de periódicos que de aquellos días nos quedan, para aquilatar con su redivivo testimonio, el gusto que en materia de ficciones escénicas prevalecía, por las calendas consabidas, entre los habitantes de esta benemérita ciudad.

No me parece ocioso ni impertinente recordar, a propósito de este negocio, que *mutatis mutandis*, por aquel mismo tiempo en los *Corrales* de la Villa y Corte, el famoso D. Luciano Comella, autor fecundísimo de los más desaforados engendros dramáticos de que tengo noticia, acaparaba el favor de las muchedumbres y cosechaba aplausos y ovaciones a manta de Dios.

Y como es verdad de a folio que por el cauce metropolítico venía el agua al molino colonial, la altisonante y disparatada musa de Comella surcó alígera los mares y se nos metió en casa de rondón, sin duda para poner glorioso remate en el mundo colombino a la ruidosa cadena de sus triunfos. Suyas o de otros dramaturgos de la propia estameña son múltiples obras celebradas antaño fervorosamente por una buena parte del público y arrinconadas hoy hasta tal punto, que sólo para escarnecerlos hay quien recuerde adefesios tales como *El moscovita sensible, A deshonor heredado vence el honor adquirido, Por amparar la virtud olvidar su mismo amor o la hidalguía de una in-*

glesa. La más hermosa piedad más noblemente pagada y el elector de Saxonia, y un centenar de igual o parecida laya que ya desde el título van pregonando con retruecanillos insulsos o con absurdas referencias históricas el delirante numen que a sus autores solía inspirar.

Para muestra, y para que no me tildes de severo o me motejes de injusto quiero traer a juicio cierto dramático galimatías representado en el teatro del Campo de Marte el día 9 de noviembre de 1800, que lleva por título *El Mariscal de Biron* y en una de cuyas escenas, este magnate para poner al rey Enrique IV de Francia, en autos de una gran victoria que acaba de obtener, le endilga de sopetón y sin miedo a que lo parta un rayo apolíneo, los siguientes desatinos:

Vestido de más renombres
que estrellas el cielo rige,
Dios os perdone les dixe
a más de doscientos hombres.
Y tan breve el alma dieron
entre amargos parasismos
que parece que ellos mismos
de bien a bien se murieron.

Para que no caigas, lector, sin sentido y hasta sin juicio víctima de *un amargo parasismo* después de leídos los renglones precedentes, déjame que recuerde con la mayor diligencia el ceño adusto y la protesta airada con que esos atentados al arte y al sentido común fueron recibidos por Ferrer en *El Regañón*. y en el *Papel Periódico*. por Zequeira y Arango.

Pero en esta humana colmena había sonado la hora de una noble y fecunda transformación que en todos los órdenes de la vida ejerció su benéfico influjo y por eso no fué sermón perdido en el desierto el de aquellos dos insignes literatos.

A la pandilla grotesca, que amadrigada por la rutina y el mal gusto disfrutaba con privilegio casi exclusivo del favor público, sucedieron dominando con el prestigio de su fama nues-

tra escena los grandes maestros nacionales a cuyo frente blandiendo el cetro cómico puesto en sus manos por veredicto unánime de la opinión, figuraba el autor de *El Café* en compañía de no pocos y meritísimos colegas extranjeros.

A certificar todo lo que dejo apuntado basta, entre otros testimonios, no menos válidos, cierta carta suscrita por *El Marquéz Nueya* y publicada en "El Aviso" de 6 de enero de 1807 en que su autor—que no es sino el mismo D. Manuel Zequeira y Arango a cuya saludable crítica aludí poco ha—nos advierte que en una misma noche para regocijo de las Piérides, esplendor de las Artes, y puede también que *ad majorem Dei gloriam* si mis viejos maestros los *Padres* no lo llevan a mal, salieron al palco escénico *El Avaro* de Moliere y *El Sí de las Niñas* de Moratín, y con dulce campanilleo de regocijadas alabanzas pondera el acierto de los directores del teatro en la elección de las obras y la inusitada maestría de los comediantes en sus respectivos papeles. Y porque llegues, lector, a conocer hasta en sus detalles de menos cuenta los frutos de esta ascendente evolución del teatro cubano, voy a poner por contera a estas disquisiciones no del todo inútiles, el bello anuncio de una función de gracia que publicó en su edición de 2 de marzo de 1821 el Diario del Gobierno Constitucional de la Habana, y es como sigue:

TEATRO PRINCIPAL

A beneficio del agente de la empresa se ejecutará hoy 2 de marzo la función detallada en el siguiente

SONETO

Nada es más grato ¡oh pueblo venturoso!
Al corazón de ARRIAZA agradecido,
Que el ver que en sus funciones has sabido
Recompensarle siempre generoso:
La que ahora te *ofrece* respetuoso:

Para este día dejará cumplido
Tu contento y placer, pues ha reunido
Cuanto ha estado a su alcance mas precioso.
Una brillante *sinfonía* empieza:
El sobrino fingido irá en seguida:
De Porlier verás luego la entereza
En la última hora de *su vida;*
Y por fin en un baile la destreza
Con que *Ponce descubre la Florida.*

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

TEATRO (1)

CARTA SEGUNDA DEL MARQUEZ NUEYA A SU AMIGO, SOBRE LA COMEDIA TITULADA "EL SI DE LAS NIÑAS"

Querido amigo mio: Por medio del Periódico del 21 de Septiembre próximo pasado te escribí dándote mi parecer sobre la mala elección de varias piezas que se habían representado en nuestro coliseo; pero yo faltaría a la ingenuidad de mis sentimientos si no te instruyese ahora del placer que he tenido en varias representaciones que se han dado a luz posteriormente, como son el *Avaro* de Moliere, y la moderna titulada *El Sí de las Niñas.*

La primera fué regularmente desempeñada por todos los actores, pero en particular por el que hizo el papel del *Avaro.* Ya sabes que soy algo escrupuloso en este punto, pero soy imparcial, y tanto me repugnan las malas comedias, como me complacen las que tienen mérito y son bien executadas. Los actores, sin duda, van corrigiendo sus defectos, y no pierdo las esperanzas de que llegará nuestro teatro, no solo á contentar al

(1) En "El Aviso", Papel Periódico de la Havana, se publicó a 6 de Enero de 1807, esta interesante crítica teatral.

El Marquez Nueya, es uno de los anagramas que usó en su fecunda vida de escritor, D. Manuel de Zequeira y Arango.

S. C. Z.

número de los críticos, sino á ser uno de los principales adornos que constituyen el mérito de nuestra patria, siempre que como hasta aquí no le falte la protección y el zelo del Gobierno. Yo no me detendré en instruirte sobre el argumento del *Avaro* de Moliere, porque te supongo ilustrado en todas las piezas de su teatro, y por lo que respecta al *Sí de las Niñas,* tampoco te haré un plan circunstanciado de su contenido porque no son estos los objetos que me propongo en esta carta.

Baste decirte que el enredo de la última se funda en una *viuda* gazmoña que pretende violentar la inclinación de su inocente hija, proponiéndole por marido a un hombre de una edad desproporcionada, aunque dotado de un carácter noble, y de honrados sentimientos: que esta *niña* estaba enamorada de un *sobrino* de este anciano, el qual era joven, militar y de excelentes circunstancias: que estos amores entre la niña y el sobrino se fomentaban sin noticia de la madre ni del tío; y que este, luego que tuvo conocimiento de la mutua pasión de los amantes desistió generosamente de su solicitud contribuyó con sus intereses a la felicidad de los dos, y pidió a la *niña* por esposa del *sobrino.*

Qué argumento tan escogido para atacar las preocupaciones de nuestro tiempo! Qué agudeza tan delicada en la pintura del ridículo genio de la viuda! Con quanta gracia se aproxima por medio de la ficción á la realidad y á la verósimilitud! Que unidad en los pensamientos y que continuación en los caracteres! Que facilidad y sencillez en la textura del enredo y quanta naturalidad en los diálogos que adornan la comedia! Yo te confieso, mi querido amigo, que me he llenado de un placer extraordinario al ver su representación, y que al concluir el tercer acto no pude menos de exclamar diciendo á los que estaban á mi lado: *Hé aquí la comedia de caracter, este es el espejo de la vida humana, aquel espejo que puesto delante de los hombres los hace avergonzar de su propia imagen....*

Pero me he apartado involuntariamente del objeto de mi discurso, que es hacerte ver la maestría con que fué representada, y así para concluir su elogio digamos en dos palabras: que

los *Moratines* y *Molieres* son los dos hijos mas amados de Talía, y que ella colocada en medio de los dos, los conduce por la mano al templo de la inmortalidad.

Pero volviendo al mérito de la representación, casi me atrevo á asegurarte que esta es la vez primera que he visto sobre las tablas pintar con gestos y actitudes las diferentes pasiones de los hombres. Todos los actores de ella la desempeñaron con la posible propiedad; pero la que sobresalió con excelencia en el arte y la ficción fué la que hizo el papel de *viuda*: parece que la misma retórica le inspiraba el secreto de expresar los movimientos del espíritu, y que había tomado de la pintura las más vivas gesticulaciones para igualarse en esta parte con el mérito de Apeles. El tono de la voz cuando quería agradar a *D. Diego* no pudo ser más natural y quando rogaba á la niña recomendándola el esposo no podía ser más zalamero por sus tiernas inflexiones: si se enfurecía viendo la repugnancia de la niña por el matrimonio contratado, entonces aparecían en su semblante todos los indicios de una alma transportada de furor: ella pasaba de la cólera á la tranquilidad, del placer á la alegría, y aún llegó casi á manifestar dos pasiones contrarias á un mismo tiempo: ella conservó en las demás variaciones de la escena la congruencia más íntima entre los afectos, el ademán y las palabras: ella se impresionaba de los motivos y de las pasiones del autor, se ponía en las mismas circunstancias, empleaba los socorros del arte y de la naturaleza, y por decirlo todo, de aquel entusiasmo que encanta, que embelesa y suspende á los espectadores, y por último parece que según las convulsiones de su rostro y los demás ademanes de su cuerpo, no perdía de vista aquel precepto del divino Horacio que nos recomienda en su carta á los Pisones: *si vis me flere, dolendum est primun ipsi tibi.* Así es como logró apoderarse de la atención del auditorio, y así es como se consigue llegar al grado de lo sublime en el desempeño de las bellas artes. De aquí resulta hacer conocer al Público quán diferente es este género de representaciones al de las tramoyas, farsas y aparatos, y quán diferente es el mérito de estas comedias del de la mayor parte de las producciones de los antiguos.

Todos los demás cómicos procuraron llenar sus deberes con la propiedad posible: *Don Diego* que era el novio anciano y prometido á la *niña* por la viuda exprimió sus afectos con decoro y naturalidad: la niña representó la situación de su alma combatida, con todo el candor y sencillez que inspira la inocencia, y *Don Carlos* hubiera sido más feliz si en su encuentro con la *niña* hubiese hecho resaltar más viveza en su semblante por la conmoción que causa la vista del objeto que se ama quando se encuentra después de algunos días de ausencia. Ya sabes, mi querido amigo, que lo más importante en la representación es que el actor jamás se olvide del personaje que finge, para obrar conforme al carácter que tiene que imitar; y así es que en faltando la debida acción, queda débil y fallida la poesía más excelente: tú te acordarás de que el sabio Demóstenes ponía su mayor esmero en el tono de la voz y en el gesto; dos puntos que son aun más esenciales en la declamación teatral, porque la voz es el órgano de la razón que nos instruye y nos convence pero el gesto es de un uso más dilatado, ó por mejor decir, un lenguaje enérgico que se encamina en derechura hasta el corazón. De qué se infiere que en las agniciones y en los encuentros repentinos es indispensable que el actor indique la sorpresa del espíritu por medio de agitaciones agradables para no caer en el defecto de frialdad y languidez.

De todo lo que hasta aquí he relacionado vendrás en conocimiento de que ha mejorado la constitución de nuestro teatro, que poco á poco se van desterrando aquellos monstruosos comediones de que hice referencia en mi anterior carta y que por consiguiente hay más delicadeza en la elección de las comedias de algunos días a esta parte, y aun no dudo que nuestro teatro adquiriría más importancia si viésemos los espectáculos más concurridos de las gentes principales.

Pero yo no sé por qué especie de fatalidad hemos de ver tantos ciudadanos y tan pocos patricios y por qué los poderosos no han de contribuir al fomento de nuestro coliseo. Este ha sido y será el primer objeto de las naciones más cultas: entre los griegos era el espectáculo una de las principales atenciones

del Estado: en Atenas concurrían todas las clases de ciudadanos sin que faltara el mismo Sócrates: la República costeaba de sus fondos todos los gastos necesarios y siempre presidían los *Arcontes*. En Roma se encargaba la dirección del teatro á los Ediles: asistían todos los Magistrados y concurrían hasta los Catones. ¿Y por qué será que entre nosotros se miran con tanta indiferencia los espectáculos? Por qué nuestros palcos no han de estar ocupados por las primeras personas del país para sostener este apreciable monumento de la felicidad pública?

¿Y por qué no hemos de protexer los talentos del artista, siempre que no se haga indigno de ello por la corrupción de sus cistumbres? Yo considero que es una obligación de la Patria recompensar el mérito de los sugetos, y que los cómicos, lejos de ser despreciables por esta ocupación se hacen dignos del aprecio público: de aquí es que Esopo tuvo tanta estimación como Sófocles, y Roscio no fué menos considerado que Ciceron.

Concluyo, pues, amigo mío, diciéndote que siempre que los artistas excelentes no se vieran desalentados con el desprecio, sino que se les estimulara con distinciones, entonces los teatros se acercarían a la perfección. Castíguense enhorabuena aquellos que lo merezcan por su conducta corrompida, pero no olvidemos los aplausos para los que por medio de la dulce ilusión nos saben inspirar el horror á los vicios y el amor á la virtud.

Pasarlo bien, y á Dios hasta otra vista.

EL MARQUEZ NUEYA

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

MI OFRENDA

Quiero depositar sobre la tumba donde descansa la escritora inmortal, redivivas hoy por cálido rocío de lágrimas, las flores que modestas y sencillas, puse un día a sus piés en la solemne ocasión de un banquete ofrecido por la revista *Bohemia* a la prensa habanera, y de las cuales, manos expertas y diligentes hicieron providencial acopio.

Dije yo entonces entre otras cosas, lo que a continuación reproduzco:

Amigos mios: los amables anfitriones de esta fiesta, el grupo animoso de jóvenes que han dado vida y calor a una empresa que parecía irrealizable la de dotar a esta isla de Cuba de una revista literarita como *Bohemia* han tenido la amabllidad de designarme para que hable con vosotros en esta ocasión.

Yo, haciendo exámen de conciencia declaro con ingenuidad absoluta que con más autoridad que yo, podrían haber llenado mi turno muchos de los comensales que esta tarde nos favorecen con su presencia, pero acaso la circunstancia de haber sido un amigo leal de esta publicación desde sus comienzos, ha determinado a sus directores a confiarme la comisión a que me refiero, que trataré de cumplir como Dios me de a entender, contando de antemano con vuestra benevolencia.

Una manifestación que estoy seguro habrán de aplaudir mis comitentes y aún suscribirían si en letras de molde llegara a publicarse quiero hacer, enviando mi primer saludo a la simpática figura de Aurelia Castillo de González.

No es señores este un rasgo de pueril galantería: el hermoso bouquet de flores que representa siempre la mujer cubana no ha podido mandarnos nada más digno ni más estimable que esta dama que une a los timbres de su nombre y de su gloria literaria la propia atmósfera de simpatía que por doquiera en su torno se difunde. (Aplausos).

Yo la miro como una flor fresca y fragante para la cual si es verdad que ha habido aurora, parece cierto que no existe ocaso: es de esas flores en cuyo corola perdurarán siempre matices y perfumes..... (Grandes aplausos interrumpen al orador.)

Con ella basta: todo lo que podría enviarnos la sociedad cubana de más hermoso nos lo ha dado con esta señora que yo me atrevo a llamar una gentilísima mensajera..... (Grandes aplausos interrumpen de nuevo al orador).

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

A AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

Que los acentos de mi lira triste
al vibrar en tu oido halagadores,
por que van de la tierra en que naciste,
te lleven de sus brisas murmuríos,
perfumes de sus flores,
y arrullos de sus selvas y sus ríos!
¡Qué larga es ya tu ausencia!
¿Cuándo aquí donde tanto te queremos,
gozosos volveremos
el encanto a sentir de tu presencia?
¿Cuándo con tu figura casta y suave
al par que majestuosa,
con tu aire dulce y grave,
y su semblante fúlgido de diosa,
te veremos serena
ante la turba de entusiasmo llena
con tu armonioso acento
dar tus versos magníficos al viento?
¿Cuándo Cuba, de amor y orgullo henchida,
en plácido embeleso
podrá otra vez con su materno beso
acariciar tu frente de elegida?
Yo no quisiera que en tu hogar hermoso,
asilo de la dicha y de la calma,
donde sonrie sin cesar tu alma
al amor entrañable de tu esposo,
resonara mi acento

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

Ilustre poetisa fallecida recientemente en Camagüey.

sino en risueñas notas de contento;
más ¡ay! ¿qué te diría
que llevara a tu pecho la alegría?.....
Nuestra patria, que sufre abrumadora
la odiosa tiranía
que su seno ensangrienta
en silencio devora
su dolor y su afrenta,
volviendo la mirada entristecida
a aquellos tiernos hijos que quisieron
dar por ella su vida,
y en el combate heroico no murieron;
que de la dócil turba separados,
lloran en sus hogares desolados
la maternal tristeza,
sólos en su amargura y su grandeza!
¡Que con los besos mios,
los pobres ecos de mi lira triste,
al vibrar en tu odio halagadores
porque van de la tierra en que naciste,
te llevan de sus brisas murmuríos,
perfumes de sus flores,
y arrullos de sus selvas y sus ríos!

Junio 10 de 1890. *NIEVES XENES.*

UN CUENTO DE FRANCISCA

En aquellos tiempos tenían mis padres una esclava. Francisca entró en casa cuando yo contaba unos ocho años. Pocos corazones he encontrado en mi camino por la tierra tan excelentes como aquel; así es que muchas veces, pensando en ella y poniéndola en cotejo con personas de mi raza, me vienen en el acto a la memoria los conocidos versos de nuestro más delicado poeta, que dicen:

"¡Qué blanca es la señorita!
¡Qué negra su pobre esclava!
Mas si salieran al rostro
Los colores de sus almas,
¡Qué blanca fuera la negra!
¡Que negra fuera la blanca!" (1).

Además de ser tan buena y de poseer a la perfección todos los conocimientos que constituyen una inmejorable criada, tenía Francisca otra cualidad especial, a la que en mis pocos años daba yo mas precio que a todo lo demás: era notabilísima narradora de cuentos. Su caudal no se agotaba jamás ni su paciencia para repetírmelos. Así andaba yo siempre cosida a sus faldas, pidiéndole que me concluyese el cuento comenzado uno o dos días antes, o que, no bien acabado uno, principiase otro. En los que más se complacía y los que a mí también me gustaban más, eran los de magia, que ella llamaba de arte. Los

(1) Diego Vicente Tejera.

variaba de mil maneras, los alargaba o acortaba, según el tiempo que podía dedicarme, en fin, después me ha confesado que muchos de ellos los iba componiendo a medida que los narraba, y, con cierta vanidad que yo antes no le conocía, me ha referido que en la Habana (estábamos entonces en Puerto Príncipe) apostaba con una señorita que tenía el libro de Las Mil y Una Noches a cuál de las dos contaba más, y que ella, sin libro—pues la pobre no sabe leer—había vencido a la señorita. Nunca he olvidado el deleite con que escuchaba a Francisca, y cuando ahora, al cabo de tanto tiempo, se me pide que escriba un cuento para las columnas de La Habana Elegante, yo, que deseo tanto complacer a asus amables redactores, pero que a pesar de mi antigua afición a las historias maravillosas, jamás he sabido inventarlas, por decir siempre la verdad lisa y llana, sin tener siquiera el buen gusto de adornarla con algunos graciosos accesorios, no hallo más recurso que el de apelar a mi memoria, procurando recordar un cuento de Francisca. Bien se que no saldrá con el interés que ella les daba, merced al cual lograba tenerme colgada de sus labios horas y horas; pero trataré de imitarla en cuanto me sea posible.

En un país.... (Francisca no sabía nada de geogrfía, y sus historias pasaban siempre en el mundo, en la gran patria); pues bien, en un país estaban una vez los hombres en guerra, guerra furiosa sin cuartel. Unos habían tomado divisas verdes y los otros rojas, y se distinguían por los rojos y los verdes. Decían estos que aquellos, ya por fuerza, ya por maña, conseguían todos los destinillos; que después de conseguirlos, desempeñábanlos mal; que no los dejaban respirar a ellos y que se yo cuantas cosas más.

Los otros se hacían los suecos, digo los sordos, que Francisca no sabía de nacionalidades, y seguían en sus trece; y por estas y otra bagatelas vinieron a las manos, y nadie quería ceder, y ya la tierra estaba toda manchada de sangre, que partía el alma verla, porque era una muy hermosa tierra, con muchos ríos y arroyos y los árboles muy bonitos, con el tronco muy alto y muy derecho y las hojas en forma de palmas, y otros árboles de

mucho ramaje, que siempre estaban verdes y daban unas frutas muy sabrosas. Y tenían lomas que de lejos parecían nubes obscurísimas, y cuevas con las paredes y los techos y los pisos abrillantados, y su cielo era muy azul y muy claro y muy bonito; y en fin, tenía tantas cosas lindas aquella tierra, que sus hijos y hasta sus hijas estaban enamorados de ella, y siempre le estaban diciendo mil piropos en verso; porque les parecía que la prosa no serviría para celebrarla.

En aquella tierra, pues, se estaban matando; y sin embargo, pasaban cosas muy buenas, y decían los mas cuerdos que se debían contar y hasta escribirse en los papeles, vinieran de quien vinieran, para que sirviesen de ejemplo, y para dar muestras de imparcialidad y de justicia, porque de este modo, cuando se quejaran de algo malo, se vería que habían de tener razón; y entre esas cosas buenas, una de las mejores era la historia de un capitán, de quien decían todos que cuando le veían comprar ropas y vituallas y repartirlas entre los verdes y los rojos que él consideraba más hambrientos y desnudos, les parecía que estaba dándoles los pedazos de aquella alma tan buena. Y después dicen que se quedaba como si no hubiese hecho nada, creyendo que nadie tenía que agradecerle cosa alguna.

Este capitán, que era de los rojos y se llamaba Almogueras, quería con un amor muy singular a una muchacha del bando verde, a quién todos y él con más veras que otro alguno, llamaban Amada. La quería allá en el fondo de su alma, con tal secreto y tal veneración, que jamás venía a sus labios una palabra ni a sus ojos una mirada que expresaran lo que sentía. Su amor no pedía correspondencia, porque Almogueras era feliz con ver a Amada y con sentir que aquel afecto tan puro le llenaba todo el pecho. Otra particularidad tenía aquel capitán. Decían todos que era un republicano atroz; pero lo decían como en secreto, y esto me hace presumir que aquel país no era república; pero yo no puedo decir que clase de gobierno era aquel, ni como iba su administración, ni sus costumbres ni nada, porque Francisca dejaba todo eso indeciso, mejor dicho, sobreentendido, y yo no quiero poner nada de mi cosecha, limitándome a mejorar un poco

el lenguaje, porque el de la pobre esclava no es para impreso. También he de advertir que sus personajes debían de tener familia; pero que ella no hacía nunca mención más que de los individuos que entraban en juego, ni me describía las casas o los palacios donde vivían como hacen hoy los novelistas, con tanto primor que parece que se ve lo que pintan. Todo eso lo dejaba ella en cierta vaguedad muy adecuada a los prodigios que refería, y muy a propósito para seducir almas infantiles. Algunas veces indicaba, como de paso que el palacio en que estaba encantado el príncipe era muy hermoso y que todos los muebles eran de oro.

Volviendo a Almogueras, era un republicano tan extremado y tan raro, que de sus generales abajo, a todo el mundo tuteaba. hasta a Amada, a quién él respetaba más que a una reina. porque decía aquel buen capitán que más mérito tenía la virtud de una muchacha que andaba por la vida expuesta a mil riesgos, que la de una princesa encastillada en su palacio, a quién nadie se atreve a levantar los ojos para mirarla a la cara, y que sin embargo.... Almogueras no era malhablado, y siempre dejaba eso así.

Y en verdad que pensaba justamente en lo que a Amada se refería, porque su virtud no era de esas que se conservan porque no hay otro remedio. No, señor, Amada podía darle un susto a cualquiera con su par de ojos negros, tan brillantes, tan grandes y tan dulces, que si los bajaba parecía que se dormía y si los alzaba parecía que encendía una luz; con su cabellera obscura y ligeramente crespa, que llevaba casi siempre destrenzada; con su andar indolente y gracioso, y con su alegre risa, que salía del corazón y que a todos comunicaba el contento, porque todo el mundo sabía que aquella sonora explosión no encerraba ni las malignidades de la burla, ni los regocijos de la envidia, al ver humillada a una rival. Cuando Amada sujetaba entre sus cabellos una encendida rosa—y lo hacía con mucha frecuencia,—sus mejillas algo morenas reflejaban aquel color de fuego y se ponía tan preciosa, que Almogueras lucha-

ba fuertemente consigo mismo para no caer de rodillas delante de su ídolo, y adorarlo un buen rato.

No puedo decir si la figura del capitáa correspondía a la de su amada. Parece que Francisca no daba gran precio a la belleza masculina. Ella no me decía de sus héroes sino que eran muy valientes y muy constantes enamorados, y yo suponía que era también muy hermosos. No me aparto de su método ni de su relato, y dejo en libertad la fantasía del que lea este cuento para que se forje el tipo físico de Almogeras. Lo único que yo diré es que su alma era digna de tener por albergue el cuerpo de Apolo.

Como Amada era tan linda y tan juiciosa, tenía muchos enamorados que no se callaban como el capitán, a quién ella sólo quería como a su mejor hermano, sin sospechar siquiera de qué modo la amaba él. Entre aquellos enamorados le gustó uno, y la boda estaba concertada para un día de mayo, porque Amada era muy aficionada a las flores y quería casarse en ese mes que tiene tantas, pareciéndole que ellas serían un presagio de felicidad.

¿Quién puede pintar lo que pasó entonces en el corazón de Almogueras? Cualquiera creerá que los celos se lo destrozaron con sus aceradas puntas; pero cualquiera que lo crea se engañará. Aquella alma era excepcional en todo. Almogueras quería mucho al novio, por que este quería mucho a Amada; se encontraba feliz porque Amada iba a serlo, y al mismo tiempo sentía que su corazón estaba como bañado por un bálsamo que le comunicaba una tristeza muy honda y muy suave.

En estos días supo el capitán que Juanillo, un hermano de Amada, que a pesar de sus pocos años estaba en la guerra y peleaba como un pequeño león, había caido prisionero de los rojos, y lo peor del caso era que el jefe en cuyo poder se hallaba resultaba ser un tal Zorrolobo, hombre que gozaba fama de feroz, y a lo que parece, muy bien ganada.

Cuando Almogueras supo la fatal noticia dijo allá para su alma—pues ya sabemos que era con quien más hablaba:—"Ya tengo mi regalo de boda para Amada"; y sin despedirse de ella

siquiera, montó a caballo y partió a escape con dirección al campo de Zorrolobo. Para llegar allá no había más remedio que pasar por el bosque donde estaban apostados los verdes; el capitán lo sabía, y parece que su caballo lo adivinó, porque se encabritaba y volvía la cabeza a un lado y a otro, sin hacer caso del freno que le maltrataba la boca, queriendo escapar por donde pudiera, al percibir cierto olorcillo de pólvora enemiga que él debía de conocer muy bien; pero el jinete, prescindiendo por primera vez del trato mimoso que deba siempre a su soberbio moroazul, le metió las espuelas hasta no más, y le obligó a pasar rápido como un rayo por entre los enemigos, que no tuvieron tiempo para enviar siquiera un disparo, a manera de saludo, a aquella visión, apenas vislumbrada, cuando desaparecida.

Almogueras llegó al campamento de Zorrolobo muy a tiempo, pues ya Juanillo estaba sujeto con buenas cuerdas y no se esperaba más sino que el jefe se retorciese el lado izquierdo de su largo bigote, señal que había adoptado para indicar que un alma debía pasar a otra vida mejor; y se dice que ese lado del bigote no se le destorcía ya nunca, de tal modo, que las devotas del país (Francisca no hacía distinción de religiones, y las hadas andaban en sus cuentos mezcladas con los santos), apenas sabían que había caido alguno en manos de Zorrolobo, ya le contaban con las ánimas del purgatorio y comenzaban a rezarle el credo.

El capitán se llegó al general y le dijo:—Vengo a pedirte a Juanillo. ¿A Juanillo? dijo Zorrolobo con sorna; ¿Querrás decir que vienes a enterrarle?—No; vengo a llevárselo vivo a Amada.—No puede ser; es un prisionero de guerra; le he cogido con las armas en la mano.

—Lo que no puede ser es que Amada se muera si le matas a su hermano. Ven conmigo, muchacho. Y diciendo y haciendo, desató las ligaduras del prisionero, le ayudó a subir a la cabalgadura, se puso también encima de un salto y desapareció por donde mismo había venido, dejando estupefacto a Zorrolobo, más sorprendido de lo que pasaba en su interior, que del

rasgo heroico que acababa de presenciar. Mi buena negra aseguraba que un hada benigna le había tocado el corazón a aquel mal hombre para que Almogueras cumpliera su generoso designio, y aunque yo no soy muy inclinada a creer en cosas maravillosas, no puedo menos de pensar que algo sobrenatural hubo en esto, porque Zorrolobo no fué bueno más que en aquel momento, y el mismo contaba, casi avergonzándose de ello, que cuando el capitán puso al muchacho sobre el caballo había sentido un toque suave en el corazón, que se lo conmovió todo, haciéndole experimentar sensaciones que él no recordaba haber conocido ni en sueños.

Almogueras hizo volar otra vez su caballo por entre los enemigos, y llegó jadeante a casa de Amada. Para no impresionar a ésta demasiado, entró sólo. En la casa había mucha gente. Amada estaba vestida de blanco; tenía una corona de azahares sobre su hermosa frente, y sus grandes ojos despedían estraños fulgores. Estaba divina. El novio, radiante de alegría, estrechaba una de sus manos.

Almogueras llegó hasta ella, y con voz en que no se podía definir ninguna expresión, porque parecía que en ella se mezclaban las inflexiones que la comunicaban todos los sentimientos grandes y buenos, dijo a la joven:—Amada, te traigo mi regalo de boda: Juanillo está aquí. Amada exhaló un grito, y se precipitó en brazos de su hermano, que apenas oyó pronunciar su nombre, había entrado, todo trastornado, diciendo con voz entrecortada por sollozos:—Me ha salvado la vida.... sin hacer caso de la suya.... Zorrolobo me había hecho prisionero.... Amada tembló al saber el riesgo que había corrido su hermano, y alzando sus ojos llenos de lágrimas, los fijó en Almogueras con tan suprema expresión de afecto y de gratitud, que este también sintió rodar dos lágrimas por su rostro; pero dos lágrimas nada más, gruesas y silenciosas. En ellas desbordaba la plenitud del amor y de la felicidad; y cuando el capitán se inclinó para besar la mano que Amada le ponía sobre sus labios, cayeron, milagrosamente unidas en una sola gota, sobre los dedos de la des-

posada, como un brillante de invisible anillo, símbolo de otro desposorio purísimo y eterno.

Almogueras salió de la casa, y jamás volvió a saberse de él; pero siempre que Amada se quedaba sola, volvía a aparecer en uno de sus dedos una gota que brillaba mucho más que un diamante; como un bellísimo lucero, y Amada tenía por cierto que era el alma de Almogueras que venía a visitarla.

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

NOTAS:

I

Se ha forjado este cuento sobre un episodio ocurrido en la guerra de Cuba. Los nombres son verdaderos, excepto el de Zorrolobo, que ocultaba el de un general español. Cuanto al capitán Almogueras se refiere, su secreto amor por Amada, la alegría porque esta se casase con quién podía ofrecerla más ventajosa posición que él, el rescate de su hermano con todos sus pormenores, las dádivas a cubanos y españoles, y hasta la costumbre de tutear a todos, en fuerza de su extremado republicanismo, todo está ajustado a la más estricta verdad. Amada, de apellido Carbonell, residía con su familia cerca del Cauto, en una finca de su padre, y el rescate de Juanillo tuvo efecto en un punto no muy apartado de allí denominado La Guanábana.

Almogueras murió en Manzanillo en 1874, sufriendo arresto en una prisión militar por haber hecho grandes demostraciones públicas de contento cuando en 1873 se proclamó la república en España.

También Francisca ha existido; existe aún, cuando esto escribo (Junio, 1891), y todo lo que de ella digo es exacto.

II

El nombre del general español (que entonces no tendría se-

guramente esa graduación) es ¡Weyler! Gracias a nuestros heroicos revolucionarios, se puede ya decir. Andando los tiempos, fuí desterrada bajo su mando. Nos hemos pagado bien.

Habana, 19 de Enero, 1900.

III

La narración de los hechos referidos me la hizo González, que fué amigo de Almogueras y conoció a la familia de Carbonell.

El único detalle que he atribuido a Weyler, siendo propio de otro jefe español, cuyo nombre no puedo recordar, es el de retorcerse un lado del bigote para indicar a sus subalternos que se ejecutase a un prisionero.

A. C. de G.

A LA NIÑA LUCILA CUEVAS ZEQUEIRA

Un hombre encontró a su paso
una flor nunca soñada,
de pureza inmaculada,
de hermosura celestial·
Sobre el corazón la puso
prodigándola caricias,
y ella le vuelve en delicias
aquel culto sin igual.

De la dicha, desde entonces,
tiene aquel hombre la ciencia·
¡Es un baño su existencia
de dulzuras y de amor!
"¿Cual es la flor , quién el hombre?"
De él llevas en tí un reflejo,
y mirándote a tu espejo
has de contemplar la flor.

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

Abril 29, 1912.

SALUDO A AMERICA

¡Oh América! ¡Salud! Tus puras brisas
el ósculo de amor traen a mi frente,
y recogen del labio balbuciente
ayes, besos, suspiros y sonrisas.

De mi vida las sombras indecisas
desvanece tu sol resplandeciente,
y a sus claros reflejos, en mi mente
infantiles imágenes precisas.

Hogar, pueblo, familia ante mis ojos
se presentan en rico panorama
y en éxtasis de amor absorta quedo;

en tus arenas póstrome de hinojos,
y el llanto que en mi rostro se derrama
es el tributo que ofrecerte puedo.

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

Puerto Rico, 1878.

LAMPARA VOTIVA

A AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

Es hora de penumbras y de misterios.

Sigilosa, en puntillas, traen mis brazos una corona hecha con flores del pensamiento que entre lágrimas y suspiros y meditaciones profundas, tejieron tus hermanas, tus hermanas en ideal, tejieron para tí.

Es una ofrenda que, en nombre de todas deposito reverente en el altar de tu gloria.

Y mi mano trémula enciende a la vez una lámpara ante ese altar, lámpara que ha de mantener vivo, inextinguible, el fuego sagrado de tu memoria.

Y los labios musitan una plegaria que, cual hilo de plata de manantial escondido, brota espontánea y pura a través de las fibras más sensibles del corazón.

Y en tanto, en el momento solemne, una campana deja oir el son augusto de su gemido.

Y estas flores del alma, estos frutos del pensamiento que tienen perfume de vida, que abrieron sus pétalos espirituales al calor del sentimiento más puro, son flores que no se mustian.

Perennemente tu recuerdo y tu ejemplo serán faro que nos indique el sendero del bien y la puerta del triunfo.

Y este Camagüey, al que con arrullo de paloma pedías "calor de nido" y al que volviste ávida de sus brisas, te mantendrá siempre en tu sitial glorioso, porque fuiste constante y tenaz en el esfuerzo, abnegada y heroica en la ímproba faena de conquistar el laurel.

Acaso tus hermanas no plantemos un sauce gemidor junto a tu losa; pero, en cambio, te prometemos hacer bien a las almas que sufren, distribuir pan del espíritu, caminar hacia el ideal, e invocando tu venerado recuerdo, marcharemos tras el lábaro augusto de tu ejemplo.

DOLORES SALVADOR DE LAFUENTE

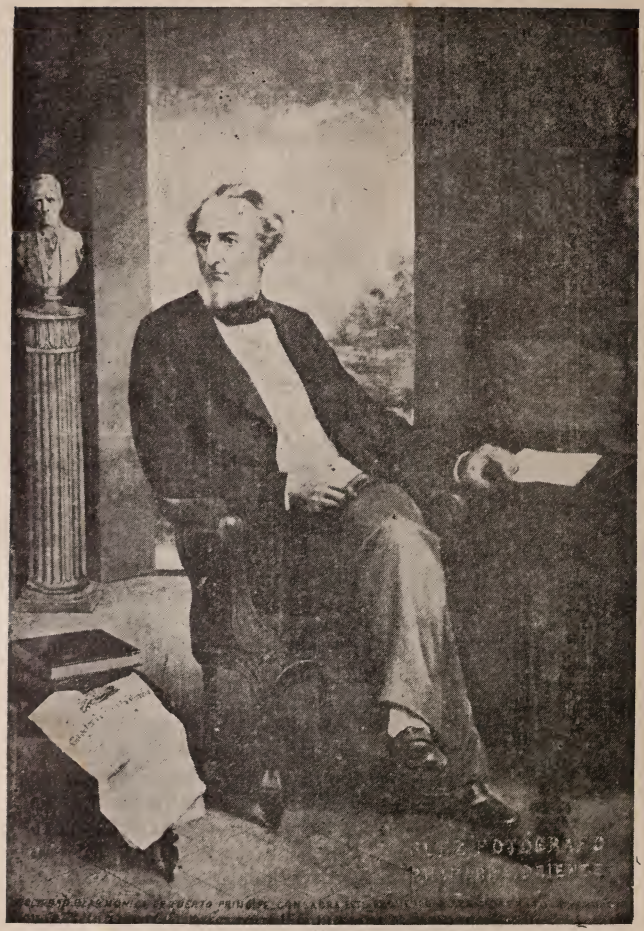
CARTAS DEL LUGAREÑO

I

A mi amigo Juan Agarras, de Santiago de Cuba.

No hay nada de eso que tú supones, Juancho mío, en tu apreciable de 26 del pasado. No hay tales ansias, ni tales preparativos, ni tal embullo general para andar S. Juan a caballo; es todo lo contrario. Vosotros los de la Isla que estais al canto del agua os figurais que nosotros los tierradentro estamos por conquistar. Engreidos con vuestros caminos de hierro y acueductos vuestras empresas de minas y óperas italianas teatros y mercados, calles y alumbrado, serenos y otras mejoras sociales que al cabo de las mil y quinientas habéis podido lograr, cuando de puro viejas se han olvidado en otras partes, os divertís a costa nuestra, haciéndoos los muy creidos de que por acá sólo pensamos en echarnos a la calle a dar voces y carreras cual si fuésemos los únicos Patagones de esta Isla; que nuestra diversión predilecta es enlazarnos unos a otros como vacas, y sortearnos como toros y verracos en traje de mamarracho. Vaya!, que la riqueza produce los mismos efectos en los pueblos que en los individuos.

Pero pardiez que os habéis equivocado. ¿Creeis que porque no tenemos dos o tres mil extranjeros en la Ciudad, ni Luceros, ni Auroras ,ni Planteles, ni imprenta litográfica, ni poetas que compongan dramas románticos estamos escluidos del banquete de las ideas del siglo, y que no nos tocan ni las sobras? ¿De qué lo inferís? De que andamos San Juan a caballo?, ¡Ay, camarada! Si por la diversiones populares hubiera de medirse la al-



GASPAR BETANCOURT CISNEROS (El Lugareño.)

tura a que se encuentra la civilización de algunas sociedades; pueblos conozco yo que no levantarían un geme del tiempo de la conquista. Algunos conozco yo en que su juventud mas requintada *a la dernière,* encuentra su mas grata diversión en una plaza de toros...! Pero nadie ve la viga en su ojo: el boticario no siente la peste de sus drogas, como el que entra de afuera. Sucedió desde abinicio lo que frecuentemente acontece en el reparto de un caudal que unos herederos se cojen las fincas productivas y otros los drogones; unos se hacen ricos y otros pobres, y en el pobre todo es tiña. No creas que lo digo, chico, ni por queja ni porque esté disgustado, que la misma Providencia que encumbra los humildes convierte los drogones en pingües patrimonios de una familia virtuosa.

Para darte mejores ideas del estado actual de la civilización Camagüeyana te pintaré, como Dios me ayude la gente del Camagüey. Después te diré lo que hay y lo que pienso del S. Juan.

Tres clases nos disputamos hoy en el campo de la opinión; de esa opinión pública que impera despóticamente en cada siglo: los retrógrados, los estacionarios y los progresistas.

La divisa de los retrógrados es *vade retro.* Con ellos no hay términos de capitulación: toda idea nueva, todo proyecto o empresa nueva los espanta, como a los antiguos Americanos el cañonazo europeo. ¿Se les propone por medio de hombres honrados? Sólo *en su tiempo* había hombres honrados; hoy todos son pícaros. ¿Se les propone por medio de mujeres virtuosas? Sólo *en su tiempo* las había; hoy todas son coquetas. ¿Se les envían niños bien educados? Sólo *en su tiempo* había muchachos bien criados; hoy son todos mataperros. Y por este tenor, los novillos de *su tiempo* eran más hermosos y gordos; la tierra en *su tiempo* producía más y mejores yerbas; el sol era más claro, las aguas más dulces, el país más sano y la vida más larga. *En su tiempo* no se necesitaba de caminos de hierro, ni puentes para ir a donde les daba la gana; ni de repartir las haciendas para que produjesen muchísimo dinero; ni del comercio libre para tener cuanto necesitaban; ni de condenadas impren-

tas, ni escomulgados libros para formarse hombres muy sabios y profundos. De aquí es el empeño del retrógrado de *volver atrás* del punto en que nos hallamos. El Hatibonico está turbio en el puente de la Caridad y es preciso ir a sus manantiales a buscar agua clara. Entiende, Juan, que al hablar así comprendo las masas, pero no determinadas personas, que en todas las clases hay siempre excepciones honrosísimas. Hombres conozco yo en ese bando que valen por diez progresistas; que están penetrados de esa verdad: que el tiempo presente es la consecuencia inevitable del pasado y el nuncio seguro del porvenir; hombres que han oido y entendido estas palabras de la sabiduría: "el árbol bueno, produce frutos buenos", y honran la juventud del siglo para honrarse a sí mismos. Los que así no obran al cielo escupen.

Los estacionarios se mantienen a pié firme, inmóviles como la loma de Tubaquey. Su divisa "Statu quo" no deja dudar de sus principios: *más vale malo conocido que bueno por conocer.* En este bando están alistados aquellos hombres que se llaman de sabiduría y prudencia, de pesetas y prestigio; de consiguiente es el bando respetable, imponente, preponderante; la masa es de hierro; Jovellanos los retrató en una pincelada, "hombres de buen corazón, pero de malos principios". En ellos *el principio de utilidad es la justicia, la estacionalidad es el orden; la costumbre es la ley la fuerza es el derecho.* Esta enorme masa está apoyada por otra todavía mayor, la de matronas, gente como tu sabes sedentaria y poltrona, de cama y butaque; pero buena gente entre quienes, se puede vivir sin zozobras y gozar de algunas conveniencias: atajan, pero no empujan; sujetan, pero no aprisionan; regañan, pero no hieren; imponen su fe, pero no achicharran; exijen amor, pero no violentan: gente en fin cariñosa y amañada que dan, si quitan, y divierten al progresista si lo hacen desertar de sus banderas, como se distrae a los niños dándoles juguetes para que no corran y se rompan las piernas. No puedo prescindir de transcribirte aquí algunas estrofas de una marcha patriótica que han compuestos los estacionarios para que sus matronas canten sin

cesar y cual encantadora sirena atraigan a los progresistas. que generalmente son vivarachos y amigos de bullanga, baile y canto.

PATRIOTICA ESTACIONARIA

CORO

Viva la gallina.....!
Viva¡ Bravo! Bien!
No te vayas ven!

Que más vale en el agua estancada
Diestramente las redes tender,
Que a los raudos torrentes lanzarse
Y las redes y vida esponer.

Viva la gallina. .....!

Y a la sombra del árbol sentado
Dulce *Jagua* madura aguardar
Que afanarse en trepar el pimpollo
Y caer, o la verde encontrar.

Viva la gallina.....!

Fiel paloma casera te arrulla
Junta al nido y pichón que te dá
¿Porque en pos de torcaz volantona
Cazador indiscreto andarás?

Viva la gallina.....!

Deja el tiempo venir mesurado
Por el brazo de invicto Jeová:
Eres necio en pensar que un instante
Más o menos veloz correrá.

Viva la gallina.....!
Viva! Bravo! Bien!
No te vayas: ven!

Esto es lo que acá, tierradentro, llamamos *dar sebo*: el progresista que se deja asi *ensebar* no tiene remedio sino que desierta de sus banderas y entra por el aro de la estacionalidad.

El bando progresista es el débil , disperso: es el bando de las simpatías y el amor, del entusiasmo y la atracción; bando de la juventud y la infancia de ambos sexos. Si lícito me fuera usar el tono de Profeta, diría que la divina Providencia le tiene condenado a sufrir grandes pruebas o durezas como al pueblo de Ysrael, hasta, que se haga digno del bello porvenir que le tiene preparado. La divisa común de nuestro bando, "E pur si muove", asegura que no hay un grado oculto de perfección, en la humanidad y una felicidad en este mundo a que podemos aspirar, si logramos generalizar nuestros principales principios, que son indestructibles: de lo bueno, el todo; no hay derecho superior al derecho; la justicia primero que la utilidad; la verdad sobre todo; Dios y Patria.

Pero nuestro bando es el mas inconsecuente y atronado, por lo cual es el más débil y disperso. Así es que los retrógrados nos ponen en ridículo, comparándonos al maquinista que creyó haber encontrado el movimiento perpetuo porque dió en la locura de estar siempre bailando. En realidad, Juanito, nosotros nos parecemos a aquellos cristianos que poseyendo la mejor doctrina, la deshonran con la peor conducta. A excepción de los pocos, que como antes dije nunca falta en toda comunidad, la mayoría se compone de jóvenes inconsecuentes. Queremos de lo bueno el todo; pero no tratamos de descartarnos cuanto antes. de lo malo que tenemos. Queremos asegurar nuestros derechos; pero invadimos los derechos de otros. Queremos que se nos dé lo que se nos debe en justicia; pero nos negamos a dar lo que debemos en justicia. Queremos que replandezca la verdad; pero servimos de tapa a la impostura y la mentira. Queremos en fin un Dios en el Cielo y una Patria en la tierra; pero nos des-

viamos del único camino que conduce a Dios y a la Patria; virtud, derecho, justicia y verdad.

El verdadero progresista debe ser consecuente con sus principios; retrogradar nunca; estacionarse jamás; adelante siempre. Alcanzó un escalón? pues a subir otro. Se apoderó de una verdad? pues a buscar otra, y entretanto que se desarrolla aquella con todas sus consecuencias. ¿Hizo un Camino de hierro, fundó una escuela? pues otro y otra por otro lado; y así en el mundo intelectual como en el material la misión del progresista es adelantar y mejorar. Lo persiguirá la envidia, lo asaltará la calumnia; no importa, la humanidad lo defenderá; porque sus tendencias y su interés es estar mejor. Se le regarán obstáculos en su camino, se dirá que su idea o su empresa es imposible, o es estemporánea, o es inútil: adelante; su respuesta sea su divisa: "E pur si muove".

Es necio empeño disuadir al progresista de su propósito de perfectibilidad. Su principio es indestructible; está gravado en el corazón del hombre por el dedo del Omnipotente. y así se desarrolla en el individuo como en la sociedad; no hay un hombre, no hay una sociedad humana que no aspire a *estar mejor*. Se puede con un poco de arte y maña conseguir que se ignore la verdad, que no se conozca una cosa útil; pero está por descubrir el arte de *desenseñar o desaprender* una verdad conocida, una utilidad palpada; que igual sería ese intento al de un cura de mi tierra que mandó doblar por uno a quien creyó muerto, más luego que volvió del parasismo mandó al monigote que desdoblase.

Tal es el estado en que hoy nos encontramos, Juan de mi vida; es un crepúsculo de la civilización en que se ven los bultos, pero no se distinguen sus formas; es la lucha de las máximas y rutinas antiguas ,contra los principios y métodos modernos; a la manera que lo troncones de quiebra hacha y jiquí permanecen largos años profundamente arraigados después de tumbada y quemada la roza; es preciso aguardar que el tiempo los pudra y entre tanto sembrar contra el mismo tronco aguacates y palmas que producirán frutos para la generación siguiente.

Débil e inconsecuente cual te he pintado el bando progresista el Camagüey prospera; y si más no prospera, culpa es de nosotros que no tenemos las virtudes indispensables. No quiero que te atengas a mi simple palabra; te daré hechos. Por mi te responden los exámenes de la educación pública, los colegios y cátedras fundadas en estos días, las academias de Jurisprudencia, idiomas y Bellas Artes; las sociedades patrióticas de la Caridad, comercio y agricultura; esto en el orden intelectual. En el material por mi te responden los jóvenes agricultores y artesanos que hoy tenemos; las fincas fundadas en las desiertas haciendas comuneras; los caminos de la jurisdicción abiertos a la medida legal, que los nacidos no vimos antes; hombres empleados en constituir un camino de hierro, que nuestros padres ni lo pudieron soñar; seis puentes más, construidos en los últimos seis años; edificios cómodos para alojar a la humanidad desvalida y enferma; plaza de recreo donde el año pasado sólo había zanjones é inmundicias que arrojaban las negras vendedoras; todo esto, ó la mayor parte hecho, ¿por quien? Por un pueblo tierradentro, pobre y privado de relaciones sociales, reducido a triste y miserable tráfico de ganados y *pax tecum*, que a los diez o veinte años de publicada una obra o una doctrina en Europa, viene a catarla como por carambola. Considerado esto no es poco lo que se ha hecho.

Acaso no faltará quien diga que toda mi pintura no es mas que un bosquejo, el embrion del cuadro que ha de salir. Norabuena, yo no he dicho otra cosa; porque no hay otra cosa, que un crepúsculo; pero la roza está tumbada, los troncones están quemados y, pesia tal, ya le hemos pegado al pie cada una de las semillas de aguacates y palmas y otras frutas, que nacerán y crecerán y producirán: allí esta escondido el progreso; allí escondidos los resultados: "E pur si muove".

Ahora Ud. me dirá, Señor D. Juan, si Ud. cree de buena fé que los Camagüeyanos nos desvivimos por andar San Juan a caballo y si estamos caminando para atrás como los cangrejos. El San Juan a caballo se volvió a permitir desde el año de 1836; pero es de aquellas cosas que se quedan para las gentes rezaga-

das y los muchachos y negritos. El año pasado salieron muy pocas muchachas, y algunos de los jóvenes que, como he dicho, son progresistas en el nombre y retrógrados en los hechos. Este año me creo que no habrá comparsas a pie, ni ideas graciosas, ni nada; porque no hay a la fecha preparativos para nada; prueba de que la opinión de la gente sensata y de la juventud de tono, que es la que inventa, gasta y da la ley, no se quieren ven enredadas y empuercadas por las patas de los caballos. Por mi parte yo he pensado llevar un apunte exacto de todas las ocurrencias Sanjuaneras y puedes contar de seguro con que te daré puntual y fiel noticias de todo; te irá el retrato de todos los progresistas desertores con sus pelos y señales. Plumas no faltan, ni tinta, ni papel; y lo más que se me sobra es el tiempo y la voluntad para contarte cuanto mis ojos vean.

Pásalo como puedas que lo mismo hará tu invariable amigo que te ama mucho,

EL LUGAREÑO

II

INGENIO *** A 31 DE DICIEMBRE

Mi querido amigo: a pocas horas de distancia veo venir el año bisiesto de 1844 con sus bigotes herizados y su tren de esperanzas y desengaños para los que de ellas vivimos, y con ellos moriremos. Séale a Ud. propicio, como lo deseo.

Héme aquí en los campos de la Habana, que llamaré montes de caña, como otros los llamarían montes de Dios, y a fé que el Diablo tiene su gran parte de ellos. Pero qué sensaciones agitan en este instante mi corazón! ¡Ah! Si la Providencia oye la oración de mi alma, cuantas bendiciones no me derramará sobre ellos! Es tan pura mi oración, tan fervoroso mi ruego!

Me encuentro en el mismo lugar donde me hallaba a los once años de mi edad. Qué profundas son las impresiones de la in-

fancia! Qué embeleso tienen sus recuerdos. ¡Me parece ver las respetables canas que me protejían en mi temprana peregrinación, y suplían, en cuanto suplirse pueden, la ausencia y cuidados de los padres; me parece oir los regaños del virtuoso sacerdote que correjía mis bellaquerías infantiles, y me penitenciaba por las faltas a las primeras lecciones de la lengua latina que me enseñaba, cuando nadie me dijo hasta entonces: aprende tu lengua patria, en que te convendrá más comprender a Cervantes y Jovellanos que a Tíbulo y a Cicerón. En este lugar, pues, escribo estos renglones, gozando de aquella sensación y aquellos recuerdos que en graciosa antitésis llamó Voltaire un triste placer, y que yo llamaría una dulce melancolía; porque, ¡como separar del corazón cuando el alma los trae, a aquellos seres bienhechores que han desaparecido y separádose de mi para siempre. ¡Descansen en paz!

Naturalmente dirá Ud.: y a que vendrá esta carta y a que vendrán estos cuentos del Lugareño? Hombre de Dios! ya verá Ud. si la carta vá donde debe, y si los cuentos vienen a cuento. Yo no he de decir a Ud. con qué intención que los escribo y me atrevo a apostar que Ud. llenará mi intención.

Quiero escribir a Ud. pocas horas antes de que entre el año de 1844, por si no llego a verle, que no se me quede en el cuerpo lo que he visto al concluir el año. Pero qué, no alcanzaré a 1844? Triste cosa sería que yo me muriese sin ver todo lo que trae el año 1844. Y no pudiera ser que me muriese? Nuestra vida es tan precaria, tan prestadita que.... Pero dejemos esto, no vaya Ud. a creer que estoy romántico, e intento suicidarme; nada de eso; mis cálculos se estienden á fines de este siglo; y mi intento es romper la zafra de este ingenio mañana; entre un centenar de guajiras y sitieras que me dicen son Huries y Náyades de estos campos y ríos; pero voto al Chápiro, que si son de la misma vitola que las que ví anoche, y sí esotras me tratan como estas, habré hecho viaje a China! Anoche con una hermosísima luna, y un frío de patente tropical, es decir, delicioso me fuí con unos amigos a un sitio que está a tres cuartos de legua de distancia de este ingenio, a pié con el corazón dispuesto a divertirme entre los inocentes campesinos de la Habana. ¡Divertir-

nos! Nadie nos hizo caso entre catorce mujeres y más de veinte hombres de faldetas de fuera y machete.

Aquéllas estaban en la sala del rancho (que acá no faltan del mismo orden y belleza arquitectónica que los del Camagüey) y estos bajo un techo de paja en el esterior del rancho; ellas silenciosas mohinas, como si estuviesen pensando sus pecados para confesarlos, y ellos burlando la vigilancia de la autoridad del distrito, jugando al monte; todos, sin exceptuar tres o cuatro niños, que, aunque no jugaban, recibían la fatal lección de sus padres, quizas, parientes y amigos. Ya ve Ud. amigo mío, las lindezas, la inocencia de nuestras costumbres campestres. ¡Qué horror!; qué esperanzas para el filósofo, el moralista y el político. Y quizás las tres cuartas partes no sabrán leer ni escribir, ni sabrán la doctrina, ni los principios de la religión nacional! No parece sino que nuestros ricos no ven que estos son los hombres a quienes confían las propiedades cubanas! Si gastasen los ricos, siquiera, veinte y cinco pesos al año en educar a los pobres de la isla, no pasaría esto, y tendrían otros hombres a quienes confiar sus propiedades, que tanto más se las adelantarían, cuanto más cultivados tuviesen el corazón y la inteligencia.

Mis compañeros y yo nos entramos en la sala, y nos sirvió de asiento una caja de colmena. Aquello parecía una junta de Cuáqueros, ó un velorio, más que otra cosa. Al fin vino el banquero a quien habían desbancado, y tomó primero una guitarra, tocó el punto, cantó unas décimas amorosas, como casi todas las que se componen para casos tales; vino luego otro que tomó la guitarra y el banquero, haciéndo una cortesía a una dama se plantó en el punto y a su frente una moza de talla amazónica, que no necesitaba de más máquina de vapor, ni más artificios que sus lindos piés cubanos para zapatear y mecerse como el plumero de la caña sobre la cepa que le sostiene. Estaba vestida con lujo y con elegancia, bien que todas guardaban justa proporción y armonía con las elegantes de la ciudad. No así los hombres, que en nada absolutamente se acercan a los trajes de la juventud habanera. Porqué será esto? No guardan proporción el guajiro y la guajira. No se puede decir que

el traje de ésta es peculiar del campo, como el del guajiro. Será porque éste trabaja y aquélla no? Esta es otra de nuestras lindezas; las mujeres de Cuba son todas ricas, supuesto que todas tienen habilidad para vivir sin trabajar. O será que la cubana tiene más alta idea de su posición social? Desde que nace vé el lugar que ocupa; se vé adorada como una divinidad, y no trabaja. ¡Que trabajen los bueyes decía un tierradentro; que trabajen los hombres dicen las cubanas. Decis bien, muchachas; para qué serviríamos nosotros si no trabajásemos para que vosotras no trabajeis, y nos ayudeis a gozar del descanso?

Fuimos, pues, tan mal recibidos entre aquellas gentes, que andábamos como perros en la iglesia. Me han esplicado que la culpa la tuvieron, nuestras levitas, chalecos, pantalones de travilla, relojes y sombreros de pelo. Vaya en gracia! Otra vez buscaré traje adecuado como si fuese a Turquia. En tan triste situación y tan parados, resolvimos volvernos a nuestras casa.

Eran las once de la noche, y había que desandar tres cuartos de legua a pié, por entre las yerbas de la guardarraya; el frío de la media noche se hacía el gracioso con nosotros, y nos tiraba de las orejas y narices como quien tira por lo suyo. Para colmo de males, llegamos a la casa, y la gente estaba toda recojida, excepto el criado que nos aguardaba, para llevarnos a nuestro cuarto. No paran aquí las angustias, sino que aquella mañana, no habíamos tomado en otro ingenio que dejamos para pasarnos a éste, más que un plato de sopa, y con el viaje en carruaje por un camino infernal idéntico á los del Camagüey, luego la caminata a pié, sólo encontramos agua fresca! Todavía subió de punto nuestra situación, cuando habían consentido tocar parte de un lechón tostado que diz que había en el tal sitio, y con todo que esta clase de animales, en esta situación, no se escapan ni a la legua de mis narices, que son como de *jíbaro;* por más que me volví al norte, y al sur, al este y al oeste, jamás me dió el olor de tal lechón, y creo que en todo el contorno se erigió la hoguera en que se tostase. ¡Vaya un chasco! Quièra Dios que no me lleve otro más sensible.

Páselo Ud. como desea pasarlo su amigo.

EL LUGAREÑO

La Intervención de España en la Independencia de los Estados Unidos de la América del Norte (1)

INTRODUCION

Durante el siglo XIX y con ocasión sobre todo de las guerras que a sus comienzos y a su final acabaron con la soberanía española en América, se mantuvo la creencia de que en el sostenimiento de las rebeliones había obrado como factor pernicioso el ejemplo dado por Carlos III alentando a los Estados Unidos en su lucha armada contra la gran Bretaña para conseguir su independencia. Y como consecuencia de esta persuasión se censuraba, con esas acritudes y esas violencias que de ordinario acompañan a las ignorancias y a los conocimientos imperfectos, a la nación que, olvidando su pasado, prestaba recursos a cuantas insurrecciones se alzaban contra España, y se maldecía del poco acierto que pusieron nuestros gobernantes del último tercio del siglo XVIII fomentando una rebelión que, al herir a Inglaterra, hirió de rechazo a todas las Potencias coloniales.

Aun descontando que no es la gratitud virtud de las colectividades y que las afinidades entre Estados se fortalecen o

(1) Interesante monografía publicada por el licenciado Manuel Conrrote en Madrid, y de la cual reproducimos la Introducción para dar a los lectores de "Las Antillas" cabal idea del interés del libro y de la serena imparcialidad con que ha sido escrito.

quebranta al compás de multitud de fenómenos circunstanciales, sin que quepa su modificación por sentimentalismos de dudosa eficacia cuando entran en juego vitales intereses de los pueblos, induce a la reflexión el comprobar si ese auxilio fué tan poderoso como ha sido apreciado por la opinión general, y si el olvido de los Estados Unidos se refiere a hechos que forzosamente debieron quedar grabados en el recuerdo de sus hijos, ó por el contrario, si no es vituperable tal olvido por haber sido la intervención que España tuvo en los comienzos de su emancipación tan secundaria que solo puede tomarse como episodio de escaso relieve en sus crónicas nacionales.

Precisamente esta tibieza en el reconocimiento de servicios pretéritos, no concuerda con el sentimiento patriótico de los Estados Unidos; en los recuerdos constantemente evocados de sus luchas con Inglaterra no separan los nombres de sus grandes caudillos de los de los extranjeros que en la guerra y en la diplomacia fueron entusiastas defensores de su causa. Un contemporáneo nuestro, Jusserand, con frase concisa lo expresa: "Son—dice—una nación que recuerda y cuyos recuerdos guían sus acciones".

El viajero que recorra las principales ciudades de la Unión y contemple sus monumentos, en los cuales ha de apreciarse casi siempre más la memoria y el símbolo que el genio artistico que les dió vida, tropezará con frecuencia con estatuas, bustos e inscripciones relativos a personajes de otras tierras que contribuyeron a la creación o al progreso de la nueva nacionalidad. Lugar tan señalado para evocar glorias antiguas como el jardín de frente a la Casa blanca, lleva el nombre de Lafayette y en él se alza el monumento dedicado a este General; entre sus arboledas se han emplazado también las estatuas del francés Rochambeau, del polaco Kosciusko y del prusiano Steuben..

Entre las reminiscencias de la guerra de la independencia ninguna se encuentra relativa a España, y a decir verdad no era fácil dar con personajes representativos a quienes correspondiera con justicia el homenaje, sin que esto suponga que su

intervención en la contienda fuera de tal insignificancia que no merezca ser estudiada.

Lanzadas las Colonias a la rebelión, comprendieron desde los primeros instantes la necesidad de contar con amigos en Europa y de buscarlos, como era natural, entre los enemigos de Inglaterra. Lee, representante oficioso del Congreso, recabó en primer término el apoyo de Federico II de Prusia, quién eludió el compromiso alegando la pobreza de su Tesoro, razón que no fué convincente para el enviado conocedor de su inexactitud, expresándole, eso sí, más que simpatías por la causa americana, la esperanza de recibir noticias de reveses de las armas inglesas, que en extremo habían de complacerle.

Un aliado alemán, por poderoso que fuera, y no lo era en grado extraordinario el Rey de Prusia, que rival de la casa de Austria aún no había consolidado su fuerte posición en el centro de Europa, no convenía después de todo a los Estados Unidos, y lo mismo Lee que su compañero Silas Deane, bastante enemistados entre sí en ocasiones, comprendieron que la ayuda debían solicitarla de poderes marítimos capaces de hacer frente a la Gran Bretaña en el Atlántico, y la elección había de recaer forzosamente en España y en Francia.

Las dos naciones, ligadas por intereses dinásticos traducidos en Pactos de familia, acudieron al llamamiento, aunque con esfuerzos distintos y con espíritu también diverso, cual lo imponían las condiciones políticas de cada una. Si España fué conducida por Francia a la ruptura con Inglaterra, que así quedó convertida en enemigo común, conservó cierta independencia en sus iniciativas y señaló la oportundad de los actos y de los acuerdos en que desarrolló su intervención.

Para los Estados Unidos fué menos activa de lo que hubiera deseado su anhelo ardoroso de verse libres en corto tiempo; para España fué menos provechosa de lo que hubiera convenido al tener una política americana más definida y más adecuada a las ideas, cuyas germinaciones constituían la esencia de la revolución.

El estudio de los antecedentes y vicisitudes de las relaciones que sostuvieron España y las Colonias hasta el reconocimien-

to de su independencia, es el contenido en las siguientes páginas; tiene su fundamento principal en el examen de las correspondencias diplomáticas, que se custodian en el Archivo histórico nacional de Madrid; a lo que de esta documentación pueda deducirse, aplicando una crítica sin prejuicio y sin pasión, habrá que atenerse, para establecer la verdad histórica, la más discutible y la más imperfecta de todas las verdades.

No siendo el relato paráfrasis de ningún otro trabajo conocido, es seguro que contendrá rectificaciones de hechos conocidos y variantes de su narración, cuya autoridad residirá en lo que digan los personajes, de los cuales se exhuman y comentan despachos y memorias oficiales.

El fruto de la investigación ha de ser el reconocimiento de realidades objetivas; de estas realidades se derivarán las síntesis, las deducciones y las reflexiones que constituyen la filosofía de los hechos históricos; más servirán también para ahuyentar y desvanecer las leyendas que aprovechan un incompleto esqueleto de verdad, le visten con abigarrado ropaje de fantasía y se lanzan al mundo intelectual bajo las formas antirracionales de la quimera.

La magnitud y eficacia de la intervención de España en la revolución americana es leyenda que no perdura; debióse su formación a móviles políticos, ni justos ni sensatos, de ahí su fragilidad y su inconsistencia. No por ello es digno de desden su estudio; para España, como para todas las naciones, la historia es un factor viviente de su desarrollo natural, la cadena que enlaza la actualidad, con los días que pasaron; ningún hecho presente, de los que más apasionen, puede examinasse aislado; su vitalidad es consecuencia de sacudidas de otros hechos olvidados, más cuyo conocimiento puede ser evocado en la memoria de los contemporáneos.

Dentro del determinismo más absoluto es admisible que la razón comprenda, analice y modifique las condiciones en que la humanidad cumple las fatalidades del Destino. Aplicando este principio a las relaciones que al convertirse en Potencia independiente los Estados Unidos sostuvo con ellos España, ha de con-

fesarse que esta última nada hizo por torcer el curso de los acontecimientos que la desviaban de corrientes de armonía y que, por el contrario, un fondo de desconfianza y de recelo, nada dulcificado durante todo el siglo XIX, tuvo el trato de dos pueblos a quienes la vecindad en América y la comunidad de ciertos intereses aconsejaban mayor cordialidad.

Verdad es que para ello se levantaba el obstáculo puesto por la diversidad de las condiciones de ambos pueblos, derivadas de la diferencia de cualidades de raza: el anglo sajón demócrata, tolerante, poco escrupuloso en arrollar cuanto estorba a su progreso nacional; el ibero, poco apto para las artes de la administración y del gobierno, encerrado en ideas abstractas, nada propenso a sentir la emoción humana que proporciona la libertad del individuo, respetuoso a la vez con los otros pueblos y mirado en perjudicar sus aspiraciones, no podían entenderse en su vida exterior. No era adversión, no era antipatía la que se produjo al alcanzar las Colonias su independencia: era, según juicio acertado del Almirante Ensor Chadwick, sencillamente una falta de habilidad de España para adaptarse a las nuevas condiciones del mundo nacidas de la revolución americana. (2).

Para España debió producir el triunfo de la revolución americana los efectos de un consejo y de una advertencia; sus posesiones coloniales debieron desde entonces ser regidas en sentido autonómico, derivar de sus mismas instituciones locales otras que aflojaran el vínculo de unión con la metrópoli, pero que aseguraran a la vez con ella su comunión espiritual; más el espectáculo de la libertad de las Colonias inglesas ó se entendió que no era bastante glorioso para servir de ejemplo o se temió, por el contrario, que tan ejemplo vivo era, que resultaba baldía la pretensión de atajar las inevitables consecuencias a que arrastraría al ser seguido. Fué la realidad, que ni se pensó en adaptaciones del sistema de los Estados Unidos a los dominios españoles, ni siquiera se planeó una política americana, lógica y

(2) Ensor Chadwick: The relatións of the United States and Spain. Nueva York 1909.

definida, que en las primeras décadas del siglo XIX hubiera logrado la formación de Estados autónomos en el Nuevo Mundo y en la última la conversión de Cuba y Puerto Rico en un Canadá y de las Filipinas en una India, y se echó de menos una dirección suprema e inteligente de que siempre careció España, y que no han suplido cambios en el régimen ni los engranajes y combinaciones de leyes y constituciones que nada mueven cuando actúan en el vacío de ideales y aspiraciones.

De modo opuesto procedieron los Estados Unidos; seguros de su fuerza en su cuna y decididos a que no menguara su fortaleza en lo futuro, realizaron en poco más de un siglo la obra de cuya solidez algunos desconfían, pero que todos admiran; ni exentos de complicaciones interiores ni puros en sus costumbres políticas, las energías y el talento de sus gobernantes han demostrado que un pueblo es capaz, a través de serias vicisitudes, de vivir a la sombra de instituciones liberales, siguiendo los principios de una Constitución que al cabo de siglo y medio próximamente no ha envejecido y cuyas esencias no se han evaporado y son el oxígeno que respira en la vida pública el pueblo para quien fué promulgada.

Triste es presentar el paralelo de lo que era España en 1782 al lado de los Estados Unidos y de los que son ambas naciones en nuestros días; si la disminución del poderío de las naciones es debida en gran parte a los errores políticos, lamentemos que en el periodo a que se refiere este trabajo se cometieran algunos y por desgracia irreparables.

MANUEL CONROTTE

CONSEJOS

A MI PRIMOGENITO

No des albergue a las pasiones ruines,
aunque te hieran en innoble lidia
los míseros zarpazos de la envidia
y la injuria procaz de los caines.

Persigue siempre generosos fines,
lejos de la traición y de la insidia,
y defiende animoso y sin desidia
las causas de los grandes paladines.

El honor para el hombre es lo primero,
y es natural que a su defensa acudas,
sin imitar al luchador artero

que, de la vida en las batallas rudas,
puede morir cual Cristo en un madero,
¡y se cuelga de un árbol como Judas!

FELIX CORDOVA DAVILA

LAS ANTILLAS

Por más que busco diferencias notables entre los antillanos, de esas que, distinguiendo a los hombres, los separan y los mantienen en oposición, no las hallo. Ya se entiende que me refiero a las islas del mismo origen y de la propia lengua; es, a saber, a las tierras colonizadas por los españoles y que éstos conservaron hasta nuestros días.

Cuando he tratado a un natural de Puerto Rico, o a uno de Santo Domingo, me ha parecido que hablaba con un cubano. Sin duda que la lengua es el vínculo por excelencia; yo, a lo menos, no estimo extranjero, en rigor, al que tiene por materno el idioma mío, porque entiendo que éste nos une con lazo que no pueden romper circunstancias de ninguna orden, y la extranjería entonces se me antoja algo convencional y secundario, sobre todo, cuando la tierra y el cielo, la fauna y la flora, el desenvolvimiento histórico, las aspiraciones, las buenas cualidades y aun las malas, o no varían, o difieren poquísimo.

Bien sé que muchos buscan la división y dan con ella hasta en los vecinos del mismo barrio, y, si, los apuran, de una casa; que a tanto llega la aviesa intención, la tendencia mezquina de los tales. Daños provienen de semejante labor, nunca bienes.

Para amar a los nuestros no necesitamos odiar a los demás. Rústico es quien recela del forastero, y no lo atiende, y le hace desagradable su estada en tierra extraña; porque cree que el amor al terruño excluye sentimientos de benevolencia a cuantos no pertenecen a él. Más generoso pecho armonizaría ese cariño al lugar, a la provincia, a la nación entera, con la simpatía, precursora de la amistad a los pueblos hermanos, sentir que no

DR. JOSE A. RODRIGUEZ GARCIA

habría de originar odio ni menosprecio a los de otras castas, sino más bien la mira de lograr que por encima de todo, descuelle la confraternidad universal.

Me siento "compatriota" de los individuos que forman mi raza y hablan mi lengua, y simpatizo con los demás hombres. Aquí, en América (pongo por caso), los dos pueblos principales de origen europeo son (imitemos a Hégel), el uno la "tesis" el otro la "antítesis", y ésta antinomia se resuelve en una "síntesis": la América.

No es fantasía, sino realidad. La relación entre nuestras islas no puede ser más estrecha: si los cubanos lleváramos cuenta de lo que la Isla adeuda a sus hermanas, tendríamos larga serie de partidas y gruesa la suma. Poco sabrá de la historia nuestra aquel a quien sea necesario citarle nombres y hechos.

Unidos, estrechamente unidos, seríamos "alguien"; separados o en divergencia, ¿qué somos?.

Si nos estudiamos, y con el trato obtenemos la amistad fraternal, a que debe llevarnos nuestra misma historia; si facilitamos la comunicación, el comercio, el cambio de nuestros valores, sin excluir el intelectual, antes bien, comenzando por él; si hacemos esto, ¿qué ha de resultarnos sino bienes?

A ésta empresa meritoria aplica gallardamente sus fuerzas el talentoso doctor Sergio Cuevas Zequeira, ejemplo vivo de cuanto vengo afirmando; y ella debe alcanzar el apoyo de todos los antillanos que "sientan hondo y piensen alto". Política generosa, verdadera política la que aspira a unir, y no a separar; la que se inspira en el amor, y no en el odio; la que tiene por final aspiración el bienestar común.

A ella quiero contribuir con estas líneas, modestas, carentes de todo valor literario, pero hondamente sentidas.

JOSE A. RODRIGUEZ GARCIA

HACIA EL IDEAL (1)

Yo, lector, soy, como el autor del presente tomo de versos hijo de Puerto Rico, y haz cuenta que en esa palabra hijo puse al escribirla, toda la ternura que cabe en el amplio recinto de mi corazón; pero sin mengua de ese filial cariño hondamente arraigado en mi pecho, amo como al propio lar nativo a esta tierra hospitalaria, cuna de mis abuelos, y puerto donde halló al cabo refugio el combatido bajel de mis ensueños.

Uno de ellos, acaso el más noble y grande de cuantos acaricia mi espíritu, es el que ofrece a mi fantasía como lejana, pero espléndida y consoladora realidad, el panorama de aquellas regiones de este archipiélago antillano que fueron un día testigos también del alborear de una civilización, unidas en el porvenir por vigoroso e indisoluble vínculo federativo, como lo están ahora y lo estuvieron ayer las gentes que las pueblan, por los lazos de la raza, el idioma y las tradiciones. Yo sé lector, que el anhelo generoso de que llegue, con el andar del tiempo, a constituirse una robusta Anfictionía en estas Cícladas colombinas que tú y yo habitamos al presente, es para muchos, ilusión engañosa del deseo, pero a despecho de la fisga de los incrédulos, y de la torva hostilidad de los que sólo en el blando lecho de la realidad viva y efectiva encuentran acomodo, aprendí en los viejos relatos de la historia lo mismo que en sus páginas recientes, que desde la mirífica odisea de los descubridores hasta la gloriosa epopeya de la independencia, todos los capítulos del poema de nuestra estirpe en estas tierras americanas.

(1) Prólogo escrito para un bello libro de versos de Antonio Mirabal.

parecen un reto constante de los hechos con su lógica formidable a la previsión de los doctos y a la manida habilidad de los expertos.

Por eso, sin prisa pero sin tregua, me doy, con la invencible tenacidad de los convencidos en la fuerza del ideal, a intensificar por todos los medios puestos a mi alcance, el sentimiento de solidaridad antillana, bien seguro de la victoria definitiva, porque en los oscuros senos de un mañana más o menos próximo empieza ya a germinar la simiente que habrá de coronar esta empresa con la roja flor del éxito, y persuadido además, de que, si la mano aleve del destino tronchara sus pétalos aun no entreabiertos a la caricia vivificante del sol, nadie podría arrebatarnos la gloria del intento ni la delicia gratísima que su persecución nos proporciona a los que en ella pusimos corazón y mente.

Hay entre los que así en espiritual comunión convivimos un grupo excelso de hermanos apasionados y vehementes que van, con la dulce magia de sus rimas halagadoras, restando un día y otro, humanas cifras al conjunto anónimo de los indeferentes, sordos al reclamo del ideal, que si a veces se nos ofrecen como muchedumbre, nunca, en la sucesión de los tiempos llegarán a constituirse en legión.

De estos entusiastas apóstoles consagrados al rescate de almas, es uno el poeta que en estas líneas te presento, lector, y su mejor y más alta ejecutoria, las estrofas nacidas de su ardiente inspiración, iluminadas por el indeciso fulgor de una estrella, la más trste y la más solitaria de cuantas aguardan aun el irradiar glorioso de una espléndida aurora.

Por eso, lector, cuando el bardo espacia la mirada por los confines del antillano edén y contempla radiante y en el tope la enseña de Martí vibran, al impulso de encontradas emociones las cuerdas de su lira, y no se sabe si canta o si llora, y cuando palidece ante sus ojos el sol augusto de Quisqueya, su canto *es a la vez quejido y anatema* con inflexiones de clarín, y con desmayadas entonaciones de plegaria. Y es, lector, que el pensamiento capital de los que ansiamos ver cumplido el sueño

de Bolívar, y remachados para siempre los áureos eslabones que unen a la patria de Céspedes, la de Duarte y la de Muñoz Rivera, palpita en las estrofas de este libro, perfumado manojo de rimas, que un aeda peregrino arroja ahora en el abierto surco, para consagrar con ellas una vez más, el eterno abrazo que en la mansión augusta de la gloria funde en una, las liras inmortales de Tula Avellaneda, de Salomé Ureña y de Alejandrina Benítez.

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

LUCHA ESTERIL

En vano me fatigo y me atormento
yendo en pos de secretas melodias;
no logro tras inútiles porfías,
encerrar en la forma lo que siento.

Firme y tenaz, ni cejo ni escarmiento
sueño con primorosas gallardías,
y, después de agotar mis energías,
se me escapa, rebelde, el pensamiento.

Como alegres polluelos en el nido
palpitan y rebullen mis ideas,
y ansiosas de volar, tienden las alas....

Brego por retenerlas, decidido,
y pierden en la lucha sus preseas,
y el dolor las despoja de sus galas.

LUIS RODRIGUEZ CABRERO

CONFIDENCIAS (1)

A MIS LECTORES DE PUERTO RICO

Si le monde se plaint
dequoy je parle trop de
moy, je me plains de
quoy il ne pense seulement pas á soy.

MONTAIGNE-ESSAIS.

Yo te juro, lector, por esa rosa de Dios que nos alumbra, como dicen mirando al sol los ingenuos campesinos de nuestro país cuando quieren certificar la veracidad de sus palarbas, que no sin honda zozobra pienso á veces por de contado en horas de amargo desaliento, que no soy hijo de mi siglo, como lo son *verbi gratia*, LEPE, CARDONA y otros ciudadanos, si no de tanto fuste, de la misma laya que aquellos sapientísimos caballeros.

Pese á la fecha, un tanto aciaga, de mi nacimiento, que harto conoces, entre otras razones, porque Perico Angelis me ha hecho el flaco servicio de publicarla en letras de molde, más que un hombre venido al mundo en pleno siglo del *vapor y del buen tono* debo de parecer á quien me trate, un trasnochado contemporáneo de cierto impenitente hidalgo soñador, porque si no consta de autos que por magro ó por ingenioso pueda

(1) Capítulo inicial de un libro que no llegó a ver la luz por algunas razones que me callo, y otras que no pienso decir.

S. C. Z.

aparejarme con él, es bien cierto que amén de otras locuras políticas que á contrapelo de mi conveniencia suelo cometer, he tomado en múltiples ocasiones por caballeros y por fijodalgos á venteros muy ladinos que, á la postre y por toda merced, me presentaron la cuenta del hospedaje.

Como quiera, lector, que no alcanzan desazones á mudar condición y genio, sorprendido á veces, y nunca escarmentado de las malandanzas que mi propia inexperiencia me acarrea, vivo bien advertido de que jamás navegaré por mares prósperos ni echaré el ancla en puerto de refugio. De lo cual se me daría una higa si no fuera que *la descansada vida* y el perfumado *huerto* de mis ensueños de molicie, se me van tornando por la náutica impericia que dejo apuntada, en algo tan incoercible y problemático, como aquella eterna salvación que pedían en versos deporable cuando yo era niño, y supongo que seguirán pidiendo todavía porque *nos* hace mucha falta, las buenas mujeres adorablemente cándidas que allá en nuestra isla, se arrodillaban ante una cruz al comenzar el mes de las flores.

Pero como, á Dios gracias, no soy por ahí ningún *heautontimorumenos*, que es como si te dijera que no me da el naipe por mortificarme á mí mismo, en vez de irme por esos mundos con gesto avinagrado y displicente, á lamentar mi suerte y sus desabrimientos presentes y futuros, pongo en la eternidad mi pensamiento y mi esperanza, y al juicio final remito, con el arreglo definitivo de los negocios humanos, la rectificación de mis yerros y el castigo de los del prójimo.

Mientras suena esa hora
en el gigante
reloj que marca su existencia al orbe,

como dijo, aunque refiriéndose á otro asunto, mi primo Pepe Gautier, contemplo más resignado que satisfecho, eso que los poetas de la última promoción llaman la *mundial contienda*, zalagarda incoherente sin pizca de método ni asomo de razón para unos, si para otros manifestación cumplida de un plan sapientísimo é inmutable.

Allá muevan feroz guerra los sectarios de una y otra doctrina, poniendo, si les place, el grito en el cielo, que yo en este pleito metafísico no tengo porque proveer, y así me curo de averiguar si hay ó no armonía preestablecida, como de aprender la lengua de los chinchimecas.

Y es, lector, que aunque á los ojos de su Divina Majestad sea yo lo que ella fuere servido, en lo que atañe á la resolución de problemas recónditos é intrincados, me tengo por tan poco idóneo, que el propio Novejarque me dejaría hecho un pasmarote con solo enredar medianamente la pita sutil de sus jeroglíficos.

Pero lo que no va en lágrimas va en suspiros, y todo lo que me falta de estatura, como zahorí, me sobra de ávida curiosidad acerca del mundo sensible y de sus ocurrencias presentes y pretéritas.

Por eso, cazador infatigable de sensaciones y de ideas, llevo de ellas henchida la alforja de la memoria, y porque me ayudes a soportar la carga de las que he ido apañando en los últimos diez años, me dispongo á compartirlas contigo por medio del libro á que doy principio con estas *confidencias*.

No obstante la inmunidad ofrecida por leyes y costumbres á cuantos en esta felice república quieran dar á su auditorio nauseabundo gato por incotaminada liebre castellana, á esta última me atengo, y con los apercibimientos á que haya lugar, hago voto de escribir este libro en español de buena ley, como Dios manda y Cervantes nos enseña.

Fíote, borinqueño lector, que si de algo te persuaden las páginas subsiguientes, será de mi amor sincero sin aspavientos ni carantoñas, hacia esta región hospitalaria.

Y, sin embargo, cuando, para remozar mi espíritu con los plácidos recuerdos de la niñez, hojeo, en noche callada, cierto libro viejo, impreso *también ad usum scholarum*, siento que un inefable azoramiento me acongoja, al llegar á este verso de Virgilio:

Nos patriae fines et dulcia linquimus arva.

SERGIO CUEVAS ZEQUEIRA

ENRIQUILLO

LEYENDA HISTORICA DOMINICANA

(por Manuel de J. Galván).

V

SINCERIDAD

Cuando el Sol esparció su primera luz, el día siguiente al de los sucesos y la plática que acabamos de recapitular, ya el hidalgo Don Pedro de Mojica había concebido y redondeado un plan diabólico.

Cualquiera que fuese la explicación que Higuemota, le diera de la aventura de las víspera, el rencoroso intendente estaba resuelto a no dejar pasar la ocasión de perder la joven en el concepto del Gobernador, revindicando al mismo tiempo la tutela de la niña Mencía, como su mas próximo pariente, y entrando así mas de lleno en la propiedad de los bienes que administraba; hasta que el diablo le proporcionara los medios de quitar también de su camino aquel débil obstáculo a su codicia, cuando no pudiera llegar a su objeto utilizando sagazmente la inocencia de aquella criatura, que ya creía sujeta a su poder discrecional, como la alondra en las garras del gavilán.

Se vistió apresuradamente, y fué a ver a Doña Ana. Esta acostumbraba dejar temprano el lecho, para sus penas angosto y duro, y salir a la pradera acompañada de una vieja india, a recojer la consoladora sonrisa del alba.

Recibió sin estrañeza a Mojica, que se le presentó al regre-

sar ella de su paseo, y entró desde luego en materia, como quién tiene prisa en zanjar un asunto desagradable.

—Nunca os había visto tan temprano, señor primo; ¿venís a saber lo que pasó con Guarocuya?

—Según lo convenido, señora prima, espero que me lo contaréis todo.

—Es muy sencillo,—repuso Higuemota. Ayer tarde a la hora de paseo se me presentó mi primo Guaroa; me propuso llevarse a Guarocuya a la montaña, y no ví inconveniente en ello. Esto es todo.

—Pero, señora,—dijo con asombro Mojica,—¿vuestro primo Guaroa no murió en la refriega de los caciques?

—Eso mismo pensaba yo,—contestó Higuemota,—y me asusté mucho al verle; pero quedó vivo, y me dió mucha alegría verlo sano y salvo.

Y así prosiguió el diálogo: con fingida benevolencia por parte de Don Pedro;—con sencillez y naturalidad por parte de Higuemota, que, como hemos dicho, no sabía mentir, y considerando ya en salvamento a Guaroa, no veía necesidad alguna de ocultar la verdad.

Cuando Mojica acabó de recojer los datos y las noticias que interesaban a su propósito, se despidió de Doña Ana con un frío saludo y se encaminó acelaradamente a la casa en que se aposentaba el Gobernador.

VI

EL VIAJE

Seguido Guaroa de sus dos fieles compañeros, que alternativamente llevaban, ora de la mano, ora en brazos, al pequeño Guarocuya, según los accidentes del terreno, se internó desde el principio de su marcha en dirección a la empinada cordillera de montañas, por la parte donde más próximamente presentaba la sierra sus erguidas y onduladas vertientes.

Caminaban aquellos indios en medio de las tinieblas y entre

un intrincado laberinto de árboles con la misma agilidad y desembarazo que si fuera por mitad de una llanura alumbrada por los rayos del sol. Silenciosos como sombras, quien así los viera alejarse del camino cautelosamente, no hubiera participado de lo recelos que tuvo Higuemota de que pudieran haberles dado alcance los imaginarios ginetes que salieran en su persecución.

Hacia las doce de la noche la luna vino en auxilio de aquella marcha furtiva; y el niño Guarocuya, cediendo al influjo del embalsamado ambiente de los bosques, se durmió en los robustos brazos de sus conductores. Estos redoblaban sus cuidados y paciente esmero, para no despertarlo.

Así caminaron el resto de la noche, en dirección al Sud-Este; y al despuntar la claridad del nuevo día llegaron a un caserío de indios, encerrado en un estrecho vallecito al pié de dos escarpados montes. Todas las chozas estaban aún cerradas, lo que podía atribuirse al sueño de los moradores, atendiendo a que un resto de las sombras nocturnas, acosadas de las cumbres por la rosada aurora, parecía buscar refugio en aquella hondonada.

Sin embargo, se vió que la gente estaba despierta y vigilante, saliendo en tropel de sus madrigueras tan pronto como Guaroa llevó la mano a los labios produciendo un chasquido desapacible y agudo.

Su regreso era esperado por aquellos indios: él les refirió brevemnte las peripecias de su excursión, y les mostró al niño Guarocuya, que había despertado al rumor que se suscitó en derredor de los recién llegados. Los indios manifestaron una extremada alegría a la vista del tierno infante, que todos a porfía querían tomar en brazos, tributándole salutaciones y homenajes afectuosos, como al heredero de su malogrado cacique y señor natural. Guaroa observaba estas demostraciones con visible satisfacción.

Allí descansaron los viajeros toda la mañana, restaurando sus fuerzas con los abundantes aunque toscos alimentos de aquellos montañeses. Consistían estos principalmente en el pan de yuca ó casabe, maiz, batatas y otras raices, bundá, plá-

tanos, huevos de aves silvestres, que comían sin sal, crudos o cocinados indistintamente, y carne de hutía.

Después de dar algunas horas de sueño, Guaroa convocó a su presencia a los principales indios, que todos le reconocían por su jefe. Les dijo que la situación de los de su raza, desde el día de la sangre,—que así llamaba a la jornada funesta de Jaragua,—había ido empeorando cada día más; que no había que esperar piedad de los extrangeros, ni alivio en su miserable condición; y que para salvarse de la muerte, o de la esclavitud que era aun peor, no había otro medio que ponerse fuera del alcance de los conquistadores, y defenderse con desesperación si llegaban a ser descubiertos ó atacados.

Les recomendó la obediencia, diciéndoles que él Guaroa, los gobernaría mientras Guarocuya su sobrino llegara a la edad de hombre; pero que debían mientras tanto reverenciar a este como a su único y verdadero cacique; y por conclusión, para reforzar con el ejemplo su discurso, hizo sentar al niño al pié de un gigantesco y copado roble; le puso en la cabeza su propio birrete, que a prevención había decorado con cinco o seis vistosas plumas de flamenco, y le besó respetuosamente ambos pies; ceremonia que todos los circunstantes repitieron uno a uno con la mayor gravedad y circunspección.

Terminada esta especie de investidura señorial, Guaroa acordó con sus amigos el plan de vida que debían observar los indios libres en lo sucesivo; y se ocupó con esmerada previsión de los mil y mil detalles a que era preciso atender para resguardarse de las irrupciones de los conquistadores. Todo un sistema de espionage y vigilancia quedó perfectamente ordenado; de tal suerte, que era imposible que los españoles emprendieran una excursión en cualquier rumbo, sin que al momento se trasmitiera la noticia a las mas recónditas guaridas de la sierra. Guaroa, hechos estos preparativos, indicó en sus instrucciones finales a los cobos de su confianza el lago dulce, al Nordeste de aquellas montañas, como punto de reunión general, en caso de que el enemigo invadiera la sierra; y determinó fijamente el lugar en que iba a residir con su sobrino, a la márgen de dicho lago. En-

seguida emprendió su marcha, acompañado de un corto séquito de indios escojidos, que llevaban a Guarocuya cómodamente instalado en una rústica silla de manos, formada de recias varas y flexibles mimbres, y mullida con los fibrosos y rizados copos de la guajaca.

El niño todo lo miraba y a todo se prestaba sin manifestar extrañeza. Tenía siete años, y a esta tierna edad ya entreveía y comenzaba a experimentar todo lo que hay de duro y terrible en las luchas de la existencia humana. Sin duda ráfagas de terror cruzarían su infantil ánimo, ya cuando viera la feroz soldadesca de Ovando dar muerte a los seres que rodeaban su cuna, incluso su propio padre; ya más adelante, cuando el grito agudo del vigía indio, ó el remoto ladrido de los perros de presa alternando con los ecos del clarin de guerra, anunciaban la aproximación del peligro, y los improvisados guerreros se aprestaban a la defensa, o respondían con fúnebre clamor a la voz de alarma, creyendo llegada su última hora.

¡Que tristes impresiones, las primeras que recibió aquel inocente en el albor de su vida! Profundamente grabadas quedaron en su alma benévola y generosa templada tàn temprano para la lucha y los grandes dolores, así como para el amor y todos los sentimientos elevados y puros.

VII

LA DENUNCIA

El diligente Don Pedro de Mojica se puso en dos zancadas, como suele decirse, en casa del Gobernador. Este acababa de vestirse, y estudiaba tres ó cuatro planos topográficos que tenía en una mesa. Su preocupación capital y constante era la fundación de su villa, según se ha dicho al principio de nuestra historia; y los oficiales y caballeros de su séquito, con febril emulación, trazaban cada día un plano, según su buen gusto ó su capricho; o bosquejaban un espacio de la costa, el que mas adecuado les parecía al efecto; y escribían memorias y des-

cripciones infinitas, que todas merecían la mas prólija atención del Comendador, deseoso del mejor acierto en tan ardua materia.

Estaba, pues, en esta su ocupación favorita, cuando le anunciaron la presencia de Don Pedro.

Este era tratado por Su Señoría como un amigo de confianza, y tenía sus entradas francas en el gabinete; pero en la ocasión que referimos, renunció estudiadamente a tal prerrogativa, a fin de dar la conveniente solemnidad a su visita. Ovando, que se había incorporado al oir la voz de su fámulo anunciándole a Don Pedro, esperó buenamente a que este entrara enseguida, y tornó a absorberse con gran cachaza en sus estudios topográficos.

Cinco minutos después volvió el ayuda de cámara diciendo:

—Don Pedro Mojica espera las órdenes de Vuestra Señoría, y dice que tiene que hablarle de asuntos muy graves.

—Que entre con mil diablos!—contestó el Comendador.—¿A qué vienen esos cumplimientos?

Don Pedro creyó apurado el ceremonial, y entró haciendo a Ovando una mesurada cortesía.

—¿Que mala cara traeis hoy, señor hidalgo!—exclamó en tono chancero el Gobernador. ¿Habeis descubierto algún nuevo derecho desatendido de vuestra interesante prima, y venis a reclamarme su validez?

—Lejos de esto, Señor,—contestó Mojica;—vengo a daros una nueva muy desagradable. Esa Doña Ana que en tanta estima tenéis, es indigna de vuestra protección; y siguiendo las huellas de esa mala hembra que la dió a luz, paga con traiciones los obsequios que le tributamos, y celebra conferencias con los indios alzados de la montaña.

Y después de este exordio, refirió la aventura de la víspera, torciendo a su antojo la relación de Higuemota, y afeando el cuadro con los más siniestros toques, a fin de llenar de recelos y alarmas el ánimo de Ovando.

Oyó este al denunciador con profunda atención: su semblante contraido y ceño adusto no prometían nada bueno para la pobre acusada, y Mojica no podía dudar del pleno éxito de

su intriga en lo que interesaba á sus sentimientos vengativos.

Cuando hubo terminado su relato el Gobernador le preguntó en tono severo:

—¿No tenéis más que decir?

—Concluyo, Señor—dijo Mojica—que Doña Ana es culpable; que como tal merece las penas que la ley reza contra los reos de traición, inclusa la pérdida de sus bienes, más como tiene una hija de caballero español, la cual es inocente de las culpas de su madre, y el deber de la sangre como pariente me impone la obligación de velar por el bien de esta niña, pido a Vuestra Señoréa que al proceder contra la madre, adjudique todos sus bienes a la hija, y me nombre su universal tutor como es de justicia.

—Será como deseais,—respondió Ovando poniéndose de pié; —siempre que resulte cierto y verdadero todo lo que me habéis dicho: en otro caso,—y aquí la voz del Comendador se hizo tonante y tomó una inflexión amenazadora;—aprestaos a ser castigado como impostor, y a perder cuanto teneis, incluso la vida.

Dichas estas palabras llamó a sus oficiales y les dictó varias órdenes breves y precisas. Fué la primera reducir a prisión a Don Pedro de Mojica, que lleno de estupor se dejo conducir al lugar de su arresto, sin poder darse cuenta de tan inesperado percance. La segunda disposición de Ovando fué hacer comparecer á su presencia a Doña Ana, recomendando toda mesura y el mayor miramiento al oficial encargado de conducirla; y por último; Don Diego Velazquez, capitan de la más cumplida confianza del gobernador recibió órden de aprestarse y disponer lo conveniente para marchar en el mismo dia a las montañas, al frente de cuarenta infantes y diez caballos.

Media hora no había transcurrido cuando se presentó en la morada del Gobernador la tímida Higuemota, acompañada del oficial que había ido en su demanda, y seguida de una india anciana que llevaba de la mano a la niña Mencía. Ovando recibió a la madre con señalada benevolencia, y se dignó besár la tersa y contorneada frente de la pequeñuela, que respondió al

agasajo con plácida sonrisa. La inquietud de Higuemota cedió al puesto á la pura satisfacción al ver un recibimiento tan distinto del que sus aprensiones le hicieran prometerse; y cuando el gobernador le dirijió la palabra, había recobrado su habitual serenidad.

—Decidme, Doña Ana de Guevara,—dijo Ovando con cierta entonación ceremoniosa y afable al mismo tiempo;—qué objeto habeis tenido al conferenciar en secreto con el rebelde Guaroa, y al entregarle vuestro sobrino en la tarde de ayer?

—Guaroa, señor,—respondió Higuemota,—se me apareció sin que yo esperara su visita; hasta ignoraba que viviera. No le tenía por rebelde, pues solo me dijo que huía por evitar la muerte; y consentí en que se llevara a Guarocuya, mi querido sobrino, por temor de que éste, cuando fuera más hombre, se viera reducido a esclavitud.

—Os creo sincera, Doña Aña—repuso el Comendador;—pero estraño que temiérais nada contra el porvenir de vuestro sobrino, que vivía a vuestro lado, y participaba del respeto que a vos merecidamente se tributa.

—Mi intención ha sido buena, señor—dijo con hechicera ingenuidad la joven:—habré podido incurrir en falta por ignorancia; pero ni remotamente pensé causaros disgusto, pues de vos espero que, así como me dispensais vuestra protección y haceis que todos me traten con honor, también llegue el día en que pongais el colmo a vuestras bondades, devolviendo a mi adorada madre la libertad, y con ella a mí la tranquilidad y la alegría.

A estas últimas razones el comendador balbuceó algunas palabras ininteligibles; invadióle una grande emoción, y con voz trémula dijo al fin a la joven:

—No hablemos de eso por ahora.... Lo que mi deber me ordena, Doña Ana, es evitar que volvais a tener ninguna relación con los indios rebeldes; y como no quiero mortificaros con privaciones ni vigilancia importuna he resuelto que paseis a residir en la ciudad de Santo Domingo, donde viviréis mucho más agradablemente que aquí. Podeis, pues, retiraros, y preparar

todo lo que necesitais para este viaje. Yo cuidaré de vuestra suerte y la de vuestra hija.

Diciendo estas palabras se despidió con un amable saludo, y Doña Ana salió de la casa, acompañada como antes, sin saber si debía felicitarse por su nuevo destino, o considerarlo como una agravación de sus desdichas. La idea de que iba a ver a su madre en la capital de la colonia, al cabo se sobrepuso a todos los demás afectos de su alma;; y hasta acusó de tardo y perezoso al tiempo, mientras no llegaba el instante de decir adios á aquellas peregrinas riberas, testigo de sus ensueños de virgen, de sus breves horas de amor y dicha; de sus acerbos pesares como esposa, y, en último lugar, confidentes de su dolores y angustias por la sangre y los sufrimientos de la raza india; por la crueldad y los malos tratamientos de que eran víctimas todos los seres que habían cubierto de flores su cuna, y embellecido los días de su infancia. La pobre criatura no podía prever que al mudar de residencia, en vez de encontrar el regazo materno para reclinar su abatida frente, iba á recibir el golpe mas aciago y rudo que al corazón de la amante hija reservaba su hado adverso e implacable.

SOY CUBANO

Visto calzon de dril y chamarreta
Que con el cinto del machete, entallo;
En la guerra volaba mi caballo
Al sentir mi zapato de vaqueta.

De entonces guardo un Colt y una escopeta
Por si otra causa de esgrimirlas hallo;
Es mi gozo, en la paz, lidiar un gallo;
Mi orgullo, improvisar una cuarteta.

Tengo en el monte una vivienda pobre
Que abrasa el sol y que refresca el río;
Una divina Caridad del Cobre

Que me resguarda de dolor y murria;
Una "guajira" alegre en el bohío
Y una "guajira" triste en la bandurria.

MANUEL S. PICHARDO

El Juicio Verbal sobre el Procesado Civil

TRABAJO DEDICADO A LOS NUEVOS JUECES MUNICIPALES EN PRUEBA DE LEAL COMPAÑERISMO

Hace tiempo viene reclamando el foro cubano un trabajo de esta índole, llamado por su naturaleza a salvar las lagunas de nuestra Legislación Civil, tan antigua en esta materia, como en casi todas las demás de nuestro Derecho positivo y á disipar las obscuridades que se advierten en la tramitación del juicio verbal tan pronto se invaden los preceptos legales que lo rigen.

Lo demandan Abogado s y Procuradores, Jueces y Magistrados, pués en punto a esta cuestión jurídica aún no se ha dicho cuanto debe decirse en honor a la verdad. Calla la Ley, porque no quiere ser casuística, calla la Jurisprudencia porque á los altos Tribunales de Justicia, pocas veces llegan, dentro de nuestro Ordenamiento Legal, las irregularidades del Procedimiento verbal; y callan los que por razón de su oficio, acomodan el Derecho a la forma en que se lo administren por costumbre, sin cuidarse de su acomodamiento. No hay por desdicha en nuestro país un verdadero espíritu público, capaz de acometer la reforma de nuestros Códigos positivos, llevando a las Cámaras Legislativas, el derecho habitual del pueblo cubano, fragmentado en Ley positiva; y entre tanto desorden solo se salva la buena doctrina, cuando cae en manos diestras, que en ocasiones la salvan del peligro de la adaptación jurídica.

Por eso es y no por otra cosa, que este trabajo habrá de ser útil como orientación viable hacia la verdad estricta para cuantos por deberes imperiosos del cargo, o por necesidades de la

vida, litigan ante nuestros tribunales inferiores, o hacen justicia habituando más que la Ley, nuestro espíritu jurídico, a la naturaleza del Derecho (como diría nuestro ilustre Maestro el sabio jurisconsulto Dr. Antonio S. de Bustamante y Sirvén).

El juicio verbal con ser un procedimiento declarativo no es propiamente dicho un juicio civil plenario; por su caracter mismo es breve, y más que de estricto derecho, es de buena fé civil; por eso sin duda, se equivocan cuantos pretenden acomodarlo a las reglas que gobiernan el juicio declarativo en general, salvándose sólo de dicha equivocación, los preceptos del Artículo 513 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, por tratarse sin duda alguna de una cuestión prejudicial criminal (si vale la analogía legal).

En el trámite verbal, pueden discutirse todos los hechos capaces de producir cualquier otra demanda civil ante Tribunales Superiores, con exclusión desde luego, de aquéllos casos atribuídos por la misma Ley al juicio declarativo de mayor cuantía, tales como la relativa a derechos políticos u honoríficos, exenciones y privilegios personales, filiación, paternidad, interdicción y demás que versen sobre el Estado Civil y condición de las personas: los mismos medios de prueba, pueden ofrecerse dentro de dicho procedimiento sumario, pero la prueba con ser amplia, difiere en el juicio verbal de los demás juicios, en que ha de proponerse tan sólo en el acto de la comparecencia para el qué de inmediato se cita a las partes—de acuerdo con los términos literales del Artículo 725 de la Ley de Enjuiciamiento Civil.

Desde que se interpone la demanda que ha de adaptarse casi como de ritual al modelo del Artículo 719 de la Ley adjetiva citada, se cae dentro de los preceptos que gobiernan el juicio verbal; y señalado día para la comparecencia, el acto se estima prorrogado hasta que se cite a las partes para oir sentencia.

Examinemos detenidamente el procedimiento regulador de este juicio y veremos las dudas que nos asaltan al comenzar su análisis.

Por el Artículo 141 de la Ley Orgánica del Poder Judicial corresponde a los Jueces Municipales de Primera, Segunda y Tercera clase en lo Civil, entre otras facultades, conocer en Primera Instancia y en juicio verbal de las reclamaciones, cuya cuantía no exceda de quinientos pesos moneda oficial. Este precpto tiene su precedente en la Ley Española, que establecía 1,000 pesetas como límite de la cuantía judicial inferior y en la Ley Orgánica de 1909 que la fijó en 300 pesos moneda americana. Actualmente esa cuantía no es la mínima, pues por el propio Artículo citado, existen funcionarios judiciales de categoría inferior a los Jueces Municipales de Tercera que conocen en juicio verbal y en Primera Instancia de las demandas que no excedan de 100 pesos moneda oficial. (Jueces Municipales de Cuarta Clase).

La ampliación de 300 a 500 pesos m. o. establecida por la Ley de 15 de Agosto de 1919, Gaceta del 20, Edición extraordinaria, exige por parte de los nuevos Jueces, verdadero cuidado en la tramitación del juicio que les está conferido en lo civil, pues con frecuencia se litiga más en esta cuantía que en las de mayor cantidad; y no hay una verdadera concordancia entre los demás preceptos legales y los que regulan el juicio verbal del Artículo 714 al 739 de la Ley Procesal Civil; por ejemplo. ¿Deberá sospecharse ejecución en demanda por cantidad líquida o ilíquida computada que exceda de 300 pesos en moneda oficial y no pase de $500? ¿Caben dentro del juicio verbal las excepciones dilatorias del Artículo 532 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, á pesar del carácter sumario de este juicio? ¿El régimen civil probatorio regulado del Artículo 577 al 678 de la Ley Procesal citada debe aceptarse en juicio verbal tal como viene establecido, sin más reparos que la fiel observancia de sus preceptos literales? ¿Hay trámites de réplica y dúplica en el juicio verbal como en los demás declarativos? ¿Hay trámites de prueba como lo prevee el Artículo 549 de la Ley de Enjuiciamiento Civil?

Las contestaciones a cada una de estas preguntas exigen un estudio detenido de las materias que comprenden:

PRIMERO: No debe despacharse ejecución en juicio verbal, porque este es declarativo por su propia naturaleza; y no ejecutivo a los efectos del Artículo 1427 y siguiente de la Ley Privada de Trámites; además es de la competencia del Juzgado de Primera Instancia por el Artículo 134 de la Ley Orgánica del Poder Judicial, conocer en dicho trámite de *todos los juicios civiles,* a excepción de aquéllos que con arreglo a la Ley, son de la competencia de otras Autoridades judiciales, amén de que el espíritu del Legislador al establecer una cantidad fija, como mínimo, para el despacho de demanda ejecutiva, escogió la establecida como máximo por la Ley Española, para fijar la competencia de los Jueces Municipales en demanda civil; y no hay motivo que aconseje interpretarlo de distinto modo, variando los términos del Artículo 1433 de la Ley de Enjuiciamiento Civil.

SEGUNDO: Las excepciones dilatorias del procesado civil, requieren ser tramitadas en el acto de la comparecencia del juicio verbal; y tramitadas a ese efecto, en el mismo acto, no teniendo por contestada la demanda, hasta que se ejecutorie, el Artículo 533 de la Ley Procesal Civil, y se admitan con o sin lugar, dichas excepciones.

Y debe ser así, porque la excepción no deja de ser un incidente previo dentro del juicio, que no puedan llamarse propiamente así, porque á ello se opone el precepto del Artículo 740 de la citada Ley Procesal Civil; pero excepcionarse, no es otra cosa que defenderse. Decían los romanos: que las excepciones eran defensiones "clypei reorum", y en este sentido, bien se expresa el concepto del medio de defensa que se utiliza por el demandado para excluir la acción del demandante, circunstancia que no puede dejar de preveerse en todo procedimiento civil.

Algunas de esas excepciones y tal vez, si entre ellas, la más importante, la de *Defecto legal en el modo de proponer la demanda*, carece de virtualidad práctica dentro del procesado verbal, porque, por el Párrafo subsiguiente del Inciso 6o. del Ar-

tículo 532 de la Ley Procesal Civil, debe entenderse que sólo existe dicho defecto, cuando no se llenen en la demanda los requisitos del Artículo 523 del propio Cuerpo Legal; y es el caso, que dicho artículo, se refiere claramente al juicio declarativo de mayor cuantía; y no al juicio verbal; y aquí vemos la diferencia que apuntábamos al comenzar este trabajo entre el juicio declarativo en general y el juicio verbal.

De modo, que incumplidas las formalidades que establece el Artículo 719 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, no cabe apreciar con lugar dicha excepción dilatoria, a los fines de impedir la demanda, por que el Legislador olvidó sin duda alguna, que no había establecido los medios legales para excepcionarse cuando la demanda verbal no se estableciere con estricta observancia de los preceptos legales que la gobiernan, toda vez, que la excepción de defecto legal en el modo de proponerla, es privativo en la Ley Procesal Civil del juicio declarativo de mayor cuantía; y cuando más del de menor cuantía por acomodarse éste, según el Artículo 779 del Cuerpo legal referido, a las reglas establecidas para el primero, pero nunca para el verbal que carece de análogo precepto.

TERCERO: Nuestro Derecho Procesal Civil, reconoce como medios de prueba, los siguientes: 1o. La confesión en juicio. 2o. la documental pública, 3o. la documental privada y correspondencia, 4o. los libros de los comerciantes llevados legalmente, 5o. dictámen de peritos, 6o. reconocimiento judicial y 7o. prueba de testigos.

1o. *La confesión en Juicio.* Ocurre frecuentemente, que las partes adaptando el trámite verbal a las reglas que rigen esta prueba, la proponen con arreglo al Artículo 581 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, y nada más erróneo, porque precisamente el acto de la comparecencia a que se refiere dicho artículo para la presentación del pliego de posiciones abierto o cerrado, es, en el procedimiento verbal el acto del juicio mismo, con lo cual piden mal, los que proponen confesiones y señalamiento de día y hora, para presentar en dicho acto, el pliego conveniente; y tan

es así: que bastaría la siguiente observación para confirmar nuestra tésis: Con arreglo al Artículo 729 de la Ley Procesal Civil, las partes presentarán en el acto de la comparecencia, las pruebas pertinentes que al esclarecimiento de su derecho conduzca; de modo, que en ese acto, y solo en él, el Juez debe declarar pertinente o impertinente la prueba presentada que siendo la de confesión judicial, tiene que ser forzosamente el pliego de posiciones presentado que necesita conocer para juzgar respecto a su pertinencia o impertinencia, circunstancia ésta, que no concurre en el juicio declarativo de mayor y de menor cuantía, para los cuales fué redactado el precepto del Artículo 581 ya citado.

2o. *Documental pública*: Esta prueba no tiene más dificultades en el juicio verbal que la que afecta el Inciso 3o. del Artículo 595 de la Ley de Enjuiciamiento Civil y a la eficacia contradictoria de dichos documentos, cuando hay impugnación de su autenticidad. Frecuentemente se confunden dichos documentos, con los comprendidos en el Inciso 7o. del propio Artículo: y los que aciertan en calificarlos incurren en el error de no llevarlos autorizados ante los Tribunales de Justicia, por los funcionarios a quienes corresponde su autorización.

Es conveniente fijar—para ello la siguiente regla: Los documentos a que se refiere el Inciso 3o. del Artículo 595 citado, son los administrativos expedidos por funcionarios públicos, no judiciales, pues esta clase de documentos son aquéllos á que se refiere el Inciso 7o. del mismo Artículo.

En toda dependencia administrativa, existen funcionarios, denominados Secretarios, llamados por Ministerio de la Ley a certificar los actos sujetos a archivos o Registros de sus respectivas Oficinas y en las que no lo hubiere, el llamado a certificar, es el Jefe de la Oficina o archivo, bajo cuya custodia se encuentren los documentos referidos.

Cuando los documentos públicos vienen a juicio, caso de ser impugnados, requieren su autenticidad o confronta: y ésta debe pedirse como prueba en el acto de la comparescencia verbal: pero si aquel a quién perjudican, no se opone a ellos, es evidente que

los acepte y huelga dicha prueba que viciosamente en ocasiones se solicita. Vigente la Ley del Timbre, habrán de acompañarse a dichas solicitudes de confronta los correspondientes sellos del Timbre; y esto que parece pueril, tiene tanta importancia, en tanto en cuanto puede originar la denegación de la prueba al amparo de lo dispuesto en el Apartado K. Inciso 1o. Artículo 2o. de la Ley referida. Conviene en este sentido, aclarar que están exentas de confronta, las certificaciones o testimonios judiciales, como los demás documentos originales, las primeras: por razón de su propia naturaleza y los segundos porque carece conque confrontarse, hecho este último que incumbe justificar al que trate de valerse de ello.

3o. *Documental privada*: Las más de las veces, las partes ocurren ante el Juzgado Municipal, presentando para ser reconocidos en juicio o a la presencia judicial, documentos privados o correspondencia, que adolecen de escritura o signo alguno por parte del presunto obligado a reconocerlo; y en este caso están las cuentas extendidas por el acreedor a nombre del deudor; y es evidente que dicha prueba mal propuesta debe ser rechazada porque no tiene nada en que ser reconocida, como no sea, la certeza de la deuda, hecho este que incumbe mas propiamente a la confesión judicial del deudor.

En la prueba de correspondencia, frecuentemente lo que se pide, no es el reconocimiento del documento, sino el cotejo de letras; y dicha prueba así pedida, debe de negarse por infringir el Artículo 605 de la Ley de Enjuiciamiento Civil; pués el cotejo es subsidiario, para el caso en que resulte estéril la de reconocimiento practicada. Tanto esta prueba de cotejo como la de perito, en su defecto, deben solicitarse subsidiariamente una de otra en el mismo acto de la comparescencia a juicio verbal; y no en el de practicarse aquellas de que son supletorias.

Todo esto está dicho aquí, porque la práctica judicial que han venido observando los Juzgados Municipales, es en extremo viciosa, permitiendo tantos juicios, como pruebas se practican.

4o. *Libros Comerciales*: Análogamente esta prueba documental, la quebrantan las partes, proponiéndola con infracción

del Artículo 47 del Código de Comercio, pues hay casos en que se solicita la exhibición de libros y documentos comerciales, sin que el comerciante a quién se le pretende reconocer de esa manera su contabilidad (que es eminentemente privada), sea parte en el juicio, ni tenga interés directo en su solución, solicitándose la exhibición por hacerse muy elástica, (siempre a juicio del solicitante desde luego), la responsabilidad que tratan de suponer en aquel a quién se le decreta el reconocimiento.

La admisión de esta prueba, debe hacerse siempre con una gran seguridad, pués con frecuencia lo que se pretende, es conocer particulares ajenos a la demanda interpuesta.

5o. *Dictámen de peritos*: Esta prueba bastante delicada en el procedimiento civil, es mal utilizada y peor practicada, en los juicios verbales.

El dictámen pericial, puede ser singular o plural esto es, por uno o por tres peritos; y con arreglo al Artículo 611 de la Ley de Trámites Civiles , dicho particular deberán consignarlo las partes al proponer esta prueba, que desde luego, tiene que ser en el acto de la comparecencia. La duda asalta a los Jueces Municipales, en cuanto a la interpretación del 2o. párrafo del Artículo 612 de la Ley citada; pues por él, el Juez ha de estar a lo que de común acuerdo hayan propuesto las partes que en las más de las veces, una de éllas al evacuar su traslado, no sabe a lo que habrá de estar la otra; y he aquí la dificultad.

Propuesta esta prueba en juicio verbal, las partes resolverán en el juicio este particular; y caso de no haber acuerdo, el Juez resolverá en el acto, si se utilizan uno o tres peritos al efecto, designándolos él sin sujeción a la volantad de los litigantes. Al efecto en todos los Juzgados Municipales debe haber un Libro en que consten las certificaciones expedidas por el Secretario de la Administración Municipal de todos los profesionales, que paguen contribución al Municipio, por la profesión que ejerzan, así como de los Industriales legalmente habilitados para ejercer su industria en el Municipio respectivo.

Toda recusación será sustanciada en el acto de la comparecencia, como incidente verbal y el Juez la declarará con o sin

lugar según se justifiquen o nó los particulares del Artículo 620 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, sin la presencia del perito de que trata el Artículo 623 del Cuerpo Legal referido, pués es evidente que el acto de la comparecencia sólo se entiende prorrogado en el juicio verbal, para practicar las pruebas admitidas; y decretada su práctica, es inadmisible con arreglo al carácter de este juicio incidente alguno *por separado* de recusación.

6o. *Reconocimiento Judicial*: Esta prueba tan justa, como que afecta a la mayor o menor certidumbre que tenga el Juez Municipal respecto de los hechos que se le someten a su consideración, á veces en la práctica, se encuentra cohibida por el precepto del Artículo 45 de la Ley Orgánica del Poder Judicial.

En las cabeceras de Términos Municipales, donde los Jueces Municipales, son sustituidos por Registradores de la Propiedad, en defecto de la Lista de Opositores aprobados de que trata el Artículo 44 de la citada Ley Orgánica, decretada la practica de la prueba de reconocimiento judicial, liberalmente establecida por el Artículo 632 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, no puede verificarse porque los Registradores de la Propiedad sustituyen a los Presidentes de Juntas Municipales Electorales y en ocasiones, se encuentran designados fuera del Término Municipal, cabecera del Partido Judicial de sus Registros y la circunstancia de tener que venir a encargarse del despacho del Juzgado Municipal por ausencia temporal del propietario que debe practicar el reconocimiento dispuesto, el Secretario del Juzgado de Primera Instancia, hace que las Audiencias declaren sin lugar el cumplimiento de dicha prueba y manden a practicarla ("Delegada") con arreglo al Artículo 185 de la Ley de Trámites Civiles, de modo que hasta tanto no se reforme el Artículo 45 de la Ley Orgánica del Poder Judicial, reforma que ansian, tanto los Jueces Municipales Propietarios, com los Registradores de la Propiedad, Secretarios de Juzgado s de Primera Instancia y partes en general, deben cuidar los Jueces Municipales en decretar la práctica de dicha prueba por sí.

Y caso de ser viable su comisión, la parte que la ofrezca o proponga, debe designar a la vez los extremos a que se refiere dicho reconocimiento y pedirla simultánea a la de peritos y testigos en el acto mismo de la comparecencia, según el Artículo 634 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, atemperándose en la solicitud de la prueba de peritos, a cuanto llevamos dicho; y en la de testigos, a lo que pasamos a decir.

7o. *Información testifical*: Dos sistemas se han venido utilizando para proponer ad-libitum esta prueba, uno de éllos: presentando en el acto de la comparecencia verbal el interrogatorio escrito, a tenor del cual deban ser examinados los testigos propuestos; y el otro: redactándolo en el mismo acto del juicio sin más preámbulos.

Es evidente que este último procedimiento, es el más aceptado en el juicio verbal, en el que como su sentido gramatical lo dice, todo debe ser hablado; pero no es obstáculo a la admisión lógica de esta prueba si se propone en una u otra forma: lo importante es, que se presente en el acto de la comparecencia y no se pretenda hacerlo, presentando el interrogatorio en el acto de prácticar dicha prueba (como algunas partes aviesamente lo intentan y de que deben cuidarse los funcionarios judiciales).

El punto de estudio en este Regimen Probatorio, es el de que casi todos los litigantes, intentan valerse del precepto del Artículo 642 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, en el juicio verbal, exponiéndo lisa y llanamente que los testigos propuestos deben ser citados judicialmente por negarse voluntariamente a concurrir a la presencia judicial, y ello evidentemente infringe uno de los caracteres que debe predominar en todo procedimiento civil, que es la lealtad de las partes, como contienda entre éllas.

No hay duda alguna que la Administración de Justicia, interponiendo su autoridad, en beneficio de uno de los litigantes y ordenando la citación judicial de los testigos, propuestos por las partes, sin que le conste su resistencia de autos, infringe las reglas de toda controversia civil, que requiere que los que ven-

gan ante ella, lo hagan asistidos de sus correspondientes pruebas para lo cual no está demás hacer saber a los Jueces Municipales, que en todos aquellos casos que se les pida dicha citación, deberá acreditárseles la incapacidad del testigo para declarar y su involuntariedad.

Otra cuestión, y es la última que surge en esta prueba: la de "tacha de testigos".

En el juicio verbal, todo debe alegarse en el acto de la comparecencia y es evidente que en este sentido, los que traten de utilizar dicho procedimiento, deberán hacerlo en los trámites respectivos, y no como lo tiene establecido la Ley de Enjuiciamiento Civil, por el Artículo 664 de la Ley Procesal Civil, proponiéndose en el mismo acto de su exposición la prueba que la corrobora.

Expuestas las cuestiones principales que interesan al Juez Municipal en materia de pruebas verbales, vamos a contestar la interrogación que nos hicimos respecto a los trámites de réplica y dúplica en juicio verbal.

Evidentemente que con arreglo al precepto del Artículo 522 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, se colige que el juicio verbal, se rige sólo por los postulados del Capítulo IV del Título II, Libro Segundo de la propia Ley de Trámites, y no por su precedente, el segundo, dentro del cuál nos encontramos con dichos trámites procesales en su tercera sección, Artículos 545, 546 y 547 del Cuerpo Legal yá citado, ahora bien, la practica de suyo tradicionalista, viene adaptando al juicio verbal las disposiciones de dicha sección, en defecto de preceptos especiales análogos para el mismo.

La costumbre no es mala y si es cierto que el juzgador debe buscar la verdad, como Diógenes con su linterna buscaba un hombre á las doce del día por las calles de Athenas, es de conceder dichos trámites en amplitud del debate, porque en él, frecuentemente, las partes fijan sus puntos de vista y redarguyen los hechos de la contraria. Todo está en el buen uso que se haga por las partes de dichos trámites y de la importancia del litigio.

Relacionado con dichos estados procesales, nos encontramos en el camino de nuestras pesquisas, con un problema de por sí, insignificante; pero que es a veces motivo de orfandad probatoria para las partes que no saben pedir en juicio verbal. Es ya un hábito, y un mal hábito por cierto, el que los litigantes una vez expuestos los hechos de su demanda y el fin que con ella persiguen, soliciten la apertura del juicio a prueba, para proponer dentro de dicho trámite, la que al derecho de éllos conduzca, y no hay nada más erróneo. No tiene el juicio verbal apertura a prueba y por tanto carecen de razón los que intentan que el Juzgado asienta en éllo, no proponiendo su prueba acto seguido de evacuar sus trámites respectivos de ratificación o contestación, réplica o dúplica en su caso; así por lo menos se deduce de la interpretación lógica que damos al Artículo 729 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, precepto regulador del acto verbal. No hay que olvidar esto, pués observando la Ley de otro modo, se daría el caso de conferir tres trámites a cada parte y convertir el procedimiento en un maremagnun tal, en el cual, lo menos que perderíamos era la lógica jurídica, cuando no lo fuere el juicio por manifiestas nulidades.

Terminada esta ligera exposición, que sino muy elocuente, es bastante como "breviario de sanos principios", réstanos exhortar el entusiasmo de nuestros distinguidos y estudiosos compañeros para que haciendo suya la divisa del Maestro Cicerón "busquen más que de la persuación y enseñanzas de este insignificante trabajo, obra a la postre de una corta experiencia profesional, de lo profundo, de lo íntimo de la filosofía, del alma de las cosas y del espíritu de nuestras instituciones jurídicas, la disciplina, la Ciencia del Derecho, que por algo decía Paula, en su famosa Sentencia "Scire leges non est verba tenere sed vives et potestatem".

DR. BENIGNO AGUIRRE Y TORRADO

Juez Municipal de Trinidad.

POETAS ANTILLANOS

GUSTAVO SANCHEZ GALARRAGA

Este joven e ilustre bardo, que como se dijo de Baudelaire "Vivió mucho tiempo preparándose en la sombra para la luz", ha donado recientemente al mundo de la intelectualidad, un preciado bagaje de ensoñaciones, que bien quisieran para sí, poetas melenudos *a diario* consagrados por la fama.

La lírica ofrenda nos llega en ocasión propicia para saborearla; cuando poseídos del halago que depara el empeño concluído, se da rienda suelta al espíritu, para adentrarse en el jardín interior y gustar del íntimo motivo de la Tristeza o el insondable misterio de la alegría, e insensiblemente embriagarnos con el dolor ageno, para sentirlo arrebujado en nuestro pecho como un niño pobrete y pegajoso o inmolar el alma con sol meridional el ritmo de una canción bulliciosa y saltarina.

Por eso hemos leído con fruición los últimos libros que Gustavo Sánchez Galarraga ha dado a la estampa, revelando cumplidamente cuando puede el estro incomparable que le anima y presenta a los que sin blasonar de aristos, meditamos justamente sobre sus rimas.

Es ceneño, laguirucho, faz cetrina y ojos claros.
Sencillamente grande y sencillamente noble.

Dijérase por su empaque delicado, el eterno compañero de la tristeza, el que palabrea la cuita del menesteroso y lo llora como propio para sentirla mejor. Está pesaroso; le abruma la

DR. MARINO LOPEZ BLANCO (Caricatura de Maribona.)

vida que Pluto le regala, hubiera querido nacer pobre y vivir como el que nada tiene....

Posée el alma enamorada de Florisel, aunque no la encantadora rusticidad del personaje valleinclanesco. Sigue.. o echa la Quimera paso a paso, sin desmayo. Está seguro de sus bríos, de su valentía, por eso la fé le acompaña en la bendita brega a que solo acuden los iluminados....

Su ceño fruncido—cuando lo frunce—habla elocuentemente del dejo acibarado de sus versos; de esos quejumbres que avaramente esconde.....

"tengo el hondo pudor de mis dolores
y el orgullo supremo de mis lágrimas".

Es un "exégeta andaluz" que clamobla Ruben Darío, por que cuando en su torno agrúpanse los "chicos" que anhelan iniciarse, él sabe aconsejar sin ser *dómine,* ni señalar puntos. Sigue y predice el ruego de Sidney: *mira en tu corazón y escribe;* y desdeña a los automáticamente adeptos a la modernofobia, porque carecen de buen gusto....

Es lírico y es épico, por temperamento.

Sus últimos libros "Copos de sueño", "El jardín de Margarita" y "Motivos Sentimentales" le acreditan como un maestro en el arte de escandir galanamente, de rimar con donosura pensamientos nada vulgares.

En "Copos de Sueño" que es mi preferido de los tres—ha querido comunicarnos su melancolía y construyendo felizmente con metro sonoro, aquellas estrofas más intimamente acariciadas por su sensibilidad exquisita, en las que parece haber quemado—con unción religiosa—el sagrado alíbano con que satura el Templo de su intimidad. A traves de este libro claramente dibuja su personalidad pujante en la lírica cubana, a cuya cabeza con paso raudo y seguro se encamina.

Es este un poeta de palabras por ideas y no de "palabras por palabras". Como el que pedía el corifeo de la lírica hispano americana.

Burila madrigales para las ninfas, como exámetros de hie-

rro para rufiaies. Es siempre sencillo, que es su nota encantadora; jamás se desnaturaliza por variado que sea el motivo. He ahí un mérito que no tienen todos.

En "Cantos de amor y de dolor", "Arcano" sintetiza el "yo" del poeta, lo que no quiere decirnos; en "Besos" galano y apasionado, es pesimista; en "Amor ignoto," nostálgico; "Sueño roto" es un canto de Renunciación....

Muy alados y sútiles "A unos ojos" "¿Te acuerdas" y "Pregunta".

Los mejores del grupo: "Desencanto", "A una mujer" y "Qué árbol", en las que el poeta tañe las fibras más intensas de su sentimentalidad.

"Humildes" simplemente bellas, pero de asunto trillado. El soneto "Paradoja" es digno de servir como modelo, tales son las novedades que en él se advierten. "Policromas" intensamente sentidas. Algunas muy plásticas: "Flor criolla" sobre todas las del grupo,, es una pintura realísima.

Y así podíamos ir acotando las composiciones que integran los libros, pero no es propio de este reducido comento labor de tal índole, que mejor ha de encuadrar en un libro de crítica. Allí hablaremos del poeta dramaturgo, que ya tiene obra hecha y ruta definida.

Anotemos—siquiera sea someramente— su maestría indiscutible como poeta épico.

En su laureado poema "Excelsior" y en tantas otras composiciones que suele colocar al final de sus libros, se observa cuán viva en su visión objetiva. Su musa heroica y patriótica sin duda ha conquistado corazones sordos a los llamamientos de la Patria maltrecha y vilipendiada.

Gustavo Sánchez Galarraga es un orgullo legítimo de nuestra Cuba. Interin no colmemos los deseos de ocuparnos detalladamente de su labor, desmintamos con este ejemplo rotundo el pesimismo de Shopenhaüer: *juventud y gloria no es un mito.*

MARINO LOPEZ BLANCO

ECOS ANTILLANOS

En la hidalga región camagüeyana que fué su cuna rindió la jornada de su noble y fecunda existencia la ilustre escritora Aurelia Castillo de González. Es la muerte de esta dama un evento dolorosísimo, no solo para los cubanos, sino para todos lo hispanos-americanos, y muy especialmente para los hijos de las Antillas.

A la memoria inmortal de Aurelia Castillo rendimos en otra parte de esta revista el merecido tributo de admiración y de dolor.

Al llevar a los países hermanos la noticia de este hondo duelo, queremos también enviar sentida expresión de condolencia a los deudos de las insigne cubana y muy especialmente, a nuestros ilustres amigos los Drs. Gonzalo Aróstegui, su sobrino, y Enrique José Varona, su deudo.

En la hermana república de Santo Domingo celebró el 15 del presente mes con grande entusiasmo, su fiesta el *Club Unitario Puertorriqueño* de San Pedro de Macorís: fué aquella una fiesta inolvidable de arte, en la cual se rindió culto a la confraternidad antillana.

El programa de la velada que en aquella solemnidad se ofreció a la culta sociedad de San Pedro es el siguiente:

1.—Himno Nacional Dominicano.

2.—Discurso de apertura por el Lic. G. Canino.

3.—Poesía por la Srta. Lolin Espinet.

4.—Poesía por el Sr. Celedonio Delgado.

5.—Selección Musical por la Señora Trina de López.

6.—Palabra del Sr. Espiridición Torres para la clausura del primer acto.

Segunda Parte

1.—La Borinqueña.
2.—Poesía por la Srta. Lolin Espinet.
3.—Selección Musical por la Señora Trina de López.
4.—Discurso del Sr. Celedonio Delgado
5.—Marcha Triunfal de Tabarez.
6.—Clusura de la Velada por el Sr. E. Torres.

A la Colonia Puertorriqueña de San Pedro de Macoris, y muy especialmente a su director espiritual el Sr. Torres enviamos cordialísima y entusiasta nuestra sincera felicitación.

Libros Folletos y Revistas, Remitidos por sus Autores o Editores.

Discurso, por Arturo Juega Farrulla.
José Marmol, por Arturo Juega Farrulla.
Crónicas de Sangre, por Fernando de Soignie.
Teatro Cubano.
Cuasimodo.
Arte.
Universal.
Alborada de la Libertad, por el Dr. Aurelio Boza y Masvidal.
El Dante: su influencia en la Literatura Castellana, por el Dr. Aurelio Boza y Masvidal.

CORCHADO

Cuerpo de niño, aliento de gigante,
Carácter dulce, corazón vehemente,
Tribuno arrebatado y elocuente,
Del progreso aladid, del bien amante.

Vivió en lucha titánica incesante,
Al lado del dolor, del vicio enfrente;
Fué, del vencido, paladín valiente,
Y altivo con el déspota triunfante.

A este raro ejemplar del varón fuerte,
Grande en la acción, en la conciencia justo,
Antes que la vejez le halló la muerte.

De la fatiga enfermo y del disgusto,
Cayó en la lid desfallecido, inerte.....
¡Y ver tanto bribón sano y robusto!

M. FERNANDEZ JUNCOS

Indice de las Materias Contenidas en este Tomo

Credo 1
Antillanos Ilustres. Don Manuel de Zequeira y Arango.—Por Sergio Cuevas Zequeira 3
El Quijote y el Examen de Ingenios.—Por Sergio Cuevas Zequeira 9
Desconcierto.—Por Salvador Brau 23
La Fiesta Inaugural de la Asociación Puertorriqueña.—Por Salvador Salazar 26
La Palmada.—Por Manuel Zeno Gandia 34
A Cuba.—Por Lola R. Tió 42
Palabras.—Por A. M. Aguayo 45
Ausencia.—Por José Gautier Benitez 50
Regreso.—Por José Gautier Benitez 53
Niebla.—Por Lola R. de Tió 57
Las Causas de la Guerra Europea.—Por Sergio Cuevas Zequeira 58
Ateneo Puertorriqueño 70
Los Vendedores Ambulantes.—Por Manuel Fernández Juncos 74.-191
Enriquillo.—Por Manuel de J. Galvan 84.-179.-339.-436
Episodio de la Guerra del 95.—Por E. de las Cuevas . . 93
Ecos Antillanos 96.-280.-375.-462
Libros, Folletos y Revistas 96.-284.-376.-464
La Revolución Rusa.—Por Sergio Cuevas Zequeira 97
En el Tabor.—Por Sergio Cuevas Zequeira 113
Juan Clemente Zenea.—Por Aurelio Mitjans 114
El Monumento a Juan Clemente Zenea.—Por Antonio Quevedo 119
Inauguración.—Por Andrés Segura Cabrera 129
Discurso pronunciado por Sergio Cuevas Zequeira en la sesión solemne de la Universidad confiriendo al Dr. Enrique José Varona el título de Catedrático Honorario 141
Enrique José Varona Juzgado por José Ingenieros 151

A Justo de Lara.—Por Gustavo Sánchez Galarraga 152
Pleyade.—Por Miguel Amunategui Reyes 154
[illegible]n del Palido.—Por Virgilio Davila 163
Un voto de Calidad.—Por Lola R. de Tió 166
El Vaso Roto.—Por José Antonio Cortina 167
Un Olvido que va reparándose.—Por Antonio Iraizós . . . 168
Un Soneto Celebre.—Por Sergio Cuevas Zequeira 171
La Ilusión.—Por Manuel de Zequeira y Arango 176
Documentos Históricos 177.-178.-291
Prediciones.—Por Luis Rodríguez Cabrero 200
Las Antillas y Baldorioty Castro.—Por José Martí 203
Genio y Figura.—Por Sergio Cuevas Zequeira. 210
El Puertorriqueño.—Por Manul Alonso 215
La Habana de Ayer 216
La Copla Criolla.—Por Mariano Abril 222
Versos.—Por Heraclio de la Guardia 227
La Cuesta del Griego.—Por Cayetano Coll y Toste 231
El Poeta a su Primogénito.—Por Francisco J. Amy 237
El Zaber de Menéndez Pelayo.—Por el Br. F. de Osuna . . 237
El día de San Pedro.—Por José Antonio Daubón 244
Estudios del natural.—Por Manuel Zeno Gandia 250
La enseña de la Estrella Solitaria.—Por Ernesto de las Cuevas 252
Las experiencias Sobre Memorización.—Por José Ingenieros . . 254
Sobre el Album Almanaque de la Guerra.—Por J. Benitez 263
Sueño de Gesta.—Por Enrique Zorilla 265
Oteando el Paisaje.—Por S. C. Z. 271
Camino de la Prosperidad.—Por Carlos Castellanos 276
Salve.—Por R. M. Menendez 282
Erratas 283
El Primer Crítico.—Por Sergio Cuevas Zequeira 285
Un Fragmento de la Historia de Santo Domingo 295
Acta Probatoria de que falleció en Santo Domingo el primer Cronista de Indias 297
De Sancti Spiritus Nativitate.—Por Sergio Cuevas Zequeira 301
Trova Romántica.—Por Cristóbal Real 305
La estupida superstición de la Opera.—Por Nemesio Canales 308

Patria.—Por Miguel Antonio Caro 314
La Tobillera.—Por Manuel Fernández Juncos 315
Sobre un Aniversario.—Por Sergio Cuevas Zequeira 320
In Dolore Redemptio.—Por Félix Córdova Davila 325
Canto.—Por José Agustín Caballero 325
Nicolás Aguayo y Aldea.—Por Pedro de Angelis 327
Para el Album Almanaque de la Guerra.—Por Arturo Amblar 331
Mi Tierra Puerto-Riqueña.—Por Ana Roque de Duprey . . . 334
La Música y los Cantos Populares Españoles.—Por G. Alberola 346
Envidia.—Por Rafael del Valle 360
Palote y la Montaña.—Por Federico Degetau 361
La Música de nuestra Danza.—Por Manuel de Elzaburu . . 366
Los Ojos Negros.—Por Mariano Abril 368
Vida Tranquila.—Por José M. Monje 373
Bis In Idem 376
Breves Apuntes de la historia Cómica.—Por Sergio Cuevas Zequeira 377
Teatro.—Por el Marquez Nueya 385
Aurelia Castillo de González.—Por Sergio Cuevas Zequeira 390
A Aurelia Castillo de González.—Por Nieve Xenes 392
Un Cuento de Francisca.—Por Aurelia Castillo de González . 395
A la niña Lucila Cuevas Zequeira.—Por Aurelia C. de González 404
Saludo a América.—Por Aurelia Castillo de González . . . 405
Lampara Votiva.—Por Dolores Salvador de Lafuente . . . 406
Cartas de El Lugareño 407
La Intervención de España en la Independencia de los Estados Unidos.—Por Manuel Conrotte 419
Consejos.—Por F. Córdova Davila 425
Las Antillas.—Por F. Rodríguez García 426
Hacia el ideal.—Por Sergio Cuevas Zequeira 429
Lucha Esteril.—Por Luis Rodríguez Cabrero 432
Confidencias.—Por Sergio Cuevas Zequeira 433
Poetas Antillanos.—Por M. López 458
Soy Cubano.—Por Manuel Serafín Pichardo 445
El juicio verbal sobre el procesado civil.—Por Benigno Aguirre 446
Corchado.—Por Manuel Fernández Juncos 465

Intercontinental Telephone & Telegraph Co.

MUSSO SISTEM

Próximamente quedará instalado el Teléfono para comunicarnos con los Estados Unidos, y después se etenderán otros cables a Europa, hasta quedar enlazadas todas las naciones del mundo civilizado, por una vasta red telefónica y telegráfica que nos permitirá comunicarnos desde nuestro propio domicilio con cualquier parte del globo.

Apresúrese a suscribir acciones de esta Compañía y a la vez que coadyuvará a la implantación de una grandiosa obra que beneficiará notablemente al mundo entero. Hoy se venden las acciones a $15 cada una y próximamente experimentarán una nueva alza. No lo deje pues, para mañana.

Agente General para la Isla de Cuba:

PASCUAL PIETROPAOLO

MANZANA DE GOMEZ, Dtos. 308 al 311.

Apartado 1797. Habana.

En el mejor sitio del Vedado se vende un espléndido chalet, fabricado a todo lujo y confort. (Véase al frente.)

Los materiales que se emplearon en su fabricación son de primera calidad; las paredes de ladrillos, estucadas; los techos de monolírico, decorados a estilo Luis XV, columnas de escayola, pisos de mármol italiano y mosaicos catalán, maderas de cedro, cristalería fina de fantasía.

Tiene sala, saleta de recibo, gabinete, once cuartos dormitorios, cinco cuartos de baños para familia, hall, salón de comer, cinco cuartos para criados, tres baños y comedor, dos cocinas, garage para tres máquinas, jardín, árboles frutales, cercado todo con verja de hierro y situado en parte alta y esquina de brisa.

Informa:

ARTURO MORALES

Mercaderes 11. Telef:. A-1240 y F-4085

Aspecto interior del suntuoso Chalet propiedad del Sr. Puyans.

BANCO ESPAÑOL DE LA ISLA DE CUBA

SUCURSAL DE PRADO 124

Depósitos y cuentas corrientes. Giros por letra y cable sobre todas las capitales del mundo. Cajas de seguridad para documentos, joyas, etc., desde cinco pesos en adelante.

"Casa Ball-llovera"

— DE —

A. Ball-llovera y Co.

TRAJES PARA CABALLEROS, HECHOS Y A MEDIDA

Habana 96.—Telf. A-8022.—Apartado 350.—Habana.

Cable y Telégrafo "Gilber"
Clave: A. B. C. 5th. Edition.

NEW YORK BAR

SAN RAFAEL 2

En este establecimiento, el más acreditado en su clase en la Habana, se encontrarán licores finos de las marcas más afamadas.

Un agricultor muy experto en cultivos de caña y tabaco residente en Puerto Rico, desea colocación en ingenio o colonia de está isla.

Para informes, "Las Antillas"
Tejadillo 22.—Habana.